

TESIS DOCTORAL

SEMÁNTICA DE LO (IM)POSIBLE:
FICCIÓN FANTÁSTICA POSMODERNA E
IMPOSIBILIDAD LINGÜÍSTICA

AUTORA

ALESSANDRA MASSONI CAMPILLO

DIRECTOR

DR. DAVID ROAS DEUS

UAB **Universitat
Autònoma
de Barcelona**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

PROGRAMA DE DOCTORADO EN TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA COMPARADA

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA, 2023

Al meu pare

AGRADECIMIENTOS

No es nada fácil plasmar en escasa página, y un poco más, lo valiosos que han sido mis amigos y familiares a la hora de elaborar esta tesis, y es que no son pocas las personas a las que quiero agradecer todo el apoyo, energía y seguridad prestada, de una forma u otra, a lo largo de estos cinco años de investigación.

Mención primerísima a mi padre, por hacer casi lo imposible para que yo, en infinitos sentidos, esté aquí, y por aquella valiosa lección «que el llegir no et faci perdre l'escriure». A mi madre, condición necesaria, por hacerme entender que, algunas veces, lo quimérico también puede formar parte de lo real. A Elizabet U., por ocupar un lugar irremplazable. A Raquel V. y John S. D., por ser mi piedra angular manchega. A Álvaro L., noble y leal compañero de despacho y primer lector de las versiones iniciales de esta tesis, por esas ganas de seguir indagando en lo insólito, que se contagian. A Paco de L., por creer en mis ideas más de lo que yo he hecho nunca y por enseñarme la mejor cara del pensamiento. A Cristina del P. y Andrea P., por hacer que las clases de Tradición Occidental sigan en Torino, en Manlleu, en Vic y en Llafranc. A Alice F., sin la que no hubiese podido escribir las últimas páginas de este proyecto. A Clara P., por apartarme de la luz del flexo y llevarme a recorrer todas los picos y montañas que rodean la Costa Brava, y por estar aquí desde siempre. A Álex L. y Alba C., por aquellas largas charlas vespertinas que amenizaban los largos días de trabajo en el piso de la calle Robrenyo, y por seguir repitiéndolas en Palafrugell. A Raquel F. y Mireia E., desde lo más sincero, por haber vuelto. A Saray E., al otro lado del espejo, por compartir obstáculos (y ambiciones). A Sam J., porque desde aquella primera jugada sobre el tablero de Backgammon fuiste una de las partes más significativas de toda esta partida. A Ipa, por toda la compañía y cariño incondicional en este último año de redacción.

Las personas de mi entorno más cercano saben que mi entrada en la universidad estuvo marcada por un cambio de rumbo inesperado y relativamente fortuito hacia estudios en Filosofía —siempre quise ser doctora, pero de las de otro tipo—, reconozco sin embargo que el estudio de la literatura y sus entresijos me atrajo desde bien temprano. Así que no puedo olvidarme de dar las gracias, por último, a todos los profesores y profesoras que me han acompañado y que me han guiado hacia el universo de lo posible: de entre ellos,

principalmente a aquellos que me animaron a adentrarme en la teoría de la ficción y, en particular, a David Roas, como profesor e investigador, por revelar las vías a través de las que se manifiesta lo fantástico, y como tutor y director de esta tesis, por confiar en mi visión de lo imposible y por haberme dado la oportunidad de formar parte del Grupo de Estudios sobre lo Fantástico durante todo este recorrido.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
--------------------------	----------

1. PRIMER CAPÍTULO. MUNDOS FICCIONALES, LENGUAJE Y REALIDAD	17
.....	
1.1. EXTENSIÓN, LENGUAJE Y FICCIONALIDAD	19
1.1.1. La amplitud de la extensión: extensión factual y extensión ficcional.....	19
1.1.2. La ficcionalidad desde un enfoque no-mimético	24
1.1.3. La extensión ficcional como constructo.....	29
1.2. RELACIÓN LENGUAJE-MUNDO Y RELACIÓN LENGUAJE-REALIDAD	39
1.2.1. Más allá del logos: el lenguaje y lo extralingüístico	39
1.2.2. La realidad detrás del mundo	43
1.2.3. El lenguaje como morada: relación lenguaje-realidad	49
1.3. UNA PROPUESTA DE MUNDO FICCIONAL: TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LA FICCIÓN.....	61
1.3.1. Breve pero necesaria introducción a los mundos posibles de la filosofía.	61
1.3.2. La perspectiva de los «mundos ficcionales» como nexo entre la teoría de la ficción y el lenguaje: cuestiones y discusiones	67
1.3.3. Territorios extensionales	81
2. SEGUNDO CAPÍTULO. ANÁLISIS SEMÁNTICO DE LA IMPOSIBILIDAD: TERRITORIOS EXTENSIONALES FANTÁSTICOS.....	91
2.1. TEORÍAS SOBRE LO FANTÁSTICO Y EL LENGUAJE	93
2.1.1. Lo fantástico en el mundo y lo fantástico en el discurso	93
2.1.2. A través de la teoría de lo fantástico del lenguaje.....	103
2.1.3. La teoría de lo fantástico en los mundos posibles.....	111
2.2. LO IMPOSIBLE EN LOS TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LO FANTÁSTICO	131
2.2.1. Territorios extensionales de lo fantástico.....	131

2.2.2. Lo imposible como producto de lo extralingüístico.....	140
2.3. LO FANTÁSTICO TRADICIONAL: LA POSIBILIDAD DE LO IMPOSIBLE	149
2.3.1. La imposibilidad metafísica: transgresión en lo fantástico tradicional ..	149
2.3.2. La construcción (posible) de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico tradicional	157
3. TERCER CAPÍTULO. LO FANTÁSTICO POSMODERNO Y LA SEMÁNTICA DE LO (IM)POSIBLE.....	173
3.1. RELACIÓN ENTRE EL LENGUAJE Y LA POSMODERNIDAD	175
3.1.1. El lenguaje en la posmodernidad como condición de lo posible	175
3.1.2. Posmodernidad y territorios extensionales de la ficción.....	187
3.2. LO FANTÁSTICO POSMODERNO: LA IMPOSIBILIDAD DE LO POSIBLE	193
3.2.1. La imposibilidad lingüística: transgresión en lo fantástico posmoderno.	193
3.2.2. La construcción (imposible) de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno	219
3.3. FANTÁSTICO POSMODERNO FRENTE A LO NEOFANTÁSTICO.....	239
3.3.1. El mimetismo de lo neofantástico	239
3.3.2. Vía alternativa a lo neofantástico: continuidad entre lo fantástico tradicional y lo fantástico posmoderno	245
CONCLUSIÓN	255
CONCLUSION	261
BIBLIOGRAFÍA	267
RESUMEN	287
ABSTRACT	289

INTRODUCCIÓN

Es posible, aunque quizás muy poco probable, que dentro de unos años, tal vez siglos, la humanidad pueda viajar en el tiempo, teletransportarse de un lado a otro por medio de tecnologías harto complejas, que descubra la singularidad que se oculta en lo más hondo de un agujero negro e incluso que encuentre el modo de transferir su propia conciencia a un receptáculo humanoide el cual le conceda, al fin, la tan preciada eternidad. Sin embargo, es imposible que la autora de esta tesis se encuentre en este mismo momento en dos lugares al mismo tiempo, o que este texto haya sido escrito, palabra por palabra, en dos épocas distintas completamente alejadas entre sí, y por dos personas diferentes. Asimismo, es imposible que el lector, al terminar esta monografía, se encuentre habiendo revisitado el *Quijote* de Cervantes.

Se podría decir que la imposibilidad es, por concepto, el hogar del silencio en el conjunto de las cosas existentes. Dicho de otra manera, que lo imposible es todo aquello que no está sujeto a ser realizable, es decir, que no es potencialmente viable. Por ello, la imposibilidad acostumbra a situarse en lo indecible, es la ausencia de lenguaje, y, como ya quedó advertido en el *Tractatus logico-philosophicus* wittgensteiniano, más vale callar sobre aquello de lo que no se puede hablar. La imposibilidad se advierte, por lo tanto, como algo diametralmente opuesto al acto de narrar, pues este implica, antes que nada, la creación de sentido por medio del uso del lenguaje. La generación de sentido que se descubre en la narración se sitúa, por ello, en el lugar de las cosas existentes, aunque dicha existencia sea ficcional.

Así, en su faceta lingüística, las narraciones se deslizan esencialmente por el plano de lo posible; no obstante, hay algunas excepciones que ponen en tela de juicio esta misma premisa. Esta tesis nació de la duda que plantea lo fantástico sobre el análisis semántico de la realidad ficcional y de la voluntad de hallar el lugar que ocupa lo imposible entre los territorios que construye dicha categoría literaria. Lo fantástico, entendido como expresión estética que apela a la presencia de lo imposible para generar su efecto, quiebra el argumento según el cual los mundos creados por la ficción solo pueden examinarse desde la modalidad de lo posible. Lo fantástico, conocido por transgredir los esquemas epistémicos que dan

forma a lo real, materializa los silencios que se esconden entre las cosas existentes para dar sentido a la imposibilidad.

Teniendo esto en cuenta, ha sido necesario plantear el presente estudio a partir de los fundamentos epistemológicos que ponen en relación la concepción y la estructuración idiosincrática de la realidad, para mostrar el efecto que ejerce la aparición de lo imposible sobre las dotes conceptuales del ser humano. Además de observar el peso que desempeña el contenido semántico de la transgresión fantástica sobre nuestros esquemas de lo real —los cuales dan forma a nuestro vivir y hacer cotidiano—, el debate que planteo está pensado para dar respuesta a una pregunta que se posiciona en el contexto histórico actual y, por consiguiente, en las formas de vivir y hacer cotidianas y vigentes: ¿es posible hablar de una vertiente posmoderna de lo fantástico una vez emplazados en una era donde la propia configuración de un solo plano de realidad estable se figura como un hecho insólito? Una vez planteada esta cuestión, mi intención es demostrar cómo se radicaliza el tratamiento semántico de lo imposible en la modalidad contemporánea de esta categoría ficcional, de tal modo que pueda examinarse en qué modo (y sentidos) el efecto transgresor de lo fantástico muestra —y afecta— la inestabilidad de lo real.

En otro orden de prioridades, el método de investigación seleccionado -la teoría no mimética de la ficción- presenta un modelo de análisis ejemplar a la hora de tratar los mundos que inaugura lo fantástico en cada una de sus producciones. A pesar de que esta categoría estética exige la figuración de superficies de realidad análogas a la nuestra, los modos de expresión alternativos que proporciona la semántica de mundos de la ficción permiten dar rienda suelta al examen de elementos y sucesos insólitos e inauditos pero que están integrados en campos de referencia ficcional con aire de familiaridad, una familiaridad que, en cambio, se funda en los mecanismos de confección del universo literario y no en la imitación del mundo fenoménico. Así, los instrumentos conceptuales y la terminología que envuelve la teoría de los mundos ficcionales, a través de los cuales se ha elaborado esta tesis, permitirán vislumbrar uno de los fundamentos básicos de lo fantástico: el encuentro entre el espectro de lo real —lo posible— y lo irreal —lo imposible—.

En lo que concierne a la estructura de la tesis se ha optado por proyectar un recorrido de tipo deductivo. Este mismo proceso de deducción me permitirá examinar, a partir del objeto lingüístico y sus relaciones con nuestros esquemas epistemológicos, el estatuto lógico

que adopta lo imposible tanto en la vertiente tradicional como en la vertiente posmoderna de lo fantástico. Así, el primer capítulo («Mundos ficcionales, lenguaje y realidad») asienta las bases de la óptica semántico-referencial del estudio, a través de un soporte argumental conectado sobre todo con la filosofía del lenguaje, una propuesta genuina de mundos ficcionales a los que he bautizado como «territorios extensionales». Los apartados de este capítulo suponen, pues, una demostración pautada de la relevancia de la referencia o extensión lingüística sobre el análisis y la configuración del mundo ficticio. Para dar cuenta de lo anterior, mi enfoque, que roza la doctrina del constructivismo, empieza por confrontar los términos «extensión factual» y «extensión ficcional» para mejor dar cuenta de las relaciones semánticas que hay entre el discurso acerca de lo real y el discurso acerca de lo ficticio. Mi intención, con ello, es prestar la máxima atención a la extensión ficcional como producto de la acción lingüística y mostrar que su despliegue y configuración es independiente de la extensión factual o realidad, con el fin de fundamentar una panorámica encaminada a la teoría no mimética de la ficción. Así, será necesario exponer el nexo que mantienen la extensión ficcional y la extensión factual con el hecho lingüístico y establecer la distinción entre nuestra noción de «realidad» y nuestra noción de «mundo», de tal manera que se haga patente que todo contenido semántico que se genera a partir de un enunciado está orientado a construir realidades, espacios de sentido en los que se pueda hacer viable la comunicación humana —ya estén estos espacios consagrados a la facticidad o ya lo estén a la imaginación—, y no a una mera imitación del mundo fenoménico —que si bien es fuente de sucesos, no lo es de sentido—. Por ello, el hecho lingüístico se figurará aquí como un artefacto sustancialmente idiosincrático, es decir, como punto de conexión a través del cual se generan los conceptos y la comprensión de la existencia humana; de aquí la relevancia que adquiere tanto el estudio como la presencia del lenguaje a lo largo de toda esta investigación.

Una vez definidos y resituados los tres ejes más importantes de este capítulo — mundo, realidad y lenguaje—, se procederá a la articulación de los «territorios extensionales de la ficción», para lo que será esencial abordar las propuestas más significativas del método, tanto aquellas que asientan las bases terminológico-conceptuales desde la doctrina filosófico-analítica —me refiero a la defensa de la existencia no real de los particulares ficcionales de Alexis Meinong y a la crítica hacia los particulares no existentes de Alvin Plantinga—, como de aquellas que hoy día siguen siendo las fuentes de referencia principal a la hora de trabajar

con la teoría de mundos ficcionales —estoy hablando sobre todo de la teoría del heterocósmica de Lubomír Doležel o los campos de referencia ficcional de Benjamin Harshaw—. Una vez abordados todos los tratados y cuestiones imprescindibles para construir una perspectiva de mundos ficcionales sólida, pondré en contacto las conclusiones derivadas de los apartados iniciales con este nuevo modelo, de tal forma que los «territorios extensionales» queden adscritos a un enfoque radicalmente no mimético, en el que toda fuente de conocimiento, expresión y estructuración epistémica parte del lenguaje humano y no del mundo circundante. Es importante destacar que, tras la exposición de esta última premisa, los territorios de la ficción se verán liberados de la obligación de apelar al universo fenoménico, permitiendo así imaginar realidades similares a la nuestra, pero que tienen su propia autonomía.

Con la síntesis del bloque anterior queda plasmada la línea argumentativa de la tesis: el lenguaje se figura como un aparato idiosincrático, y este mismo aparato es el encargado de generar el contenido extensional que da forma a nuestros esquemas de realidad tanto factuales como ficcionales. El hecho lingüístico, aprehendido como mecanismo inseparable de la condición humana, se constituye en este estudio como el motor epistemológico del contenido extensional de lo real: conocemos, comprendemos y creamos realidades — factuales y ficcionales— a partir de mecanismos lingüísticos.

En el segundo capítulo («Análisis semántico de la imposibilidad: territorios extensionales fantásticos»), retomaré este razonamiento para comprender el papel que juegan los territorios extensionales de la ficción, además de mi propuesta, sobre lo fantástico. A fin de ubicar mi despliegue conceptual sobre la teoría de esta categoría ficcional, será esencial soslayar el lugar que ocupa el elemento constitutivo de lo fantástico —es decir, la aparición de un elemento, evento o ente que transgrede la solidez de nuestro orden de realidad— sobre la ideación de lo extralingüístico y sobre el espectro discursivo, de tal manera que se dé cuenta de los modos en los que la referencia lingüística generada por lo imposible se entromete contra todo pronóstico entre el sentido de nuestras enunciaciones. Teniendo en cuenta el propósito de elaborar un método de análisis general de lo fantástico a través del hecho lingüístico, también será imprescindible la adhesión y revisión de los aportes teóricos más destacados de lo fantástico. Cabe decir que no solo me fundamentaré en las propuestas que ya tratan lo fantástico desde los resortes del lenguaje o desde la propia semántica de

mundos posibles de la ficción, sino que también intentaré dar con el nexo entre la definición de esta categoría, desarrollada principalmente en el siglo XX, y mi propio planteamiento. Por ello, no me ocupo de elaborar esquemas o resúmenes del conjunto de teorías sobre lo fantástico, sino que manejaré estas contribuciones de índole académica para ponerlas en contacto con mi punto de vista. Una vez observados los encuentros y disensos localizados entre el conjunto de aportes teóricos sobre lo fantástico y el mío propio, trataré de desengranar la forma en la que opera la imposibilidad fantástica entre los territorios extensionales que construye esta categoría. Para desarrollar esta labor con éxito, he considerado necesario observar cómo se configuran los campos de referencia que construyen las narraciones de lo fantástico con tal de descubrir cómo se figura nuestra idea de lo real dentro de ellos; una vez que este razonamiento quede delineado, demostraré de qué manera se incluye lo imposible entre unos esquemas de realidad que no parten del mundo fenoménico, teniendo en cuenta que la aparición de la imposibilidad fantástica representa la materialización, en el texto, de un elemento referencial insoportable para las regularidades de dicho universo narrativo. En el apartado final de este capítulo propondré que lo fantástico tradicional, entendido como primera poética concreta de la categoría, se mueve a través de un tipo específico de transgresión de las regularidades del territorio extensional que le pertenece. He definido este tipo de transgresión como «imposibilidad metafísica», en tanto que constituye una irrupción de un fenómeno inexplicable en el seno de una realidad que el lector reconoce como propia, un espectro metafísico de lo real que en este tipo de producción se figura como un plano estable y accesible. Con el fin de justificar el funcionamiento semántico de la imposibilidad metafísica, abordaré la construcción de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico tradicional como producto del lenguaje y como plano exclusivamente anexado a verdades inteligibles y, asimismo, el funcionamiento semántico de lo imposible sobre estos mismos territorios.

El avance de mi investigación se dirige a resolver la que es la discusión principal de esta tesis: ilustrar los artefactos de los que se vale la ficción fantástica posmoderna para seguir tambaleando nuestra existencia en el mundo aun estando emplazados en una era en la que ya no existen las verdades absolutas y, por consiguiente, en la que cada vez se torna más difícil localizar los cimientos de dicha existencia. Así, el tercer capítulo («Lo fantástico posmoderno y la semántica de mundos de lo (im)posible») comienza con una aproximación al estatuto del

lenguaje en la posmodernidad, que se configura como la condición de lo posible. Esto sigue la misma línea argumentativa de los capítulos anteriores, es decir, el lenguaje construye mundos —territorios extensionales— y estos mundos deben trabajar sobre el espectro de lo posible. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando el lenguaje sigue navegando entre las mareas de la posibilidad, pero en cambio ya no es capaz de materializar certezas absolutas y, por ello, tampoco genera planos de referencia firmes? Entonces, ¿qué ocurre cuando ya no existe la manera de localizar un plano de referencia estable, a través del cual lo fantástico tradicional materializaba su transgresión? A partir de estas cuestiones se hace patente que existe un cambio de paradigma en la expresión ficcional de lo fantástico, el cual da paso a la vertiente posmoderna del mismo. Este cambio de paradigma, además, está mediado por el paso de la ruptura de las regularidades de un universo instituido a nuestra medida —la medida del ser humano—, y se orienta hacia la transgresión de nuestros esquemas epistémicos, los cuales están figurados por la relación entre el sentido de nuestras enunciaciones y la referencia lingüística que da forma a dichos esquemas. Por ende, definiendo que la transgresión de lo fantástico posmoderno debe ser una transgresión del hecho lingüístico y, por ello, le he dado el nombre de «imposibilidad lingüística». La justificación de la imposibilidad lingüística se desarrolla de un modo análogo a la descripción de la imposibilidad metafísica planteada en el capítulo anterior y constitutiva de lo fantástico tradicional. Así, a fin de delinear el mecanismo semántico de lo imposible en lo fantástico posmoderno, abordaré la estructuración de la realidad como hecho lingüístico en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno y, además, analizaré el estatuto semántico-referencial que adquiere lo imposible una vez se incluye en dichos territorios. Por último, no se podía pasar por alto la reivindicación de una poética posmoderna de lo fantástico, una afirmación que adquiere relevancia frente a todo el tipo de propuestas que vaticinan el agotamiento de esta categoría en la época de producción ficcional actual. Por esta razón elaboro una confrontación entre mi enfoque y otras formulaciones, como lo «neofantástico» de Jaime Alazraki o las equiparaciones entre lo fantástico y la ficción posmoderna de Christine Brooke-Rose y Donald E. Morse, con el propósito de demostrar que lo fantástico posmoderno es una categoría ficcional vigente y en funcionamiento y que a pesar de que algunos de los argumentos de estos autores pueden ser de gran utilidad para examinar algunos rasgos de esta

categoría, la imposibilidad sigue siendo una modalidad eficaz para analizar las concavidades que hacen tambalear nuestra idea de realidad.

Aun cuando el tratamiento de lo imposible discutido en esta tesis tiene como meta ser aplicable a todas las expresiones de lo fantástico —independientemente de la lengua o nacionalidad de procedencia—, la elección del corpus literario se ha llevado a cabo sobre el panorama hispánico peninsular en aras de facilitar el análisis de los textos y de mantener la coherencia que exige la presente metodología de índole lingüística. Así, he escogido aquellos relatos fantásticos realizados por creadoras y creadores españoles que mejor plasman el tipo de transgresión situada en cada vertiente de la categoría: por un lado, la publicación original de los textos que permiten poner el foco de atención sobre el funcionamiento de la imposibilidad metafísica está contenida entre la época de expresión de lo fantástico tradicional, en este caso, los relatos seleccionados se sitúan entre los inicios del siglo XX y finales de la década de los cuarenta, y van de la mano de la escritura fantástica de Emilia Pardo Bazán, Miguel Sawa y Noel Clarasó. Por otro lado, las piezas de narrativa breve que he escogido para ejemplificar el mecanismo semántico-referencial que aventura la imposibilidad lingüística en lo fantástico posmoderno se despliegan entre la década de los ochenta y finales de los noventa del siglo XX y van de la mano de autores de la talla de José María Merino, Laura Freixas, Ricardo Doménech y Félix J. Palma. Con todo, y como excepción al conjunto de relatos de origen español-peninsular, destaco la adhesión de algunos cuentos de Jorge Luis Borges, pues no podía faltar la prosa del maestro argentino a la hora trasladar las infinitas incertidumbres epistemológicas que plantea su ficción en relación con lo fantástico y el lenguaje.

Solamente queda decir que esta tesis se presenta como uno de los pocos estudios que trata la expresión de lo fantástico posmoderno y su relación con el lenguaje a través de los mundos ficcionales, además de ser la primera investigación que lo hace desde un estadio exclusivamente no mimético. De este modo se pretende afianzar la importancia del estudio de lo fantástico entre los estudios comparatistas, así como destacar el vínculo existente entre la teoría de la ficción y la filosofía del lenguaje para poder hacer frente a las críticas y reticencias sobre el análisis semántico de la ficción, y que proceden de los estudios específicamente analítico-filosóficos.

PRIMER CAPÍTULO

MUNDOS FICCIONALES, LENGUAJE Y REALIDAD

1.1. EXTENSIÓN, LENGUAJE Y FICCIONALIDAD

1.1.1. LA AMPLITUD DE LA EXTENSIÓN: EXTENSIÓN FACTUAL Y EXTENSIÓN FICCIONAL

La filosofía del lenguaje le debe todo un siglo a Gottlob Frege, por lo que no es de extrañar que me encuentre en un lugar común al empezar este estudio apelando a una de las investigaciones de este pensador de la tradición analítica, «Über Sinn und Bedeutung» (Sobre sentido y referencia) (1892). La labor más señalada de esta investigación fue la división del significado lingüístico en dos elementos diferenciados, el *sentido* y el *referente*, siendo así que el primero corresponde al modo de presentación del signo lingüístico, y el segundo concierne a aquello que designa el propio signo lingüístico (Frege, 1998: 85-86).

El sentido y el referente no son los únicos términos utilizados para analizar el desarrollo semántico del signo y el significado lingüístico. En este estudio optaré principalmente por el uso de los conceptos «intensión» y «extensión», algo que de hecho ya va siendo habitual en las investigaciones actuales sobre semántica. Así, he tomado la exposición de Richard Kirkham en *Theories of Truth* (1995) para comprender cómo se manejan estos términos, que además siguen la teoría acuñada por Gottlob Frege: «the sense of an expression is often called the *connotation* or the *intension* of the expression, and the reference is often called the *denotation* or *extension* of the expression» (Kirkham, 1995: 4). Es legítimo por lo tanto usar la noción de extensión como un término análogo al referente, es decir, como aquel objeto o conjunto de objetos indicados por la expresión, y la noción de intensión como un término equivalente al sentido (Kirkham, 1995: 4).

De modo que la extensión se refiere al contenido de un enunciado, pero ¿en qué lugar se sitúa dicho contenido? A partir de esta pregunta es razonable que también se plantee la siguiente cuestión: ¿es posible establecer una relación directa con el mundo extralingüístico por medio del lenguaje? Esta misma cuestión supuso un auténtico quebradero de cabeza para los filósofos del lenguaje del siglo XX. De hecho, tanto Gottlob Frege como Bertrand Russell, considerados las más de las veces los padres de la filosofía del lenguaje, formaron parte de los primeros pensadores del campo de la filosofía analítica que abordarían las relaciones

semánticas entre el lenguaje y el mundo efectivo.¹ Así, una de las aportaciones más interesantes de Gottlob Frege sobre el terreno analítico fue la fundación de algunas de las bases terminológicas para todas las investigaciones venideras, sobre todo para aquellas que abordan sus objetos de estudio desde el campo de la semántica, ya sean investigaciones de índole filosófica, literaria o comparatista. Como se ha mostrado, las nociones de «sentido» y «referente» dividen el significado lingüístico en dos términos diferenciados, lo que nos permite tratar al producto lingüístico en términos de *intensión* y *extensión*.

Con todo, la cuestión terminológica del signo lingüístico no fue la única contribución relevante de este filósofo que, junto al aporte de la teoría de las descripciones de Bertrand Russell (1988), propondría el estudio de la correspondencia entre discurso y mundo y el posterior análisis del estatuto verdadero o falso del discurso en función de su adecuación al mundo factual. Esto, como es de esperar, tendrá importantes consecuencias en el campo de la teoría de la ficción; para abordar esta última cuestión, véase con más profundidad cuál sería la concepción del hecho ficcional para aquella filosofía del lenguaje anclada en la teoría de la verdad como correspondencia con el mundo extralingüístico.

La obra de Lubomír Doležel, *Heterocósmica* (1999) —a la cual se recurrirá con frecuencia a lo largo de esta tesis doctoral—, incluye las conclusiones de Frege y Russell sobre el estatuto ontológico de la ficción, es decir, sobre la correspondencia o no de los enunciados ficcionales con el mundo extralingüístico. El autor interpreta las conclusiones de estos dos filósofos dentro de lo que denominó como el modelo del «marco de mundo único» (Doležel, 1999: 14). En este modelo se agrupa toda aquella teoría de la ficción que solamente contempla un único universo legítimo del discurso, esto es, un universo que se atribuye al mundo real (Doležel, 1999: 14-15). De modo que según el modelo del marco de mundo único solo existe una extensión válida y verdadera, y esta debe ser la que corresponde al contenido de la realidad extralingüística.

Para agilizar la explicación anterior, véase lo que ocurre con la siguiente oración: «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido» (13). Con este enunciado, el escritor Juan Jacinto Muñoz Rengel inicia la novela *La*

¹ Además de Gottlob Frege y Bertrand Russell, otro de los filósofos que es considerado las más de las veces uno de los fundadores de la filosofía analítica es George Edward Moore, cuya investigación destacaría por encima de todo en el campo de la ética filosófica.

capacidad de amar del señor Königsberg (2021), en la que nos descubre al impasible Königsberg, el personaje principal de la ficción. El protagonista de esta narración resultará ser de un tipo tan peculiar que será capaz de sobrevivir —y de sobrellevar tan campante— a repetidos apocalipsis de la humanidad, pero pese a todo, el señor Königsberg se muestra como un ser humano al uso, con el número habitual de órganos y extremidades e incluso con un trabajo corriente; en definitiva, no existe ningún indicador que impida la incorporación de Königsberg al plano del mundo extralingüístico —nuestro mundo—, salvo el hecho de que es un personaje *ficcional*. Dicho adjetivo —dicha cualidad—, a saber, la de existir en tanto que ente u objeto ficcional es lo que distrae a Frege y a Russell del análisis correlacional entre lenguaje y realidad. Según la vertiente de la correspondencia entre lenguaje y realidad, todo enunciado que refiera al mundo efectivo tiene un sentido —intensión o expresión sobre el mundo— y un referente —extensión o contenido del enunciado—, y dicho enunciado es verdadero o falso en función de su correspondencia con el mundo. Pero ¿qué ocurre con las proposiciones que no se proyectan hacia el mundo extralingüístico, como los enunciados ficcionales?

Por una parte, Gottlob Frege afirmó que los enunciados ficcionales carecen de referencia y que, por lo tanto, no existe ninguna razón para apelar a la veracidad o falsedad de las proposiciones que pertenecen al terreno de la ficción, aunque si bien estas proposiciones no carecen de sentido —la intensión es localizable—, simplemente contienen nombres propios sin referente alguno (Frege, 1948: 215). Volviendo al ejemplo anterior: según Frege, el primer enunciado de la novela de Muñoz Rengel contiene un sentido, es gramaticalmente correcta y por ello podemos comprender su significado; sin embargo, el enunciado «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido» e incluso el propio señor Königsberg se inscriben en el complejo territorio de la ficción y, por ende, ni tienen extensión ni podrían incluirse en ninguna, por lo que carecen de valor de verdad. Por todo ello, Doležel atribuye a Frege un tipo de análisis semántico en el cual las proposiciones que tienen contenido ficcional están dotadas de un «sentido puro»; y, así, según la argumentación de Frege, «no existen mundos tras las palabras ficcionales. Pero como la semántica de Frege es bidimensional, puede estipular que los términos ficcionales (las representaciones), aunque sin referencias, tienen un significado, un significado constituido y agotado por el sentido» (Doležel, 1999: 16).

Por otra parte, a pesar de que la argumentación que sigue la semántica russelliana también se incluye en el modelo de marco de mundo único, las conclusiones de este filósofo irán hacia otros lares. La teoría de las descripciones de Bertrand Russell, la cual se encuentra en *Introducción a la filosofía matemática* (1918), analiza las proposiciones lingüísticas en función de la verdad o falsedad de sus expresiones, lo que estará condicionado por la correspondencia con un único marco de mundo. De esta manera se concluye que «solo hay un mundo, el mundo “real” (...). Un solo sentido de la realidad es muy necesario para plantear un análisis correcto de las proposiciones sobre unicornios, montañas de oro, cuadrados redondos y otros falsos objetos» (Russell, 1988: 149). Con esta afirmación Russell relega el terreno de la extensión hacia un solo plano: el de la realidad extralingüística. A partir de aquí es sencillo determinar, como también hacía el análisis semántico de Frege, que un enunciado ficcional como el de la novela de Muñoz Rengel, «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido», carezca de referente o extensión. Sin embargo, en este caso el valor de verdad del sentido de la oración es distinto: «las entidades ficcionales no existen, los términos ficcionales carecen de referencia (están “vacíos”), y las oraciones ficcionales son falsas» (Doležel, 1999: 15). De este modo, la teoría de las descripciones de Russell atribuye el valor de falsedad al significado derivado de los enunciados ficcionales.²

Si abordásemos los enunciados ficcionales en términos de verdad o falsedad en función de su correspondencia con el mundo extralingüístico, entonces estaríamos llevando a la ficcionalidad a un callejón sin salida que a lo sumo sirve para el mero entretenimiento, porque no genera ningún tipo de contenido semántico significativo ni mucho menos nos cuenta nada acerca de la realidad humana. No es posible analizar la ficción a partir de la extensión semántica siguiendo el modelo de mundo único, ya que no nos facilita ningún tipo de pista acerca del desarrollo del hecho ficcional. Muy al contrario, al concluir, por un lado, que el estatuto ficcional no es ni verdadero ni falso o, por otro lado, que el estatuto ficcional es simplemente falso, llegamos irremediabilmente a la determinación según la cual es

² En el artículo «On Denoting» de Bertrand Russell (1905) también puede verse la atribución de la falsedad a los enunciados que carecen de referencia: «podría suponerse que ‘el rey de Francia es calvo’ debe carecer de sentido [*to be nonsense*]; pero no carece de sentido, pues es simplemente falso» (2005: 157).

inviabile extraer ninguna información o contenido epistemológico a través de la creación estética. Lo confirma Marie Laure-Ryan:

the problem of the truth of fiction has been debated by philosophers at least since the advent of analytic philosophy, but as long as deconstruction reigned supreme in literary theory, it was largely ignored by narratologists and literary critics, who considered the concept of truth a non-issue because literature was supposed to be about language, not about external referents (2019: 1).

Abordar el lenguaje como función creadora y no como mero aparato descriptivo solamente es viable con la defensa de un discurso que afirme la existencia de la extensión ficcional al margen de los juicios veritativo-falsativos. De este modo, una de las primeras cuestiones que defiendo en mi estudio es el análisis de la extensión como garante de la función creadora de la ficción que, en consecuencia, también me llevará a investigar el contenido extensional como uno de los rasgos distintivos de la ficcionalidad. Por ello, la metodología de este estudio se apoyará sobre los argumentos propuestos por la semántica de mundos posibles que, en suma, proporciona mayor potencial a la investigación de los eventos y objetos definidos en el campo de la ficción.

Con todo, subrayo una de las cuestiones sobre la semántica de Gottlob Frege y Bertrand Russell con la que me mantengo afín. Es cierto que cuando se hace referencia al término «extensión» se está apelando, a su vez, a un plano de significación que tiene que ver con el conjunto de propiedades de un estado u objeto. Para el enunciado «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido», es atribuible una extensión que contenga propiedades tales como los rasgos del señor Königsberg y la estructuración de la realidad que habita el personaje. Tal y como ya se ha descrito, Königsberg es un tipo impasible, y como también se descubre a lo largo de la novela, es una persona muy metódica, quizás con ciertos hábitos obsesivo-compulsivos que rozan lo patológico, pero con un peculiar y fortuito instinto de supervivencia que lo llevará a sobrevivir con éxito a reiteradas calamidades, muy al contrario que sus congéneres. Aunque hartamente compleja, la realidad construida en esta historia —así como los atributos que detallan la identidad de su protagonista— conforman la extensión del universo de *La capacidad de amar del señor Königsberg*.

Se propone, así, una distinción entre «extensión ficcional» y «extensión factual». Los marcos de referencia en los que se incluyen uno y otro enunciado son distintos, y aunque redunde en la explicación, el marco de referencia del enunciado ficcional se incluye en el conjunto de extensiones derivadas de la ficción, mientras que el marco de referencia del enunciado factual —esto es, que se profiere en un contexto lingüístico ordinario y, por lo general, no ficcional— se incluye en el conjunto de extensiones derivadas de lo factual.

1.1.2. LA FICCIONALIDAD DESDE UN ENFOQUE NO MIMÉTICO

Tras afirmar que es factible operar sobre dos tipos de extensión distintos, la *extensión factual* y la *extensión ficcional*, propongo la siguiente hipótesis: si es posible plantear la existencia de la «extensión ficcional» entonces también es posible investigar los rasgos semánticos de la ficción.

La extensión factual, en principio, se distingue en función del contexto en el que se profiere, que suele ser dentro del marco de un discurso ordinario, o lo que es lo mismo, en el territorio del habla cotidiana; por ejemplo, en una charla con una colega, en una visita con el dermatólogo o en una clase de historia contemporánea. Pero ¿cómo se distingue el marco en el que se profiere la ficción? Lo habitual es que nos guiemos por un concepto tan complejo como lo es el de «realidad» o el de «mundo». Me refiero al término «ficcionalidad».

La ficcionalidad es el atributo agregado al discurso ficcional que permite distinguirlo del discurso ordinario. Además, con el hecho de apelar a un *atributo*, y no a la *forma*, a la hora de distinguir el discurso factual del discurso ficcional, quiero decir que el lenguaje empleado en la extensión factual y el lenguaje empleado en la extensión ficcional no tiene por qué diferir en sus rasgos textuales. Como afirma José María Pozuelo Yvancos:

El interés de la teoría literaria actual por la ficcionalidad se sitúa pues en este cambio de paradigma teórico que sustituye una poética del mensaje-texto por una poética de la comunicación literaria. La lengua literaria no sería tanto una estructura verbal diferenciada, como una comunicación socialmente diferenciada y pragmáticamente específica como modalidad de producción y recepción de textos. Y en esa modalidad ocupa un lugar prominente el estatuto ficcional (1994: 266).

De este modo, la comunicación se convierte en uno de los elementos primordiales para examinar la lingüística ficcional. Si los elementos formales del lenguaje —entendido aquí como aparato de transmisión de significado— son análogos tanto en el habla cotidiana como en el espacio ficcional, entonces la diferencia entre ambos modos estriba en la capacidad de distinguir el producto de ese lenguaje, por lo que esta capacidad está dirigida al receptor y no al texto *per se*. Sin embargo, esto no libra a la ficcionalidad de carga semántica, en tanto que poseedora de una habilidad que le permite crear universos ficcionales; eso sí, esta habilidad está mediada por el receptor. El receptor se instituye como el mediador de la factualidad o ficcionalidad de un producto lingüístico en tanto que es el encargado, primero, de recibir el contenido discursivo y, luego, de otorgar un gradiente ficcional o factual a dicho contenido. Así, se entiende que todo producto lingüístico estará desprovisto de gradiente ficcional o factual hasta que el receptor incida sobre él.

En lo que respecta a la cuestión de la ficción, el campo de la pragmática filosófica ha abordado el hecho comunicativo como al único plano verdaderamente relevante para advertir la presencia de la ficcionalidad de un discurso, y no como a un mero elemento más que proporcione algunos datos complementarios para el análisis semiótico del producto ficcional. La teoría de actos de habla de John Searle (1994) es una muestra muy ilustrativa de esta concepción: según el autor, «toda comunicación lingüística incluye actos lingüísticos» (1994: 26), por lo que los actos de habla forman parte, además, del significado del enunciado (1994: 27). Searle no excluye la ficción cuando se refiere a la comunicación lingüística, pues según el autor, las entidades ficcionales también existen y por lo tanto el significado de estas entidades es evaluable «precisamente porque existen en el mundo de la ficción» (1994: 86). Es más, según esta perspectiva, no habría ninguna variación entre los elementos formales de un discurso ficcional y un discurso ordinario (1994: 87).³ Esta última aseveración, a saber, que no existen diferencias formales entre el lenguaje ordinario y el lenguaje ficcional, también se exploraría en su breve estudio «The logical status of fictional discourse» (1975), en el que afirma que aquello que convierte un discurso en discurso ficcional es la disposición del acto ilocutivo que el autor dispone ante su creación, de modo que lo que hace este es

³ Lo corrobora Stanley Fish: «What philosophical semantics and the philosophy of speech acts are telling us is that ordinary language is extraordinary because at its heart is precisely that realm of values, intentions, and purposes which is often assumed to be the exclusive property of literature» (1980: 108).

fingir que ejecuta un acto ilocutivo, y el papel del receptor, que también toma partido en esta ecuación, es el de distinguir las convenciones del discurso ordinario y el discurso ficcional (1975: 325-326).⁴ Sin embargo, y a pesar de la relevancia de Searle para con el estudio de la lingüística ficcional, la reducción del estatuto de la ficción a su análisis pragmático no es del todo convincente, ya que sometería el análisis de la ficcionalidad a la mera capacidad del autor para proponer y a la mera capacidad del lector para descifrar el mensaje expuesto, lo que dejaría completamente de lado la presencia de una extensión propiamente ficcional.

Si bien cabe destacar la relevancia de las conclusiones de John Searle para esta tesis, en tanto que el lenguaje ordinario y el lenguaje ficcional no se distinguen por su estructura, añadido aquí una variación: la analogía entre discurso ordinario y discurso ficcional se mantiene sobre la «intensión»⁵ o sentido del mensaje, pero no sobre la propia extensión. No obstante, el receptor es responsable de adherir la *ficcionalidad* en la acogida del discurso, y tras esta acogida se genera la extensión ficcional.

Por ejemplo, en la oración «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido», el lector es capaz de construir la extensión ficcional que luego se integrará en el conjunto referencial de toda la mencionada novela de Juan Jacinto Muñoz Rengel. Así, el propio acto de generar el contenido extensional de la ficción, ya se entienda como acto imaginativo o de otra índole, es precisamente la *ficcionalidad*. La competencia del receptor en la creación de la extensión ficcional es a lo que Doležel habría dado el nombre de «Autenticación», que consiste en la fuerza performativa del enunciado o capacidad para crear mundos. De este modo, la creación de la extensión es una acción que se realiza siempre tras la recepción de la intención, por lo que vale decir que «la existencia ficcional es un fenómeno intensional» (Doležel, 1999: 212). Esto último también da validez a la independencia de la extensión ficcional con respecto a la extensión factual, porque no sería una reproducción de esta última. En suma, este tipo de

⁴ Searle emplearía la misma terminología de John L. Austin (1977) para referirse al «acto ilocutivo» o «ilocucionario» —aunque con cierta desconfianza con la distinción que hace el segundo entre «acto locutivo» e «ilocutivo»—, esto es, el acto que se realiza al ejecutar la emisión en la comunicación. Para un análisis profundo de la fuerza ilocutoria del lenguaje, véase el completo de su obra, *Actos de habla* (1994).

⁵ Kirkham define la «intension» como: «the sense or connotation (...), the intension of an expression is the informational content of the expression, as distinct from the set of objects denoted by the expression» (Kirkham: 1995: 8). De modo que para el ejemplo aportado en las páginas anteriores «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido», la intención estaría constituida por la información que da sentido al enunciado y no por el conjunto de características que configuran al señor Königsberg ni por el conjunto de características que conforman su día a día.

extensión tiene carácter no mimético en tanto que no imita el contenido de la realidad factual, sino que reproduce los dictámenes del texto.⁶

Sin embargo, la ficción —y para lo que compete a este estudio, la ficción literaria— es algo más que un mero producto de la comunicación. La ficción incluye la creación de planos en los que se desarrollan universos con un conjunto de reglas internas, ya sean más o menos afines a las regularidades a través de las que, según creemos, funciona el mundo extralingüístico. La ficción es un tejido que se nutre de los propios códigos del lenguaje, y las más de las veces el mismo lenguaje está cifrado en otros productos o extensiones ficcionales.⁷

El lenguaje ficcional habilita el acceso a otros universos, algunos conformados por realidades diversas, y aunque estas puedan estar configuradas por estructuras semánticas ignotas, no tienen por qué dejar de ser hábiles en la reflexión filosófica, ética, política o cultural, en la crítica social o en la estética, el entretenimiento e incluso en la didáctica; en definitiva el lenguaje ficcional elabora universos repletos de significados inherentes a la condición humana, que en cambio no serían abordables si nos empeñásemos en aprehender nuestro cosmos únicamente a través del análisis de la realidad extralingüística, y es que «la obra literaria no es la comunicación, sino lo comunicado y en esencia lo comunicado es imaginario, no sólo en su ser o no real o empírico, sino previo a eso, en ser un hablar imaginario, representación de hablar, imagen y no cosa, signo y no objeto» (Pozuelo Yvancos, 1994: 277).

Félix Martínez Bonati añade al respecto que el contenido existencial de lo ficcional no es más que un contenido dado en la imaginación del receptor, y que no viene sino prestado por la existencia del objeto al que representa, por lo tanto la ficción solo existiría en tanto que representación, como una especie de «como si», un hecho ilusorio, un fingimiento asumido por un signo que pretende referir a un hecho verdadero y que solamente puede

⁶ Véase el desarrollo de esta argumentación en el apartado 1.3.

⁷ Con estas afirmaciones se pretende esquivar el estatismo del estructuralismo en su concepción del lenguaje poético. De la misma manera que en 1967 Julia Kristeva elaboró el texto «Bakhtine, le mot, le dialogue et le roman» para tomar prestada la lógica de Mijaíl Bajtín y declarar que «la estructura literaria no *es*, sino que se *elabora* con respecto a otra estructura. (...) la “palabra literaria” no es un *punto* (un sentido fijo), sino un *cruce de superficies* textuales, un diálogo de varias escrituras: del escritor, del destinatario (o del personaje), del contexto cultural actual o anterior» (1997: 2); a partir de lo que constituiría su definición de «intertextualidad»: «todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad» (1997: 3).

hacerse real en la mente del receptor (1992b: 101, 104). Por ello no es de extrañar que la teoría de la ficción de Martínez Bonati se incluya dentro de un estadio mimético o «realista», ya que no deja lugar para la creación de extensiones ficcionales, las cuales quedarían substituidas por una suerte de representaciones que intentan imitar las estructuras de la extensión factual. Como ya se ha adelantado en el párrafo anterior, la perspectiva general que abordo en esta tesis sostiene que la relación entre ficción y factualidad mantiene ciertas analogías en algunos estratos del lenguaje —como en la intensión—; en cambio, el valor extensional de la ficción se aborda como un fenómeno no-mimético. En suma, mi defensa se dirige a afirmar la existencia de la extensión ficcional, su independencia con respecto a la extensión factual, y la interdependencia entre intensión ficcional e intensión factual.

Una de las implicaciones que se derivan al seguir un enfoque no-mimético de la ficción es que no es necesario remitir a elementos extratextuales para formar la extensión ficcional. En este sentido es interesante la propuesta de Ruth Ronen (1986), que defiende la autonomía del texto para crear sus propios referentes. Para ello, la autora apela a una especie de «marcos» («Frames»), en los que se codificarían estructuras de información capaces de generar situaciones estereotipadas o convencionales (Ronen, 1986: 432). De hecho, y siguiendo mi planteamiento, estos «marcos» ocupan el mismo lugar en el que situó la extensión ficcional, y la propia capacidad del lenguaje para generar estos marcos es aquello que permite que la ficción se emancipe de los elementos extratextuales o factuales: «thus, the Frame does not emerge from an extra-textual information-structure. The literary text constructs the Frame in which elements are associated by convention. Since the Frame itself is a textual construct, the conventional or the stereotyped situation does not necessarily exist in our extra-textual knowledge and may be the creation of the individual text» (Ronen, 1986: 433). En suma, lo importante de esta afirmación es que avala la capacidad del lenguaje para *construir* los estereotipos que permiten reconocer su estatuto epistemológico —es decir, qué marco o extensión nos permiten aprehender—. Dicho de otro modo, estos estereotipos no son sino uno de los modos en los que el receptor reconoce y discierne entre la ficcionalidad o la factualidad del discurso.

Así, el lector de un texto ficcional asume o identifica las estructuras del marco o extensión ficcional del mismo modo en el que identifica las estructuras de la extensión factual, pero esto no quiere decir que el primero sea una copia o representación del segundo,

sino que ambos procesos son sometidos a una decodificación del lenguaje, en pro de la formación de uno u otro tipo de marco o extensión. En otras palabras, aquello que genera los estereotipos o consensos que habilitan la asunción de un texto como texto ficcional es el lenguaje en sí, y no su reflejo con la extensión factual: la ficción se respalda sobre el hecho lingüístico, y no sobre el mundo extralingüístico.

1.1.3. LA EXTENSIÓN FICCIONAL COMO CONSTRUCTO

En las líneas anteriores se ha tratado de definir una de las propuestas más significativas de este primer capítulo de la tesis: el aserto de la existencia de la extensión ficcional y su posterior independencia con respecto a la extensión factual permite apuntar hacia la idea según la cual no existe ningún tipo de ventaja epistemológica en el plano factual con respecto al plano ficcional; esto es, que el acceso a ambos planos se realiza desde el mismo lugar: el lenguaje.

Tal y como ha quedado delineado, la ficcionalidad es un rasgo indisoluble en la recepción del texto ficcional y sobre el que participan distintos mecanismos lingüísticos. Para que el estatuto ficcional se adhiera dentro de un plano extensional es necesario atender a procesos pragmáticos y semánticos, así, «una obra de arte literaria se integra en el proceso de comunicación literaria como un ‘mensaje’ específico (signo) transmitido de una fuente (el autor) a un destinatario (el lector) (...). Todas las ‘partes’ del signo complejo, así como todas las relaciones funcionales entre las partes individuales y entre las partes y el todo, se convierten en portadoras de la significación» (Doležel, 2002: 185). Por ello es posible afirmar que tanto la ficcionalidad como la factualidad son constructos humanos mediados por el lenguaje; el receptor es quien reconoce el contenido un enunciado y en este proceso de reconocimiento se construye respectivamente la extensión ficcional o factual. Esta postura se opone al debate que mantienen las teorías analítico-filosóficas iniciales, que se limitan a examinar el contenido y veracidad de un enunciado según su correspondencia con el mundo extralingüístico —como las de Gottlob Frege y Bertrand Russell—.

Por otro lado, véase que probar la existencia de la extensión ficcional es incompatible con toda línea de pensamiento que afirme la posibilidad de acceso al contenido objetivo del mundo extralingüístico, dicho de otro modo, según mi perspectiva, ninguna de las formas

que adopta el lenguaje conforma un reflejo de la realidad empírica, y esto se adhiere tanto a la extensión factual como a la extensión ficcional ya que, tal y como arguye A. P. Foulkes «literary meaning is no more tied to objective semantic signposts than it is restricted to our empirical knowledge of the world» (Foulkes, 1975b: 63).⁸

En investigación filosófica se usa el término «realismo metafísico» para referirse a aquellas doctrinas que afirman la independencia del mundo fenoménico con respecto a nuestros esquemas conceptuales, de modo que «un realista metafísico es, pues, quien sostiene que sólo tenemos derecho a llamar “verdad” a lo que corresponde con una realidad independiente y “objetiva”» (Von Glasersfeld, 1994: 22). En este sentido, cualquier derivación del realismo metafísico rehuiría de toda interpretación del hecho ficcional como ente existente. Si bien es cierto que la literatura comparada no tiene por qué buscar solución a los problemas clásicos de la filosofía —ni tampoco es la intención de este estudio dar argumentos a favor o en contra de las cuestiones cruciales de la metafísica—, sí que es coherente intentar abarcar algunas de las implicaciones que acarrea la defensa de la semántica de la ficción y, como tal, del análisis de las propiedades de los entes y fenómenos que pueblan sus universos, aunque sea en calidad de construcción de «estados posibles sin existencia real» (Doležel, 1999: 35). Como apuntaba, no es posible adecuar la oración «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido» al binomio «verdad–falsedad» en términos de correspondencia con el mundo factual; el señor Königsberg es un personaje ficcional que pertenece a la extensión ficcional de la novela, y las propiedades de este personaje y de este territorio de ficción se analizarán sobre dicha extensión. Sin embargo, si decidiéramos tratar la ficción como una cuestión totalmente ajena al horizonte del ser humano incurriríamos en un análisis hartamente superficial y anodino de lo que verdaderamente supone el discurso ficcional para el entendimiento de los aspectos más relevantes de la condición humana.

⁸ Según Foulkes, el intercambio de códigos que se produce en la recepción de un discurso es lo que permite atribuir el carácter ficcional o no ficcional de una obra (1975b: 58). En otros términos, la ficcionalidad o la factualidad no se distingue porque represente o no una imagen del mundo, sino por los códigos dispuestos en la recepción. Esto no quiere decir que los discursos factuales —es decir, discursos que pretenden hacer referencia a la realidad extralingüística— no sean fiables, lo que ocurre es que no puede decirse que sean verdaderos con relación a su correspondencia con el mundo. Dicho en otros términos, son fiables en tanto que estos discursos permiten la comunicación entre hablantes.

Aunque las doctrinas afines al realismo metafísico —como la mayoría de enfoques de la filosofía tradicional en su afán por hallar la correspondencia entre pensamiento y mundo objetivo (Watzlawick, 1994: 18)— podrían oponerse a la defensa del componente *constructivista*⁹ del hecho ficcional y, asimismo, aducirían que los territorios ficcionales están desvinculados de los asuntos propios del ser humano, sería incongruente no abordar aquellos motivos presentes en las obras ficcionales que nos permiten reflexionar acerca de algunos aspectos vigentes en la naturaleza humana; por proponer algunos casos, pensemos en la imagen de la barbarie del colonialismo, como sugirió el relato del capitán Marlow en *El corazón de las tinieblas* (1899), de Joseph Conrad; en la magnitud que puede alcanzar el poder a través de la habilidad creadora de vastos universos épicos, como los de J. R. R. Tolkien; en la cruda imagen decimonónica de la desilusión y el hastío que incidía sobre la burguesía, gracias a *Madame Bovary* (1857), de Gustave Flaubert; o en las múltiples posibilidades de organización política que aventura el ecofeminismo, tal y como proponen las utopías de Úrsula K. Le Guin. Asimismo, en la teoría de lo fantástico —de hecho, nuestro campo de estudio—, se afirma con creces la destreza de dicha categoría ficcional para «explorar y representar todo aquello que se nos escapa de la realidad y de la compleja interioridad del ser humano» (Roas y Casas, 2016: 16). Y es que a pesar de la supuesta distancia insalvable que se establece entre la ficción —sobre todo en las vertientes no miméticas— y la verdad objetiva del mundo extralingüístico, sería muy poco prudente vislumbrar una investigación que no atienda a las diversas realidades que, en definitiva, se construyen en los universos ficcionales.

El hecho de abogar por una teoría de la ficción de tinte constructivista —sobre la que se centrará el posterior análisis de los rasgos semánticos de la imposibilidad de lo fantástico tradicional y posmoderno— no tiene por qué rehuir de los significados inmanentes a la condición humana, ni tampoco tiene por qué relegar el estatuto de la ficción a un simple divertimento. Bien al contrario, la perspectiva constructivista también apela al saber, y aunque la crítica se refiera constantemente a este enfoque refiriéndose a él como a una

⁹ David Roas nos recuerda que la filosofía constructivista asume que «la realidad no existe antes de la conciencia que nosotros tenemos de ella, lo que la convierte en una construcción subjetiva» (2011: 26). En el mismo sentido, el autor nos invita a revisar, además de la obra de Watzlawick (*La realidad inventada*, 1989), algunas de las teorías de relevancia que elaboraron otros filósofos constructivistas, como *Maneras de hacer mundos* (1978), de Nelson Goodman, o *Realidad mental y mundos posibles* (1986), de Jerome Bruner.

vertiente «radical», este mismo componente es lo que permite al constructivismo romper «con las convenciones y desarrolla[r] una teoría de conocimiento en la cual éste ya no se refiere a una realidad ontológica, “objetiva”, sino que se refiere exclusivamente al ordenamiento y organización de un mundo constituido de nuestras experiencias» (Von Glasersfeld, 1994: 25).

De esta manera, la construcción de mundos o extensiones ficcionales proporciona el hallazgo de otros modos de experimentar la realidad: quizá la meta de las doctrinas filosóficas tradicionales fuera la de encontrar la forma de fundamentarse en un único modelo extensional, a saber, la confluencia de una extensión factual que además coincida con la realidad objetiva, pero esta forma de conocimiento —más propia de la ontología— deja al margen las múltiples posibilidades en las que se podría desenvolver la vida humana, y «no nos dice nada —ni puede decirnos— acerca de cuántos otros caminos pueden haber ni cómo esa experiencia que consideramos el fin puede estar conectada con un mundo más allá de nuestra experiencia» (Von Glasersfeld, 1994: 25). La ficción, en cambio, propone alternativas diversas a los modos efectivos del ser, como ocurre en «El jardín de senderos que se bifurcan» de Jorge Luis Borges: del mismo modo que los laberintos infinitos que se entrelazan entre sí, en la novela —homónima al título del relato— de Ts’ui Pên, la ficción no opera «en un tiempo uniforme, absoluto», sino en «infinitas series de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades» (Borges, 2011: 116). Los jardines de Ts’ui Pên se muestran como una suerte de territorios de la ficción, quizá sus lugares y tiempos no existan, pero tampoco existe un modo de transferir toda la vastedad del conocimiento y la existencia a través de un solo producto semiótico, y por ello la virtud de la ficción se encuentra en la noción «posibilidad», porque le permite explorar todos los modos de ser de la realidad —pretérito, presente, futuro y condicional— y extrapolar así la experiencia del ser humano hacia algo más que los terrenos de lo efectivo o lo extralingüístico.

No es casual que el uso del término «posibilidad» se emplee en la configuración de las teorías de mundos ficcionales, y es que a pesar de que lo meramente posible no siempre derive en aspectos relacionados con el mundo factual o fenoménico, sí se vincula con la realidad del ser humano. Las tesis del constructivismo son susceptibles de ponerse en relación

con esta concepción de lo posible: si aprehendemos que la extensión ficcional es un constructo del ser humano y que dicho constructo se fundamenta en las relaciones derivadas del lenguaje pero no como reflejo del mundo objetivo, entonces se despliega todo un universo de oportunidades gracias a las cuales se puede ejecutar la configuración de los mundos ficcionales —tantos como sean imaginables—.

Según el enfoque constructivista de Siegfried J. Schmidt, el lenguaje trabaja de forma connotativa y no denotativa (1984: 260), esto quiere decir que toda significación derivada del hecho lingüístico se agrega *a posteriori* de la enunciación y que, por lo tanto, el significado no es un elemento inmanente en el lenguaje. El sistema de Schmidt distingue dos estructuras dentro del sistema lingüístico: el «TEXT», relativo al fenómeno físico, propio de la socialización de los hablantes del lenguaje natural u ordinario, y el «KOMMUNIKAT», que concierne a la estructura cognitiva y el significado, ambos asignados al fenómeno (Schmidt, 1984: 261).¹⁰ En este estudio, la definición del KOMMUNIKAT se asimila a la adecuación del término «extensión», ya que tanto en la variante factual como en la variante ficcional, la extensión se atribuye al plano de significación guiado por el conjunto de propiedades de objetos o estados. Siguiendo la propuesta de Schmidt, el KOMMUNIKAT es un constructo resultado de la idiosincrasia del sujeto (1984: 262), es decir, que depende del modo de ser del individuo y no de la ontología del mundo. Así, los procesos de comunicación y socialización son los que ejercen de jueces y conforman las normas del lenguaje, y no el contenido metafísico de la realidad extralingüística.

De hecho, Schmidt asegura que la realidad también es un constructo y, además, el uso que el autor le atribuye a este término, es decir, a la expresión «realidad», no es muy distinto al que se ha concedido en este apartado a la «extensión factual». Una de las dificultades de abogar por las tesis del constructivismo es la de encontrar una distinción entre discurso ficcional y discurso ordinario; en mi estudio, la dificultad se contiene en la distinción entre «extensión ficcional»¹¹ y «extensión factual», puesto que ninguna de las dos considera

¹⁰ Según indica Schmidt, la terminología «TEXT/KOMMUNIKAT», de origen alemán, no se puede traducir al inglés —ni tampoco al español— sin perder las implicaciones constructivistas. En cambio, se propone traducirlas por «surface text» (superficie del texto) y «communicative text» (texto comunicativo), aunque esto puede hacer que se confunda al texto como una estructura objetivamente dada, por eso Schmidt mantiene la terminología original (Schmidt, 1984: 261).

¹¹ En el estudio de Siegfried J. Schmidt se distingue la ficcionalidad del KOMMUNIKAT —del discurso— a través del sistema «LITERATURE». Este sistema es, por consiguiente, el encargado de definir las propiedades o normas de la ficcionalidad y de distinguirse, así, del discurso ordinario (Schmidt, 1984: 273).

a la realidad extralingüística como modelo de representación. La extensión del enunciado «No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido» se formaría por medio de los consensos establecidos en los contextos ficcionales —las realidades generadas en otras ficciones— de los lectores. En suma, si se examina el lenguaje como una unidad de comportamiento que es inherente a la idiosincrasia humana, y no como un sistema de signos, es viable escapar de las doctrinas de la lingüística que apelan a la ontología del mundo (Schmidt, 1984: 262). Además, el hecho de apelar a los rasgos idiosincráticos del lenguaje para aprehender el contenido extensional de una proposición no es incompatible con la existencia de unidades de significado compartidas por todo un sistema de hablantes, solo que remite a la convención y no a la correspondencia con el mundo extralingüístico. Por ello, tampoco es incompatible con la afirmación propuesta en párrafos anteriores, según la cual el sujeto receptor es el que descodifica las estructuras de información adheridas en los discursos —la intensión— para generar sus propios referentes estereotipados —convencionales o consensuados—, y gracias a estos estereotipos y al sistema de normas resultado de los procesos de comunicación, atribuye el estatuto ficcional o factual a dichos discursos.

En conjunto, los razonamientos que se han presentado hasta ahora incurren en una premisa elemental: que ni la ficcionalidad ni tampoco la factualidad vienen dadas *con anterioridad* al discurso, esto es, que no están en completa relación con un plano extralingüístico, el cual otorgue uno u otro estatuto en función de su correspondencia con dicho plano ontológico. De este modo, ficcionalidad y factualidad son un fenómeno lingüístico que aparece *después* de la enunciación.¹²

Al respecto, el posicionamiento contrario al enfoque de los mundos ficcionales se funda en la mimesis literaria. En líneas generales, la perspectiva mimética de la ficción se define como representación de la realidad (Auerbach, 1950)¹³. De este modo, dicha postura se presenta como la armadura argumental del realismo literario que, de forma simplificada,

¹² La justificación de la identificación de la factualidad como formación extensional posterior a la enunciación se presenta en el siguiente apartado (1.2.), en el que se observará por qué no es lo mismo referirse al mundo extralingüístico que referirse a la realidad. La justificación de la extensión ficcional como formación extensional posterior a la enunciación se presenta en el apartado 1.3. y es la base fundamental del enfoque radicalmente no mimético de los mundos ficcionales.

¹³ Según el desarrollo de este concepto en el estudio que realizó Erich Auerbach: *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* (1950).

se transcribe como la asunción de un plano de realidad que viene dado con anterioridad al texto y que proporciona los elementos y arquetipos que el discurso ficcional trata de imitar. El análisis epistemológico de este posicionamiento es cercano al que tomó el realismo metafísico en la tradición filosófica: la mimesis o realismo literario depende ya no solo de la existencia del mundo extralingüístico, sino también de la posibilidad de asimilar un plano de realidad independiente al lenguaje e independiente a la idiosincrasia humana; es decir que según este enfoque el mundo fenoménico es el único modelo de imitación y la ficción únicamente reproduce de distintas formas a este modelo. Dicho de otro modo, la mimesis «justifica la existencia de B (el texto) a partir de A (una realidad ajena a él: el mundo o el autor)» (Garrido Domínguez, 2011: 84).¹⁴ El lenguaje y los elementos idiosincráticos, en este caso, solo servirían como vehículos de los significados del texto, muy al contrario de lo que se pretende defender en esta tesis: que el lenguaje y la idiosincrasia son los creadores de significado. Esta concepción del hecho ficcional es heredera de la doctrina aristotélica, por lo que se mantiene acorde con la definición que el filósofo de la antigua Grecia atribuyó a la mimesis: «el poeta (...) tendrá que imitar una de las tres maneras posibles; o bien como eran las cosas o son, o bien como se dice o se cree que son, o como deben ser» (Aristóteles, 2016: 102). Así, para la doctrina aristotélica, el punto de partida siempre es la imitación de la realidad extralingüística.

Estudios como *Teorías del realismo literario* (2004), de Darío Villanueva, dan fe del fuerte aporte de la mimesis o realismo literario en la historia de la teoría de la literatura. Villanueva, además de elaborar un extenso recorrido por distintas tesis realistas y ponerlas en contacto con la mimesis aristotélica en John Locke o Jonathan Swift (2004: 38-39), por ejemplo, o con conceptos como el «realismo genético»¹⁵ en George Lukács (2004: 57), también efectúa una propuesta genuina y harto interesante para este estudio, el «realismo intencional»:

¹⁴ Cuando la realidad ajena a B (el texto) se atribuye al autor se puede aludir al realismo literario como «realismo genético», que «todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor (...). Todo ello dará como resultado una reproducción veraz de aquel referente» (Villanueva, 2004: 43), por lo que sigue el mismo esquema de la mimesis en el que se asume la preponderancia de una realidad independiente del ser humano, y modelo del producto literario, aunque presumiblemente asimilada aquí por la sensibilidad del autor.

¹⁵ Véase la nota anterior.

Nos acercamos así a la comprensión del realismo no desde el autor o el texto aislado, sino primordialmente desde el lector, con todos los avales necesarios de la fenomenología que no concibe una obra de arte literario en plenitud ontológica si no es actualizada, y una pragmática que no considera las significaciones sólo en relación al mero enunciado, sino desde la dialéctica entre la enunciación, la recepción y un referente.

(...) el realismo literario es un fenómeno fundamentalmente pragmático, que resulta de la proyección sobre un mundo intensional que el texto sugiere de una visión del mundo externo que el lector —cada lector— aporta (Villanueva, 1990: 192-193).

El *realismo intencional* de Villanueva es quizá la perspectiva mimética más cercana a nuestro punto de vista, debido al peso que el autor atribuye a la figura del lector, el cual es, en definitiva, el agente que genera la extensión ficcional a través de la comprensión de la intensión textual. Como también ha subrayado A. P. Foulkes, «meaning also derives from notions of social acceptability which will affect both understanding of textual relationships and the decoding of texts. That conditions for intersubjectivity vary from age to age, from society to society, and from one universe of discourse to another» (Foulkes, 1975a: 55), por lo que se reafirma que la génesis del hecho extensional es un fenómeno que recae sobre el sujeto receptor, pero lo hace en un marco intersubjetivo que —como se ha deducido con anterioridad a través de las tesis del constructivismo— se fundamenta sobre los consensos y normas de nuestro sistema lingüístico e idiosincrático. Sin embargo, la razón por la cual el enfoque de Villanueva se mantiene dentro de la perspectiva del realismo es justo el mismo motivo por el cual la argumentación aquí presentada se sitúa en un estadio no-mimético de la ficción: para este autor, la extensión ficcional no posee la autonomía que se le presupone a la teoría de mundos posibles (Villanueva, 1990: 191-192).

El estudio completo del realismo literario o ficcional está más allá del alcance de esta tesis, sin embargo, las afirmaciones presentadas son suficientes para acotar el marco semántico ficcional sobre el que trabajo: que la extensión ficcional se concibe *a posteriori* de la enunciación, que esta es autónoma con respecto a la ontología del mundo fenoménico y, asimismo, que el contenido extensional del discurso ficcional es un constructo lingüístico.

El lenguaje en ficción y, en concreto, la esfera semántica del lenguaje en ficción goza de cierta elasticidad y autonomía —que no arbitrariedad—, lo cual entra en contraste con el lenguaje ordinario. En el siguiente apartado se abordará con profundidad una de las

cuestiones que se han abordado a lo largo de esta sección: la diferencia entre las estructuras de realidad del sujeto y el concepto de mundo, entendido este último como mundo fenoménico o extralingüístico.

1.2. RELACIÓN LENGUAJE-MUNDO Y RELACIÓN LENGUAJE- REALIDAD

1.2.1. MÁS ALLÁ DEL LOGOS: EL LENGUAJE Y LO EXTRALINGÜÍSTICO

¿El lenguaje es un rasgo distintivo del ser humano? Es imposible responder a esta pregunta sin adentrarse en un debate demasiado extenso para el campo en el que se inscribe este estudio. Pero si algo es cierto es que en el lenguaje existe la capacidad de comunicar, y por lo tanto la comunicación podría fijarse como uno de los *atributos* del lenguaje, pero no como uno de los elementos que lo convierte en un aparato exclusivamente humano, pues es bien sabido que el reino animal, por ejemplo, está repleto de prácticas que permiten a los seres de una determinada especie transmitir una suerte de información que, las más de las veces, es esencial para su propia supervivencia y para relacionarse con el entorno. Con todo, una de las cuestiones que sí que se conformaría como una particularidad de la especie humana es relativa, precisamente, al empeño para atribuir sentido y dar contenido a su entorno, más allá de establecer una mera relación de simbiosis con él. Así, el ser humano aprehende y se relaciona con su alrededor a través de la adjudicación de nombres y formación de significados, y todo esto lo hace a través del lenguaje.

Las propiedades del lenguaje humano son uno de los atributos distintivos de la especie. Por ello, no puede negarse la codependencia de las particularidades lingüísticas del sujeto y la aprehensión tanto de aquello que llamamos «mundo», como de aquello que apodamos como «realidad». No será hasta la llegada del siglo XX que se presente un cambio de paradigma que claramente situará al *lenguaje* en el centro de atención de la epistemología. El «giro lingüístico» es el término que acuñaría Richard Rorty (1970) para explicar los cambios que experimenta el pensamiento filosófico en la era contemporánea al señalar un nuevo objeto de estudio, el lenguaje. De esta manera, las doctrinas que surgieron en el pensamiento contemporáneo intentarían dar solución a los problemas de la filosofía tradicional a través del análisis del lenguaje. El giro lingüístico de la filosofía advierte un cambio de interés conceptual: el foco de atención ya no se sitúa sobre el estatuto ontológico del mundo o los estados de la conciencia del sujeto, sino que ahora se localiza en los

fenómenos que rodean el estudio del lenguaje, como la pragmática, la semántica, el estilo, la forma, etc.

Ya se ha visto como las tesis de Gottlob Frege —y posteriormente, las de Bertrand Russell— mostraban los orígenes de la filosofía analítica propiamente dicha (Bonet, 2009: 273-274). El análisis de la equivalencia entre el contenido del lenguaje y el contenido del mundo extralingüístico forma parte de las prácticas de la filosofía analítica, a través de las cuales esta doctrina prueba de dar con los mecanismos de correspondencia entre ambos objetos de estudio. De modo que el motivo principal de la primera filosofía del lenguaje no consiste en el examen de las habilidades conceptuales del sujeto humano, sino en las cuestiones que se incluyen en el sistema de significación lingüístico.¹⁶

Con todo, la filosofía analítica no ha sido la única doctrina del pensamiento que ha abordado el estatuto del lenguaje; la denominada *filosofía continental* también ha intentado trazar puentes entre los ámbitos del lenguaje, el sujeto y el mundo. Si bien el enfoque de la primera filosofía analítica supone una *epistemologización* del lenguaje, en tanto que este se asimila como forma de describir el mundo —es decir, el lenguaje es aprehendido como la herramienta que utiliza el sujeto para conocer el contenido de la realidad extralingüística—; la filosofía continental, en cambio, configura una *ontologización* del lenguaje: en este caso, el lenguaje no es una mera herramienta epistemológica que sirve como canal de acceso al contenido del mundo, sino que forma parte de la idiosincrasia humana y que, además, carga de contenido a la realidad extralingüística.¹⁷

¿Qué significa hablar del lenguaje como un elemento indesligable de la idiosincrasia humana? y, más aún, ¿qué quiere decir que el contenido idiosincrático del lenguaje humano cargue de contenido a la realidad extralingüística? A pesar de la afinidad de mi estudio para con la metodología de la filosofía analítica, consideraré ciertas conclusiones acerca del

¹⁶ Ya se ha visto que la perspectiva de mi estudio se aleja de esta primera concepción derivada de la filosofía analítica, de manera que el sujeto receptor se mantiene aquí como agente principal de la atribución del significado lingüístico.

¹⁷ Con referencia al contexto del pensamiento occidental del siglo XX, Jaakko Hintikka menciona a los filósofos analíticos interesados en el problema del lenguaje y la realidad, como Gottlob Frege, Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein, el conjunto del Círculo de Viena y Willard Van Orman Quine. Luego expone también a los filósofos continentales también interesados en la cuestión del lenguaje, como Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer (Hintikka, 1989: 54). Con todo, dentro del marco del pensamiento contemporáneo también se encuentran otras posturas que proponen la reinterpretación del lenguaje como cálculo, en este caso sugeridas por logicistas como George Boole, Charles Sanders Peirce, Ernst Schröder, Leopold Löwenheim, Kurt Gödel, Alfred Tarski o Richard Montague (Hintikka, 1989: 54).

lenguaje propuestas desde la filosofía continental contemporánea. Martin Heidegger escribió en su *Carta sobre el Humanismo* que «el lenguaje es la morada del ser. En su morada habita el hombre» (2000: 11); según mi interpretación, todo aquello que da sentido a la existencia del ser humano está formado y contenido en el lenguaje, y no puede decirse nada acerca del sujeto ni del lugar en el que este habita que no sea a través del hecho lingüístico. Sin la necesidad de atenerme a la totalidad de las propuestas heideggerianas, entiendo aquí que la relación entre idiosincrasia y lenguaje se basa justamente en una afirmación similar a la que propuso el pensador alemán:

También nombres como «lógica», «ética», «física» surgen por primera vez en escena tan pronto como el pensar originario toca a su fin. En su época más grande, los griegos pensaron sin necesidad de todos esos títulos. Ni siquiera llamaron «filosofía» al pensar. Ese pensar se termina cuando sale fuera de su elemento. El elemento es aquello desde donde el pensar es capaz de ser un pensar. El elemento es lo que permite y capacita de verdad: la capacidad. Ésta hace suyo el pensar y lo lleva a su esencia. El pensar, dicho sin más, es el pensar del ser. (...) El pensar es del ser, en la medida en que, como acontecimiento propio del ser, pertenece al ser (Heidegger, 2000: 15).

En síntesis, el pensamiento sobre el *ser* —sobre la existencia— se establece en el lenguaje, pero este lenguaje no puede salir del pensamiento, porque le pertenece, de ahí su atributo idiosincrático. Para desgranar la oscuridad genuina del discurso de Heidegger y esclarecer la recursividad de este último aserto, pensemos en la acción de *nadar*, que solo es realizable si nos encontramos dentro de un entorno con agua y, por ende, no tiene ningún sentido plantear esta habilidad fuera de ella. En una analogía algo superficial, podemos imaginar al pensamiento sobre la existencia como a la acción de nadar, mientras que el lenguaje sería el entorno acuático: el pensamiento, en el que también se imbuje la reflexión sobre la realidad, se desenvuelve desde dentro del lenguaje y la idiosincrasia, por lo tanto, todo acto de pensar es lingüístico. Con todo, todas las nociones sobre la existencia —realidad, mundo, verdad, ontología, etc.— pertenecen al ser humano, del mismo modo que todas las formas de nadar solo pueden realizarse dentro del agua. Es aquí donde se establece la noción de ontologización del lenguaje: la forma de pensar el mundo o la realidad, y la propia noción y contenido de «mundo» y «realidad», es lingüística. Todas las inferencias y consideraciones

que proferimos acerca de la realidad extralingüística, incluso el hecho de enunciar un concepto como el de «realidad extralingüística» se hacen desde una posición muy concreta, la posición que ocupa el ser humano en dicha realidad, su propia existencia en el mundo, pero no hay nada que pueda decirse desde fuera del ojo humano o desde el exterior de nuestra capacidad de conceptualizar y nombrar, del mismo modo que no se puede nadar fuera del agua.

De esta manera, en este estudio me sitúo en la perspectiva según la cual el lenguaje es el hacedor de la realidad. El lenguaje construye al mundo, tanto al factual como al ficcional, no es por lo tanto un aparato descriptivo —como sí propone gran parte de la filosofía del lenguaje de principios del siglo XX—, y es que «se trata de dos actitudes filosóficas, una que tiende hacia la episteme y, por ende, abre la realidad en términos de conocimiento; la otra que tiende hacia el ser y, por ende, abre la realidad en términos vitales y existenciales» (González Valerio, 2006: 82). Mi disposición se adecua a la segunda actitud: como promulga la filosofía constructivista, la realidad no es un plano objetivo que cabe descubrir, sino que es una construcción subjetiva. Así, Paul de Man afirmó que el signo lingüístico no posee ninguna estructura privilegiada frente al fenómeno ontológico —impugnando así las bases del estructuralismo y cuestionando la capacidad referencial del lenguaje—, dado que «en el lenguaje corriente de la comunicación, no existe *a priori* una posición privilegiada del signo sobre el significado o del significado sobre el signo; el acto de la interpretación tendrá siempre que volver a restablecer esta relación en cada caso particular» (1991: 16), David Roas coincide en que una vez que la capacidad referencial del lenguaje se ha puesto en tela de duda, entonces la realidad «es una construcción artificial de la razón: en lugar de explicar la realidad de un modo objetivo, la razón elabora modelos culturales ideales que superpone a un mundo que se considera indescifrable» (2011: 29); la realidad se vislumbra así como un plano generado por la disposición racional del ser humano y a través de las formas lingüísticas que emanan de su idiosincrasia. Al abogar por esta perspectiva será posible proponer un tipo de semántica ficcional que asuma la construcción de la extensión ficcional, pero que también mantenga el mismo enfoque para con la generación de la extensión factual. De este modo, debe considerarse que la extensión factual que se ha definido en el apartado 1.1. no es sinónimo de *mundo*, es decir, no corresponde al universo extralingüístico, y asimismo mantengo la argumentación expuesta acerca de las

disimilitudes entre la extensión factual y la extensión ficcional, que se incluye en los aspectos de la recepción de ambos planos.

1.2.2. LA REALIDAD DETRÁS DEL MUNDO

La noción de «mundo» es intercambiable por «realidad extralingüística» dado que, al fin y al cabo, esta expresión hace referencia a todos los elementos y sucesos que quedan fuera del filtro del lenguaje. Así que, independientemente del uso terminológico que empleemos, ¿podemos decir verdaderamente algo acerca del mundo? En el tratado *Contingencia, ironía y solidaridad*, Richard Rorty (1991) ilustró los precedentes históricos del uso contingente del lenguaje y de la idea de la verdad como constructo, un suceso que se iniciaría a finales del siglo XVIII, durante la Revolución Francesa, y que también se adueñaría del espíritu de los poetas románticos (1991: 23). El mismo autor elabora una breve pero concisa crítica del error en el que se sumieron los autores ilustrados, los cuales habrían confundido la noción de *verdad* con la noción de *mundo*, negando así la presencia de un plano circundante material (1991: 24-25). Es vital subrayar este error, ya que la defensa de la contingencia del lenguaje, o la idea según la cual el lenguaje construye la realidad, no es incompatible con la existencia del mundo material, pero sí es irreconciliable con la idea según la cual la «verdad» como juicio epistemológico se sitúa en la realidad extralingüística. Con todo, me adhiero a la resolución de Rorty:

La verdad no puede estar ahí fuera —no puede existir independientemente de la mente humana— porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí fuera. El mundo está ahí fuera, pero las descripciones del mundo no. Sólo las descripciones del mundo pueden ser verdaderas o falsas. El mundo de por sí —sin el auxilio de las actividades descriptivas de los seres humanos— no puede serlo (Rorty, 1991: 25).

De este modo, la reflexión sobre el *mundo* puede llegar a ser mucho más compleja — y de hecho es incompatible— que la reflexión sobre la realidad (lingüística), puesto que, como ya se ha sugerido, el ser humano aprehende toda una amalgama de sentidos que se cifran en el lenguaje para, con suerte, adjudicarles un conjunto de significados los cuales le permiten comunicarse entre sus congéneres. Sin embargo, reafirmo que estos sentidos no son

el resultado de una estructura inherente al lenguaje y, con ello, lo lingüístico no deriva en una herramienta autónoma a través de la que traducir contenidos simbólicos, sino que es un modo de ser propio a la condición humana, a través del que interaccionamos y damos forma a nuestro entorno.

Las *Investigaciones filosóficas* (1953) de Ludwig Wittgenstein señalaron una segunda etapa en el giro lingüístico descrito en los párrafos anteriores. A diferencia de las ideas planteadas en su primera filosofía, la cual se expone en el *Tractatus logico-philosophicus* (1921), las *Investigaciones filosóficas* entrañarían un desplazamiento radical en la concepción de las relaciones entre el lenguaje, sujeto y mundo. El *Tractatus* es conocido principalmente por el aforismo 5.6, en el cual se propone que «*Els límits del meu llenguatge signifiquen els límits del meu món*» (Wittgenstein, 2020: 138). A través de este aforismo el filósofo se mostraba a favor de la correspondencia entre una lógica inmanente en el lenguaje y la lógica del mundo —no de su contenido ontológico— y, por ende, esta relación indesligable entre ambas configuraciones limitaba la epistemología del ser humano a las estructuras lingüísticas.¹⁸ Para el primer Wittgenstein el límite del pensamiento coincide con el límite del lenguaje, por lo que «reducirse al lenguaje es quedar atrapado en el medio por el cual se establece el límite de lo que puede ser pensado y por tanto expresado» (González Garcés, 2012: 157). Según esta tesis, la existencia del pensamiento humano solamente es el resultado o la expresión de la lógica del lenguaje, y solo podemos deducir aquello que queda atrapado entre esta lógica, pero esto no significa que podamos afirmar nada acerca del contenido metafísico del mundo: como advierte González Garcés, «se intenta (...) no decir nada de lo que no pueda dar cuenta la lógica, porque ella se ocupa de las formas y de las posibilidades de la configuración, no de los contenidos existenciales (fácticos) de los objetos a los que se refieren esas formas» (2012: 152).

Parecería que la teoría expuesta en el *Tractatus logico-philosophicus* sentenciaría los argumentos que se han presentado hasta el momento, los cuales se mantenían a favor de la interdependencia entre la idiosincrasia humana y el lenguaje como ejes performativos del contenido extensional. Sin embargo, y como adelantaba al inicio de esta sección, las ideas generadas en las *Investigaciones filosóficas* darían un vuelco al estudio del lenguaje como

¹⁸ No es casualidad la cercanía del *Tractatus logico-philosophicus* con los juicios veritativo-falsativos de la semántica de Bertrand Russell, que fue amigo y profesor de Wittgenstein.

único aparato epistemológico fiable.¹⁹ En esta obra Wittgenstein se retracta de sus ideas anteriores, y si bien se mantiene lejos de la afirmación según la cual el contenido del lenguaje es fruto de la existencia de fenómenos y objetos del mundo —*ostensión*—, ahora dirigirá el proceso de significación hacia la posibilidad de la comunicación entre dos o más sujetos.²⁰ La aportación del filósofo empieza por una primera premisa: el lenguaje no es una traducción del pensamiento, sino que es la expresión de la conducta resultado de la idiosincrasia humana, a lo que él denominará como «juegos del lenguaje». En el aforismo §23:

¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? — Hay de estos *innumerables* géneros: innumerables géneros diferentes de uso de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta diversidad no es fija, dada de una vez por todas; sino que surgen nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, y otros envejecen y se olvidan. (Una *imagen aproximada* de ello pueden dárnosla las transformaciones en matemáticas).

La expresión «*juego del lenguaje*» debe realzar aquí que el *hablar* la lengua es parte de una actividad o forma de vida (Wittgenstein, 2017: 62).

El aspecto que me parece más interesante en relación con las intenciones de mi estudio es la idea que expone el filósofo austríaco el último fragmento: el lenguaje —los juegos del lenguaje— es parte de una actividad o forma de vida, y esta es, precisamente, la perspectiva que abordo ante el rol de la idiosincrasia humana en los procesos de significación. Si seguimos la explicación de José Luis López de Lizaga, Wittgenstein contrapone a la concepción ostensiva del lenguaje «una teoría según la cual el significado de una expresión lingüística se identifica con el conjunto de reglas que determinan su uso en un juego del lenguaje» (2011: 38), de modo que si el conjunto de reglas generadas por la forma de vida —aquí, la forma de vida humana— o idiosincrasia de un sujeto son la fuente de la significación, entonces es posible reiterar la aserción según la cual el ser humano da forma

¹⁹ Eduard Bonet se refiere al pensamiento del segundo Wittgenstein como «filosofía analítica nueva»: «El segon gir lingüístic comença amb les *Investigacions filosòfiques*, és a dir amb la segona filosofia de Wittgenstein» (Bonet, 2009: 280).

²⁰ Wittgenstein se opone a la tesis según la cual el lenguaje se aprehende mediante la ostensión, esto es, la «enseñanza ostensiva de las palabras» —tesis augustiniana—, que consiste en señalar un objeto y, a su vez, la forma o el objeto mismo para generar un vínculo con la significación. El desarrollo se encuentra en el aforismo §6 de las *Investigaciones filosóficas* (Wittgenstein, 2017: 54).

al mundo, a *su* mundo, a través del conjunto de patrones establecidos mediante la comunicación o la intersubjetividad.

Para el segundo Wittgenstein el lenguaje es como una especie de lente consustancial al ser humano, a través de la cual se ordenan los conceptos e ideas y estos se comparten con nuestros semejantes. Como se verá en el siguiente apartado, la imagen compartida que resulta de esa lente es aquello que denominamos «realidad». Desde el momento en el que el sujeto existe en tanto que ser humano está destinado a entender el mundo a través de dicha lente, y no con otra, tal y como refiere el aforismo §327 «Si un león pudiera hablar, no lo podríamos comprender» (Wittgenstein, 2017: 298); y dado el caso hipotético en el que el mundo «hablase», es decir, que el mundo tuviese una estructura y orden lógico propio, tampoco podríamos comprenderlo. En otros términos, las deducciones sobre el mundo son resultado del lenguaje humano, son una construcción y no una traducción de su ontología. El debate acerca de la existencia o no de los elementos extralingüísticos se convierte aquí en algo trivial en tanto que es imposible acceder a dicho conocimiento, por lo que la propia noción de «mundo», «realidad», e incluso «existencia» nace de nuestra condición, de la posibilidad de poder expresarla y, aún más, de poder comprenderla. El ser humano tiene, efectivamente, la capacidad de generar discursos que le permiten relacionarse con el entorno y con sus similares; entonces, lo que podemos esperar de estos discursos es que se originen *en* el mundo, pero no que resulten *del* mundo.

El mundo como realidad extralingüística se presenta como un elemento incomprensible para la idiosincrasia humana, pero no es un mundo ilógico, sino un plano ininteligible para el ser humano, que funciona con sus propias reglas y que excede a su conceptualización. Algo parecido explica Albert Camus en su tratado sobre el absurdo:

Per a un home, comprendre el món és reduir-lo a l'humà, marcar-lo amb el propi segell. L'univers del gat no és l'univers de l'ós formiguer. El truisme "Tot pensament és antropomòrfic" no té cap altre sentit. De la mateixa manera, l'esperit que intenta comprendre la realitat no pot sentir-se satisfet sinó quan l'hagi reduïda a termes de pensament (Camus, 2020: 34).

La declaración de Camus se dirige hacia un razonamiento similar al del segundo Wittgenstein: la comprensión humana es un hecho idiosincrático, su propia *weltanschauung* está hecha por y para sí mismo, y aunque este autor lo haga desde una perspectiva

existencialista, el hecho de afirmar que *todo pensamiento es antropomórfico* nos lleva hacia las mismas conclusiones, esto es, el compendio de la idea de «mundo» tiene sentido en tanto que se hace desde la posición del ser humano, pero queda reducido a su propia cosmovisión, es decir, a su forma de concebir la existencia y el lugar que ocupa en ella.

Así, la idiosincrasia humana y el lenguaje, el cual le es indesligable, son los performadores del concepto «mundo». Toda percepción pasa por el filtro de ambos y el producto resultante es una visión genuinamente humana, pero no el reflejo del universo extralingüístico. Como argumentaría Mijaíl Bajtín en su *Estética de la creación verbal*:

yo no encuentro mi expresividad externa como un objeto externo y único junto a los demás objetos: yo me ubico en una especie de frontera del mundo que es visible para mí, yo no le soy plásticamente connatural. Es mi pensamiento que ubica mi cuerpo en el mundo exterior como objeto entre otros objetos, mas no es mi visión real; ésta no puede prestarle ayuda al pensamiento dándole una imagen adecuada (1999: 32-33).

Además, según Bajtín, el individuo no existe fuera del diálogo (Aubert, 2008: 126-127), por lo que aquello que le permite establecer puentes de significación son las imágenes compartidas entre los sujetos en el acto comunicativo. A esto es a lo que me refiero con la vindicación de la construcción y consenso sobre lo que aprehendemos como realidad; el *individuo lingüístico* ocupa un lugar dentro de dicho constructo de lo real, y el sitio que habita el *cuerpo del sujeto* se establece dentro del mundo extralingüístico. Se refleja aquí algo bastante obvio; sin embargo esta evidencia es necesaria para evitar posteriores confusiones con el uso que se atribuye a la «realidad»: el mundo, o lo que debemos aprehender por «mundo», es aquello que está presente sin el requisito de atribuirle un significado, y somos nosotros, los seres humanos, quienes tenemos la necesidad de encajarlo dentro de las celdillas de nuestra propia cognición. Es por ello, además, que «las humanidades tratan de comprender el mundo en cuanto en éste se reflejan las necesidades que implica el hecho de habitarlo» (Bruner, 2010: 60).

Entendido de otro modo, los seres humanos habitamos el mismo mundo —o el mismo entorno— que el resto de los seres vivos que pueblan el planeta tierra, pero no habitamos la misma realidad. Nuestra forma de referirnos a las cosas y nuestra propia manera de comunicarnos está plenamente ligada a nuestra forma de ser y de existir en el mundo, pero

el lenguaje y su expresión idiosincrática no puede rendir cuentas con el contenido extralingüístico, porque este está limitado por nuestra experiencia y por lo que conlleva el hecho de existir como seres humanos. De este modo, una cosa es el transcurso de la historia natural del mundo, y otra cosa es la historia del ser humano en el mundo —y la historia que la propia especie humana se narra a sí misma—. Tal y como adujo Michel Foucault en su conocidísimo tratado *Las palabras y las cosas* (1966), «así dispuesta y entendida, la historia natural tiene como condición de posibilidad la pertenencia común de las cosas y del lenguaje a la representación; pero no existe como tarea sino en la medida en que las cosas y el lenguaje se encuentran separados» (Foucault, 2006: 132-133); es decir que el mundo extralingüístico y los discursos que proferimos acerca de él no son interdependientes.

La relación entre idiosincrasia y mundo se ilustra a la perfección en uno de los relatos fantásticos de Julio Cortázar: «Axolotl». El protagonista de este cuento nos narra su creciente obsesión por visitar los ajolotes de un acuario que frecuenta: «Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar» (Cortázar, 2016: 345). A través de la observación de la forma de vida de estos animales, el narrador es consciente de que habitan existencias distintas, es decir, que la manera en la que los ajolotes advierten el mundo es diferente a la suya, precisamente porque lo habitan desde espacios distintos y muy lejanos entre sí: el uno desde la existencia que ocupa la especie humana y el otro desde la existencia que ocupa esta especie de anfibio. Aun con todo, el protagonista terminará por habitar la forma de vida del ajolote: «ahora soy un axolotl» (Cortázar, 2016: 343). Sin embargo, lo insólito del relato no se localiza tanto en una metamorfosis del narrador homodiegético en ajolote, sino, como se insiste en el cuento, en continuar pensando como humano dentro del cuerpo del ajolote: «Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber» (2016: 347). En la narración de Cortázar el elemento fantástico se localiza en el hecho de seguir comprendiendo el entorno y sus sucesos aun habitando el cuerpo de otra especie, y en el hecho de ser consciente de comprender el mundo como humano y ajolote. La imposibilidad se encuentra en la constatación del verbo «saber», de la manera en la que solamente la vida humana *sabe* —es decir, conoce, entiende—, pero desde la idiosincrasia de este pequeño anfibio. Recupero aquí las palabras de Wittgenstein, según las cuales si un

león hablase no lo entenderíamos: si un ajolote tuviese esta misma habilidad, tampoco podríamos comprenderlo.²¹

Con todo, afirmamos nuestra *presencia* en la realidad extralingüística —del mismo modo que el protagonista de «Axolotl» prueba de afirmar su posición como observador de ajolotes—, puesto que generar discursos sobre el mundo también equivale a habitarlo. Pero esto no quiere decir que esta presencia se traduzca en una relación mimética o de atribución directa entre signos y objetos circundantes, sino que el hecho de habitar la realidad extralingüística es lo que nos permite existir y ser autoconscientes de ello, por ende, habitar el mundo es lo mismo que nos permite configurar nuestra idea de realidad —pero de una realidad esencialmente lingüística y genuina—.

En la siguiente sección se indagará en la cuestión de la realidad lingüística entendida como aquella forma de discurso que construimos desde nuestra idiosincrasia para dar sentido a nuestra existencia.

1.2.3. EL LENGUAJE COMO MORADA: RELACIÓN LENGUAJE-REALIDAD

En la sección anterior he sostenido que el hecho de apelar a la noción de «realidad» es algo distinto a referirnos al mundo extralingüístico o circundante. Como se ha observado, la historia del pensamiento filosófico ha cuestionado constantemente tanto la relación del pensamiento humano para con la ontología del mundo, como cuáles son las connotaciones de aquello que aprehendemos como real. Asimismo, los modelos científicos, en su afán por acumular la mayor cantidad de verdades absolutas sobre el funcionamiento del cosmos, se esfuerzan continuamente para hallar modelos explicativos sobre el contenido de la realidad. En el ensayo *La estructura de la realidad* (1999), David Deutsch proclama la utilidad de las teorías científicas a la hora de hallar evidencias acerca del funcionamiento de la realidad, frente a la actitud de las teorías instrumentalistas, que no creen que pueda llegar a establecerse una representación íntegra del cosmos. Así, según Deutsch, las diferentes vertientes de las ciencias naturales —física, matemáticas, química, biología, etc.— se encaminan hacia una

²¹ Analizaré con profundidad el tipo de despliegue de lo fantástico posmoderno en el tercer capítulo de este estudio.

etapa de perfeccionamiento en la que terminarán agrupándose para dar con una única teoría capaz de explicar todos los sucesos del cosmos:

Nuestras teorías llegarán a ser tan generales, y profundas, y a estar tan integradas entre sí, que se convertirán, de hecho, en una sola teoría de una estructura unificada de la realidad. Esta teoría seguirá sin explicar *todos* los aspectos de la realidad, aspiración inalcanzable, pero englobará *todas* las explicaciones conocidas y será de aplicación a la estructura total de la realidad hasta el punto en que ésta resulte comprensible. Mientras que las teorías precedentes se referían a temas determinados, ésta será una teoría de todos los temas: una *teoría total de la realidad* (Deutsch, 1999: 29).

A pesar de que esta declaración se ampare sobre una óptica ciertamente optimista para lo que concierne al alcance del conocimiento científico, el propio autor admite que la aparición de «la teoría total de la realidad» no podría explicar todas las cavidades del universo. De lo contrario, nos hallaríamos ante una especie de *Aleph*, como el que nos descubrió la ficción de Borges: «mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo» (1997: 194). Sigo planteando la misma cuestión, ¿la humanidad podría ser capaz de comprender la vastedad del universo en un solo punto? Ninguna teoría es capaz de abarcar tal empresa, que debería estar compuesta de miles de perspectivas que aunaran todo el contenido metafísico del cosmos, como también advierte Deutsch: «la estructura de la realidad no consiste únicamente en ingredientes reduccionistas como espacio, tiempo y partículas subatómicas, sino también en vida, pensamiento, calculabilidad y las demás materias a las que se refieren dichas expresiones» (1999: 39). Abarcar el conocimiento universal se presenta, así, como un hecho *imposible*, por lo que cuando nos referimos a la *realidad* solo podemos hablar del conjunto de aserciones contenidas en el conocimiento humano, resultado de los límites de su propio sistema idiosincrático: el lenguaje.

El mismo *Aleph* de Borges también nos invita a reflexionar acerca de la idea según la cual la totalidad de la realidad extralingüística no puede contenerse en un único plano donde el tiempo y el espacio son variables lineales: «Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es» (1997: 192). Y es que el propio lenguaje humano, y por ende el conocimiento que podemos abarcar acerca de lo real, debe mantenerse

sobre un terreno donde la progresión de los sucesos es continua; dicho de otro modo, no podemos englobar el presente, el pasado y el futuro en un solo punto, una cualidad que sí poseería el objeto fantástico del relato de Borges. David Lowenthal lo expresa de otro modo en su ensayo *El pasado es un país extraño* (1998): «el pasado, como sabemos, es en parte un producto del presente; nosotros continuamente damos nueva forma a la memoria, reescribimos la historia, rehacemos las reliquias (...). Revisar lo que de verdad ocurrió, como si fuera algo diferente de nuestras ideas y sus huellas, es imposible y, sin embargo, se desea ardientemente» (1998: 58). Y es que ningún discurso, ni tampoco ningún documento histórico, es capaz de dar cuenta de la simultaneidad de los hechos pasados, y ni mucho menos de contener todos los tiempos en una sola enunciación, solamente podemos moldearlo a través de la experiencia humana, pero no es posible exponer la veracidad ontológica de todos los tiempos de forma sincrónica. En la arqueología del pensamiento que realizó Michel Foucault en *Las palabras y las cosas* expone la linealidad del lenguaje del siguiente modo:

Lo que distingue al lenguaje de todos los demás signos y le permite desempeñar un papel decisivo en la representación no es tanto que sea individual o colectivo, natural o arbitrario, sino que analice la representación según un orden necesariamente sucesivo: los sonidos, en efecto, sólo pueden ser articulados uno a uno; un lenguaje no puede representar al pensamiento, de golpe, en su totalidad; es necesario que lo disponga parte a parte según un orden lineal (Foucault, 2006: 87).

Así, una de las limitaciones del lenguaje es que solamente proporciona fragmentos de los acontecimientos dispuestos en el tiempo histórico, limitadas imágenes de todo el prisma que constituye el mundo fenoménico.

Lo cierto es que no tiene más relevancia la forma en la que permutemos los términos «mundo» y «realidad», pero lo importante es delimitar el uso que se le atribuye a cada uno en este estudio. De tal manera que la «realidad» será la forma en la que el ser humano ordena su propio conocimiento y que le permite interactuar con sus iguales, «el *qué* sabemos se refiere en general a los resultados de nuestra indagación de la realidad» (Watzlawick, 1994: 15), y el «mundo» se resuelve como la ontología del cosmos, sea o no sea deudora del saber humano. Así, el horizonte de la epistemología humana se mantendrá lejos de la posibilidad

efectiva de abarcar todo el conocimiento universal y extralingüístico, al menos hasta que se demuestre lo contrario.

La finalidad de estas secciones preliminares de mi estudio no es demostrar o abogar por una visión que soslaye el realismo y propague el escepticismo, sino plantear preguntas acerca de la colocación del ser humano con respecto a lo real, que a su vez me ayudará a comprender la vertiente constructivista de la metodología que empleo para analizar la ficción, la extensión. Como se mostraba en el apartado 1.1., la construcción de la extensión ficcional y la extensión factual se realizan por un mismo tipo de canales, unos canales que son de naturaleza lingüística y que están ligados a la idiosincrasia humana. Por lo tanto, cuando nos referimos a la «realidad», o a aquello que aprehendemos como real, apelamos a la extensión factual, y esta misma es una construcción humana de igual modo que lo es la extensión ficcional.

La construcción de la extensión factual es, pues, resultado de las habilidades lingüísticas. La capacidad del lenguaje en todas las personas hace posible el diálogo intersubjetivo que cuando se guía por pretensiones de validez, por el objetivo del entendimiento, conduce a consensos que llevan a las personas participantes a actuar en la realidad (Aubert, 2008: 99). Dicho consenso —la relación lenguaje–realidad— se asienta también sobre las creencias socioculturales del ser humano, puesto que buena parte de las capas de nuestro ideario sobre el que construimos nuestra idea de realidad se conforma a través de ellas; así que el lugar y el momento que ocupa el sujeto en su plano existencial es partícipe de la construcción de la extensión factual.

En una entrevista que se realizó desde la revista *Athenea Digital* (Universitat Pompeu Fabra) a Teun van Dijk —lingüista conocido por su *análisis crítico del discurso* (ACD) y la relación que este establece con los modelos sociales—, el académico neerlandés afirma que «muchas dimensiones de la sociedad se construyen, por lo menos parcialmente, con el discurso (...). No solamente como acto en la interacción, o como constitutivo de las organizaciones o de las relaciones sociales entre grupos, sino también por el papel crucial del discurso en la expresión y la (re)producción de las cogniciones sociales» (van Dijk y Athenea Digital, 2001: 2). Al respecto, y como también arguye Jerome Bruner en su estudio de la cognición y la construcción de realidades, «el lenguaje (tanto lingüística como

psicológicamente) entraña mucho más que una estructura formal de reglas sintácticas. (...) el contexto es fundamental para decodificar un enunciado» (2010: 88).

Recupero las declaraciones extraídas del estudio de Richard Rorty (1991) para ratificar estas deducciones. Como destacaba el autor: «el mundo está ahí fuera, pero las descripciones del mundo no» (1991: 25), de modo que las afirmaciones que hacemos sobre los objetos o los sucesos presentes en nuestros esquemas de realidad son parte de los mecanismos que extienden la comunicación entre sujetos, pero no resultan una copia del mundo circundante. Así lo define también Terry Eagleton: «los signos han de ser estudiados por propio derecho y no como reflejos de una realidad externa» (1998: 64). Con todo, la relación entre el lenguaje y la realidad, como ya se observó en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, se organiza en función de la forma de vida de sus hablantes y de esta relación se originan los significados que dan contenido a nuestra idea de lo real, pero todo este entramado no se extiende al mundo circundante, sino que es un constructo genuinamente lingüístico y humano. Estas afirmaciones no deben entenderse desde las bases del estructuralismo, que consistían en dotar al discurso lingüístico de una unidad intrínseca, de una estructura definida que ordena por sí misma todo conocimiento y que, por ende, deja al margen la participación del sujeto lingüístico en el proceso de significación.²²

En «Tlön, Uqbar, Urbis Tertius» (Borges, 2011: 13-38), el escritor argentino elaboró uno de los relatos más esclarecedores en materia de los usos del lenguaje humano como constructores de realidades. En la narración inaugural del volumen *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941), Tlön es descubierto como un mundo producto de la imaginación de una sociedad secreta de sabios, un mundo artificioso que cuenta con una ontología sumamente particular, buen ejemplo de ello es la siguiente cita: «una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente» (Borges, 2011: 25). Uno de los rasgos más singulares e interesantes de Tlön es que a pesar de su naturaleza confusa y remota, este mundo aparentemente ilusorio terminará por fagocitar el plano terrenal sobre el que se establece el relato —y en el que habitan los ficticios Borges y

²² Al respecto, y como nos recuerda Lubomír Doležel, «en la escuela de Praga, con su inclinación general saussureana, esta relación “exterior” se mantenía muy en segundo plano; la dicotomía inherente al signo *signifiant/signifié* servía de base a sus teorías semánticas» (Doležel, 2002: 195-196).

Bioy Casares—, de tal manera que «Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres» (2016: 36). En esta descripción de Tlön como un laberinto elaborado e interpretado por el ser humano, dicho mundo se convierte en una analogía de la realidad o extensión factual configuradas por el sujeto lingüístico.

El artificio encarnado por el Tlön borgesiano muestra, de esta manera, la virtud del lenguaje humano para la ejecución de sus propios modelos de realidad. Los discursos que definen nuestra idea de lo real no son traducciones directas del mundo, sino que constituyen un modo genuino a través del cual nos explicamos y compartimos conocimiento, y que nos permite ubicarnos en coordenadas histórico-culturales y espaciotemporales, es decir, que nos deja situar en un mismo plano de existencia.²³ Como arguye Marie-Laure Ryan: «language, in contrast to image, sound, and acting bodies, does not really imitate anything, except for language itself in quotations: it signifies, refers, and in so doing it represents, which means it evokes something to the imagination» (2016: 479), en otras palabras, que el lenguaje es una realidad en sí misma, por lo que toda referencia derivada del lenguaje se dirige hacia representaciones propias, y no hacia el mundo fenoménico. El lenguaje cimienta «órdenes empíricos» dentro de los cuales los sujetos reconocen una idea de lo real las más de las veces compartida, y también su lugar en ella (Foucault, 2006: 5). Estas afirmaciones reiteran en la vertiente constructivista afín a Siegfried Schmidt ya expuesta en el apartado 1.1.: tanto la extensión factual como la extensión ficcional son constructos del lenguaje, es decir, que realidad y ficción se erigen a través las mismas herramientas, inherentes a la condición humana, así «Reality (in the sense of world-models) is always a construct, whether in “fiction” or in “reality”» (Schmidt, 1984: 267).

La búsqueda de la superación de la «metafísica de la referencia» —la correspondencia entre la estructura de los signos del mundo natural y los sistemas de signos del ser humano, que se sitúa sobre todo en la filosofía y pensamiento tradicional— (Ulrich Reck, 2002: 60), da lugar a una realidad o extensión factual en cierto modo artificiosa e independiente del

²³ Según Wellek y Warren: «Lo contrario de “ficción” no es “la verdad”, sino “hechos” o “la existencia en el tiempo y en el espacio”. Los “hechos” son más extraños a la literatura que la probabilidad con que esta ha de habérselas» (1974: 41- 42); la diferencia entre la extensión ficcional y la extensión factual, entonces, residiría en la capacidad de esta segunda para articular discursos que nos incluyan en unas coordenadas espaciales e histórico-temporales concretas.

contenido conceptual de la realidad extralingüística. Como en «Tlön, Uqbar, Urbis Tertius», la realidad fabricada por el lenguaje humano se ha hecho con el control, poco a poco, de toda la epistemología y el horizonte cultural que, en definitiva, conforman las capas de nuestro conocimiento.

A lo largo de esta sección he sondeado el interrogante que ya planteó Hilary Putnam en *Las mil caras del realismo*: «[¿]hasta qué punto podemos decir, con cierto fundamento, que conocemos el mundo real?» (1994: 18). El filósofo y matemático estadounidense intentó dar respuesta a esta misma pregunta a través del enfoque teórico que le ha dado la fama: la teoría del «realismo interno». Como en las afirmaciones anteriores, la propuesta de Putnam también se aleja premeditadamente del *realismo metafísico* que —como ya se ha expuesto— consiste en aquella convicción según la que el mundo extralingüístico existe independientemente de nuestros sistemas conceptuales. Según se explica en el prólogo a la obra de este autor, solo «el punto de vista del ojo de Dios» (Putnam, 1994: 22) —una especie de *Aleph* borgesiano— sería capaz de dar con una representación total del mundo objetivo. El realismo metafísico nos llevaría a asumir que la extensión factual —el dominio de aquello que asumimos como real— se forma con la intención de representar al mundo extralingüístico aunque no pueda apresar en su totalidad la imagen verdadera del contenido ontológico de este último; en cambio, esta postura filosófica relegaría la extensión ficcional al mero campo de la imaginación. En suma, la asunción de las bases del realismo metafísico nos deja lejos de la coherencia interna proporcionada por el lenguaje y la idiosincrasia humana, la cual mantiene unidos al territorio ficcional y factual en tanto que constructos lingüísticos.

El «realismo interno» de Putnam prueba de alejarse de la idea según la cual es posible obtener una visión del mundo *en sí mismo*, esto es, es imposible descubrir el *Aleph*. Coincido con el autor en esta afirmación y en la definición de su teoría como una suerte de realismo que «no es incompatible con la relatividad conceptual. Se puede ser al *mismo tiempo* un realista y un relativista conceptual» (Putnam, 1994: 61).²⁴ En síntesis, las bases del realismo interno permiten ratificar que no existe una verdad última hacia la que se dirija nuestra idea

²⁴ Para una definición de relativismo conceptual: «Relatividad conceptual suena como “relativismo”, pero no tiene ninguna de las implicaciones del relativismo del tipo “no existe ninguna verdad que descubrir”, “verdadero” no es más que un nombre para aquello en lo que un grupo de gente puede estar de acuerdo» (Putnam, 1994: 61-62).

de realidad y que, por ende, los usos del lenguaje tampoco tienen por qué representar ninguna verdad absoluta. De esta forma:

1. La realidad no es ni tiene la intención de generar una copia del mundo fenoménico.
2. La realidad está construida por y a través el lenguaje humano y el propio sujeto participa en la configuración de los significados lingüísticos.
3. Lo real es un sistema compartido por los hablantes humanos que, como una suerte de prisma, está conformado por epistemes distintas las cuales están supeditadas al período y códigos socioculturales que habita el sujeto, y no por una «teoría total de la realidad» como la que proponía Deutsch.

Mi intención aquí es recalcar que aquello que aprehendemos como real no es independiente del sujeto humano. Como mostraba Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*, la referencia es una textura abierta que dependerá de los usos lingüísticos, «y es precisamente la textura abierta de la referencia lo que hace fracasar a las concepciones filosóficas clásicas» (Putnam, 1990: 25). No existe una entidad *fija* que corresponda a dicha referencia. La crítica de Jacques Derrida resulta útil para comprender el porqué de esta aseveración, el filósofo franco-argelino desarrolló su crítica al mecanismo central del estructuralismo al revocar, precisamente, la necesidad de postular su idea principal: la existencia de un «centro», una estructura estable e inalterable, que da sentido a los sistemas de conocimiento o epistemes. Derrida propuso la noción de «logocentrismo» para referirse precisamente a la tendencia metafísica de aquellos sistemas que apelan a una verdad absoluta (el *logos*) la cual dispone el funcionamiento ontológico del mundo (Derrida, 1967: 11-12). Tras revocar los requisitos que exigía el logocentrismo —esto es, la necesidad de fundamentar los sistemas de pensamiento sobre un centro fijo sobre el que se apoya el funcionamiento del universo—, el autor terminaría por proponer que no existe ninguna entidad fija en el lenguaje que permita localizar un significado estable, no hay un nexo directo entre el significado y el significante y, por ende, entre el significante y el mundo. Será en *La diseminación* (1969) donde Derrida afirme que «la diseminación abre, sin fin, esta *ruptura* de la escritura que ya no se deja recoser, el lugar en que ni el sentido, aunque fuese plural, ni *ninguna forma de presencia* sujeta ya la huella» (2007: 41). Así, y como se mostraba al inicio de este párrafo, la referencia lingüística se presenta como una textura abierta y no como una

estructura última y absoluta sobre la que localizar el significado, y está sujeta, por lo tanto, a la intervención del sujeto humano.

A priori, tenemos una idea compartida de una realidad concreta, pero no es una idea última o absoluta, esta realidad es contingente, es decir, que podría haber sido otra. Por ejemplo, la historia podría haber transcurrido de tal manera que los seres humanos podríamos haber llegado a comunicarnos con un solo tiempo verbal, o prescindir de la idea de temporalidad, o vivir sin poder referir a los hechos pasados o a la memoria, o quizá las crónicas de la especie humana podrían haber sido las de Tlön. La configuración de lo real es fruto de la situación histórica que habitamos y del conjunto de creencias que compartimos con nuestros congéneres, «todas las representaciones que conocemos se asocian con su referencia, que es contingente y susceptible de la variación a medida que cambia el mundo o la cultura» (Putnam, 1990: 49), y también a medida que el sujeto humano interacciona con estos últimos elementos.

Ya se ha descrito por qué la formación del significado lingüístico depende de la acción de un agente —el sujeto comunicativo—, por ello me resisto a la idea de los «universales lingüísticos» a los que se refería Chomsky (1975). No coincido con el juicio que propone la existencia como tal de una Gramática universal o una suerte de estructura innata en el lenguaje que le confiera autonomía con respecto a quién lo emplea. Como arguye Putnam, «los significados tienen, a lo largo del tiempo, identidad pero no esencia» (1990: 35), esto es, que las referencias asociadas al lenguaje no son fijas e inamovibles y, por ende, que la construcción de la realidad o extensión factual depende de la situación histórica y sociocultural del ser humano. La referencia asociada a algunas nociones, como, por ejemplo, al movimiento de los cuerpos celestes, han cambiado a lo largo de la historia: si bien en el siglo II d.C. reinaba el modelo geocéntrico de Ptolomeo, en el que la tierra se disponía como el centro del universo, después de la revolución copernicana entendemos que el Sol es el corazón de nuestro sistema planetario —salvo para los terraplanistas, que parecen habitar en una realidad más insólita que la de Tlön—. Del mismo modo, la propia noción de «realidad» es susceptible a los cambios que experimenten las fuentes epistemológicas del ser humano en los tiempos venideros.

Las palabras, por ende, no se ajustan al mundo, sino a la realidad que construimos junto a nuestros congéneres desde nuestra propia visión de los fenómenos. A este respecto,

cabe destacar las ideas expuestas por Nelson Goodman en su célebre estudio *Maneras de hacer mundos* (1990), que, como remarca Antonio Garrido Domínguez, mantendría algunas afinidades con las derivaciones del realismo de Hilary Putnam, como resulta evidente cuando advierte que «la noción de objetos que existen *independientemente* de los esquemas conceptuales es errónea en tanto que no hay pautas para el uso de las nociones lógicas, además de las elecciones conceptuales» (Garrido Domínguez, 2011: 81). No obstante, y al contrario que el razonamiento que arguye Putnam, según Goodman no existe ningún tipo de realismo válido. El enfoque del «realismo interno» tendría la intención de imperar sobre otros sistemas epistemológicos, no obstante, Goodman propone que «ningún “mundo” es más real que todos los demás, ninguno es ontológicamente privilegiado como el único mundo real» (Bruner, 2010: 104); en consecuencia, habrá tantos sistemas de realidad coherentes como posibilidades de articularlos.²⁵

Según Nelson Goodman, un ejemplo de la estructuración de realidades puede ser algo que está tan integrado en nuestra epistemología como el uso del sistema sexagesimal para establecer la duración temporal de un día, a saber, las veinticuatro horas en las que este se divide, más los sesenta minutos para cada hora, etc., de tal manera que la comprensión de la estructura del tiempo resulta un tipo de aprehensión y construcción del orden de lo real, cuya estructuración es, además, obra del ser humano y no la revelación de un contenido que pueda *descubrirse* acerca de la ontología del mundo extralingüístico. Así, se hace evidente que cualquiera de las afirmaciones que profiramos sobre la realidad «no “se hallan en el mundo” sino que, por el contrario, somos nosotros quienes *las construimos y ponemos en un mundo*. Los procesos de ordenación son parte de la construcción de mundos, al igual que lo son los de composición, descomposición y ponderación de las totalidades y géneros» (Goodman, 1990: 33). Todos los sistemas de conocimiento, ya sean matemáticos, sociológicos, filosóficos, o pertenecientes a cualquier otra rama gnoseológica, tienen como base los procesos de construcción genuinamente humanos, unos procesos que en tanto que refieren a significados compartidos por los sujetos, son lingüísticos e idiosincráticos.

²⁵ En el epígrafe 1.3.2. («La perspectiva de los “mundos ficticiales” como nexo entre la teoría de la ficción y el lenguaje: cuestiones y discusiones») se observará cómo lo *posible* —y no lo *verídico*— se expone como la condición de viabilidad de la multiplicidad de escenarios que pueden conformarse en la extensión lingüística, es decir, se muestra cómo la habilidad de estructurar los significados lingüísticos es la fuente de nuestra capacidad constructora de realidades.

En suma, este análisis acerca del significado de lo real se sustenta sobre patrones epistemológicos y no sobre patrones ontológicos y, con todo, la epistemología del ser humano no es una constante estática. No existe como tal la unificación de afirmaciones válidas que convierta a la realidad en un plano fijo e inamovible, sino que se considera que el conjunto de aseveraciones que conforman la extensión factual se asemeja a un conglomerado de planos. Aprender lo real es como pulir las distintas caras de un diamante, una gema tallada únicamente por y para el ser humano, de manera que cada uno de sus múltiples costados está construido por los significados lingüísticos; aquello a lo que llamamos realidad es el resultado final del proceso de orfebrería de esta piedra preciosa. Dicho de otro modo, la realidad es una variable que depende de nuestra situación lingüística, es decir, de los conceptos que somos capaces de generar y compartir, precisamente porque la virtud del lenguaje humano es la creación de significados.

Al inicio de este apartado 1.2. se reflexionaba acerca del hecho que el rasgo distintivo de nuestro ser es la capacidad de comunicar y de crear significados, y que viene otorgada justamente por el hecho lingüístico, un rasgo esencialmente idiosincrático que nos lleva a generar una idea de mundo que solo es mundo en apariencia, pero no lo es en contenido. Como afirma Paul Watzlawick, uno de los grandes referentes en materia del constructivismo radical, «la realidad supuestamente hallada es una realidad inventada y su inventor no tiene conciencia del acto de su invención, sino que cree que esa realidad es algo independiente de él y que puede ser descubierta; por lo tanto a partir de esa invención, percibe el mundo y actúa en él» (1994: 15). En este sentido, ignorar que la realidad es un artificio nos llevaría a pensar que nuestras aseveraciones sobre los fenómenos y las cosas forman parte de la ontología del mundo. Como ocurre en «Tlön, Uqbar, Urbis Tertius», cuando nos hacemos conscientes de la naturaleza constructora del lenguaje humano entonces todos los artificios que resultan de él forman —y siempre han formado parte de— una realidad «inventada». El lenguaje construye al mundo, y no a la inversa. Tlön siempre ha estado entre nosotros.

1.3. UNA PROPUESTA DE MUNDO FICCIONAL: TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LA FICCIÓN

1.3.1. BREVE PERO NECESARIA INTRODUCCIÓN A LOS MUNDOS POSIBLES DE LA FILOSOFÍA

Tal y como se ha observado a lo largo de la argumentación expuesta, «la relación entre el signo y el «mundo» —la relación de referencia— es uno de los problemas básicos de la semiótica» (Doležel, 2002: 195), por ello, los dos primeros apartados (1.1. y 1.2.), han tratado de fundamentar la conformación de la extensión factual y, con ello, lo real, como resultado de la actividad lingüística humana y de este modo ha quedado definida la existencia de una diferencia sustancial entre la noción de «mundo» y la noción de «realidad».

Este enfoque mantiene una postura firme con respecto a la relación del funcionamiento de la lingüística en la estructuración de lo real, donde la actividad comunicativa del sujeto se convierte en uno de los elementos esenciales que construyen y dotan de significado a los elementos lingüístico-referenciales. La realidad queda expuesta, así, como el conjunto de aserciones que configuran los planos de la extensión factual, esto es, el conjunto de los planos de significación que contienen las propiedades de los objetos y estados de las cosas que atribuimos al discurso factual. De este modo los discursos sobre lo real se alejan del conjunto de propiedades y estados que forman parte del mundo extralingüístico, porque su contenido ontológico sería inaccesible para el conocimiento humano.

Por otro lado, esta argumentación define el universo de la ficción como el conjunto de aserciones que configuran los planos de la extensión ficcional, esto es, el conjunto de planos de significación que contienen las propiedades de objetos y estados de las cosas que *no* atribuimos al universo factual. Como muestra de este razonamiento se apelaba a la semántica de mundos de Lubomír Doležel, en la que el autor propone que la ficción se fundamenta en la creación de estados y fenómenos posibles aunque sin existencia real, y que además da pie a la conformación de la *semántica de mundos posibles de la ficción* o *mundos ficcionales*. En esencia, en este apartado se entenderá cómo se conjuga la noción de

posibilidad en la conformación de la extensión ficcional, la que además constituirá, al fin, la base esencial de los procesos a través de los cuales se pueden identificar y analizar distintas modalidades ficcionales.²⁶

El enfoque de los «mundos ficcionales» es una vertiente de la teoría de la ficción que se deriva de la *semántica de mundos posibles*, una perspectiva de estudio del lenguaje que a la vez es fruto de la rama analítica de la filosofía. Con todo, es importante subrayar que existen diferencias substanciales entre los mundos posibles propuestos por la filosofía y los mundos posibles de la ficción o mundos ficcionales. En esta sección me encargaré de observar de forma muy breve las cuestiones más relevantes del análisis semántico de los mundos posibles, con el objetivo de exponer una base teórica firme que contribuya a vislumbrar las cuestiones clave de la próxima sección 1.3.2. («La perspectiva de los “mundos ficcionales” como nexo entre la teoría de la ficción y el lenguaje: cuestiones y discusiones»).

Dentro del campo de estudio de la semántica referencial, es bien sabido que la noción de «mundo posible» deriva de la propuesta teológica que uno de los grandes pensadores racionalistas del siglo XVII, Gottfried Wilhelm Leibniz, expuso en 1710 en su *Théodicée*. Según argumentó el filósofo alemán, «si no existiera el mejor (*optimum*) entre todos los mundos posibles, Dios no habría producido ninguno. Llamo *mundo* a toda la serie y a la colección completa de todas las cosas existentes (...), o si se quiere, como *Universo*» (Leibniz, 2012: 100).²⁷ En el prólogo a una de las dos ediciones de la *Théodicée* consultadas, Gonçal Mayos expone que, con esta propuesta, la intención de Leibniz era demostrar la coherencia de la existencia de Dios desde el paradigma racionalista y a partir de las experiencias de los fenómenos mundanos, de modo que la consecuencia más razonable que se deriva al apelar a la máxima bondad de Dios, que es el creador del universo, es el hecho de pensar que vivimos en el mejor de los mundos posibles (Leibniz, 1991: 17-18). Aunque las implicaciones teológicas de la teoría de Leibniz no tienen más cabida en este estudio, es preciso señalar que la concepción del mundo como el conjunto de todas las cosas existentes

²⁶ En este estudio, la descripción de los mecanismos a través de los cuales opera la extensión ficcional permitirá desarrollar el objetivo principal de nuestra investigación: la articulación semántica de la noción de posibilidad e imposibilidad en la categoría de lo fantástico tradicional y en la vertiente de lo fantástico posmoderno, así como la definición de las afinidades y desemejanzas entre ambas modalidades.

²⁷ Es importante destacar la puntualización que realiza el editor, Tomás Guillén Vera, acerca de la interpretación de este fragmento. Según Guillén Vera, la afirmación de Leibniz se comprende mejor si se expresa del siguiente modo: «Dios tuvo que crear el mejor de los mundos posibles» (2012: 100).

y, asimismo, la insinuación de otras realidades alternativas que podrían haber existido — subordinadas al nivel de bondad de Dios—, es la raíz del concepto «mundo posible», que dos siglos y medio más tarde daría lugar al debate que mantendrían algunos pensadores analíticos, como David Lewis, Saul Kripke o Alvin Plantinga.²⁸

Así, el enfoque de la filosofía analítica tomaría como punto de partida el término «posibilidad» para luego crear este nuevo aparato de análisis semiótico, los *mundos posibles*. Lo *posible* no deja de ser otro modo de conocer e interpretar el contenido semántico, o significado lingüístico, de todas las variables no factuales que somos capaces de fabricar a través del lenguaje. David Lewis fundó uno de los debates más polémicos en lo que refiere a la teoría de los mundos posibles, puesto que el filósofo propuso la presencia de un fundamento ontológico tras esta noción, una idea que rebatirían sus contemporáneos, quienes, en cambio, se apoyaban sobre el trasfondo epistemológico —pero no existencial— de este método de análisis:

I believe that there are possible worlds other than the one we happen to inhabit. (...) It is uncontroversially true that things might be otherwise than they are. (...) there are many ways things could have been besides the way they actually are. On the face of it, this sentence is an existential quantification. It says that there exist many entities of a certain description, to wit 'ways things could have been'. (...) *I therefore believe in the existence of entities that might be called 'ways things could have been'*. I prefer to call them 'possible worlds' (Lewis, 1986: 84; énfasis mío).

De forma que la propuesta desarrollada por Lewis atribuye valor existencial a estas entidades no factuales, es decir que defiende el contenido ontológico de los mundos posibles. A pesar de que la crítica filosófica pusiera esta teoría en tela de juicio, el hecho de asignar cualidades existenciales a los mundos posibles —o modos en los que las cosas y los sucesos podrían haber sido—, es una de las afirmaciones máspreciadas para el desfile de estudios que tratan sobre mundos ficcionales, y que se abordarán en la siguiente sección. Sin embargo, y antes de explorar la noción de *posibilidad* dentro del terreno ficcional, véase cuáles son las

²⁸ La semántica de mundos posibles de la filosofía analítica no debe confundirse con la versión que presentó Nelson Goodman en *Maneras de hacer mundos*, tal y como indica el mismo autor (Goodman, 1990: 18-19).

discusiones más relevantes que presenta la filosofía del lenguaje en la teoría de mundos posibles.

Según se ha destacado, la teoría de los mundos posibles se fundamenta en la noción de posibilidad, pero ¿qué implicaciones tiene, exactamente, analizar un enunciado lingüístico en función de su valor de posibilidad? En términos generales, Saul Kripke introdujo el concepto «mundos posibles» para componer un sistema lógico que incluyese la noción de «posibilidad» en la expresión semántica del lenguaje: la *lógica modal*. Así, la lógica modal incluyó unas nuevas modalidades de análisis semántico —«modalidades aléticas»—, esto es, la *posibilidad*, la *contingencia* y la *necesidad*, a partir de las cuales se revocó el binomio «verdad-falsedad» que habían establecido con anterioridad los estudios de Gottlob Frege y Bertrand Russell.

Tal y como desarrolla Kripke en *Naming and necessity* (1980), la que sería la primera obra cumbre de su estudio sobre semántica lingüística:

In the present monograph I argued against those misuses of the concept that regards possible worlds as something like distant planets (...). Further, if one wishes to avoid the *Weltangst* and philosophical confusions that many philosophers have associated with the 'worlds' terminology, I recommended that 'possible state (or history) of the world', or 'counterfactual situation' might be better (1980: 15).

Según propone la teoría de Kripke, la modalidad de la posibilidad se establece como una nueva variable a considerar dentro del estudio de la situación del lenguaje frente a la realidad extralingüística. Para referirse a esta nueva variable, el autor propone la noción de «contrafáctico», esto es, los modos en los cuales las cosas podrían haber sucedido en el mundo o en el transcurso de la historia. Así, a partir del uso que se atribuye a lo posible dentro de este nuevo análisis semántico, ya no es necesario apelar a la veracidad de un enunciado para analizar su contenido; dicho de otro modo, a diferencia de la filosofía analítica clásica, el estudio de la posibilidad que propone la lógica modal es el principio filosófico que permite escapar de la antigua correspondencia entre lenguaje y mundo

objetivo.²⁹ Para comprender mejor la disposición de la posibilidad en la propuesta en curso, véase a modo de ejemplo la siguiente oración: «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017». Primero de todo, sabemos que este enunciado no es cierto, de hecho, el *trail runner* catalán ascendió no una sino dos veces seguidas la montaña más alta del mundo, un hito que maravilló al panorama del deporte en ese año. Teniendo esto en cuenta, podría decirse que la oración «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017» es falsa, ya que no se corresponde a los sucesos verídicos de la historia del deporte. No obstante, el descubrimiento de la lógica modal permite analizar este tipo de enunciados en función de su gradiente de posibilidad, es decir, como mundo posible, dado que «‘Possible worlds’ are total ‘ways the world might have been’» (Kripke, 1980: 18). De esta manera, la lógica modal presenta la oración «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017» como un fenómeno que podría haber ocurrido y no como un hecho falso, es decir, es un fenómeno *posible* que también se podría expresar del siguiente modo: Killian Jornet no llegó a hacer cumbre en el Everest en 2017 en algún mundo posible.

En síntesis, la lógica modal permite analizar los enunciados lingüísticos a partir de lo que el propio sistema define como *modalidades aléticas*, esto es, según su valor de *posibilidad*, como acabamos de ver, pero también según su valor de *contingencia* o según su valor de *necesidad*. La contingencia y la necesidad se incluyen dentro del reino de lo posible, pero esto no quiere decir que todo lo posible sea contingente, ni tampoco que todo lo posible sea necesario. Tal y como lo justifica Alvin Plantinga: «*Necessary* propositions are then the propositions true in every world» (Plantinga, 1976: 140), es decir, las proposiciones necesarias son aquellas que están presentes en todo mundo posible. En cambio, las proposiciones posibles tienen que ser verdaderas en, al menos, un mundo, pero no en todos los mundos. Por ejemplo, el enunciado «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017» es verdadero por lo menos en un mundo posible, pero no es verdadero en el factual, lo que convierte a esta proposición, también, en un enunciado contingente. De este modo, toda posibilidad que sea falsa en al menos un mundo posible es contingente y, por ende, no puede ser necesaria. En otras palabras, toda posibilidad que sea verdadera en todo mundo

²⁹ La aparición de la posibilidad como elemento de análisis del significado lingüístico establecerá la base de las teorías no miméticas de la ficción, que no dependen de la ontología del mundo extralingüístico para aprehender los modos a través de los cuales se construye el hecho ficcional.

posible es necesaria y, por lo tanto, no puede ser contingente. Así, contingencia y necesidad son mutuamente excluyentes.³⁰

En este sentido, Alvin Plantinga sigue la línea argumentativa que se fundamenta en la noción de *contrafáctico* de Saul Kripke, y propone de este modo que «a possible world is a way things could have been —a total way» (Plantinga, 1976: 139). Una vez más, la posibilidad se descifra como aquel modo en el que las cosas podrían haber sido. En relación con ello, el autor añade que «among these ways things could have been there is one —call it ‘ α ’— that has the distinction of being actual; this is the way things actually are. α is the one possible world that obtains or is actual; the rest are merely possible» (Plantinga, 1976: 139), de lo que se deduce que dentro del conjunto de todos los mundos posibles hay uno que se distingue del resto, este es, el mundo que contiene el conjunto de las cosas y los sucesos factuales, o «mundo α ». Siguiendo el ejemplo planteado en los párrafos anteriores, el mundo factual, o mundo ‘ α ’, correspondería al enunciado «Killian Jornet llegó a la cumbre del Everest en 2017», puesto que así fue, y proposiciones como la anteriormente propuesta «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017» o «Killian Jornet subió a la cumbre del Everest tres veces seguidas en 2017» quedan amparadas por el campo de lo meramente posible, contingente y no factual.

Cada mundo posible, entonces, contiene su propio conjunto de estados y objetos que no están presentes o que no han sucedido en el mundo α o extensión factual. Aquí estriba la noción más relevante de la posibilidad: el hecho de que podamos figurar objetos y sucesos que no existan en el dominio de la extensión factual no exime que sí existan en su propio dominio, es decir, el dominio de aquello que es posible pero que, en cambio, no ha sucedido. La extensión factual o mundo α deviene, así, un tipo de posibilidad a la que se le atribuye una característica particular: la propiedad de haber sucedido, de situarse dentro del dominio de lo factual. Esta sería, de este modo, la única diferencia entre el dominio de los enunciados

³⁰ Véase la discusión que establece Jaakko Hintikka (1969, 1989) sobre el acuerdo de la lógica modal según el cual los enunciados de posibilidad son verdaderos en algún mundo posible y los enunciados necesarios son verdaderos en todos los mundos posibles. Las afirmaciones de Hintikka se añaden en el enfoque de la filosofía analítica que asume que las alternaciones del lenguaje deben examinarse como un cálculo, y no tanto como un mecanismo epistemológico que nos ayuda a comprender, de algún modo, nuestra idea de mundo. Como afirma el autor, «all possible-worlds theory is impossible on the view of language as the universal medium. For instance, logical truths cannot be defined as propositions true in every possible world *à la* Leibniz or later Carnap» (Hintikka, 1989: 54). Sin embargo, mi propuesta sigue las bases contrarias, y se acerca a las teorías que sí consideran al aparato lingüístico como un medio universal, tal y como se ha estado justificando a lo largo de este primer capítulo de la tesis.

posibles y del dominio de los enunciados factuales. Como veremos más adelante, esta es la misma diferencia que estriba entre la extensión factual y la extensión ficcional.

Ahora bien, el dominio de lo posible pero no factual puede estar formado por objetos análogos al dominio factual, pero también puede estar formado por *particulares que no existen* dentro del dominio factual. Puesto en contexto, la proposición «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Everest en 2017» es un tipo de enunciado posible no factual, pero está formado por objetos que tienen sus análogos en el dominio factual, como el deportista Killian Jornet o el monte Everest. En cambio, si cambiamos el enunciado anterior por el siguiente «Killian Jornet no llegó a la cumbre del Monte del Destino en 2017», entonces nos encontramos ante un elemento que tiene su análogo en el dominio factual, Killian Jornet, y hallamos otro particular, Orodruin —el Monte del Destino, en el que Sauron forjó el Anillo Único en la ficción de J. R. R. Tolkien—, que no existe en el dominio factual. Sin embargo, y aunque el Monte del Destino sea un particular no existente en el dominio factual, podemos conocer sus propiedades, lo que nos permite situarlo en un plano extensional, a saber, la realidad configurada en el universo de *El señor de los anillos* (Tolkien, 1954).

Los particulares ficcionales o, tal como los define Lubomír Doležel, los componentes de los mundos ficcionales a los que «se les concede una condición ontológica definida, la condición de posibles sin existencia real» (Doležel, 1999: 35), son, en buena parte, herederos de la concepción de los particulares no existentes dentro el dominio factual, que ha sido abordada por expertos en filosofía como Gottfried Leibniz, Franz Brentano, Alexis Meinong, Bertrand Russell, George Edward Moore y otros muchos (Plantinga, 1974: 122). En el siguiente apartado observaremos de qué manera se desarrolla el análisis de los objetos ficcionales en la semántica de mundos de la ficción y, de este modo, veremos cómo se terminan generando las teorías ficcionales que sí aseveran la existencia de los particulares ficcionales, a partir de lo cual se puede aventurar y argumentar que en los universos de la ficción se construyen dominios o extensiones propios e independientes del territorio factual.

1.3.2. LA PERSPECTIVA DE LOS «MUNDOS FICCIONALES» COMO NEXO ENTRE LA TEORÍA DE LA FICCIÓN Y EL LENGUAJE: CUESTIONES Y DISCUSIONES

El desarrollo de esta sección no pretende elaborar un estudio completo de las teorías de los mundos ficcionales, sino esbozar los aspectos más relevantes de las investigaciones que han abordado este método de análisis lingüístico dentro del campo de la teoría de la ficción. Algunas de las obras que se han consultado en profundidad para la realización de esta tesis, como la que presenta Antonio Garrido Domínguez en *Narración y ficción. Literatura e invención de mundos* (2011), o el amplio conjunto de entrevistas a teóricos de la ficción que elaboró Andrés Lomeña Cantos en *Ficciónología* (2016), ya proporcionan compendios competentes para examinar el desarrollo y evolución de las teorías ficcionales más importantes en nuestro campo. En cambio, el objetivo aquí es abordar las distintas discusiones en la semántica ficcional, de suerte que sirvan de soporte para ver los nexos entre la teoría de la ficción y el lenguaje, los cuales me permitirán confeccionar una propuesta genuina de mundos ficcionales: los *territorios extensionales*.

Hablar de «mundos posibles» es lo mismo que referirse a las representaciones que resultan de las relaciones idiosincráticas del ser humano para con el lenguaje. Estas representaciones estarían encargadas de construir los esquemas referenciales que apelan al conjunto de propiedades de nuestras enunciaciones, aquello a lo que también denominamos «extensión». La noción de «extensión», entonces, es análoga a la noción de «mundo posible». En este primer capítulo se ha tratado de mostrar la argumentación que fundamenta las relaciones entre lenguaje, extensión y realidad a lo largo de los apartados 1.1. y 1.2., en los que se exponían, además, las diferencias fundamentales entre el uso de «extensión factual» y «extensión ficcional».

Cabe recordar que tanto la «extensión ficcional» como la «extensión factual» están conformadas por el conjunto de propiedades y objetos a los que se les ha atribuido carga ficcional o factual, respectivamente, por medio de la comunicación. Por tal razón, la ficcionalidad no es un elemento inherente en la estructura del lenguaje, sino un atributo que se adhiere *a posteriori* de la enunciación, de forma consensuada y gracias a las relaciones lingüísticas que establecemos con nuestros congéneres. Del mismo modo, nuestra idea de realidad y nuestra forma de referirnos a ella no son cuestiones inherentes a la estructura del lenguaje, ni tampoco representan una copia del mundo extralingüístico. En cambio, la cualidad de ser real —la realidad— también es un atributo que se adhiere *a posteriori* a la

enunciación, por consenso y que es resultado de las relaciones lingüísticas que establecemos con nuestros iguales.

Tal y como se observó en la sección anterior, una de las características que poseen los mundos posibles no actualizados —no factuales— frente al modelo de mundo α o modelo de mundo factual, es que son susceptibles de contener *particulares no existentes*. Como ya se ha descrito, los particulares no existentes son objetos, personas o sucesos que no tienen análogo en el modelo factual, tales como el Monte del Destino de la ficción de Tolkien, el capitán Marlow de *El corazón de las tinieblas*, los dioses mitológicos, o el concepto del cuadrado redondo. Alvin Plantinga sugiere que si se acepta esta hipótesis, entonces también hay que estar de acuerdo con la concepción canónica de los mundos posibles que se fundamentaba en la noción de los *contrafácticos*; en palabras del autor, si «we are committed to the view that there are some things that don't exist, therefore, if we accept the Canonical Conception and consider that there could have been a thing distinct from each thing that does in fact exist» (Plantinga, 1976: 142). Como ya se ha adelantado, los territorios de la ficción están formados con frecuencia y en su mayoría por este tipo de elementos —los particulares no existentes—, por lo tanto, la mayoría de enfoques que sigue el modelo de mundos posibles de la ficción están comprometidos con esta misma visión y, de hecho, la mayoría de las veces la presencia (o no) de particulares no existentes parece ser el componente distintivo entre los discursos ficcionales y los discursos no ficcionales.³¹

En el estudio *Nature of Necessity* (1974), Plantinga lanza los siguientes interrogantes: «are there, or could there be, possible but nonexistent objects? (...) If there are nonexistent objects, do they have properties? If there are possible but unactualized objects, are there also some that are impossible and unactualizable?» (Plantinga, 1974: 121). El problema que muestra el autor permite discutir, por un lado, si los particulares ficcionales forman parte de este conjunto de objetos no existentes («nonexistent objects») —entendemos por particulares ficcionales los ejemplos dados en el párrafo anterior, como el Monte del Destino o el capitán Marlow— y, por otro lado, si el estatuto de estos particulares ficcionales es el mismo que el

³¹ Para profundizar en los límites entre ficción y no ficción, y aunque mi punto de vista se aleje de la perspectiva narratológica, véase la discusión que establece Gérard Genette en su artículo «Récit fictionnel, récit factuel» (1991), en el que el autor expone las hipótesis a favor de la homogeneidad de ambos discursos, y también asienta argumentos propios a favor de una diferencia *a priori* entre la construcción de la ficción y la no ficción a través de distintos motivos narratológicos (como el orden, la frecuencia, el modo y la voz).

de objetos imposibles o carentes de referencia, como el concepto del cuadrado redondo. Por lo general, se debería presuponer que el estatuto referencial de los particulares que no existen dentro del dominio factual, como los particulares ficcionales, no es el mismo que el estatuto referencial de conceptos como los cuadrados redondos, puesto que, según la concepción clásica de la semántica de mundos, los primeros sí existen en al menos un mundo posible y los segundos son imposibles en todo mundo posible. Dicho de otro modo, existe al menos un mundo posible que contiene al capitán Marlow en su dominio extensional —el creado en *El corazón de las tinieblas*—, y no existe ningún mundo posible que pueda contener un cuadrado redondo: es imposible en todo mundo posible.³²

En lo que refiere a los particulares ficcionales, las conclusiones de Plantinga apuntan hacia un vacío referencial, es decir, el autor deduce «an understanding of fiction according to which stories are about nothing at all and the names they contain denote neither actual nor possible objects» (Plantinga, 1974: 163). En otros términos, cualquier ente ficcional que no contenga su análogo en el dominio factual concurre en un vacío referencial. La ficción, del mismo modo que el concepto de cuadrado redondo, sería concebible o enunciable, pero carente de propiedades referenciales.

Sin embargo, el enfoque de Alvin Plantinga solamente constituye un punto de vista de un debate abierto. Alexis Meinong (1960) propuso un análisis singular de los particulares no existentes, en el que argumentaba a favor de la atribución de propiedades incluso para aquellos objetos imposibles como los cuadrados redondos. Precisamente, la cualidad de los objetos no existentes es su «no-existencia». De esta manera, el hecho de poder establecer juicios sobre estos objetos nos permite, a su vez, situarlos en un esquema referencial, aunque este esquema se contenga dentro del conjunto de seres no existentes. Como definiría Pozuelo Yvancos, «la vía abierta por Meinong es la posibilidad de formar predicados denotativos para objetos inexistentes en el mundo real, pero sí en el mundo definido por la referencia» (1994: 278).

La semántica de los mundos ficcionales toma el relevo de las aserciones de Meinong y se opone al razonamiento de Plantinga. Como se ha observado, según el argumento clásico de la semántica de mundos posibles «any world in which a singular proposition is true, is one

³² Este último tipo de imposibilidad es similar a la que desengranaré con profundidad en el tercer capítulo de esta tesis, la cual es constitutiva de la imposibilidad lingüística de lo fantástico posmoderno.

in which *there is* such a thing as its subject, or in which its subject has being if not existence» (Plantinga, 1974: 149), por lo que se deduce que mientras un particular no factual pueda incluirse en el conjunto de un dominio referencial —es decir, que posea alguna cualidad—, se asume su existencia en dicho dominio, una existencia que es aceptada como no real o no fáctica.

En este sentido, la aplicación de la semántica de mundos a los territorios de la ficción asume esta particular cualidad de existencia de sus componentes. Del mismo parecer es Uri Margolin, quien defiende que «possible-worlds semantics, in its application to narrative, has two main goals: the development of a theory of narrative worlds, their basic types, inner structures, and underlying regularities; and the development of a theory of non-actual IND (possibilia) in them» (1990: 846).³³ El segundo objetivo hacia el que apunta la afirmación de Margolin sirve como defensa del uso de la semántica de mundos posibles en los territorios de la ficción. Según las bases de mi argumentación, el mundo o extensión ficcional es un constructo elaborado por el ser humano gracias a los usos del lenguaje. Del mismo modo, los objetos o particulares ficcionales que se incluyen y conforman, en suma, la extensión ficcional, son también un constructo derivado de las enunciaciones lingüísticas a las cuales se les atribuye un gradiente ficcional. Así, «possible INDS are constructs. They are stipulated by story texts, not discovered, and are therefore determined by the descriptive conditions associated with them» (Margolin, 1990: 847). Es importante tener en cuenta esta última declaración para fundamentar con aun más fuerza el razonamiento que se ha seguido a lo largo de este primer capítulo: los planos ficcionales no son territorios que esperan a ser descubiertos ni por el autor ni por el receptor de la ficción, sino que son planos lingüísticos a los que se les asocia un gradiente ficcional en la recepción.

La ficción no es sino otra forma de comunicación que se desarrolla del mismo modo en el que se presenta la extensión factual: primero se expone la enunciación o intensión y el receptor la traduce en términos referenciales o extensionales. Wolfgang Iser incidió en las diferencias que suelen instaurarse entre los discursos ficcionales y los discursos factuales, de modo que «“fiction” and “reality” have always been classified as pure opposites, and so a good deal of confusion arises when one seeks to define the “reality” of literature» (1975: 7). La confusión a la que refiere Iser aparece precisamente cuando la ficción se aprehende de

³³ IND: Individuales o particulares posibles.

forma errónea como una suerte de hecho anterior a la enunciación, en lugar de considerar las implicaciones pragmáticas de la construcción ficcional. Tanto la atribución factual de un discurso, como la asignación ficcional de una enunciación, deben considerarse desde los efectos de la comunicación entre texto y receptor, y no desde la estructura interna del significado: «if the reader and the literary text are partners in a process of communication, and if what is communicated is to be of any value, our prime concern will no longer be the *meaning* of a text (...) but its *effect*» (Iser, 1975: 7).

Tanto la extensión factual como la extensión ficcional —es decir, tanto nuestra idea de realidad como los mundos ficcionales— se construyen a partir del mismo lenguaje, el «lenguaje natural»,³⁴ o lo que es lo mismo, el aparato comunicativo que forma parte de la idiosincrasia humana. De modo que las configuraciones extensionales son construcciones formadas a partir del arsenal de predicados y relaciones que se dan en el lenguaje natural. Así, la referencia ficcional no resulta una copia de la referencia factual, sino un producto que se elabora de forma equivalente. Sirvan como ejemplo los siguientes enunciados: «Los escarabajos son insectos de seis patas» y «Cuando, una mañana, Gregor Samsa despertó de un inquieto sueño, se encontró en la cama transformado en un insecto monstruoso» (Kafka, 2010: 5).³⁵ El primero es un enunciado en el que se describe la cantidad de patas que tienen los coleópteros y que se puede incluir en el dominio factual; el segundo pertenece a la frase con la que se inicia *La metamorfosis*, de Franz Kafka, y que, por lo tanto, se incluye en el dominio ficcional de dicha ficción. Pero ¿qué ocurre con el término «insecto» en cada una de ambas oraciones? En la primera, el insecto hace referencia al escarabajo y a algunas de sus cualidades, en la segunda, el insecto haría referencia a una especie de bicho en el que se ha transformado Gregor Samsa. Los hablantes que dominamos más o menos bien la lengua española nos entendemos perfectamente cuando proferimos el término «insecto», lo que ocurre con el proceso de significación es que es en esta misma forma de entendimiento entre los hablantes de la lengua que se formaliza el empleo de esta noción. La atribución se realiza

³⁴ Entiéndase por «lenguaje natural» aquel lenguaje al cual aún no se le ha atribuido estatuto factual o ficcional, Stanley Fish se ha referido al lenguaje natural o «ordinary language», como «one of a number of terms used to designate a kind of language that “merely” presents or mirrors facts independently of any consideration of value, interest, perspective, purpose, and so on» (Fish, 1980: 97).

³⁵ Traducción mía al español de la edición en catalán para facilitar la comparación entre ambos enunciados. La frase original de la edición consultada: «Quan, un matí, Gregor Samsa va despertar-se d’uns somnis neguitosos, es va trobar al llit transformat en un insecte monstruós» (2010).

por el uso y no por la atribución por *ostensión*³⁶ de la palabra con su referente material. El uso de «insecto» en el enunciado ficcional no pretende reproducir el referente al que apela el primero, sino elaborar un significado genuino para la ficción kafkiana.

La relación entre la extensión factual y la extensión ficcional no es subordinada, o lo que es lo mismo, lo ficcional no imita a lo real, sino que ambos apelan a una misma forma de participar en las dinámicas lingüísticas humanas. Tras la enunciación de un concepto — «insecto»—, el receptor o lector atribuye el estatuto factual o ficcional en función del conjunto de convenciones lingüísticas que son resultado de nuestra idiosincrasia. Por lo tanto, «las ficciones no son el lado irreal de la realidad ni, desde luego, algo opuesto a la realidad, como todavía las considera nuestro “conocimiento tácito”; son más bien condiciones que hacen posible la producción de mundos, de cuya realidad, a su vez, no puede dudarse» (Iser, 1997: 45).

La ficción se inaugura, así, como la capacidad que posee lo *posible* para generar mundos y, asimismo, «a further feature of the language of fiction is that we can make references to fictions taking different contextual backgrounds» (Crittenden, 1982: 333). La posibilidad es inherente al plano de lo ficcional y le otorga, así, la libertad necesaria para generar mundos que no se limitan a un único plano, algo que en cambio sí ocurre en el espectro factual, que permanece enquistado en un solo modelo de mundo, el mundo actualizado o mundo α . Además, todos estos mundos, ya sean ficcionales o factuales, tienen como origen al lenguaje natural y no toman como referencia al mundo fenoménico o extralingüístico.

Como se ha podido observar, algunos expertos en la materia como Alvin Plantinga subrayan las grandes complicaciones que enfrenta el análisis de los particulares ficcionales, sobre todo cuando la teoría prueba de dar con el contenido semántico que permita incluirlos en un marco extensional o referencial, a partir del cual se estipulan los mundos posibles.³⁷ A

³⁶ Como ya se ha visto: relación sentido–referencia material.

³⁷ Véase también el artículo de Gottfried Gabriel, «Fiction – A Semantic Approach» (1979), en el que también se presenta el desacuerdo con la perspectiva de los mundos ficcionales que dota de valor ontológico a sus componentes. Gabriel negaría la presencia de la referencia ficcional en un enfoque próximo a la semántica de Frege, en la que la formación de la extensión solamente se autoriza a aquellas afirmaciones que poseen valor de verdad según su correspondencia semántica con el mundo factual. De este modo el autor sigue que «in fictional discourse the speaker does not claim that his referring expressions have referents. He only speaks *as if* the referring expressions had referents» (Gabriel, 1979: 247).

medio camino entre la negación y afirmación del contenido existencial de los particulares ficcionales se encuentra la perspectiva de Terence Parsons, el cual atribuiría cierto peso existencial a los entes ficcionales. Con todo, el autor se refiere a un tipo de existencia particular, una existencia solamente textual o intensional, según la cual «existing in fiction and existing are quite different things» (Parsons, 1980: 50). De hecho, Terence Parsons llegaría a referirse a los componentes ficcionales solamente como propiedades *descritas* por sus historias, es decir, sin contenido semántico, evitando así aprehender la ficción como «mundo posible» (Parsons, 1980: 56). Sin embargo, y como terminaría por inferir Doležel, «fictional particulars are necessary and indispensable constituents of literary fictions» (Doležel, 1989: 228), de modo que debemos mantenernos firmes en la aseveración de una semántica ficcional que dé cuenta del contenido referencial de sus componentes. Así, los particulares ficcionales no suponen una traba para el análisis lingüístico de los productos narrativos, sino una condición necesaria para el desarrollo del hecho ficcional.

Las teorías afines a los mundos ficcionales que están fundamentadas sobre modelos lingüísticos siguen apelando a la existencia de los entes y fenómenos de la ficción —a pesar de que esta existencia sea de tipo no factual—, y aunque esta teoría siga mostrando ciertas dificultades argumentales —sobre todo cuando se pretende solventar cuestiones afines a los territorios de la filosofía del lenguaje—, reivindico aquí un uso más distendido del modelo de mundos ficcionales, siempre y cuando se lleve a cabo desde el campo de la Teoría de la ficción y no desde el campo de la Filosofía. Dicho esto, cabe insistir en que existe variedad de dilemas analíticos que no pueden ni deberían abordarse desde los territorios de la Teoría de la ficción ya que, en realidad, reducir el estudio de la ficción a las estructuras de la lógica se alejaría del motivo principal de mi objetivo de análisis: hallar el contenido funcional del significado ficcional. Por ello, me desvíó de las tesis que abordan el estatuto existencial de los entes ficcionales como si este se tratase de un simple problema de cálculo. También lo afirma Bohumil Fort cuando advierte que «fictional worlds, unlike possible worlds produced by algorithmic logical operations based on binomic distribution of truth-values, are part and parcel of human communication and thus also part of human existence» (2006a: 191).

Garrido Domínguez también es consciente del dilema que supone el hecho de reducir el estudio de la ficción a la lógica de la semántica de mundos posibles de la Filosofía: «hay,

con todo, dos rasgos por los que la noción de mundo posible resulta inaceptable para dar cuenta de la naturaleza de los mundos de ficción (...) los objetos ficcionales (no metafísicos) no preexisten al momento de la creación literaria y, además, admiten contradicciones en su seno» (2011: 119-120). Por ello, la investigación de los mundos posibles de la ficción tiene que ir unida a la investigación en semiología literaria o ficcional, la cual dé cuenta de los significados creados en estos territorios. El «insecto monstruoso» al que alude la metamorfosis de Gregor Samsa en el relato de Kafka no es solamente una enunciación sin contenido referencial, ni tampoco un mero artefacto estético —como proponen muchos de los detractores de los mundos ficcionales—, sino un vigoroso e ilustrativo reflejo de la crisis identitaria de su escritor, que quedó perfectamente reflejada en el lenguaje de sus obras ficcionales. La ficción es, por ello, un modo de acceso privilegiado a los rincones ocultos de nuestra presencia en el mundo, así lo aventuró Umberto Eco, de manera que para el autor «fiction suggests that perhaps our view of the actual world is as much imperfect as the one of fictional characters. This is why successful fictional characters become paramount examples of the ‘real’ human condition» (Eco, 1989: 352). En el ejemplo anterior, la obra literaria de Franz Kafka permite observar que, las más de las veces, el enfoque no mimético de la ficción nos ayuda a comprender de mejor manera la condición humana de lo que podría hacerlo una copia idéntica de los sucesos extralingüísticos, que a lo sumo asumiría las capas superficiales de la existencia.

Insisto en que tanto los mundos posibles de la ficción como la idea de mundo factual se forman gracias a la existencia del lenguaje natural. Esto quiere decir que son procesos semióticos mediados por la comunicación, que ambos surgen de un mismo lugar y que este lugar es la idiosincrasia y el lenguaje ordinario. Esta idea queda reflejada en la reflexión que propuso María del Carmen Bobes Naves sobre nuestra relación con lo semiológico:

todo lo que el hombre hace, con el fin que sea, adquiere un significado; *el hombre puede definirse como un animal semiótico*, porque confiere sentido a todo lo que con él se relaciona, aparte de su actividad directamente semiótica, mediante la cual utiliza signos (codificados, o circunstanciales) y crea textos para expresar algo, para comunicarse socialmente, o para interactuar con otros hombres, contemporáneos o de otras épocas, y a la vez tiene una capacidad interpretadora que lo lleva a leer como signo los testimonios que las culturas del pasado han dejado, con intención de persistir o sin ninguna intención (Bobes Naves, 2002: 150; cursiva mía).

Al definir al ser humano como un animal semiótico se fija un vínculo indesligable entre la condición humana y el lenguaje: así, este último se presenta como un atributo propio, vehículo de las relaciones de los sujetos con sus congéneres y con su entorno, tal y como se ha estado defendiendo en apartados anteriores.

Como compendio, de lo que se trata es de abogar por una investigación que se escabulla de los dogmas de la mimesis, ya que la teoría mimética tiende a desplazar a la ficción a la mera representación del mundo, despojándole de toda la versatilidad de la que disfruta el lenguaje como aparato conformador de mundos, como advierte Lubomír Doležel: «if fictional worlds are interpreted as possible worlds, literature is not restricted to the imitations of the actual world» (Doležel, 1989: 231). Si la ficción se plantea solamente como una representación del hecho objetivo, entonces no queda lugar para la función imaginativa ni tampoco para la creación. Si la ficción solamente es una representación, entonces el arte narrativo no nos cuenta nada nuevo, es meramente informativo. Si la ficción solamente es una imagen del mundo extralingüístico, entonces lo posible no es aquel modo en el que las cosas podrían haber sido, sino aquel modo en el que las cosas no deben ni pueden ser. Si la ficción únicamente es una reproducción, entonces el lenguaje es un simple artilugio de transcripción. Pero el lenguaje es algo más que el grabado de una fotocopia, el lenguaje es aquello que nos permite ir más allá de lo que puede soportar el empirismo, el lenguaje nos permite aprehender todos aquellos aspectos sobre nuestra existencia que residen más allá de la percepción inmediata de los sucesos. Dicho de otra manera, «todos estos poderes realmente demiúrgicos de la imaginación no alcanzan su objetivo mientras no se produce su alianza con el lenguaje, que es el mediador real de la significación de la comprensión» (Garrido Domínguez, 2011: 76); como arguye Jerome Bruner, la comprensión de los acontecimientos humanos tiene el objetivo de crear hipótesis acerca de lo sucedido, es decir, tiene el objetivo de advertir las alternativas que abastecen la posibilidad humana (Bruner, 2010: 62). El lenguaje, de este modo, es la condición de realización de lo posible: los territorios de la ficción se conciben una vez escritos, y nuestra idea de lo real se estipula cuando la enunciamos.

Es sensato considerar que la teoría que aporta una de las perspectivas no miméticas de la ficción más completa, y que resuelve de forma más satisfactoria las cuestiones y

problemáticas presentadas por los detractores de la semántica de mundos posibles de la ficción, es el artefacto argumentativo que expuso Lubomír Doležel en un amplio conjunto de trabajos —algunos referidos en esta tesis (1979; 1989; 1998; 2002)—, siendo la gran mayoría de ellos un preámbulo de lo que culminaría en su obra más exhaustiva: *Heterocósmica* (1999), sobre la cual se sustenta buena parte de mi discurso.³⁸ Para lo que refiere a mi investigación, el aporte más sugerente de la teoría del autor es la tesis según la cual se legitima el contenido referencial de los atributos, fenómenos, individuos ficcionales, y que resultan conjuntos de estados posibles sin existencia factual (Doležel, 1989: 230; 1999: 35); por ende, se deduce que su gradiente de existencia es ficcional. Además, accedemos a estos referentes ficcionales desde nuestra posición en el mundo, es decir, a través de canales semióticos (Doležel, 1989: 232; 1999: 43). Esto nos devuelve a la idea según la cual nuestro aparato lingüístico es el elemento fundamental que nos conecta tanto con las referencias ficcionales, como con las referencias factuales.

En otro orden de prioridades, el modelo semántico de Doležel ha dado lugar a múltiples derivaciones, entre ellos el análisis de mundos ficcionales de la lírica que elaboró Miroslav Červenka (2006), que compartiría algunos aspectos fundamentales con los mundos ficcionales derivados del género narrativo, por ejemplo, la condición de «incompletud»³⁹ (2006: 243).⁴⁰ Asimismo, el hecho que los mundos ficcionales sean incompletos constituye otro de sus rasgos distintivos e indisolubles, y es que «construir un mundo ficcional completo requeriría un texto de longitud infinita» (Doležel, 1999: 241). El reflejo de esta última idea se observa en el microrrelato de Borges, «Del rigor en la ciencia» (2005: 119), en el que la elaboración de un mapa a escala 1:1 muestra la absurdidad e improductividad de aquellas

³⁸ No desarrollaré toda la teoría del autor, solamente mencionaré e indagaré en los aspectos más relevantes para esta investigación de la semántica de mundos posibles de la ficción.

³⁹ Se asume la *incompletud* del mundo ficcional debido a que su estructura no está totalmente determinada, también definida por Umberto Eco «a fictional world is not a maximal and complete state of affairs» (Eco, 1989: 352). Como aduce Bohumil Fort, esta *incompletud* se contrapone a las propiedades que mantienen los mundos posibles de la lógica, los cuales se pueden producir de forma infinita y que cambio estarían caracterizados por su *completud* (Fort, 2006b: 274). Por ejemplo, el texto de *La metamorfosis* de Kafka nos permite acceder a ciertas propiedades que posee Gregor Samsa, sabemos que vivía en casa de sus padres y que tenía una hermana, pero no es posible saber de qué color eran sus ojos, cuánto medía o cuál era su comida preferida. Como aduce Doležel, la única estructura referencial a la que tenemos acceso es aquella que viene determinada por la textura narrativa (Doležel, 1999: 205).

⁴⁰ Bohumil Fort elaboró un artículo sobre los distintos tipos de propuestas de mundos ficcionales en el que, además, define las diferencias entre el modelo de mundos ficcionales Lubomír Doležel y el modelo de mundos de la lírica de Miroslav Červenka (Fort, 2006b: 280).

obras que pretenden reproducir el mundo extralingüístico con absoluta fidelidad. Se aventura, así, que construir un mundo ficcional *completo* sería tan estéril como la cartografía del cuento del escritor argentino, y al mismo tiempo, tan imposible como lo es alcanzar de una sola vez todos los ángulos de la realidad.

A pesar de que la teoría de mundos ficcionales como la que desarrolla Lubomír Doležel se aventure hacia una concepción de los territorios literarios como un espacio que disfruta de independencia ontológica con respecto a lo factual —y que, por ende, se opone a las restricciones de la mimesis—, algunos autores han mostrado los peligros de situar el significado de la ficción como un objeto que se aleja de la realidad social circundante. Este es el caso de las ideas que desarrolla Andrés Lomeña Cantos en *Ficciónología* (2016), cuya intención —aparte de elaborar un amplio conjunto de entrevistas a los autores más relevantes de la teoría de la ficción, como se ha apuntado al inicio de esta sección—, es la de «desmitificar la sempiterna fantasía de la autonomía literaria» (2016: 13). El propósito de Lomeña Cantos es subordinar el contenido ontológico de la ficción al contenido ontológico de lo factual, en pro de reconvertir la teoría de mundos ficcionales en «mundos materiales», es decir, en terrenos referenciales que también exploran las redes culturales y sociopolíticas que nos rodean (2016: 13).

Sin embargo, la teoría no mimética de la ficción y, en su interior, la semántica de mundos ficcionales, no tiene por qué eludir la textura del mundo social. Si aprehendemos los mundos ficcionales como artefactos que se construyen con las mismas herramientas que las estructuras de la realidad factual —es decir, estructuras fundamentalmente lingüísticas—, entonces ambos planos deben reflejar las mismas dinámicas sociológicas, ya que estas dinámicas se codifican en los aparatos epistemológicos propios del ser humano, que en suma son el motor constructor de lo factual y de lo ficcional. La noción de «ficciónología» formulada por Lomeña Cantos, esto es, la «expresión que se refiere al estudio sociológico de la ficción narrativa, es decir, al capital cultural incorporado a una obra literaria a través del filtro semiótico de una macroestructura narrativa que sedimenta los diversos materiales sociales» (2016: 51), no tiene por qué estar reñida con la construcción autónoma de la ficción. Los productos ficcionales no son simulaciones, y la imaginación que los constituye resulta el espacio ideal para forjar otro modo en el que las cosas podrían haber sido, un modo que a pesar de su autonomía ontológica nos permite, como sujetos, reconocernos en él. Esas «cosas

que podrían haber sido» que plantea la ficción son, la mayoría de las veces, otro modo de organizar las estructuras socioculturales, que además están inscritas en nuestro lenguaje.

El aspecto más destacado en el recorrido trazado en este apartado es el polémico debate acerca de la existencia de los referentes ficcionales. El estudio de Thomas Pavel, *Ficcional Worlds* (1986), se opone también a las doctrinas que niegan la presencia de contenido referencial en los mundos ficticios y, asimismo, refuta aquellas disciplinas que rehúsan la autonomía ontológica de la ficción con respecto a los fenómenos factuales, como la expuesta por Andrés Lomeña Cantos. De este modo, la argumentación de Pavel pretende mostrar cómo los «fictional texts employ the same referential and modal mechanisms as nonfictional uses of language, and that the logic of such texts is better understood when considered in relation to other cultural phenomena, in particular myths and religious beliefs» (1986: 136). Tal y como se ha abogado en otras secciones, los usos del lenguaje que elaboran la referencia ficcional son los mismos usos que participan en la elaboración de la referencia factual, por lo que aquello que genera los gradientes de ficcionalidad o factualidad es la actividad lingüística humana, y no unas supuestas estructuras lógicas consubstanciales a la textura del lenguaje. Dicho de otra manera, aquello que nos lleva a clasificar los discursos como ficcionales o factuales es la epistemología humana, es decir, nuestra forma de comprender las cosas.

Si seguimos el razonamiento de Pavel, entonces entendemos que los seres ficcionales se desplazan entre el dominio factual y el dominio ficcional según transcurre la historia, y este desplazamiento se activa en función de nuestras creencias culturales. Por ejemplo, en la era clásica, seres como los héroes y dioses mitológicos estaban establecidos en el dominio de aquello que se tiene por verdadero. Según las convicciones que formaban parte del imaginario colectivo de la antigüedad lo que hoy entendemos por mitología resultaba una explicación a los sucesos sobre el mundo y, por lo tanto, se incluían en el plano de lo real.⁴¹ Con el paso del tiempo y el avance de la historia humana, los dioses y héroes de las cosmogonías y de las tragedias han ido perdiendo paulatinamente su gradiente factual, hasta

⁴¹ Véase la propuesta de Susana Reisz (1979, 2001), en el que la autora compara las *Metamorfosis* de Ovidio con *La metamorfosis* de Franz Kafka para evidenciar precisamente que existen ciertos códigos ficcionales que pueden reducirse a un *Prv*, esto es, a «lo posible según lo relativamente verosímil» (2001: 196-197), como en el caso de la obra de Ovidio, y otros códigos ficcionales que no pueden reducirse a ningún *Prv*, como es el caso del relato de Kafka. Analizo la propuesta de Reisz con más profundidad en el segundo capítulo de esta investigación.

quedar relegados al espectro de lo ficcional (Pavel, 1986: 41). Así ocurría en uno de los primeros fragmentos de la *Teogonía* (Hesíode, 2012: 85), en el que la descripción sobre el nacimiento del Día y la Noche, ambos hijos del dios Caos, era constitutivo de la ontología del mundo según los asertos compartidos en los saberes de la Grecia clásica. En la actualidad, la historia que traza la cosmogonía de Hesíodo no es más que un mito, un relato que poco nos dice ya acerca del estatuto ontológico de nuestra realidad. Para los seres contemporáneos, la mitología es una suerte de discurso que relata los dogmas de una época, y que ahora se incluye en el terreno de lo ficcional. Pero los mitos clásicos fueron el reflejo de las conformidades sobre el mundo, «the universe of Greek gods and heroes was not invented anew by Aeschylus, Sophocles, and Euripides; instead each developed a certain language or a certain angle of vision in relation to a relatively stable mythological universe» (Pavel, 1986: 54). ¿No sería lógico pensar, entonces, que los discursos actuales que remiten a lo factual también son un reflejo de las creencias compartidas en nuestra era?

El acto de situar un cierto elemento dentro del espectro ficcional o dentro del espectro de lo real se convierte, así, en un ejercicio dominado por las convenciones compartidas en una misma época y espacio sociocultural. Como mostró Pavel, los dioses que en la era clásica se adherían al dominio de lo real ahora no son más que meras ficciones. La teoría de mundos posibles nos permite construir un alegato a favor de la soberanía de la ficcionalidad dentro de sus propios territorios, y esto significa que los argumentos a favor de una teoría no mimética de la ficción son factibles. La ficción ni es una copia del mundo ni tampoco está subordinada a la factualidad, ya lo dijo Oscar Wilde, en la que fuera la sentencia más aclamada de su *The Decay of Lying* (1891) —«la Vida imita l'Art molt més del que l'Art imita la Vida» (2014: 66)—, y es que el arte, la ficción, no está hecho para imitar. En términos lingüísticos, «seen as governed by semiotic conventions, literary texts do not describe real of fictional worlds, but merely manipulate an amorphous purport on which they impose their arbitrary rule» (Pavel, 1986: 116), y es que el estatuto de la referencia lingüística no está preestablecido, sino que depende de la situación histórica y la disposición del sujeto comunicativo.

A través de todo el entramado expuesto en esta sección, mi intención era demostrar que es posible elaborar una semántica ficcional en la que se defienda la existencia de la referencia ficcional y que esta mantenga su independencia frente al dominio factual. Además,

tras la elaboración de esta semántica se asume que tanto los territorios factuales como los territorios ficcionales se elaboran a través del lenguaje y que ambos son, en definitiva, resultado de la acción idiosincrática del sujeto. Como se verá en la próxima sección, todos estos supuestos concluyen en una propuesta de semántica ficcional genuina, a la que se ha dado el nombre de «territorios extensionales».

1.3.3. TERRITORIOS EXTENSIONALES

La razón por la cual se han elaborado las reflexiones y argumentaciones anteriores sobre la noción de «extensión ficcional» y «extensión factual», la diferencia semántica entre «mundo» y «realidad» y la exposición de las principales problemáticas que se adhieren a la semántica ficcional, es la confección de una propuesta inédita: los «territorios extensionales». A través de la conformación de los territorios extensionales se proyectará una perspectiva de semántica ficcional genuina, desde la que se pretende simplificar todos los aspectos discutidos en este primer capítulo de la tesis, y con la cual procuraré comprender, posteriormente, el funcionamiento de la imposibilidad en lo fantástico desde un enfoque semántico-extensional.

Umberto Eco nos brinda una de las definiciones más minuciosas del vocablo «mundo posible», el cual:

consiste en un conjunto de *individuos* dotados de *propiedades*. Como algunas de esas propiedades o predicados son *acciones*, un mundo posible también puede interpretarse como un *desarrollo de acontecimientos*. Como ese desarrollo de acontecimientos no es efectivo, sino precisamente posible, el mismo debe depender de las *actitudes proposicionales* de alguien que lo afirma, lo cree, lo sueña, lo desea, lo prevé, etc. (1993: 181).

Se ha podido comprobar que el uso del término «mundo posible» ha generado una multitud de perspectivas afines tanto al campo de la filosofía del lenguaje como al campo de la teoría de la ficción. Como resultado, hoy por hoy nos encontramos ante un uso desgastado de la noción «mundo posible», lo cual nos lleva, las más de las veces, a tener que lidiar con una gran cantidad de debates que no se limitan al análisis lógico y a lo conceptual, sino que también cuestionan el significado legítimo detrás del uso de la palabra «mundo». Así que, en

primer lugar, propongo el término «territorio extensional» —que también navega sobre el espectro de lo posible— para evitar la ambigüedad que surge al tratar el contenido extensional como un elemento sujeto al mundo o realidad extralingüística.

Como puede observarse en la siguiente afirmación, existe un consenso según el cual los mundos posibles y, por ende, los mundos ficcionales, nacen como artefactos que dependen del mundo circundante:⁴²

Ningún mundo posible podría ser totalmente autónomo respecto del mundo real, porque no podría caracterizar un estado de cosas máximo y consistente a través de la estipulación ex nihilo de todo su «mobiliario» de individuos y propiedades. Por eso, un mundo posible se superpone en gran medida al mundo «real» de la enciclopedia del lector. Pero dicha superposición no sólo es necesaria por razones prácticas de economía: también se impone por razones teóricas más radicales (Eco, 1993: 185).

En secciones anteriores ya se ha comprobado cómo nuestra propia idea de realidad, a saber, los elementos que inscribimos en la extensión factual, tampoco pueden dar cuenta de todo este «mobiliario» de individuos y propiedades presentes en el mundo extralingüístico. De esta manera, se entiende que todas las creencias y aseveraciones que proferimos a través de nuestros aparatos discursivos son construcciones fundamentalmente lingüísticas e independientes de la realidad extralingüística. Siguiendo la tesis de Jerome Bruner «no existe una realidad “prístina” con la que se puede comparar un mundo posible a fin de establecer alguna forma de correspondencia entre ese mundo y el mundo real» (2010: 55), de modo que no es necesario abandonar la óptica que defiende, según la cual existe una autonomía de los mundos posibles frente al mundo objetivo.

Así, el diseño de los territorios extensionales se postula como un distanciamiento de las confusiones que puedan aparecer tras la locución «mundo posible». Es por ello que he optado por la utilización del adjetivo «extensional» y el sustantivo «territorio», con tal de eliminar de la ecuación la ambigüedad que se deriva de la conceptualización del apelativo «mundo». De modo que, por un lado, el uso de lo «extensional» remite a una forma de análisis que prácticamente sitúa todo el foco de atención en el conjunto de propiedades referenciales

⁴² Véase por ejemplo Eco (1989: 343-344), Martínez Bonati (1992c: 117) y Garrido Domínguez (2011: 79).

de una enunciación, es decir, en la extensión del discurso y no en la intensión —esta es, los aspectos meramente textuales—. ⁴³ Por otro lado, el empleo de «territorio» tampoco es fortuito, cuando pensamos en un territorio lo primero que se nos viene a la mente es una especie de campo, un área más o menos delimitada que, como la ficción o nuestra idea de realidad, necesita unas demarcaciones que garanticen un orden para poder organizar su contenido dentro de nuestros esquemas cognitivos.

Dado que la creación de este nuevo aparato semántico está motivada por el análisis de la ficción y no de lo factual, he considerado que una de las formas de ilustrar el uso del apelativo «territorio» para referir a los planos extensionales es el relato metaficcional de Julio Cortázar «Continuidad de los parques». (2016: 217-218). El título del cuento ya sugiere alguna pista para entender la transgresión que se producirá entre dos planos narrativos que en un principio parecían delimitados: la extensión formada por la realidad del protagonista se configura como una suerte de parque, es decir, un plano referencial delimitado, y la extensión formada por la novela que está leyendo el mismo protagonista se advierte como otro parque, otro plano referencial delimitado y situado en un nivel narrativo (y ficcional) diferente al primero. El fenómeno metaficcional de la narración de Cortázar se encuentra en la intersección de los dos planos que se presentan en el cuento, y dicha intersección nos ofrece una sensación de continuidad entre estas dos extensiones que se hallan en niveles narrativos distintos. Por ello, en este relato el quebrantamiento de las normas del discurso ficcional se efectúa cuando los distintos niveles textuales en los que se encuentran ambas extensiones — esos dos «parques» diferenciados—, que deberían permanecer inaccesibles entre sí, terminan entrelazándose «sacudiendo al lector y llevándole a plantearse cuáles son los límites de los planos —el de la ficción y el de la metaficción— que el autor ha trazado» (Miranda Rocamora y Gallor Guarín, 2021: 195). De este modo, los parques de Cortázar se figuran como una suerte de *territorios extensionales de la ficción*, en este caso, conjuntos referenciales que

⁴³ Doležel confirma la relevancia del análisis extensional en la semántica de la ficción. De hecho, el autor dedica el primero de los dos capítulos que articulan *Heterocósmica* (1999) al trazado de la extensión en la ficción. Por otro lado, el mismo Doležel indica la importancia de la intensión en su modelo de semántica ficcional —cuyo trazado constituirá el segundo capítulo de la misma obra—, así «el autor construye mundos ficcionales y el lector los reconstruye en y a través de la redacción original del texto (la textura), es decir, como formaciones intensionales» (1999: 203).

apelan a la confrontación imposible de los dos planos tangenciales en los que habitan los distintos personajes del relato.⁴⁴

Véase ahora cuáles son las implicaciones principales que presentan los territorios extensionales:

- Cuando nos referimos a la «realidad» nos estamos refiriendo a la extensión factual, un constructo lingüístico diferente e independiente del mundo fenoménico.
- Cuando nos referimos a la «ficción» nos estamos refiriendo a la extensión ficcional, un constructo lingüístico diferente e independiente del mundo fenoménico y de la extensión factual.

Así, y de forma más detallada, las características de los territorios extensionales se expondrían del siguiente modo:

- Los territorios extensionales asumen que existe tal cosa como la extensión o referencia ficcional.
- Los territorios extensionales asumen que el lenguaje es el artefacto que elabora la extensión o referencia factual y la extensión o referencia ficcional.
- Los territorios extensionales asumen que el lenguaje es un aparato interdependiente de la idiosincrasia humana.
- Los territorios extensionales factuales y los territorios extensionales ficcionales no son copias del mundo extralingüístico.
- Los territorios extensionales asumen que la extensión ficcional no es una copia de la extensión factual —perspectiva no mimética de la ficción— y, como consecuencia, se afirma la autonomía de la ficción frente a lo factual y viceversa.

De las anteriores implicaciones se deriva la condición radicalmente no mimética de los territorios extensionales de la ficción, a la manera en la que también se propone un abordaje no mimético en la semántica ficcional de otros autores, como el ya citado Lubomír Doležel y también Benjamin Harshaw [Hrushovski]. Mi propuesta, sin embargo, difiere en algunos aspectos con el tratamiento del espectro extensional en las teorías de estos dos teóricos de la ficción. Por su parte, Doležel considera la extensión factual como un producto

⁴⁴ El tipo de imposibilidad que se descubre este relato forma parte de la modalidad de transgresión fantástica posmoderna que se desarrolla en el tercer capítulo de esta tesis.

previo al discurso, de manera que «para los textos representativos el dominio de la referencia es algo dado, los textos ficcionales estipulan su dominio referencial al crear un mundo posible» (1999: 51); esto quiere decir que los enunciados ficcionales generarían mundos ficcionales y que, en cambio, los enunciados factuales reproducirían un dominio referencial preestablecido, el mundo extralingüístico.⁴⁵ De un modo parecido, Benjamin Harshaw también se atrevió a hacer una renovación terminológica y conceptual para referirse a la noción de mundo posible. Así, el autor propone el concepto «Fields of Reference» (FR), que en el artículo «Fictionality and Fields of Reference: Remarks on a Theoretical Framework» (1984) describe como «a large universe containing a multitude of crisscrossing and interrelated *frs* of various kinds» (231), es decir que apela al despliegue referencial de la posibilidad de una forma muy parecida a los mundos posibles que venimos tratando. Además, Harshaw hace alusión a otro tipo de dominios referenciales, pertenecientes al plano de lo extralingüístico o lo preestablecido, en lo que él apela como «External Fields of Reference» (ExFR), los cuales constituirían los campos de referencia externos al texto —esto es, el mundo objetivo o extralingüístico—. En definitiva, la función de los *External Fields of Reference* sería la formación de la extensión ficcional, en este caso apprehendida como «Internal Fields of Reference» (IFR) —estos sí, muy similares a los mundos ficcionales—:

In addition to the unique, «fictional» personals and others referents, IFRs use referents and/or frames of reference from fields external to them, including the «real» worlds and various «secondary modeling systems» (as the Soviets Semiotics called it): beliefs, religion, ideologies, scientific views, stereotypical situations, modes of dialogue, etc. and, in turn, reflect upon them (Harshaw, 1984: 236).

Tal y como lo describe Garrido Domínguez, Benjamin Harshaw se apoya en una ontología realista, de tal manera que «en suma, para Harshaw, la relación entre ficción y realidad es de complementariedad más que de oposición, a pesar de la heterogeneidad constitutiva que caracteriza sus respectivos campos de referencia: los externos describen una

⁴⁵ Asimismo, véase el artículo «Extensional and Intensional Narrative Worlds» (Doležel, 1979), en el que el autor legitima el uso de la extensión como contenedor del significado semántico de los mundos narrativos: «Now let us merely note that the postulated properties —enumerability of its members and their Independence of designation— characterize the primary NW as an extensional concept. We shall speak simply about extensional primary narrative worlds» (197).

realidad preexistente; los internos, en cambio, instauran, construyen, la realidad que describen» (2011: 78). Así, tanto Doležel como Harshaw, ambos defensores de una semántica de la ficción no mimética, siguen considerando que existe una condición imitativa de los discursos factuales frente al mundo, esto es, que la realidad preexiste al discurso factual y que, en cambio, los discursos ficcionales preexisten a los mundos ficcionales. Según mi nomenclatura, esto sería lo mismo que decir que la extensión factual preexiste al discurso factual y que la extensión ficcional se construye *a posteriori* del discurso ficcional, lo cual se opone a al recorrido argumental que he seguido hasta el momento, porque considero que la extensión factual también se construye después de la enunciación del discurso factual.

Con todo, los *territorios extensionales* se elaboran como una nueva forma de apelar a los aspectos semánticos de la teoría no mimética de la ficción. La diferencia principal de mi propuesta con respecto a las dos perspectivas anteriores estriba en el hecho de no considerar ningún mundo de partida o mundo extralingüístico a la hora de elaborar los esquemas referenciales que forman los territorios extensionales, ya se refieran estos al espectro factual o al espectro ficcional. De manera que la referencia, en este caso, siempre se construye a partir del discurso: la extensión factual y la extensión ficcional son producto del lenguaje e idiosincrasia humana, y por lo tanto no preexisten al discurso. De este modo la ficción reproduce cuestiones esencialmente humanas y no elementos que preexisten en el mundo empírico, y se considera además que nuestra idea de lo real no tiene un vínculo directo con el contenido metafísico del mundo extralingüístico, sino que es resultado de las interacciones con nuestros congéneres con quienes compartimos un mismo lenguaje. Los territorios extensionales —que no dejan de ser otro enfoque de los mundos posibles— se elaboran así como una suerte de constructo cultural, como también propone Eco, «dentro del marco de un enfoque constructivista de los mundos posibles, también el llamado mundo “real” de referencia debe considerarse como una construcción cultural» (1993: 186).⁴⁶

⁴⁶ Véase además Eco (1989: 343) y también la reflexión que proporciona el mismo autor a partir de las afirmaciones de Jaakko Hintikka (1976): «Así, pues, el mundo de referencia (...) es una construcción enciclopédica. Como sugiere Hintikka, no existe ninguna Cosa en sí que quepa describir o identificar al margen de los marcos de una estructura conceptual» (Eco, 1993: 188), ya que como aduce el propio Hintikka, «the sensible conditions, according to which we decide if something belongs to the extension of given intellectual concept, are not the conditions on which a thing in itself belongs to the extension of that concept» (1976: 74).

Aunque, en este caso, se estima que dicha construcción apela tanto a aspectos culturales como a aspectos idiosincráticos.

En suma, tanto la ficción como nuestra idea de lo real reproducen cuestiones esencialmente humanas y no elementos que preexisten en el mundo extralingüístico.

A partir de aquí, dejo a un margen la observación y el análisis de la extensión factual y paso directamente a tratar en exclusiva los *territorios extensionales de la ficción* que, finalmente, constituyen la metodología de estudio principal de los dos capítulos siguientes de esta tesis.

Considero que es verdaderamente importante redundar en la fuerza creadora de la ficción. De hecho, esta capacidad de inventiva se advierte como el don máspreciado de la ficción, el cual implanta sus propias normas en la totalidad de los territorios que es capaz de erigir. Dicha capacidad se iniciaría en la tradición oral que guio los primeros mitos y leyendas de la civilización, atravesaría todos y cada uno de los movimientos culturales que ha visto pasar la historia humana, desde la antigüedad y la Edad Media, atravesando el renacimiento, la ilustración o el *Sturm und Drang*... hasta llegar a las últimas publicaciones del panorama literario y a las novedades semanales que llenan de series y películas el catálogo de cualquier plataforma audiovisual. Pozuelo Yvancos determina que «las obras de ficción literaria no son series de proposiciones sino instrumentos de un juego de representación imaginaria, cuya verosimilitud, y credibilidad no está referida al mundo, sino al definido por tales reglas de ese tal juego» (1994: 279), y es que las obras de ficción no son solamente la concatenación de elementos lingüísticos a través de los cuales damos forma lógica a otro universo, sino productos del ingenio humano, eso sí, elaborados gracias al lenguaje.

De manera que la capacidad de la ficción para generar sus propios sistemas regulados es una actividad *poiética*, cuyo despliega aparece perfectamente argumentado por Doležel:

all possible worlds are constructs of human productive activities; fictional worlds of literature, as already mentioned, are products of textual poiesis (...). Textual poiesis, like all human activity, occurs in the actual world; however, its constructs —fictional realms— show properties, structures and modes of existence that are, in principle, independent of the properties, structures and existential mode of actuality (1998: 789-790).

Nótese que el hecho de que la actividad poiética ocurra en el mundo real no significa que esta sea resultado de una acción mimética, sino que pertenece a una labor específicamente humana, tal y como apunta también el teórico checo.

Por otro lado, aunque los territorios extensionales de la ficción también compartan la característica de la incompletud de los mundos posibles de la ficción —en el apartado anterior se observó que el propio Doležel y Miroslav Červenka destacan esta característica—, esto no implica que no puedan generar sistemas internos de referencia —similares a los *Internal Fields of Reference* de Benjamin Harshaw—, unos sistemas que en síntesis son autónomos y coherentes, es decir que su lógica interna nos permite vislumbrar toda una *macro-extensión* a partir de la cual se organiza y aprehende la realidad dominante en cada producto ficcional.

La alusión a la «macro-extensión» de una obra de ficción, apela al conjunto de regularidades —por lo general, afines a las leyes físicas o naturales— que dan forma al universo de dicha ficción. Por ejemplo, la macro-extensión de una de las grandes obras que escribió Mercè Rodoreda, *La plaça del diamant* (1962), es análoga a la macro-extensión que conforma nuestra idea de realidad. Esto quiere decir que no existe ningún suceso que nos induzca a pensar que la realidad que habita su protagonista, Natàlia —la «Colometa»—, sea distinta a nuestros esquemas de realidad, a pesar de que la historia de Rodoreda no se sitúe ni mucho menos en nuestro marco histórico actual, sino en la Barcelona de la primera mitad del siglo XX, que atraviesa el periodo de la Guerra Civil y de la posguerra. Con todo, el plano de referencia construido en *La plaça del diamant* es distinto al plano de referencia de la realidad factual: Natàlia no ocupa el territorio extensional factual, sino el territorio extensional de la ficción que creó la escritora catalana.

Así, la ficción es capaz de generar distintos planos de referencia en cada una de sus producciones, y esto quiere decir que en cada obra se erige un plano distinto, que no tiene por qué ser necesariamente afín a las regularidades del territorio extensional factual —como sí ocurría en *La plaça del diamant*—. Por ejemplo, el tipo de territorios extensionales que se localizan en una novela de ciencia ficción, como la realidad o macro-extensión conformada en la distópica *Nación Vacuna* (2017), de Fernanda García Lao, es distinto del tipo de territorios extensionales que se hallan en un relato de corte costumbrista o, desde luego, en una obra que pertenezca a la categoría de lo fantástico, como se verá en los siguientes capítulos de este estudio.

Existe una tendencia a creer que cuando la ficción reproduce ciertos códigos que también están presentes en nuestros esquemas de realidad es porque la ficción tiene la pretensión de imitar al mundo extralingüístico. Además, la tradición mimética ha reforzado aquella idea según la cual dichos códigos —ya sean culturales, ideológicos o afines a las regularidades que conforman las ciencias naturales— se integran en el mismo mundo, por ello la ficción de corte realista se describe frecuentemente como una copia fiel de la realidad extralingüística. Sin embargo, y tal y como se ha observado a lo largo de todo el recorrido expuesto en este capítulo, tanto los territorios extensionales factuales como los territorios extensionales de la ficción son productos del lenguaje. Dicho de otra manera, ni la extensión factual ni la extensión ficcional son una emulación del plano empírico o extralingüístico, sino que se constituyen como construcciones autónomas a este último y entre sí; es por esto último que afirmo que los códigos o regularidades que reconocemos en ambos productos son resultado de la idiosincrasia y del desarrollo del lenguaje humano.

En otro orden de prioridades, cabe decir que esta misma argumentación permite mostrar que tampoco existe ningún gradiente de ficcionalidad que sitúe a una obra de ficción en una posición más o menos próxima a nuestro mundo, así lo propone Marie-Laure Ryan, que «fictionality is not a matter of degree of truth of a text with respect to reality, it is a matter of framing. (...) realistic and historical fiction is no less fictional than the genres on the extreme right side, such as fantasy and science fiction» (2019: 10). A modo de ejemplo, según las muestras aportadas a lo largo de este primer capítulo del estudio y los términos que se han propuesto en esta misma sección: los territorios extensionales de obras de corte realista como *La plaça del diamant*, de Mercé Rodoreda, *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, no son menos ficcionales que los territorios extensionales de obras afines al espectro de lo insólito como *Nación vacuna*, de Fernanda García L.ao, *La metamorfosis*, de Kafka, *La capacidad de amar del señor Königsberg*, de Juan Jacinto Muñoz Rengel, los relatos fantásticos de Jorge Luis Borges y de Julio Cortázar, el vasto universo de *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien, o la ciencia ficción de Úrsula K. Le Guin.

Stanley Fish (1980), en un intento por mostrar que no hay tal cosa como un lenguaje esencialmente ordinario y un lenguaje esencialmente literario, sino que la diferencia entre literatura y factualidad reside en nuestra forma de abordar el lenguaje, propuso que el hecho

literario no se cimienta sobre propiedades formales que lo diferencien a priori de otro tipo de discurso y que, en cambio, «literature is language» (1980: 108). De manera que según este autor el lenguaje literario no contiene características distintas de los textos no literarios, sino que los elementos que lo constituyen son exactamente los mismos elementos que conforman al lenguaje, por así decirlo, *puro*. Me uno al razonamiento de este autor y afirmo que la distinción entre los territorios extensionales de la ficción y los territorios extensionales factuales no se encuentra en la propia textualidad, es decir, en características formales presentes en sentido o intensión. En cambio, «the difference lies not in the language but in ourselves» (Fish, 1980: 109), esto es que la diferencia entre la referencia ficcional y la referencia factual reside en nuestras formas y consensos a través de los cuales construimos y apelamos unos u otros territorios extensionales.

Como colofón cabe añadir que la formulación de los territorios extensionales no pretende ni mucho menos substituir los análisis derivados de la semántica de mundos posibles de la filosofía: por un lado, porque el presente estudio pertenece al campo de la teoría de la ficción y no a la filosofía, y por ello no se persigue dar respuesta a los debates que son propios a la doctrina del saber. De igual manera, la definición de los territorios extensionales de la ficción no pretende reemplazar a la teoría de los mundos ficcionales y a sus distintas variantes; en cambio, los territorios extensionales de la ficción se establecen como un nuevo punto de vista desde el cual analizar la semántica ficcional. Así, y a diferencia de las tesis descriptivistas que abogan por un mundo o realidad que construye al lenguaje —como presentaba la semántica de Gottlob Frege y Bertrand Russell—, los territorios extensionales optan por la perspectiva según la cual el lenguaje es el constructor de la realidad y, de igual manera, que el lenguaje es aquello que construye a la ficción.

Los territorios extensionales se han estipulado con la intención de reflexionar sobre cuál es el lugar desde el que abordamos la relaciones entre el lenguaje, la realidad y la ficción. Dichas relaciones deben proporcionar las claves para comprender cómo se desarrolla lo imposible entre la extensión ficcional que se erige en las modalidades de la categoría de lo fantástico porque, a fin de cuentas, está plenamente vinculado a nuestra forma de aprehender el espectro de lo real.

SEGUNDO CAPÍTULO

ANÁLISIS SEMÁNTICO DE LA IMPOSIBILIDAD: TERRITORIOS EXTENSIONALES FANTÁSTICOS

2.1. TEORÍAS SOBRE LO FANTÁSTICO Y EL LENGUAJE

2.1.1. LO FANTÁSTICO EN EL MUNDO Y LO FANTÁSTICO EN EL DISCURSO

Los primeros aportes teóricos sobre lo fantástico como categoría ficcional específica no empezaron a gestarse como tal hasta la llegada de la segunda mitad del siglo XX. Autores de la talla de Pierre-George Castex, Roger Caillois o Louis Vax —todos ellos de origen francófono— situaron el punto de partida desde el que se iniciaron las principales consideraciones que dan sentido a esta vertiente ficcional como categoría singular y, por ende, que presenta elementos genuinos que la diferencian de sus «hermanas» en el campo de la ficción de lo no mimético. La primera teoría de lo fantástico se focalizó sobre la presencia de elementos ficcionales —sucesos inexplicables, monstruos imposibles, objetos malditos, entre otros— los cuales cimientan el orden y los límites establecidos en los múltiples escenarios que construye la literatura fantástica y, así, el eje principal que permite estudiar a esta categoría de ficción se constituye como la *transgresión* de nuestra idea compartida de realidad.

Antes de encauzar un recorrido a través de los vínculos existentes entre algunas de las principales propuestas teóricas de lo fantástico, cabe destacar que a pesar de la actual fertilidad de la que presume esta categoría ficcional dentro del campo literario —no tanto desde que diera sus primeros pasos, a caballo entre los siglos XVIII y XIX—, lo fantástico se está desarrollando prácticamente en la totalidad de disciplinas que abarca el panorama artístico, como el cine, la radio, la televisión, el teatro o la pintura, así que sería harto reduccionista definirlo únicamente como un modo de expresión narrativo.⁴⁷ De hecho, durante las dos últimas décadas hemos sido testigos de la formación de varios grupos de investigación académica⁴⁸ y festivales y eventos dedicados a la divulgación de las artes

⁴⁷ Como muestra de ello véase el proyecto I+D que ha desarrollado el *Grupo de Estudios sobre lo Fantástico* (GEF) de la Universitat Autònoma de Barcelona, «Lo fantástico en la cultura española contemporánea (1955-2017): Narrativa, teatro, cine, TV, cómic y radio», o el estudio *Historia de lo fantástico en la cultura española contemporánea (1900-2015)* (Roas, 2017), volumen editado por el mismo grupo de investigación.

⁴⁸ Por ejemplo, en el panorama hispánico-peninsular: el *Grupo de Estudios sobre lo Fantástico* (GEF) de la Universitat Autònoma de Barcelona, el *Grupo de Estudios literarios y comparados de lo Insólito y perspectivas de Género* (GEIG) de la Universidad de León; en Brasil: el *Núcleo de Estudos do Fantástico* (NEF) de la

vinculada a lo fantástico.⁴⁹ Todos estos proyectos han apostado por la difusión y expansión de la producción de lo fantástico y gracias a ello se ha podido sacar a la luz el amplio trasfondo interpretativo que durante tanto tiempo se había negado a esta categoría, una categoría que no se limita meramente a la exposición de artificios estéticos, sino que se entrelaza con los distintos campos que atraviesa la experiencia humana —ya sean disciplinas de corte humanístico o las diversas especialidades de las ciencias naturales—, y que incluso se atreve con los asuntos de la vida pública —como activismos y luchas sociales—. Lo fantástico, por ende, debe abordarse desde un enfoque diacrónico dado que «el espanto y la inquietud, ligados a lo fantástico, imponen el concluir que éste se dedica a trazar los límites del individuo, según las circunstancias culturales» (Bessière, 2001: 102).

Por otro lado, los últimos congresos organizados por el *Grupo de Estudios sobre lo Fantástico* (GEF) de la Universitat Autònoma de Barcelona, son una estupenda muestra del desarrollo interdisciplinar que fomenta lo fantástico: pensamos, por ejemplo, en el *IV Congreso Internacional Visiones de lo fantástico: «Las creadoras y lo fantástico»* (Universitat Autònoma de Barcelona, 5 a 7 de junio de 2019), en el que se pudo observar la necesidad y existencia del análisis y crítica de lo fantástico en clave de género; y el *V Congreso Internacional Visiones de lo fantástico: «Fantástico e ideología»* (Università degli studi di Torino, 29 de junio a 1 de julio de 2022), en el que se ilustró a la perfección la amplitud interpretativa de lo fantástico entre las múltiples variables de lo ideológico.⁵⁰

Lo fantástico, por lo tanto, contiene una dimensión artística ineludible, al menos a la manera en la que Umberto Eco (1970) describió el arte a partir de la teoría de la formatividad de Luigi Pareyson. De esta manera, advierto aquí que la dimensión interpretativa de lo fantástico define a esta categoría como *forma artística*, pero no en el sentido que habrían acuñado los teóricos formalistas de principios del siglo XX —puesto que no me refiero a los elementos meramente textuales—, al contrario, defino a lo fantástico como *forma artística*

Universidade do Estado do Rio de Janeiro-UERJ; en Italia: *LIMEN, Centro di Ricerca Interdisciplinare sul Fantastico nelle Arti dello Spettacolo* de la Università di Verona.

⁴⁹ A modo de ejemplo y dentro el panorama hispánico-peninsular: el *Festival 42* (Barcelona), cuya segunda edición se llevó a cabo a principios de noviembre de 2022; el *GolemFest* (Valencia), que ya va por su cuarta entrega; o el *Festival de Cine de Sitges*, el cual se celebra de forma anual desde hace más de cuarenta años.

⁵⁰ Para tratar acerca de la relación entre la expresión de lo fantástico y el hecho ideológico, véase el estudio de Alfons Gregori i Gomis, *La dimensión política de lo irreal: el componente ideológico en la narrativa fantástica española y catalana* (2015), en el que el autor expone la necesidad de situar la atención sobre los elementos ideológicos que se integran en la ficción de lo fantástico.

en tanto que se instituye como un «organismo, cosa estructurada que en cuanto tal lleva a la unidad elementos que pueden ser sentimientos, pensamientos, realidades físicas, coordinados por un acto que tiende a la armonía de esta coordinación (...) que no puede abstraerse de los mismos pensamientos, sentimientos, realidades físicas que lo constituyen» (Eco, 1970: 16-17). Lo fantástico, al recoger también los pensamientos, sentimientos y realidades físicas que lo constituyen —que moldean las realidades que proyecta— puede estipularse como el arte de la transgresión, esto es, de una transgresión que se sume en todos aquellos aspectos que atraviesa la existencia humana.

En las siguientes líneas se recuperará la aparición de la vertiente teórica de lo fantástico empezando por aquellos estudios que darían pie a la forma más habitual de entender a esta categoría, es decir, como aquella «transgresión» que invade los territorios construidos en la ficción. Con ello, mi intención es comenzar a delinear las relaciones entre el concepto de transgresión y la vertiente semántica del lenguaje, a partir de los cuales se observará el mecanismo semántico de lo *imposible* dentro de los territorios extensionales de la ficción de lo fantástico.

Tal y como ya se ha adelantado, algunas de las primeras definiciones de esta categoría ficcional surgieron dentro del panorama de la crítica francófona. Nótese que tanto la aportación de Pierre-George Castex, que define lo fantástico a partir de una intrusión brutal del misterio dentro del marco de la vida (1962: 8), como la de Roger Caillois, que se adentra en la reflexión de lo fantástico como aquella narración que «manifiesta un escándalo, una rajadura, una irrupción insólita, casi insoportable en el mundo real» (1970: 10), se fundamentan en un punto de vista que parte del estatuto de las anomalías que transgreden lo real, y asimismo entienden a este último como un plano ontológico independiente de la subjetividad humana. En el mismo sentido, Louis Vax afirmó que «La narración fantástica (...) se deleita en presentarnos a hombres como nosotros, situados súbitamente en presencia de lo inexplicable, pero dentro de nuestro mundo real» (Vax, 1973: 5). No hay lugar a dudas que todas estas propuestas convergen en un mismo lugar: lo fantástico exhibe un suceso totalmente ajeno al mundo, pero tal y como lo plantean las definiciones de estos tres autores, esta exhibición está condicionada por la asunción de la estabilidad ontológica de dicho mundo. En otros términos, «lo fantástico supone la solidez del mundo real, pero para mejor devastarlo» (Caillois, 1970: 13), previa confianza, además, de la capacidad que posee el ser

humano para aprehender el funcionamiento de este plano ontológico, un plano que se forma según sus propias normas, y en el que nosotros no somos más que meros espectadores.

De igual modo, cuando Tzvetan Todorov propuso un análisis estructural de lo fantástico a partir del concepto de «vacilación»,⁵¹ la cual debe barajarse entre un suceso fruto de la imaginación del protagonista de la narración o la certera existencia de un fenómeno que se constituiría como imposible, tampoco *vaciló* al destacar que en cualquiera de ambos casos la incredulidad del suceso toma en consideración las «leyes naturales» del mundo externo, esto es, que «lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las *leyes naturales*, frente a un acontecimiento en apariencia sobrenatural» (Todorov, 2001: 48; cursiva mía). Dicho sea que a pesar de que Todorov incluiría finalmente al receptor de la ficción como la figura esencial que debe advertir la vacilación —y que además se encuentra lejos de la crítica que proponen los autores anteriores—, su argumentación se inclinaría por la conformación de una ontología imperturbable sobre la que lo fantástico provoca alteraciones.

El hecho de plantear la transgresión de lo fantástico como un suceso que se sitúa sobre el mundo real —entendido como un mundo que disfruta de su propia estabilidad, al margen de la conceptualización humana— podría asemejarse a la actitud de las tesis descriptivistas del lenguaje para con la relación entre el sentido y el referente. Con todo, ¿cómo se establece esta similitud? Recordemos los estudios expuestos en el capítulo anterior en relación con la semántica de Gottlob Frege y Bertrand Russell, en la que la función lingüística del ser humano es aquello que permite «conocer» ciertos aspectos de la realidad. Según estas tesis, todo producto lingüístico debe corresponder al contenido referencial del mundo extralingüístico, y cuando el lenguaje proyecta algún elemento que no se corresponde con dicho mundo, entonces no puede formar parte de su esquema referencial: o bien estos elementos carecen de referente y por lo tanto son sentido puro —según la semántica de Frege—, o bien el referente es falso —según la semántica de Russell—. De esta manera, todas las teorías que asumen la influencia del mundo extralingüístico en la aparición del fenómeno fantástico operan de un modo similar. Si el modelo referencial de lo fantástico es

⁵¹ Como puede observarse: «Quien percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo las que son; o bien el acontecimiento sucedió realmente, es parte integrante de la realidad, pero entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos» (Todorov, 2001: 48).

el mundo extralingüístico entonces el fenómeno transgresor se aprehende de dos modos diferenciados: o bien como una enunciación carente de referente lingüístico, o bien como una enunciación que propone una referencia falsa.

En «El libro de arena» (1975) Jorge Luis Borges imaginó y construyó la insólita existencia de un libro infinito —sino eterno—, es decir, un libro imposible que llega a las manos del protagonista del relato a través de un vendedor de biblias. Véase ahora la argumentación expuesta en los párrafos anteriores a partir del enunciado con el que comerciante describe y confirma el incomprensible suceso: «No puede ser, pero *es*. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última» (1977: 113); tras esta declaración se manifiesta la virtud del Libro de Arena, una suerte de «Libro de los Libros» (112) que contiene un número infinito de páginas: es imposible encontrar tanto su principio como su fin porque, en realidad, su propia naturaleza ilimitada nos lleva a concluir que no tiene ni comienzo ni final. Al margen de los usos metafóricos de los que pueda disfrutar el lenguaje literario, el enunciado «No puede ser, pero *es*. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última» no se ajusta de ninguna manera a las regularidades del mundo empírico. De hecho, para que este enunciado se ajustase a las *leyes naturales* que —en principio— dominan la realidad extralingüística, este debería estar formulado de una manera similar a la siguiente «Puede ser, y *es*. El número de páginas de este libro es exactamente finito. Una es la primera; otra, la última». Según nuestro orden de lo real, es de sentido común que los libros que encontramos en nuestros estantes y librerías tienen un número limitado de páginas, y también es una obviedad que no existe (ni puede existir) ningún texto o edición con cuartillas infinitas. Ni qué decir cabe que es imposible que alcancemos un libro de nuestra biblioteca personal y que este no contenga una primera y una última hoja, ni mucho menos que sus páginas sean incuantificables. Las propuestas que se han descrito en párrafos anteriores asumen la unidad del mundo, un mundo en el que nuestra función es la de descubrir la verdad tras sus leyes y regularidades, como por ejemplo que todos los libros que se han escrito, que se escribirán y que se están escribiendo (incluso aquellos que podrían haberse escrito) son finitos. Es necesario subrayar que para las citadas teorías es muy importante asumir que existe una verdad objetiva tras el mundo extralingüístico. De hecho, si dicha verdad no existiera, entonces ¿cómo se podría advertir la transgresión? Al seguir las teorías de Caillois, Castex,

Vax o Todorov, hay que apuntar primero a la unidad de las regularidades presentes en nuestro mundo, un mundo en el que el referente lingüístico de la expresión «El número de páginas de este libro es exactamente infinito» o bien no existe, o bien es falso.

Por otro lado, si se admite la validez de las teorías de la verdad como correspondencia para analizar el hecho ficcional —esto es, la equivalencia entre el sentido de una enunciación y la referencia del mundo factual—, entonces no queda más remedio que defender un enfoque que se resume en la privación del análisis semántico de las expresiones ficcionales que no pueden contenerse entre las supuestas regularidades del mundo empírico. Sin embargo, se hace patente que el número ilimitado de páginas del Libro de Arena de Borges aporta mucha más información que la mera carencia de referencia o la falsedad del contenido semántico de la insólita apreciación «El número de páginas de este libro es exactamente infinito», y también dice mucho más acerca del irónico desenlace, en el que el protagonista de la narración termina por deshacerse del imposible ejemplar, aterrado por el hipotético caso en el que alguien pudiera descubrir que la infinitud del libro en realidad es un truco, una farsa, pero más horrorizado aun porque efectivamente se trate de un objeto real. En parte, el cuento de Borges profundiza sobre la angustia que provoca la ausencia de un principio u orden ontológico que dé sentido al universo, y en la consecuente necesidad de encontrar los límites y clasificar el contenido extralingüístico del mundo, nuestro mundo, que de repente se encuentra inserto en el Libro de Arena. Todas estas cuestiones se exponen a través del contenido extensional de la narración —es decir, en el contenido del relato o la figuración de esta breve historia tal y como la cuenta Borges—; un ejemplo de ello es el recorrido final del protagonista el cual va en la búsqueda de un escondite donde ocultar para siempre el temible objeto. La extensión de esta ficción nos permite simpatizar con los temores de este personaje, la imagen de un libro que no tiene principio ni fin, en el que es imposible indagar porque toda representación queda perdida para siempre una vez se da la vuelta a la hoja, genera sorpresa y espanto porque nos adentra en un abismo de conocimiento sin fondo y sin sentido. Todo el subtexto se localiza en el contenido referencial de la narración y no en la mera enunciación.

De modo que el enfoque argumental de la semántica clásica no resulta especialmente útil para el análisis de lo fantástico. Como se verá más adelante, la teoría de mundos ficcionales y, en este caso, de los territorios extensionales de la ficción, cumple con las

condiciones de análisis necesarias para comprender todo contenido extensional que no se incluye en nuestro marco de referencia de lo real, lo cual está presente sin duda alguna en la categoría de lo fantástico.

En otro orden de prioridades, para tratar la dimensión del lenguaje en el análisis teórico de lo fantástico es necesario que también se planteen algunos aspectos sobre su dimensión discursiva. Si el elemento definatorio de lo fantástico es la transgresión del *statu quo* del mundo, la cual se sitúa sobre las condiciones extensionales o referenciales y no sobre su sentido o espectro intensional —la forma de la expresión, enunciación o textura—, entonces ¿es posible proponer la existencia de un lenguaje propiamente fantástico?

Uno de los autores que se planteó la pregunta anterior es Roger Bozzetto. El investigador francés se adentra en la reflexión sobre la existencia de un discurso propiamente fantástico en el artículo «¿Un discurso de lo fantástico?» (2001), donde terminará por concluir que es inviable proponer la existencia de elementos formales particulares dentro del sentido del texto fantástico; esto es, que lo fantástico no se define por su enunciación sino por su contenido referencial, ya que «su cualidad de efímero en la realidad, y su necesidad de encarnarse en un texto para repetirse, sin avanzar nunca hacia una solución, le prohíben hacerse discurso, así como ser sustituido en la dimensión discursiva, forzosamente racionalizante» (Bozzetto, 2001: 241). La naturaleza tornadiza de la realidad instituida en las narraciones de lo fantástico —al instaurarse este como una categoría ficcional que debate las regularidades del mundo extralingüístico—, es lo que le impide constituirse a partir de estructuras textuales definidas y sincrónicas, como podría ser el uso de un léxico específico o de unidades morfosintácticas concretas.

Además, el enfoque de Roger Bozzetto se desconecta de las propuestas presentadas hasta el momento, de tal manera que en lugar de asentar la presencia de la imposibilidad o transgresión de lo fantástico como un fenómeno que debate las leyes que estructuran la ontología del mundo extralingüístico, el autor formula una definición bastante más sugerente. Para Bozzetto, lo fantástico debate el universo de la *representación* de lo real, por lo que el fenómeno transgresor ya no se sitúa en un plano ontológico independiente de nuestra epistemología —es decir, de nuestro modo de conocer los sucesos del mundo circundante—, sino que los procesos cognitivos y nuestras formas de conceptualización empiezan a tomar partido en el efecto característico de esta categoría ficcional. De este modo, lo fantástico

«tiene como resultado hacer pensar que no sólo “todo lo que es real es racional”, sino que todo lo que es realidad es representable. Lo fantástico denuncia esta pretensión con su propia existencia en tanto que género» (Bozzetto, 2001: 223-224). Lo interesante aquí será observar qué efectos genera sobre el análisis semántico situar el foco de atención en lo representado y no sobre el mundo *per se*.

Tal y como sugiere Bozzetto, la expresión de las *leyes naturales* que daban forma al contexto de la categoría de lo fantástico se substituye por una representación «racional» de la realidad. De este modo, el universo de lo fantástico se constituye a través de un plano extensional el cual contiene las cualidades dadas por las creencias compartidas de una época —es decir, por aquello que es racionalizable—. Dichas cualidades forman la idea de lo real de un período concreto y se inscriben en el dominio referencial de la ficción y, así, lo fantástico «subvierte los mecanismos y los presupuestos del texto mimético, con el fin de dejar espacio a lo impensable, que intenta representar de una manera ambigua, de permitir por el contrario pensar lo no representable» (Bozzetto, 2001: 224). Del razonamiento anterior se deduce que el texto fantástico subvierte los estándares del texto mimético en tanto que reproduce las mismas formas a través de las cuales constituimos nuestros esquemas de lo real, unas formas condicionadas por las creencias epistémicas presentes en el momento de la producción del texto y que estarían inscritas en la macro-referencia —o modelo de mundo— de la narración. De este modo, cabe aducir que la imposibilidad o transgresión fantástica se advierte una vez aprehendida la macro-referencia de la narración, porque es a través de la interpretación de esta macro-referencia —la representación de la realidad— que podemos dar cuenta de que hay algo allí presente que no pertenece a dicho marco referencial.

El hecho de sugerir que lo fantástico se distingue por el contenido de su extensión, y no tanto por una forma de discurso concreta, permite inferir que la estructura formal de la enunciación no es más que el medio por el cual lo fantástico despliega su funcionamiento, es decir que es la condición necesaria y previa para poder construir el contenido extensional. Dicho de otro modo, sin el enunciado «No puede ser, pero *es*. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última» no sería posible la formación de la extensión ficcional, la cual se configura sobre un plano referencial en el que primero de todo asumimos que nos hallamos ante una realidad análoga a la nuestra, donde todo libro ya escrito o potencialmente enunciable tiene un principio y un fin —por lo menos

en el sentido físico o material del término, es decir, entendido como objeto extratextual—. Luego, esta asunción se derrumba tras asegurar que el número de páginas del Libro de Arena es «exactamente infinito», porque contradice los supuestos anteriores y echa por tierra la convicción de que todo libro tangible goza de una página de inicio y de una página final. Cabe subrayar, con todo, que el efecto de lo fantástico no se localiza en los aspectos formales de este enunciado —ni en el léxico, ni en la estructura morfosintáctica, etc.—, sino que damos cuenta de él tras configurar el plano referencial, ya que es en este dónde se produce el choque entre lo posible —que los libros que se sitúan en el plano extralingüístico tienen un número finito de páginas— y lo imposible —que el Libro de Arena tiene un número infinito de páginas—.

Según Bozzetto, la aparición del fenómeno imposible se incluye en el nivel de «composición» del texto, de manera que «este envío perpetuo de significantes de unos a otros suscita, en el lector, la precognición de un sentido, suscita el deseo de saber, de comprender la ley, el orden que los organiza (...). Lo que organiza, a fondo, el relato fantástico, es el proceso de evacuación de un sentido» (Bozzetto, 2001: 232-233); es decir que la función que posee el sentido de los enunciados de lo fantástico es la de vehículo para comprender cómo se organiza la estructura interna de su extensión —la estructura de lo real de la narración— y de qué modo irrumpe la imposibilidad en dicha extensión —los mecanismos de transgresión de lo real—.

A partir de aquí se entiende que la irrupción de la imposibilidad en lo fantástico es un fenómeno extensional.⁵² El hecho que postule esta irrupción como un fenómeno extensional y no intensional me permite afirmar que los elementos discursivos del texto no permiten distinguir la categoría de lo fantástico de la literatura realista o mimética en su totalidad, tal y como plantea David Roas, «no existe un lenguaje fantástico en sí mismo, sino una forma de usar el lenguaje que genera un efecto fantástico» (2011: 134). No obstante, el mismo autor recoge del estudio de Tahiche Rodríguez (2008: 54) la descripción de ciertos recursos formales y lingüísticos que amparan la expresión del fenómeno fantástico:

- a) recursos relacionados directamente con la instancia narrativa: narración en primera persona, identificación narrador-protagonista, vacilación o ambigüedad interpretativa, parábasis.

⁵² Véase esta cuestión con más profundidad en el apartado 2.2.

- b) recursos vinculados con aspectos sintácticos y de organización narrativa: temporalidad particular de la enunciación, desenlace regresivo, ausencia de causalidad y finalidad, usos de la *mise en abîme*, metalepsis metafórica.
- c) recursos vinculados con aspectos discursivos o del nivel verbal: literalización del sentido figurado, adjetivación connotada, nivelación narrativa de lo natural y lo sobrenatural, elusión del término designativo, antropomorfización de la sinécdoque (2011: 134).

Así pues, y a pesar de poder localizar ciertos aspectos recurrentes en el discurso fantástico, el fenómeno transgresor se atisba en la extensión. Como se aprecia en la perspectiva antes referenciada de Roger Bozzetto, en esta categoría ficcional la aparición de la transgresión se advierte como una especie de materialización —en clave ficcional— de la alteridad: «en lo Fantástico, se trata de tematizar la imposibilidad de dar forma a la alteridad. Lo “otro posible” ya no es la sugestión, sino la imposible figuración de lo “otro que sin embargo está ahí”» (Bozzetto, 2001: 227); visto así, lo imposible no es solamente una insinuación, o una mera suposición o conjetura, sino la manifestación efectiva e incuestionable de un elemento que no pertenece al lugar en el cual se expresa. No obstante, parece que Bozzetto incurra en una contradicción al afirmar, luego, que lo fantástico «parece construirse para deconstruir toda representación, para callar aquello que se supone que hay que decir» (Bozzetto, 2001: 227). Si bien puede decirse que lo fantástico deconstruye o, en otras palabras, que descompone las estructuras ordenadas de la realidad de la narración, no puede afirmarse que calle aquello que se supone que hay que decir. Bien al contrario, lo fantástico figura justamente la actitud opuesta: lo fantástico dice aquello que hay que callar, y es de este modo que dispone firmemente sobre el escenario aquello que quedaba fuera de los límites de la representación. Así, lo «otro» deviene todo lo que excede los límites de lo establecido, es la presencia de los elementos y figuras que escapan de nuestra experiencia. Cuando Borges pone en la voz del comerciante de biblias que «El número de páginas de este libro es exactamente infinito» quiere decir, en efecto, que el Libro de Arena tiene una cantidad ilimitada de páginas. Es imposible figurar un libro cuyo número de páginas es interminable tanto en el anverso como en el reverso y, sin embargo, Borges lo nombra «no puede ser, pero *es*», y tras ese nombrar aparece su figura, es decir que nos imaginamos un libro infinito. Lo fantástico afirma a través del lenguaje aquello que no se encuentra en nuestra formulación de lo real y traspasa, así, los términos de la primera filosofía

wittgensteiniana, la que nos contaba que más valía callar acerca de aquello que no podemos nombrar.

Con todo, y con referencia a las afirmaciones anteriores, estoy de acuerdo con Bozzetto cuando afirma que la alteridad a la que apela la imposibilidad en lo fantástico «no es sólo la nada, el vacío» (Bozzetto, 2001: 235). Por lo tanto, lo imposible no debe figurarse como una omisión ni tampoco como un vacío referencial, algo que sí se habría deducido a partir de la semántica de Gottlob Frege. El sentido de la imposibilidad no es la ausencia de significado, ni tampoco una enunciación que contiene el estatuto de falsedad, sino que lo imposible se muestra como aquello que queda fuera de los márgenes de lo nombrable.⁵³ La imposibilidad es aquel lugar al que nunca antes había accedido el hecho lingüístico, pero en lo fantástico se figura como el plano referencial al que, por lo pronto, el lenguaje nos permite entrar.

Hasta el momento se han podido observar las perspectivas teóricas que proponían la transgresión de lo fantástico como un elemento externo al hecho lingüístico, y también el tipo de enfoque que observa la misma transgresión desde dentro del lenguaje. El hecho de aprehender lo fantástico a partir del análisis lingüístico ofrece un punto de vista amplísimo a través del cual examinar el contenido de los fenómenos imposibles que se muestran en esta categoría. Estos fenómenos quedan definidos como una nueva construcción extensional —y, por supuesto, ficcional—, y no solamente como meros elementos inaccesibles desde nuestros esquemas de lo real, ni tampoco como simples unidades de significado que no se corresponden con nuestra idea de mundo extralingüístico.

2.1.2. A TRAVÉS DE LA TEORÍA DE LO FANTÁSTICO DEL LENGUAJE

La propuesta de análisis de lo fantástico a través de los territorios extensionales de la ficción, la cual presentaré en los próximos apartados, no es la única perspectiva teórica que aborda a esta categoría ficcional en relación con el lenguaje. Diversas autoras y autores, como por ejemplo Harry Belevan, Rosalba Campra, Mary Erdal Jordan o Tahiche Rodríguez

⁵³ Otros estudios, como es el caso de *Fantasy: The Literature of Subversion* (1981) de Rosemary Jackson o *The Unnameable Monster in Literature and Film* (2014) de Maria Beville, profundizan en la faceta aquí sugerida de lo «innombrable» en lo fantástico.

Hernández, se han visto interesados en la dimensión lingüística de lo fantástico y han demostrado su eficacia a la hora de explicar muchos de los fenómenos que se desarrollan en estas narraciones a partir de elementos formales, semánticos, pragmáticos o retóricos.

Como se ha comprobado en la sección anterior, las cualidades representativas de lo fantástico se conciben tras la acción semiótica que permite generar referencias ficcionales tras la enunciación del texto: primero se descubre la macro-extensión de la ficción —el conjunto de regularidades que estructuran la realidad de la narración— que además está configurada a la medida de nuestra idea de realidad, y luego se presenta un fenómeno *imposible* incapaz de incluirse dentro de dicha macro-extensión. Así, este mecanismo es una acción semiótica que parte del sentido lingüístico y que pone todo el peso de la significación en la referencia. La imposibilidad de lo fantástico se descubre, de esta manera, como un proceso abordable desde la teoría del lenguaje.

Harry Belevan es uno de los autores que se ha aproximado al estudio de lo fantástico a través de la semiología. Podemos verlo en su ensayo *Teoría de lo fantástico* (1976), a partir del cual el autor declara que:

lo fantástico no ofrece ningún elemento propio a una hermenéutica como la semiología, pues sólo irradia «señales» y «síntomas». No puede por ello considerarse, en un primer intento de análisis de lo fantástico, que éste posee un conjunto de elementos constitutivos de un sistema de significaciones que funcionaría «a la manera de» un lenguaje, en tanto no hay leyes específicas, (...) que se puedan descubrir como parámetros de la dinámica fantástica (Belevan, 1976: 25).

En cierto modo, Belevan llega a una resolución similar a la de Roger Bozzeto al proponer que no existe ningún elemento definitorio que permita localizar un lenguaje propiamente fantástico.⁵⁴ Sin embargo, la propuesta de Belevan —y asimismo la de Bozzetto— se adhiere a la aprehensión del lenguaje como una cuestión meramente formal, esto es, el autor niega la posibilidad de explicar la categoría de lo fantástico a partir de lo textual y excluye toda noción vinculada a la referencia lingüística o extensión. Si bien estaría de acuerdo en ratificar que no hay un «sistema de normas» como tal que permita explicar el

⁵⁴ Según Belevan, aunque lo fantástico «no constituye un *lenguaje*» (1976: 27) —y por ello no existe una forma o textura propiamente fantástica—, en cambio sí que puede distinguirse una «descripción fantástica», la cual se descubre como una suerte de «síntoma» que sí sería propio de esta categoría ficcional (1976: 26).

desarrollo de lo fantástico a partir de los elementos que acompañan al texto o intensión, también sería adecuado añadir que, en cambio, sí existe una semántica de lo fantástico, dado que la transgresión característica de esta forma ficcional se distingue a través de las dinámicas que se generan entre lo posible y lo imposible, y esto ocurre dentro del campo de referencia o extensión de la narración, el cual es distinguible y abordable gracias al análisis semántico.

Es suficiente con corroborar que lo fantástico no constituye un lenguaje por sí mismo y que, no obstante, sí es posible investigar a esta categoría desde parámetros semántico-extensionales. Es decir, lo fantástico es una categoría abordable desde el lenguaje a pesar de no poder reducirse a una estética que dé cuenta de elementos formales genuinos. Este tipo ficcional, al cual se accede desde los resortes de lo imposible, constituye una actitud genuina hacia nuestra idea de mundo, y como tal se dispone a manifestar aquellas fisuras de las estructuras de lo real que rebosan de estabilidad, pero de una estabilidad que solo lo es en apariencia.

Me serviré del hilo argumental que sigue David Roas en su exposición de lo «fantástico de la percepción» y lo «fantástico del lenguaje» en su ensayo *Tras los límites de lo real* (2011: 133-142), para justificar dos de las premisas fundamentales de esta tesis: la primera, el afianzamiento de las regularidades que conforman el espectro de lo real se ejecuta a partir de los códigos del lenguaje —como se ha mostrado en el primer capítulo de esta tesis—; la segunda, la transgresión de lo fantástico se asienta, fundamentalmente, sobre dichas regularidades.

En primer lugar, para que se produzca el afianzamiento de las regularidades que conforman el espectro de lo real a partir de los códigos del lenguaje, debe asumirse que existe una relación directa entre la comunicación humana que parte del discurso y la formación de la extensión factual. Como ya se observó en el primer capítulo de la presente investigación, si se pretende conservar la autoridad del contenido extensional como organizador de las regularidades que conforman el espectro de lo real, entonces debe mantenerse la autonomía del nexo entre la enunciación y la extensión —sentido–referente— con respecto al contenido fenoménico del mundo extralingüístico. En otras palabras, se reafirma que el contenido extensional de todo enunciado no representa una copia del mundo empírico. De esta manera, el mundo extralingüístico no se convierte en el agente principal de las creencias que configuran el orden de lo real, sino que el encargado de erigir los planos referenciales que

componen nuestra idea de lo real es el lenguaje. Debe advertirse, entonces, de qué manera funcionan los mecanismos semántico-extensionales en lo fantástico cuando se trata el afianzamiento de dichas regularidades, y de qué forma se entrelazan con ello algunas de las teorías acerca de lo fantástico y el lenguaje:

Lo fantástico del lenguaje que exploraron tanto Rosalba Campra (1991; 2001; 2008) como Mery Erdal Jordan (1998; 2000) facilitan algunas pistas sobre la mecánica que se ha desarrollado en el párrafo anterior. En este caso, ambas teóricas exponen la existencia de elementos específicos que distinguen las manifestaciones contemporáneas de lo fantástico —ajustadas al contexto de producción actual— de su vertiente «tradicional».⁵⁵ Sin embargo, ni Campra ni Erdal Jordan terminarán por identificar ningún tipo de relación semántica exclusiva en lo fantástico, es decir, no contemplan la relación entre el contenido referencial de la macro-extensión de la ficción y el contenido referencial de la imposibilidad que irrumpe en ella. Por ello se sugiere que estas autoras pasan por alto el eje de estudio de esta tesis: el contenido referencial de la realidad construida en la ficción y el contenido referencial de la imposibilidad en lo fantástico. Además, el estudio del contenido extensional de lo fantástico aportará las claves necesarias para identificar unas estructuras semántico-extensionales distintas de las que poseen en resto de las categorías ficcionales, entre las cuales también se incluyen las variantes de lo insólito.

A pesar de que la exposición de Roger Bozzetto y Harry Belevan pretende mostrar la ausencia de componentes lingüístico-formales propios del discurso fantástico, no toda la teoría que aborda esta categoría ficcional está a favor de este enfoque. De hecho, lo fantástico como fenómeno del lenguaje elaborado por Mery Erdal Jordan se adentra en las relaciones metonímicas del discurso fantástico, que constituirían el modo de análisis semántico-formal de esta categoría ficcional (1998: 118-119). El análisis metonímico evidenciaría la presencia del aspecto semántico en el contenido del discurso, pero también revelaría la importancia de cuestiones situadas en el sentido de la enunciación, como la metalepsis o la sinécdoque.⁵⁶ El hecho de analizar este tipo de recursos para certificar la presencia de lo fantástico dentro de la textura del discurso, dirige a esta categoría ficcional hacia la concepción del lenguaje como

⁵⁵ En las próximas secciones de este capítulo, observaré que lo fantástico tradicional se corresponde con el modelo arquetípico que mantiene la estabilidad entre la clásica correspondencia lenguaje/mundo.

⁵⁶ Tanto la metalepsis como la sinécdoque consisten en una variación en la estructura del texto que permite expresar un mismo contenido semántico a través de un sentido diferente al habitual.

arquitecto de la extensión o mundo en el que se desarrolla la narración; es decir, lo fantástico enseña «la preeminencia del lenguaje en la captación del mundo y la conciencia de la autonomía del primero respecto del segundo» (Erdal Jordan, 1998: 116). Tal y como se ha defendido a lo largo del presente discurso, el lenguaje es el mecanismo que elabora la idea de lo real, tanto la factual como la ficcional. Sin embargo, lo que interesa resaltar aquí es que es suficiente con observar el contenido semántico-referencial de la narración para dar cuenta la presencia de lo fantástico, al margen de la necesidad de adentrarse en los elementos puramente formales.

En otro orden de prioridades, obsérvese la forma a través de la que la teoría de lo fantástico sostiene que la transgresión que caracteriza a esta categoría se asienta, fundamentalmente, sobre las regularidades de lo real y, además, que dichas regularidades son, a su vez, obra del lenguaje. En este sentido, David Roas afirma que «lo fantástico plantea siempre una transgresión de los parámetros que rigen la (idea de) realidad del lector» (2011: 111), así que primero de todo es necesario ver si estos parámetros se rigen únicamente por el hecho lingüístico, o si se configuran a través de otro tipo de convenciones y convicciones epistémicas.

Si la imposibilidad transgrede los estatutos de la realidad, entonces tiene que evolucionar simultáneamente con ella, por ello decimos que la transgresión o imposibilidad de lo fantástico muta según varíe el conocimiento colectivo de los estatutos de la lo real. Esto es lo mismo que decir que la imposibilidad es diacrónica. Como muestra, Susana Reisz (1979, 2001) elaboró uno de los estudios más pertinentes relacionados con la indagación de los mecanismos de transgresión que identifican a lo fantástico, de modo que, según la autora, la imposibilidad está sometida a los condicionamientos histórico-culturales (Reisz, 1979: 144). La intención de esta autora es concretar el marco sobre el que se localiza la imposibilidad en lo fantástico. Para ello, los argumentos que expone Reisz acerca de la singularidad de esta categoría parten de la definición propuesta por Irene Bessièrè, en la que se observa que «lo fantástico dramatiza la constante distancia del sujeto respecto a lo real, es por eso que está siempre ligado a las teorías sobre el conocimiento y las creencias de una época» (1974: 60).⁵⁷ Como resultado, no se puede transgredir la estabilidad del entorno de lo real si no es dentro de una construcción contextual la cual contenga los conceptos y creencias naturales sobre el

⁵⁷ Traducido en Reisz (1979: 145).

funcionamiento del mundo. Los avances de la ciencia, las estructuras sociales, los descubrimientos de la psicología humana, etc., son tipologías de las condiciones que moldean la forma en la que conocemos y creemos en lo real.

Otro de los elementos que subraya Susana Reisz acerca de la tesis de Irene Bessièrè consiste en el hecho que esta última habría reunido dos características para distinguir a lo imposible (1979: 146). Así, las principales características que definen a la imposibilidad serían, por un lado, que la contradicción tanto lógica, natural, social o psíquica se localizaría dentro de un mismo contexto de causalidades y, por otro lado, que lo fantástico no podría reducirse a lo que Bessièrè define como «Prv» —Posible según lo relativamente verosímil— (Reisz, 1979: 146). Dicho a la inversa, cualquier fenómeno sobrenatural que pueda adscribirse a un sistema de creencias, como puede ser la teología o lo mítico, no forma parte de lo fantástico. Reisz ejemplifica esta última característica al comparar las *Metamorfosis* de Ovidio con *La metamorfosis* de Kafka, de tal manera que la obra del poeta romano no formaría parte de lo fantástico porque se adscribe a un *Prv*, es decir, porque pertenece a una tradición mítica vigente dentro del contexto histórico-cultural de la época —a saber, el siglo I d.C.—; en cambio, la narración que se desarrolla en *La metamorfosis* de Kafka no puede reducirse a ninguna creencia teológica o mítica que justifique la singularidad que sufre Gregor Samsa, o lo que es lo mismo, el contexto sociocultural e histórico en el que se inscribe la obra de Kafka no contiene ningún dogma teológico o explicaciones míticas que contemplen la conversión instantánea de un ser humano en insecto.

Si la explicación de Reisz se toma al pie de la letra entonces se debe inferir que si bien la transgresión de lo fantástico puede examinarse desde un punto de vista semántico, los códigos socioculturales a los cuales se somete —dada su naturaleza diacrónica— gozan de una autonomía con respecto al lenguaje. No obstante, en el primer capítulo de este estudio se ha defendido la postura según la cual el lenguaje es un componente inmanente en la idiosincrasia y condición humana y, como tal, el mismo lenguaje nos permite generar planos referenciales a partir de los códigos y convenciones que se integran en la misma capacidad lingüística. De esta manera, se ha mostrado cómo algunos de los componentes que se distinguen en la estructura de la realidad, como los códigos culturales, sociales, políticos, teológicos, etc., también se integran en el lenguaje, por lo que la variedad de *epistemes* que configuran las formas de pensamiento de los diversos períodos de la historia del ser humano,

así como de las distintas expresiones culturales que configuran la totalidad de las formas de pensamiento, están subordinados al lenguaje. Dicho de otro modo, el ser humano es un ser lingüístico *prima facie*, y todas las manifestaciones y maneras de entender la realidad que se despliegan en el conjunto de la humanidad —por muy diversas que sean estas— son producto de nuestra naturaleza lingüística. Por consiguiente, la herencia de la teoría de Bessière, junto al argumento que expone Reisz a favor del condicionamiento de lo fantástico a los códigos y creencias socioculturales de cada era, no tienen por qué resultar incompatibles con la propuesta que somete a esta categoría ficcional a mecanismos semánticos.

En el trabajo *La conspiración fantástica: una perspectiva lingüístico-cognitiva sobre la evolución del género fantástico* (2008), Tahiche Rodríguez Hernández también se aventuró a identificar algunos de los recursos formales y lingüísticos que están presentes en el texto fantástico. El autor llevó a cabo este ejercicio en aras de identificar las particularidades específicas de la modalidad tradicional y la modalidad contemporánea de lo fantástico partiendo de las bases de la lingüística cognitiva. Rodríguez Hernández arguye que la transgresión que presenta lo fantástico en todas sus etapas integra un componente semántico-formal; esto significa que la forma no puede apartarse del contenido —algo que en cierto modo también defiende Mary Erdal Jordan— y, por lo tanto, todo análisis que se limite a los aspectos retóricos del texto estará desprovisto de uno de los elementos constitutivos de esta categoría, esto es, del estudio de la estructura semántica de lo fantástico. Desde el enfoque de Rodríguez Hernández se sugiere que la importancia del análisis semántico de lo fantástico reside en la localización de los mecanismos de construcción narrativa de la imposibilidad y que, además, la aparición de esta última debe estipularse siempre dentro de la extensión de la realidad intratextual —independiente por lo tanto de la extensión factual—, la cual aísla al lector de toda interpretación mimética (Rodríguez Hernández, 2008: 42-43).

A modo de ejemplo, Rodríguez Hernández señala la presencia de un «juego deíctico» (2008: 75)⁵⁸ entre las estructuras semánticas de lo fantástico, el cual formaría parte de los recursos utilizados en la constitución de esta categoría ficcional. El autor expone la presencia

⁵⁸ Entiéndase que el «juego deíctico» al que refiere Rodríguez Hernández es un tipo de técnica en la que se utilizan los elementos deícticos —los cuales sirven para identificar el lugar desde el que se expresa el emisor— para elaborar mecanismos metonímicos, especialmente la sinécdoque.

de este elemento a través del cuento de Julio Cortázar «Axolotl»,⁵⁹ en el que se insinúa la identificación entre los dos entes protagonistas —el humano y el ajolote— a través de dicho juego deíctico. Tras dicha identificación, además, se intuiría la imposible metamorfosis ilustrada en esta narración. Si este caso se examina con más detenimiento se puede ver cómo el «Axolotl» de Cortázar está escrito en todo momento en primera persona, por lo que es fácil identificar al protagonista del cuento como narrador, quien además es el portador de las expresiones deícticas. Así, el enunciado «Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl» (Cortázar, 2016: 343) sitúa al lector en un cierto contexto, a saber, el contexto del narrador, propiciado por la deíxis «yo». A medida que el relato avanza, el lector se topa con expresiones del tipo «Yo era un axolotl y estaba en mi mundo» (348) o, casi en la conclusión del cuento, «Ahora soy definitivamente un axolotl» (348), en las que las deíxis «yo» y «ahora» se disuelven sin previo aviso en el contexto de habla en primera persona del ajolote. Tras esta disolución o juego deíctico, el lector termina finalmente (con)fundiendo a ambos seres. En conjunto, es imposible reconocer *a priori* la identidad de ambos entes, y como resultado se genera el efecto fantástico del relato: el intercambio de identidades del humano en ajolote y del ajolote en humano.

Como se ha podido comprobar, la teoría de lo fantástico proporciona bases suficientes para abordar dicha categoría desde las diferentes ópticas que contiene el análisis lingüístico —que incluye tanto la forma como el contenido—, empezando por la discusión de lo fantástico como producto del discurso o lo fantástico como resultado de la ruptura de los planos referenciales que se construyen en sus universos ficcionales, hasta llegar al debate acerca del tipo de códigos semióticos que elaboran la estructura de la realidad de la narración, y la forma en la que opera lo imposible sobre el binomio «sentido-referente». Por otra parte, algunos de los estudios que abordan lo fantástico desde los artefactos de la lingüística lo hacen a partir de la semántica de mundos posibles, que además se orienta hacia el interés principal de esta tesis. Por ello, y antes de desembrollar las claves que sitúan a los territorios extensionales de la ficción como un método de análisis solvente en la semántica en lo fantástico, cabe formular cuáles son las principales teorías que vinculan a lo fantástico con

⁵⁹ En el epígrafe 1.2.2. («La realidad detrás del mundo») se analizó este mismo relato con la intención de observar las características idiosincráticas del ser humano y su relación con la realidad extralingüística.

la teoría de mundos posibles, en aras de exponer cuáles son los consensos y los disensos para con nuestra aproximación semántico-extensional.

2.1.3. LA TEORÍA DE LO FANTÁSTICO EN LOS MUNDOS POSIBLES

Uno de los aspectos más destacables en el encuentro entre lo fantástico y la teoría del lenguaje es el debate acerca de la naturaleza de la estructura y motivos de esta categoría — y, por ende, su distinción entre otros tipos ficcionales—. Por lo general, cuando la lingüística teórica se aplica a lo fantástico, esta puede decantarse hacia dos perspectivas diferentes en lo que refiere a las condiciones específicas de la configuración de esta forma ficcional: o bien la naturaleza de la estructura y motivos de lo fantástico es resultado de los aspectos textuales —la forma y sentido del discurso— o, por el contrario, la naturaleza de la estructura y motivos de lo fantástico está contenida en los planos referenciales que asoman en sus narraciones.

Tal y como se describía en la sección anterior (2.1.2.), es legítimo enfocar la carga del estudio lingüístico de lo fantástico sobre la segunda perspectiva teórica señalada, es decir, sobre los aspectos semántico-referenciales. Así, el presente estudio sugiere que el significado de lo fantástico recae sobre los aspectos semánticos del texto y, en concreto, sobre el panorama referencial, es decir, sobre la extensión generada a raíz del producto ficcional. Como es bien sabido, la semántica de mundos posibles de la ficción se encarga de descifrar el conjunto de características que moldean los planos referenciales de los productos ficcionales, es por ello que este método de investigación resulta una forma de análisis sobresaliente a la hora de entender las particularidades del dominio extensional que se genera en el texto fantástico.

Otro de los cometidos principales de la teoría de mundos ficcionales es la localización de las vías de acceso a los planos referenciales de la ficción. Este mismo cometido se divide en dos enfoques bastante polarizados: o bien se estipula el acceso a los significados de la ficción desde un estadio primordialmente mimético, o bien se afronta dicho acceso desde un estadio radicalmente no mimético. En otras palabras:

· Según el enfoque mimético, el acceso a los mundos ficcionales se lleva a cabo a través de mecanismos imitativos, esto es, que la ficción persigue emular las estructuras de la realidad extralingüística.

· Según el enfoque no mimético, el acceso a los mundos ficcionales se ejecuta a través de mecanismos semióticos, es decir que la ficción es el resultado o producto de ciertos códigos —culturales, lingüísticos, etc.— los cuales compartimos con nuestros congéneres. Asimismo, este enfoque permite proponer la autonomía de la ficción con el mundo extralingüístico dado que las estructuras de la primera no dependen del contenido del segundo.

Como ya se ha tratado en otros apartados, mi propuesta se sitúa a favor de la segunda opción, es decir, de la visión radicalmente no mimética, que es afín a la semántica de mundos posibles de la ficción tanto de Lubomír Doležel como de Benjamin Harshaw.

En definitiva, es inevitable señalar la importancia que tiene el análisis del contenido extensional en la semántica de mundos posibles de la ficción. Ocurre lo mismo en lo fantástico, debido a que el estudio de la estructura y de las particularidades referenciales de las que goza esta categoría permite dar cuenta de un tipo de semántica específica y distinta al resto de géneros y categorías ficcionales. Al respecto, el artículo de Aldo Oscar Valesini «Literatura fantástica y mundos posibles» (2015), invita a reflexionar acerca del valor de los referentes construidos por la posibilidad en los territorios de lo fantástico. El autor toma el concepto de «semiosfera»⁶⁰ de Iuri Lotman (1998) para describir el tipo de mundo que se genera en la ficción entendido como espacio semiótico, es decir, un mundo puramente lingüístico, de modo que:

El marco —frame— que contiene al mundo posible adquiere una verdad en sí mismo y por lo tanto introduce las condiciones de interpretación a nivel pragmático (...). Es esta brecha discursiva —y por lo tanto semiótica— la que introduce la presencia de lo fantástico. El «para sí»

⁶⁰ Según la interpretación de Valesini, Lotman describe el concepto de *semiosfera* como «el mundo de los signos en el que todos los humanos viven e interactúan. Los signos son representaciones que conforman un espacio delimitado con respecto del espacio que lo rodea, que sería el espacio extrasemiótico. Estos ámbitos se encuentran divididos por una frontera de puntos que pertenecen a ambos espacios, la cual actúa como filtro y como traductor. Esta traducción se articula dando sentido a la realidad extrasemiótica, es decir, otorgando sentido dentro de alguno de los sistemas semióticos» (Valesini, 2015: 209). Para una mayor profundización de esta noción, véase la selección de artículos *La semiosfera II* (Lotman, 1998), en la que el autor propone una breve definición sobre la semiosfera como «el espacio semiótico» (103), es decir, el espacio en el que se forma el sentido lingüístico.

que regula la lectura no puede ser a la vez el adentro y el afuera. Lo fantástico exige una pertenencia, indaga sobre los presupuestos, las verdades del lector, que son siempre las verdades del horizonte temporal del que participa (Valesini, 2015: 209).

El espacio semiótico que se genera en lo fantástico es un espacio compartido por los lectores, análogo a su idea de realidad y por ello análogo a sus creencias, así que la brecha discursiva a la que se refiere Valesini es en realidad una brecha que se sitúa entre lo creíble y lo increíble. Con todo, esta brecha discursiva se produce sobre el espacio semiótico del producto fantástico, es decir, dentro de la realidad generada en el texto, pero no en la realidad extrasemiótica. La capacidad de reconocerse dentro del espacio que genera el texto es lo que hace viable la incredulidad. Dicho de otro modo, según el autor la brecha se produce cuando el espectro de lo posible intersecciona con otro espectro de posibilidad que sin embargo resulta incompatible con el primero. Véase a modo de ejemplo: imaginemos un mundo o espacio semiótico «A», en el que los perros no tienen la capacidad de hablar, un mundo que además es análogo al nuestro, y en el que esta característica forma parte de la estructura de dicho espacio semiótico. Luego imaginemos un mundo o espacio semiótico «B», en el que los perros sí poseen la capacidad de hablar, y en el que esta característica forma parte de la estructura de dicho espacio semiótico. Imaginemos ahora que un perro del espacio «B» se introduce en el espacio «A», esto es, «en el mundo de los perros que no hablan apareció de repente un perro que hablaba», así, nos hallamos ante un elemento que interfiere en la estructura posible de «A», a saber, el perro que habla, que constituye una anomalía, una imposibilidad. Según Valesini, en lo fantástico se desenvolvería esta misma dinámica entre estructuras semióticas:

Más allá de las clasificaciones fundadas en las formaciones temáticas, el caso de lo fantástico se configura a través de una propiedad estructural específica. Semánticamente la conforman dos mundos posibles en cuando a cada uno instala un modo (del inglés *modus*, construcción de sentido) que se organiza según las reglas de mundo posibles sustentables autónomamente pero imposibles de conciliar entre sí. Un rasgo significativo es que ambos mundos, en su convivencia, se influyen mutuamente o al menos se vinculan mediante la presencia de personajes, la generación de situaciones o correlaciones temporales o semánticas. Ello es lo que permite una articulación parcial y es el motivo de la discusión interpretativa (Valesini, 2015: 210-211).

En este sentido, el análisis de Aldo Oscar Valesini resulta acertado, ya que permite afirmar la pertinencia del análisis semántico en lo fantástico, que va más allá de la localización de tópicos, motivos y temas propios de esta categoría ficcional. Si bien es cierto que la identificación de entidades imposibles, fenómenos inexplicables u objetos malditos constituyen una fórmula bastante bien lograda en lo que refiere al reconocimiento de la naturaleza fantástica de una ficción, la raíz de toda la incógnita, en realidad, se encuentra en el contenido referencial y en los mecanismos semióticos de todos estos elementos, que terminan por poner en duda una estructura de realidad análoga a nuestro espectro de lo real factual.

Además, tal y como insiste Valesini, otro de los rasgos esenciales que permiten advertir la presencia de lo fantástico desde el análisis proporcionado por la semántica de mundos es que la intersección entre planos referenciales debe tener algún tipo de repercusión efectiva y problemática en el mundo principal. Esta última definición resultaría fundamental para distinguir a lo fantástico de otras categorías circundantes, sobre todo del realismo mágico, en el que también se produciría una intersección similar entre dos planos referenciales, la cual supondría igualmente una repercusión efectiva, pero ni mucho menos problemática. Véase por ejemplo la extraña aparición del coronel Sanders en una de las escenas más populares de la novela de Haruki Murakami *Kafka en la orilla* (2002).⁶¹ El coronel Sanders, que encarna fielmente el mismísimo logo de una conocidísima cadena de comida rápida —manifestando así, al más puro estilo del consumismo, la imagen corporativa de la empresa—, se presenta de repente ante Hoshino —uno de los personajes secundarios de la novela— para ofrecerle un servicio de prostitución en medio de un callejón oscuro:

- Hoshino! —va repetir aquell vellet, amb una veu clara i forta. Tenia una mica d'accent. En Hoshino se'l va mirar atònit.
- Però si vostè...
- Exacte. Sóc (sic) el coronel Sanders!
- És clavat — va fer en Hoshino, admirat.
- No és que sigui clavat. El coronel Sanders sóc (sic) jo.
- ¿El del pollastre fregit?

⁶¹ De la versión original en japonés 海辺のカフカ (*Umibe no Kafuka*). He consultado la versión en catalán, *Kafka a la platja* (2007), de la editorial Empúries (Barcelona), traducida por Albert Nolla Cabellos.

- Exacte —va fer el vellet, assentint clarament.
(...)
- Ei, avi! Coronel... Només porto vint-i-cinc mil iens.
Sense deixar de caminar, el coronel Sanders va fer petar la llengua.
- En tens més que prou. Tindràs una noia de dinou anys ben bonica que et farà un tracte especial. Amb la mà, amb la boca, sucant-la... Tot el que vulguis. I després et diré on és la pedra.
- Renoi —va fer en Hosino (Murakami, 2007: 269, 271).

Hoshino vacila unos instantes cuando Sanders le desvela su identidad, pero termina dando por sentado, o parece no importarle demasiado, que el icono de la gran corporación estadounidense de pollo frito se haya materializado ante él y en medio de una calle cualquiera de Japón. Al final, el diálogo que sigue entre ambos se centrará más en la oferta del coronel que en el hecho que este proxeneta sea efectivamente Sanders.

Como se ha podido observar, en la citada escena de la novela del escritor nipón se produce una intersección entre dos planos referenciales que pertenecen a dos órdenes distintos de realidad: el primero, el plano que habita Hoshino, análogo al del lector, en el que la corporeización del logo de una marca, empresa o similar resulta imposible; el segundo, el plano en el que habita el coronel Sanders, de otro orden metafísico, ya que en él la existencia material del logo de una empresa —en este caso de la famosa cadena *Kentucky Fried Chicken*— es factible. De este modo, la aparición del coronel en el mundo de Hoshino se hace efectiva, es decir que influye en el plano referencial que habita Hoshino. Sin embargo la materialización del coronel no plantea ninguna problemática, o por lo menos ninguna que sea de índole semántica, ya que no supone ruptura alguna de las regularidades que reinan en el plano referencial de Hoshino y, por lo tanto, existe una conciliación entre ambas esferas de realidad, aunque la una siga preservando su autonomía frente a la otra. De hecho, si la aparición del coronel fuese problemática —por ejemplo, si Hoshino no asumiera la existencia del coronel Sanders y todo su universo de creencias se desmoronase tras su aparición—, entonces esta podría considerarse como un fenómeno propio de lo fantástico. No obstante,

como la anomalía resulta creíble, nos hallamos ante una obra que pertenece a la categoría del realismo mágico.⁶²

A pesar de la viabilidad del análisis semántico a la hora de localizar la distinción entre la categoría de lo fantástico y otras variables del género de lo insólito, Valesini determinará que este criterio no es suficiente para determinar la construcción de un tipo ficcional (2015: 211). Sin embargo, una vez expuestos los argumentos anteriores, sostengo que el modelo de la semántica de mundos posibles de la ficción proporciona elementos necesarios y suficientes para entender el funcionamiento de lo fantástico. Aunque quizás, y en sintonía con Valesini, la esfera semántica no sea el único componente del que se vale cualquier categoría ficcional para desplegar todo su armamentística estética y narrativa, pero sí que brinda las claves que permiten aprehender cuáles son los mecanismos de construcción del tejido de la realidad del relato, lo que se pone aún más de manifiesto en las ficciones que dependen de la coherencia de un marco de referencia para luego ser transgredido por algún tipo de eventualidad.

La semántica de mundos posibles de la ficción ayuda a dar cuenta de las similitudes que dispone el universo de lo fantástico con nuestro propio espectro de lo real, de tal manera que el efecto de los fenómenos que se inmiscuyen en la realidad de los personajes de estas ficciones también genera un impacto sobre nuestro propio plano de creencias. Sería un error olvidar el trasfondo pragmático de los efectos que genera la transgresión en lo fantástico, porque esta «constituye un modelo que sirve de ejemplo paradigmático para conceptualizar las posibles pragmáticas de la literatura, como también, en otro sentido, lo es la ironía» (Valesini, 2015: 214), pero aun sería más descabellado eludir el peso del contenido semántico en la formación de dicho efecto.

Aldo Oscar Valesini no es el único autor que ha descrito la transgresión en lo fantástico como la confluencia irresoluble entre dos planos referenciales independientes entre sí. Nancy Helen Traill también ha profundizado en el modelo de la semántica de mundos posibles de la ficción para abordar lo fantástico desde un enfoque similar al anterior.

⁶² Tal y como puntualiza David Roas «el realismo mágico plantea la coexistencia no problemática de lo real y lo sobrenatural en un mundo semejante al nuestro. Así, Chiampi, para definirlo, habla de una ‘Poética de la homología’, es decir, de una integración y equivalencia absoluta de lo real y lo extraordinario. Una situación que se consigue mediante un proceso de naturalización (verosimilización) y de persuasión, que confiere *status* de verdad a lo no existente: ‘O insólito, em óptica racional, deixa de ser o “outro lado”, o desconhecido, para incorporar-se ao real: a maravilha é(está) (n)a realidade’ (Chiampi, 1980: 59)» (2014a: 21).

En lo fundamental, Traill toma las explicaciones que Raymond Bradley y Norman Swartz elaboraron en el estudio *Possible Worlds. An Introduction to Logic and Its Philosophy* (1979), con el objetivo de generar una tipología semántica de lo fantástico que desarrolla principalmente en el volumen *Possible Worlds of the Fantastic. The Rise of the Paranormal in Literature* (Traill, 1996), la misma obra en la que amplía el contenido de su excelente artículo «Fictional Worlds of the Fantastic» (Traill, 1991). Así, Traill sigue la misma línea que Valesini al asumir que el efecto de lo fantástico se genera en la convergencia de dos órdenes distintos de realidad cuya confluencia debería ser imposible. Según se expone en el desarrollo argumental de la autora, dicha confluencia se produce entre mundos físicamente posibles y mundos físicamente imposibles, esto es, «the keystone of the fantastic fictional world is thus the opposition between physically possible and physically impossible» (Traill, 1991: 198). Dicho de otro modo, la convergencia problemática se produce entre un «natural domain» (Traill, 1991: 198; 1996: 8)—el cual quedaría definido como un mundo físicamente posible, es decir, «a physically possible world is any possible world which has the same natural laws as does the actual world» (Bradley y Swartz, 1979: 6)— y un «supernatural domain» (Traill, 1991: 198; 1996: 9)—es decir, un mundo físicamente imposible, que en los términos de la semántica de mundos quedaría definido como aquel en el que «the natural laws are different from those in the actual world» (Bradley y Swartz, 1979: 7).⁶³

Véase además que el hecho de describir el dominio de lo sobrenatural como un dominio físicamente imposible solo puede dar explicación a aquellos fenómenos que responden a unas leyes físicas diferentes de las que supuestamente controlan el orden factual. Sin embargo, no todas las formas que adopta lo imposible son resultado de una ruptura de las leyes físicas que dominan el orden natural, por lo que la transgresión que reina en lo fantástico no puede reducirse únicamente a la aparición del dominio de lo sobrenatural que describe Traill. De hecho, y como se expondrá en los siguientes apartados, la transgresión de las regularidades naturales que por lo general responden a los dogmas de la ciencia —como los principios de la termodinámica, las leyes fundamentales de Newton o la genética mendeliana— son propias de las formas de lo fantástico tradicional, pero no pueden dar

⁶³ Tal y como destacan Bradley y Swartz, es importante incidir en el hecho que la presencia de un mundo físicamente imposible no implica que este sea lógicamente imposible, por lo que cuando usamos la expresión «todos los mundos posibles» en realidad nos estamos refiriendo a «todos los mundos *lógicamente* posibles», sean estos físicamente posibles —según las regularidades de la realidad factual— o no (1979: 6-7).

cuenta del tipo de imposibilidad que se hallará con frecuencia en lo fantástico posmoderno, en el cual la transgresión incide sobre otros elementos, como la lógica o el lenguaje, por lo que deja atrás la superación de lo posibilidad física y se dirige hacia el origen de lo conceptualmente imposible. De manera que para analizar en profundidad el contenido semántico de la imposibilidad en lo fantástico, habrá que sopesar otras variables más allá de la mera ruptura del orden natural de la realidad.

Con todo, Traill es consciente de la índole diacrónica de lo fantástico. El estudio semántico de esta autora demuestra que dada la confluencia problemática de dos dominios aléticos distintos dentro de la obra fantástica, donde el dominio principal es análogo a nuestra concepción de lo real, «the artistic treatment of the fantastic changed as science gradually modified its conception of reality» (Traill, 1996: 10-11). Por lo que se asevera que a medida que las creencias que sostienen nuestra idea de lo real se modifiquen, también deberá hacerlo el desarrollo y tratamiento de lo fantástico. De esta manera, lo fantástico considera la ontología de la realidad para luego devastar el orden que la domina, y este mismo orden metafísico siempre deberá pasar primero por el filtro del conocimiento humano.

A partir de las consideraciones anteriores, Nancy Traill propone la presencia de cinco modalidades de confluencia entre mundos de distinta estructura alética, así que la formación de estas modalidades dependerá del despliegue y del tipo de convergencia entre los dominios semánticos dentro de la narración. Las modalidades que describe Traill son el «Disjunctive Mode», o modalidad disyuntiva; el «Fantasy Mode», o modalidad de la fantasía o del cuento de hadas; el «Ambiguous Mode», o modalidad ambigua; el «Supernatural Naturalized Mode», o modalidad sobrenatural naturalizada; y por último el «Paranormal Mode», o modalidad paranormal. Se concretan de la siguiente forma:

- En la *modalidad disyuntiva* los seres del dominio sobrenatural, que pueden ser demonios, dioses o cualquier entidad inexplicable que viole las leyes de la naturaleza — según nuestro sistema de creencias—, entran en el dominio natural e interfieren en las vidas de los seres humanos tanto para un bien como para un mal. La característica principal de la modalidad disyuntiva es que los seres o eventualidades de ambos dominios conviven e interactúan entre sí, coexisten hasta el final de la narración, pero se perciben como extraños el uno al otro permanentemente (Traill, 1996: 11-12). Esta modalidad se presenta con frecuencia dentro el campo de la ficción audiovisual, como en la serie de la HBO, *True Blood*

(Allan Ball, 2008-2014) en la que los humanos conviven con vampiros; o la trilogía que adaptó al cine el cazavampiros de la editorial Marvel, *Blade* (Stephen Norrington, 1998; Guillermo del Toro, 2002; David S. Goyer, 2004). De hecho, la mayoría de las adaptaciones de superhéroes de cómics al medio audiovisual pertenecerían a esta categoría.⁶⁴

· La *modalidad de la fantasía o del cuento de hadas* es un subtipo de la modalidad disyuntiva, en la que el dominio sobrenatural ocupa el mundo de la ficción por completo; aquí que puede haber una ausencia total del dominio natural o este último puede ocupar un pequeño espacio en el prólogo y/o epílogo de la obra, que además tendría muy poca autoridad sobre el dominio sobrenatural (Traill, 1996: 12-13). Póngase por caso el universo épico de *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien, en el que no existiría ningún vestigio del dominio natural, o *Las crónicas de Narnia* (C. S. Lewis, 1950-1956), puesto que la mayoría de las obras de la saga cuentan con la presencia del dominio natural solamente en el prólogo y el epílogo.

· La *modalidad ambigua* se descubre cuando el dominio sobrenatural aparece como una indeterminación, es decir, como una anomalía de la que ni el narrador, ni el protagonista de la narración, ni tampoco el lector podrán tener la certeza absoluta sobre su origen o naturaleza. Dicho fenómeno es susceptible de poseer una explicación racional o, por el contrario, podría ser resultado de un hecho incomprensible según las regularidades del dominio natural. De este modo, la modalidad ambigua se constituye como una suerte de vacilación que se produce hasta el final de la obra, y por ello puede afirmarse la similitud con la definición de lo fantástico elaborada por Tzvetan Todorov. Sin embargo, la modalidad ambigua no engloba a toda la expresión de lo fantástico por completo, algo que sí pretendía

⁶⁴ Al respecto, vale la pena echarle un vistazo al mundo del manga y el anime, dado que muchos de los *shōnen* —obras que según criterios demográficos del universo del manga y el anime están «orientadas» principalmente al público adolescente masculino— que se han publicado a partir del final de la primera década del siglo XXI, y que han tenido una mejor acogida entre lectores y espectadores a nivel internacional, encajarían en la modalidad disyuntiva. Por citar algunos ejemplos por orden cronológico y según el año de publicación del primer volumen del manga: *Ao no Exorcist* (Kazue Katō, 2009), *Shingeki no Kyojin* (Hajime Isayama, 2009), *Noragami* (Adachitoka, 2010), *Tokyo Ghoul* (Sui Ishida, 2011), *Boku no Hero* (Kōhei Horikoshi, 2014), *Kimetsu no Yaiba* (Koyoharu Gotōge, 2016), *Jujutsu Kaisen* (Gege Akutami, 2018) o *Chainsaw man* (Tatsuki Fujimoto, 2018). Otro dato curioso es que el universo del manga y el anime suele incluir subgéneros para categorizar por índole semántica el conjunto de sus obras —como por ejemplo el subgénero *isekai*, en el que los personajes principales de la ficción se ven trasladados a otro mundo, al que pertenecen la galardonada *El viaje de Chihiro* (Hayao Miyazaki, 2001), o en el manga *Fushigi Yūgi* (Yū Watase, 1992-1996)— y, sin embargo, no parece que exista ninguna categoría específica que reúna según criterios semánticos las obras *shōnen* que hemos citado, aunque claramente podría haberla, como muestra la tipología expuesta por Nancy H. Traill.

hacer la propuesta del escritor búlgaro (Traill, 1996: 15-16). Uno de los ejemplos que se utiliza con más frecuencia para ilustrar esta modalidad es *The Turn of the Screw*, de Henry James (1898).⁶⁵

· La *modalidad sobrenatural naturalizada* se genera del mismo modo en el que lo hace la modalidad disyuntiva, es decir, el dominio de lo sobrenatural interfiere en el dominio de lo natural, ambos se perciben como extraños el uno al otro, pero finalmente se halla una explicación racional a todos los sucesos insólitos —como un sueño, alucinación, un efecto de las drogas, etc.—, que pasan por formar parte del dominio natural. En la tipología de Todorov esta modalidad correspondería a lo sobrenatural explicado, no obstante, la autora varía el término porque no pretende fijar la atención sobre la existencia de una explicación racional, sino que intenta dar con el mecanismo de formación de la estructura semántica del mundo ficcional (Traill, 1996: 16). El clásico de animación *Schooby-Doo!* (1969, Joseph Barbera) es un ejemplo flagrante de esta modalidad, en cuyo caso las aventuras del gran danés, su fiel amigo Shaggy y el resto de la troupe llevan a los espectadores episodio tras episodio a un sinfín de encuentros con monstruos y seres extraños de los que, al final de cada capítulo, se descubre que son en realidad delincuentes disfrazados.

· La *modalidad paranormal* establece una transformación radical con respecto a las estructuras anteriores. En este caso, el dominio natural y el dominio sobrenatural ya no se excluyen mutuamente: esto ocurre porque el primero ha ampliado su espectro de posibilidad incluyendo así aquellos sucesos que formaban parte de lo extraordinario, y que ahora se aprehenden como parte de la experiencia natural de la realidad de la narración. De este modo, aquellos fenómenos, seres u objetos que se habrían presentado como desconocidos en las modalidades en las que existe una ruptura entre lo natural y lo sobrenatural, son percibidos aquí como excepcionales. De hecho, la autora dedica todo un capítulo a explorar esta variable, cuyo máximo exponente iría de la mano de Iván Turgenév, Charles Dickens y Guy de Maupassant, y atravesaría la segunda mitad del siglo XIX (Traill, 1996: 17-20).

Todas estas modalidades se han expuesto con el fin de observar que se mantiene la presencia del dominio natural y de un dominio sobrenatural en cada una de ellas. Con todo, quizá la modalidad paranormal es la que plantea más problemas para definirse a través de criterios semánticos, pero incluso en esta modalidad están presentes los dos dominios, dado

⁶⁵ Nancy H. Traill propone este mismo ejemplo (1996: 15).

que lo paranormal se deriva tras la fagocitación de la estructura de posibilidad del dominio natural sobre el dominio sobrenatural. De hecho, la conformación de lo paranormal necesita la existencia del dominio sobrenatural, aunque este último termine por desaparecer; en otras palabras, lo paranormal que define Traill solamente tiene cabida tras la asunción de la aparición de un dominio sobrenatural, el cual influirá sobre el dominio natural de maneras distintas: o bien convivirá con él, o bien lo absorberá, o bien será puesto en duda o se diluirá en él.

Según Traill, las cuatro primeras modalidades de su tipología semántica corresponderían a la vertiente tradicional de lo fantástico, las cuales se habrían fraguado a lo largo de la historia y que de hecho aun estarían vigentes. Sin embargo, y en palabras de la misma autora, la modalidad paranormal «offers another narrative treatment of the supernatural, one which dates only to the middle of the nineteenth century» (Traill, 1996: 17), lo cual confirmaría la dependencia de las formas de esta categoría ficcional con la situación histórica en la que se origina.

Tal y como ya se ha subrayado, la tipología de Traill no llega a abordar la estructura de lo fantástico contemporáneo, por lo que cabría poner en duda la validez del sistema de la dualidad de mundos o dominios referenciales a la hora de dar una explicación a la transgresión de la vertiente posmoderna de esta categoría. Esto plantea una serie de preguntas, ¿es posible proponer una tipología semántica que dé cuenta de la estructura de lo fantástico desde un único dominio referencial?, ¿es necesario tratar lo fantástico del lenguaje desde una tipología que proponga la confrontación entre dos mundos?, y ¿es viable proponer una transgresión de tipo conceptual —es decir, que va más allá de las leyes naturales— desde una tipología que proponga la confrontación entre dos mundos?

Según la hipótesis que se plantea en la presente investigación, la etiología de lo fantástico se basa en un único modelo referencial y, así, el fenómeno fantástico supone un quebrantamiento de las regularidades de dicho modelo. De este modo, lo fantástico no se origina con el choque entre dos modelos referenciales autónomos entre sí, ni tampoco es consecuencia de una referencia *alienígena* —natural de otro mundo— que de pronto descubre cómo invadir un mundo análogo al nuestro, sino que lo fantástico es resultado de la

presencia de un elemento externo a la percepción humana y que ahora no sabemos (ni podemos) emplazar.⁶⁶

A pesar de las limitaciones que muestra la tipología de mundos de Nancy Traill para con las formas contemporáneas de lo fantástico, el enfoque planteado por esta autora permite aseverar la relevancia del estudio de la estructura extensional a la hora de distinguir lo fantástico de otro tipo ficcional. Tal y como lo expresa Traill, los estudios destinados a delinear al producto fantástico desde un punto de vista tematólogo exigen una labor muy extensa —y las más de las veces inagotable—, por lo que la aproximación semántico-extensional se convierte en una metodología tan eficaz como suficiente para la localización del contenido fantástico de una ficción. Como consecuencia, es posible ratificar que «whether a work is fantastic depends on the *overall* structure (the macrostructure) of the fictional world, on what it is composed of and how its constituents are arranged» (Traill, 1996: 8). En este caso, esta aseveración se opone a la explicación dada por Valesini, para quien el análisis semántico era un método pertinente a la hora de identificar las diferencias referenciales de lo fantástico con respecto a otras categorías, pero no un método suficiente para aprehender todas las particularidades de este producto ficcional.

Albaladejo y Javier Rodríguez Pequeño son los dos últimos autores que despiertan un mayor interés en esta sección dado que toman el testigo de la investigación en semántica de mundos posibles de la ficción dentro del panorama hispánico-peninsular. Por ello, es válido que se les atribuya el título de fundadores de los estudios de referencia en esta temática publicados dentro del marco español. Además, destaco la influencia de Albaladejo en mi inclinación por el análisis de la extensión ficcional, el cual constituye uno de los pilares fundamentales de este estudio. Tal y como se observa en la declaración que hizo el propio autor en su *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa* (1998): «el elemento constitutivo del referente textual y del texto narrativo al que se dirige la atención en este libro es el sistema y organización de mundos del texto, que es de índole semántico-extensional y adquiere carácter sintáctico al ser incorporado a la estructura profunda del texto» (1998: 37). Así, Albaladejo exalta la relevancia de las «estructuras de conjunto referencial» (1998: 44) —esto es, el sistema de referencias expresado en el producto ficcional—, en aras de

⁶⁶ Estas cuestiones se desarrollarán en profundidad en los próximos apartados.

interpretar la configuración del texto, una configuración que se distribuye entre el plano de la intensión y el plano de la extensión.⁶⁷

Toda noción utilizada para apuntar a la idea de «mundo posible», ya sea «campo de referencia», «dominio referencial» o «territorio extensional», nos dirige irremediabilmente a repensar el peso que ejerce la realidad generada en las narraciones sobre el campo de las categorías ficcionales. Como es evidente, la noción y contenido de la *realidad* de la ficción puede ser múltiple y diversa, puesto que pueden existir tantas *realidades* ficcionales como narraciones posibles. De ahí que no sea tan extraño aceptar que la realidad de un texto de ciencia ficción es muy distinta a la realidad de un texto maravilloso, y que por ello no deba asumirse que la una esté más bien estructurada que la otra, ni tampoco que la primera sea más fiable que la siguiente. Una vez indagamos en la extensión del relato no tiene sentido establecer juicios según los cuales ciertas realidades ficcionales son más legítimas que otras; bien al contrario, cuando nos adentramos en los estudios sobre semántica, los cuales priorizan el análisis de la referencia ficcional, nos comprometemos con la *idea de realidad* presentada en una ficción en virtud de la coherencia interna de su estructura, ya sea una ficción de corte maravilloso, realista, fantástico o de ciencia ficción. Es decir, cuando el contexto de la narración goza de una lógica coherente según el tipo de mundo que representa —porque la representación debe estar anudada a las regularidades que este mundo nos propone—, entonces es legítimo dar por sentado que la realidad allí expuesta es, sin duda alguna, la realidad genuina del universo ficcional en cuestión. Por ejemplo, si en una obra de ciencia ficción aparecen androides creados por una tecnología futurista que son prácticamente indistinguibles de la raza humana —pensemos en los replicantes de la obra de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (1968)—, y la existencia de estos androides forma parte de la estructura interna de la narración, entonces daremos por sentado que la realidad generada en la obra es legítima porque es coherente según su lógica interna, y que la existencia de estos androides forma parte de dicha realidad. No es de extrañar que cuando Roland Barthes adujo la «ilusión referencial» en su archiconocido artículo «L'effet du réel» (1968), se advirtiera que, en ficción, el estatuto de lo real ya no es resultado de la denotación

⁶⁷ Como ya se destacó en el apartado 1.1. («Extensión, lenguaje y ficcionalidad»), el análisis semántico de la ficción pone al alcance la definición de los conceptos «intensión» y «extensión». Tomás Albaladejo nos recuerda que Rudolf Carnap propuso ambos términos y que se corresponden, respectivamente, con las nociones «Sinn» (sentido) y «Bedeutung» (denotación o referente) (Albaladejo, 1998: 41).

directa hacia objeto material al que refiere la enunciación porque, en cambio, el efecto de lo real se asienta sobre la acción del lector, el cual legitima la coherencia del enunciado con respecto al mundo que denota. Por ello, no es necesario apelar al «mundo material» para generar el efecto de realidad en ficción, sino que es el contexto narrativo el que establece la demarcación sobre la que el lector estructurará la acción. Si en un texto se incluyen androides como parte de su universo, estos androides se aprehenden como entes reales (en el producto ficcional). Considero así, del mismo modo en el que lo hace Tomás Albaladejo, que el producto ficcional puede aprehenderse como una suerte de objeto lingüístico —o como una *semiosfera*, tal y como nos recordaba Valesini—, debido a que «ocupa un espacio semiótico que, consiguientemente, contiene un área semántico-extensional» (Albaladejo, 1998: 51).

Una vez establecido el desarrollo semántico que propone Albaladejo en su obra es más sencillo entender la tipología de mundos que articulará el autor y también por qué no estoy de acuerdo con la forma a través de la que define la categoría de lo fantástico. Véase primero de forma breve cómo se organizan los tres tipos generales de modelos de mundo advertidos por Albaladejo, que se establecen según el tipo de estructura de conjunto referencial a la que pertenecen y dentro de los cuales se incluyen los modelos de mundo concretos o particulares —las obras de ficción—:⁶⁸

- El modelo de mundo de *tipo I* corresponde a *lo verdadero* (Albaladejo, 1998: 58). Este modelo es relativo a los mundos concretos o particulares que contienen las mismas reglas naturales que el mundo extralingüístico o mundo efectivo, como podrían ser las crónicas históricas.

- El modelo de mundo de *tipo II* corresponde a *lo ficcional verosímil* (Albaladejo, 1998: 58-59). Según el autor, este modelo es relativo a los mundos que no se adhieren al desarrollo del mundo efectivo, pero que sí se ajustan al espectro de aquello que podría haber sucedido; esto es, los mundos de tipo II pertenecen al espectro de lo posible según las regularidades de la realidad extralingüística. Dicho de otro modo, es el modelo de mundo de tipo II es una especie de mundo alternativo; constituye la expresión, en ficción, de otra forma en la que se podrían haber desarrollado los eventos del mundo extralingüístico y por ello

⁶⁸ El autor incluye otro criterio a la hora de establecer el tipo de modelo al que pertenece una ficción particular: la «ley de máximos semánticos» (Albaladejo, 1998: 61). Según esta ley, la aparición de un elemento semántico de un tipo superior al que pertenece la estructura de conjunto referencial de la ficción, la arrastra a integrarse al modelo de mundo del nivel semántico máximo alcanzado.

puede incluir personajes que no existen en este último. Tanto los eventos como los personajes son de índole verosímil pero no análogos a los hechos factuales. En este tipo se situarían, por ejemplo, las ficciones de corte *realista*.

· El modelo de mundo de *tipo III* corresponde a *lo ficcional no verosímil* (Albaladejo, 1998: 59). En este caso es relativo a los mundos que contienen reglas diferentes a las del mundo efectivo. Según la explicación de la que parte Albaladejo, lo fantástico pertenece a este tipo de modelo de mundo dado que las estructuras de conjunto referencial de tipo III no podrían, en ningún caso, formar parte del mundo efectivo, ni tampoco establecerse como una alternativa a este último.

Las problemáticas que se advierten con respecto a la semántica de mundos de Tomás Albaladejo se localizan, sobre todo, en la descripción del modelo de mundo de tipo III. Considero que el primer error de Albaladejo subyace en el carácter genérico en exceso de su propuesta, puesto que el hecho de adherirse a esta tipología implica concluir que las categorías ficcionales solamente se dividen en dos planos, el verosímil y el inverosímil, lo cual supondría una homogeneización referencial de la realidad o estructura extensional tanto de los géneros y categorías de ficción como de las obras particulares. Esto quiere decir que la semántica de la ficción quedaría reducida a una mera herramienta de distribución genérica que no permite diferenciar ni definir las particularidades de los tipos ficcionales, y en específico, que no permite distinguir las categorías de lo insólito según su despliegue extensional —la realidad del relato—, que es lo mismo que deducir que la estructura de conjunto referencial de una obra de ciencia ficción se regula del mismo modo que la estructura de conjunto referencial de una obra del realismo mágico: ¿qué tiene que ver la estructura referencial de *Do Androids Dream of Electric Sheep?* (Philip K. Dick, 1968) con la de *Cien años de soledad* (Gabriel García Márquez, 1967)?

El problema en el que incurre Albaladejo para con el análisis semántico de la categoría de lo fantástico es aún mayor. En este caso, la equivocación no se debe solamente a la generalización desmesurada que realiza en su tipología de mundos ficcionales, sino que también tropieza en la descripción de esta categoría. Obsérvese con más detenimiento la estructuración de los mundos de tipo III: según el autor, las reglas de los mundos de la ficción fantástica —las cuales son constitutivas de este modelo— son distintas a las reglas del mundo factual y, además, implican «una transgresión de las mismas» (Albaladejo, 1998: 59). Si

confirmásemos la tesis de Albaladejo, entonces deberíamos comprometernos con la idea según la cual los mundos generados por lo fantástico se alejan sobremanera del tipo de mundos producidos en las modalidades de tipo I y de tipo II. Es decir, según esta consideración, el plano de realidad de lo fantástico no disfruta de ningún rasgo de verosimilitud —si entendemos la verosimilitud como la adhesión a las reglas del mundo factual—. ⁶⁹ Con todo, recuérdese que la tipología de Nancy Traill estipulaba que lo fantástico se manifestaba con el choque entre un dominio natural —que en este caso correspondería al modelo de mundo de tipo II— y un dominio sobrenatural —que se adheriría al tipo III, los mundos de lo ficcional no verosímil—. Al margen de mi recelo con el sistema de dualidad de mundos de Nancy Traill, ratifico la necesidad de la presencia del dominio natural para la aparición de lo fantástico. En otros términos, lo fantástico es resultado de la expresión de un fenómeno imposible sobre una tipología de mundo verosímil, y esto es, en realidad, lo que lo diferencia del resto de categorías de lo insólito. Por ello, si hubiese que añadirlo en uno de los tres tipos de mundos que presenta Albaladejo —aunque como ya he comentado esta tipología es demasiado holgada— debería contenerse en el tipo II. El rasgo distintivo de la categoría de lo fantástico es precisamente su verosimilitud —a la que Albaladejo identifica como «verosimilitud realista»—, y debido a esta suerte de realismo, la aparición de un fenómeno imposible en el seno de la estructura de conjunto referencial de la narración genera un quebrantamiento de la realidad ficcional, un quebrantamiento que no se detiene en el fenómeno imposible, sino que termina por vulnerar toda la estabilidad que mantenía el dominio referencial del relato.

La crítica que se ha establecido en los párrafos anteriores también será útil para tratar la tipología de mundos ficcionales que propuso Javier Rodríguez Pequeño, la cual formuló a partir de una ampliación del criterio establecido por Tomás Albaladejo. Por lo general, ambos

⁶⁹ La definición del modelo de mundo de tipo III podría encajar en las estructuras de conjunto referencial de lo maravilloso, cuyo despliegue extensional disfruta de una lógica interna pero que funciona de manera totalmente *alejada* y distinta de las regularidades de la realidad efectiva. En términos aléticos, en un dominio maravilloso existen elementos de carácter posible cuya aparición sería imposible en la realidad factual. Por ejemplo, la existencia de los elfos en *El señor de los anillos* es posible y efectiva en el dominio referencial de esta narración, pero encontrar un elfo en el dominio referencial de la realidad factual se advierte como un fenómeno imposible. Con todo, el error de Albaladejo subyace en el hecho de apelar a la *no verosimilitud* de este tipo de ficciones, tal y como se ha destacado, estas obras son perfectamente verosímiles en lo que concierne a su lógica interna —todo lo que ocurre en *El señor de los anillos* es posible, y por lo tanto verosímil, desde el punto de vista de las regularidades que conforman este mundo ficcional—.

autores consideran que la fuente de *ficcionalización* de una obra se localiza en el plano extensional, un rasgo que también comparte el modelo semántico que he desarrollado en el primer capítulo de esta tesis, los territorios extensionales. De este modo, si la ficcionalización es producto de la estructura extensional de una obra, entonces los géneros y categorías de ficción se pueden organizar según su macroestructura (Rodríguez Pequeño, 2008: 14). De hecho, esta característica permitirá generar una tipología semántica específica de la categoría de lo fantástico, ya que el estudio de la extensión ficcional es indispensable para analizar la realidad integrada en una obra. Como nos recuerda el autor, el estudio de la realidad de una ficción «es una operación semántico-extensional gracias a la cual se obtiene la “estructura de conjunto referencial” que será incorporada al texto retórico» (Rodríguez Pequeño, 2008: 63), es decir que el análisis de la extensión permite aprehender el conjunto de regularidades que rigen la estructura del mundo del texto, lo cual, como ya se ha avanzado, es indispensable para comprender la naturaleza del efecto fantástico.

La tipología de Javier Rodríguez Pequeño concuerda con la de Albaladejo en la definición de las «construcciones ficcionales miméticas» (Rodríguez Pequeño, 2008: 124-125), a las que Albaladejo apodó como «ficciones verosímiles», es decir, los mundos de la modalidad de tipo II. De modo que el apelativo «mimético» se entiende como la coincidencia entre los referentes ficcionales —seres, sucesos, etc.— con los referentes del mundo extralingüístico. Por otra parte, el disenso entre ambas tipologías se establece a partir de las «construcciones ficcionales no miméticas»,⁷⁰ a partir de la que Rodríguez Pequeño realizaría una pequeña observación, esta es, «que no toda ficción no mimética es no verosímil» (Rodríguez Pequeño, 2008: 125), un detalle sobre el que no reparó Albaladejo y sobre el cual Rodríguez Pequeño estructuraría su ampliación de la teoría de los mundos posibles de la ficción albaladegiana:

En su diseño semántico, Rodríguez Pequeño parte de la hipótesis según la que «puede haber verosimilitud en las construcciones ficcionales no miméticas, como es el caso de la literatura de ciencia ficción y de la literatura gótica o de terror, en las cuales la construcción de esta apariencia de verdad es imprescindible para que el lector perciba exactamente el

⁷⁰ Véase con más detenimiento la definición que propone el autor: «si el mundo literario transgrede alguna de las reglas de funcionamiento del mundo extratextual, si se aleja deliberadamente de él, determinaremos que estamos ante una obra literaria no mimética» (Rodríguez Pequeño, 2008: 139-140).

efecto que pretende conseguir el productor» (Rodríguez Pequeño, 2008: 126-127).⁷¹ La observación que propone el autor coincide con las limitaciones de la teoría de Albaladejo ya subrayadas. Ciertas categorías ficcionales como es el caso de lo gótico, la ciencia ficción y, en este caso, añado también a lo fantástico, necesitan disfrutar de un menor o mayor grado de verosimilitud en el plano de realidad que las envuelve, de este modo el lector puede reconocerse en él, lo que luego le permite identificar cuál es el fenómeno particular que altera el orden habitual de los sucesos, una alteración que lleva a dicha ficción hacia el terreno de lo no mimético. En la ciencia ficción, por ejemplo, el lector debe ser capaz de identificar un orden de lo real similar al suyo pero que contiene una alteración del conocimiento científico-técnico del mundo ficcional en cuestión con respecto al conocimiento científico-técnico del mundo factual; dicha alteración, además, penetra en el desarrollo y avance de la sociedad. En lo fantástico, en cambio, el lector debe ser capaz de identificar un orden de lo real similar al suyo para que dada la intrusión de un fenómeno imposible en este desmorone todo su espectro de creencias metafísicas.

En este sentido, Javier Rodríguez Pequeño acierta en la inclusión de lo fantástico entre las categorías ficcionales no miméticas pero que poseen una macroestructura referencial verosímil, así como también acierta en su definición: «la naturaleza fantástica de una obra le es conferida por la inclusión en su macroestructura de unos elementos de la estructura de conjunto referencial que suponen una ruptura de las reglas del mundo real objetivo, de nuestro mundo» (Rodríguez Pequeño, 2008: 137). Lo fantástico es, efectivamente, una intrusión en la estructura de conjunto referencial de la realidad factual —o de una realidad hecha a la medida de la realidad factual— de un elemento que le es totalmente ajeno, algo que Albaladejo había pasado totalmente por alto al proponer una visión demasiado general de las modalidades semánticas en las que se dividen los géneros y categorías ficcionales, dejando a lo fantástico deliberadamente desplazado dentro de la tipología de ficciones no verosímiles.

A pesar de que Javier Rodríguez Pequeño plantea una ampliación de la propuesta de su antecesor, el autor no termina de dar con la solución al problema que reproducía el enfoque semántico anterior respecto a la categoría de lo fantástico. La tipología de Rodríguez Pequeño mantiene la división tipológica de Albaladejo para luego añadir otro gradiente de

⁷¹ Rodríguez Pequeño también agrega lo fantástico entre las categorías ficcionales mencionadas.

verosimilitud y un último modelo de mundo que, en principio, debería contribuir a la correcta estructuración semántico-extensional de lo fantástico y de las categorías afines a él. De esta manera, la distribución sería la siguiente:

- Mundos de la modalidad de *tipo I*, que pertenecen al dominio de lo no ficcional y son relativos a lo mimético y a lo verosímil. Propio de obras historicistas y textos periodísticos.

- Mundos de la modalidad de *tipo II*, es decir, propios del dominio de lo ficcional y relativos a lo mimético y verosímil. Relativos a la ficción realista.

- Mundos de la modalidad de *tipo III*, esto es, construcciones ficcionales no miméticas y verosímiles. Propio de lo fantástico.

- Mundos de la modalidad de *tipo IV*, que en este caso se adhieren a las construcciones ficcionales no miméticas e inverosímiles. Relativos a lo maravilloso o al cuento de hadas.

Como puede observarse, la división que establece Rodríguez Pequeño mantiene el mismo criterio que la de Albaladejo en lo que refiere a la universalización de los modelos semánticos, lo que me lleva a concluir que esta tipología sigue siendo demasiado general, ya que no da ninguna solución que permita distinguir a lo fantástico de otras de las categorías de lo insólito a partir del análisis semántico-extensional. Véase esta cuestión con más detenimiento: por un lado, el teórico incide en el grado de correlación entre las distintas modalidades —la diferencia entre el tipo I y tipo II se encontraría en lo ficcional; la distinción entre el tipo II y tipo III estaría localizada en la mímesis y la existencia de una transgresión de las regularidades del mundo; y el tipo III y IV se distinguirían por su grado de verosimilitud (Rodríguez Pequeño, 2008: 127)—. Si bien el enfoque de Rodríguez Pequeño establece un avance considerable con respecto a la tipología anterior —un avance que se localiza en mayor medida en la focalización sobre el contenido mimético de una ficción—, no obstante sigue planteando la siguiente complicación: si el criterio que define a los mundos de lo fantástico, relativos a la modalidad de tipo III, es «la transgresión de las leyes del mundo real efectivo, objetivo o empírico, porque en definitiva es la que gobierna, por medio de leyes que niegan las distintas estructuras de conjunto referencial, la obra de arte verbal» (Rodríguez Pequeño, 2008: 135), entonces ¿cómo lo distinguimos de otras categorías como el realismo mágico o la ciencia ficción? Según los criterios establecidos por Rodríguez Pequeño, los mundos de la ciencia ficción corresponden a la modalidad de tipo III porque confeccionan

una realidad verosímil y pertenecen al grupo de ficciones no miméticas. Siguiendo el argumento anterior, los mundos del realismo mágico también se incluirían en la modalidad de tipo III, dado que también producen un efecto de realidad verosímil y además contienen seres, fenómenos y objetos que transgreden las regularidades del mundo empírico. El desliz de esta tipología, sin embargo, se localiza precisamente en el objeto transgredido al que apunta el autor, es decir, el mundo real efectivo. El error subyace en la necesidad de colocar el efecto transgresor fuera del espectro ficcional. Es por ello que cuando tratamos de definir la semántica de mundos de lo fantástico debemos apuntar a la realidad allí creada, una realidad, eso sí, análoga al funcionamiento de nuestro universo, y del mismo modo, cuando examinamos los elementos transgresores, debemos apuntar hacia una ruptura de las reglas de la realidad generada en el universo de la ficción, y no hacia un quebrantamiento de las reglas del universo empírico. Tanto la ciencia ficción, como el realismo mágico y lo fantástico presentan un componente que vulnera las regularidades del plano factual, pero esta vulneración se produce de forma distinta en cada categoría: la ciencia ficción, como sugiere David Roas, «propone una expansión de nuestro marco de realidad a través de la especulación científica (presente o futura, humana o extraterrestre)» (2014a: 26-27), es decir que presenta la variación de las reglas del universo empírico como una suerte de amplificación y las integra en su estructura referencial; el realismo mágico fagocita la transgresión de las regularidades del plano factual para que pasen a formar parte de su estructura extensional; por último, la categoría de lo fantástico es la única forma ficcional en la que se halla una vulneración de la propia estructura de realidad manifestada por el plano ficcional, y es por ello por lo que la transgresión en lo fantástico se aprehende como imposibilidad.

En el siguiente apartado (2.2.), expondré el desarrollo de lo fantástico a partir del modelo de los territorios extensionales, lo cual me permitirá distinguirlo de otras categorías de lo insólito, constituyéndose así como un modelo semántico particular y que responde a las problemáticas que se han planteado a lo largo de toda esta primera sección del segundo capítulo.

2.2. LO IMPOSIBLE EN LOS TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LO FANTÁSTICO

2.2.1. TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LO FANTÁSTICO

El concepto que mejor define a los fenómenos que generan el efecto de lo fantástico es lo imposible. Este término se hereda del estudio de Roger Caillois, con el que coincido en que aquello que rompe las regularidades de la estructura referencial de la narración fantástica «es lo imposible, sobreviniendo de improviso en un mundo de donde lo imposible está desterrado por definición» (Caillois, 1970, 11); es decir, aquello que vulnera nuestra idea de lo real es la aparición de una imposibilidad que no puede incluirse de ningún modo dentro de las regularidades del sistema epistemológico sobre el que se sustenta la narración.

Según la semántica modal, lo imposible es un elemento proscrito, es decir, es todo aquello que queda fuera de los márgenes de la posibilidad, por lo que no puede suceder ni en el plano factual ni en ningún otro mundo posible. Aquí reside la singularidad de lo fantástico, que se presenta como la única categoría que acoge a lo imposible; en otros términos, lo fantástico es la categoría ficcional donde lo imposible es un elemento privilegiado porque pasa a formar parte de su estructura narrativa sin dejar de ser imposible, esto es, que no pierde el estatuto de imposibilidad. Esta es una de las razones por las cuales se diferencia, por ejemplo, de lo maravilloso, donde el estatuto de lo imposible se transforma y pasa a formar parte las regularidades que plantea el plano narrativo: en este caso, la categoría de lo maravilloso convierte a lo imposible en posible, por muy inverosímiles que nos parezcan las regularidades que ordenan su estructura referencial con respecto al plano factual. De ahí que afirmemos que lo fantástico reivindica a la perfección su autonomía frente a la ontología del mundo extralingüístico y de nuestro conocimiento del mismo, ya que lo imposible se atisba principalmente en la transgresión de la estructura de la narración en cuestión y no de la macroestructura del mundo fenoménico. De lo contrario, si optáramos por describir lo fantástico como una transgresión de las regularidades del mundo extralingüístico —que no es lo mismo que decir que constituye una transgresión de *nuestra idea* acerca de las regularidades del mundo extralingüístico—, entonces lo maravilloso entraría en la misma

categoría, puesto que los elementos que caracterizan a este último representan una imposibilidad frente al universo empírico, pero no dentro de su propio plano narrativo.

Afirmo, pues, que lo fantástico goza del mismo grado de ficcionalidad que el resto de categorías de lo insólito, porque todas las realidades que se generan en dichos mundos ficcionales son construcciones propias de la narración e independientes del mundo extrasemiótico. Asimismo, lo fantástico contendría el mismo grado de ficcionalidad que la ficción de corte realista, de tal manera que la realidad que se configura en esta última modalidad ficcional también debe aprehenderse como una elaboración independiente del universo empírico. En otras palabras, si lo realista y lo fantástico dependieran del mundo extralingüístico, entonces deberíamos decir que los territorios que genera la ficción realista son más veraces que los territorios generados en lo fantástico, sin embargo, los distintos estudios que abordan la categoría de lo fantástico aseguran que esto no es así; bien al contrario, las investigaciones encaradas a definir la poética de lo fantástico afirman que uno de sus principios es, precisamente, el efecto de realidad que este produce. De aquí se deduce que tanto la ficción realista como la ficción fantástica se sitúan en la misma distancia ontológica con respecto a lo empírico.

La tipología propuesta por Tomás Albaladejo impugnaría las declaraciones anteriores, dado que el hecho que la ficción realista se incluya dentro de lo que él define como mundo de *tipo II* —lo ficcional verosímil— implica que esta modalidad se encuentra en un punto más cercano al plano empírico que la modalidad de *tipo III* —lo ficcional no verosímil—, en la que localiza a lo fantástico. En este sentido, ratificamos las afirmaciones de Pozuelo Yvancos, las cuales darían respuesta a las tesis que establecen distintos grados de ficcionalidad entre el realismo y lo fantástico:

muchas veces la teoría literaria no ha incorporado con rigor aportes de la ontología y de la fenomenología para cuestiones como por ejemplo la de la «ficción realista», cuando vemos autores que establecen categorías internas de modelos de mundos en que el realista y el fantástico tipologizan estatutos de ficcionalidad distintos, siendo así que el realismo y la literatura fantástica no se diferencian como grados de ficcionalidad, sino modalidades estilísticas de un estatuto ontológico igualmente ficcional. No es menos ficción, ni tiene por qué ser más verosímil la novela realista del XIX, que la de un viaje fantástico de ciencia-ficción. El lector actúa construyendo imagen de mundo igualmente en uno y otro caso (Pozuelo Yvancos, 1994: 267).

De esta manera, y a pesar de que Pozuelo Yvancos no llega a tratar la categoría de lo fantástico como un tipo ficcional particular frente al resto de variantes de lo insólito, la afirmación anterior sí que resulta muy útil para mostrar la necesidad de reafirmar la autonomía ontológica de la que goza la vertiente constructivista de la ficción. Así, la importancia que ejerce la estructuración de la realidad en una narración —en el momento de establecerse como una categoría ficcional u otra— permite incorporar el ejercicio analítico que facilita la semántica de mundos posibles de la ficción, el cual se constituye como el método idóneo para definir el tipo de despliegue semántico-extensional que se genera en cada categoría ficcional. Así, la aplicación del análisis semántico-extensional a lo fantástico será hartamente útil a la hora de localizar el espacio referencial que ocupa la aparición de la imposibilidad.

En el primer capítulo de este estudio he observado la viabilidad de los territorios extensionales, los cuales se instituyen como una nueva forma de abordar los mundos ficcionales cuyo fin es establecer un modelo de análisis semántico-extensional en ficción que no dependa de los dogmas de la mimesis, y que permita tratar nuestros discursos acerca de lo real como otro tipo de plano extensional que tampoco *imita* el contenido del mundo extralingüístico.

Véase ahora cómo se rigen los parámetros que configuran a los territorios extensionales de la ficción cuando se aplican a lo fantástico:

- Los mundos ficcionales que genera lo fantástico son un tipo de territorios extensionales ficcionales.
- Los territorios extensionales de lo fantástico no se elaboran a partir del contenido del mundo extralingüístico, sino que se elaboran a partir del lenguaje, entendido este como un aparato interdependiente de la idiosincrasia humana.
- Nuestra idea de lo real es fundamentalmente discursiva y, como tal, se incluye en los territorios extensionales factuales, que no constituyen una copia del mundo extralingüístico, sino que se elaboran a partir del lenguaje, un aparato interdependiente de la idiosincrasia humana.
- Ni los territorios extensionales factuales ni los territorios extensionales de lo fantástico son copias del mundo extralingüístico.

- Los territorios extensionales de lo fantástico no son una copia de la extensión factual, sino que ambos se elaboran gracias al mismo aparato, el lenguaje, que depende de la idiosincrasia humana.

A partir de estas premisas se puede responder a algunas de las cuestiones planteadas en la sección anterior, así: es posible entender el funcionamiento de lo fantástico atendiendo únicamente al contenido extensional del producto ficcional y no a la forma del discurso narrativo; la semántica de lo fantástico no se resuelve en una dualidad de mundos, es decir, no se trata de la confrontación entre un dominio natural y un dominio sobrenatural sino que la aparición de lo imposible se plantea en un único plano extensional; los fenómenos imposibles que irrumpen en los territorios extensionales de lo fantástico se advierten gracias a la ruptura que producen sobre la propia extensión ficcional y no sobre la estructura ontológica del mundo extralingüístico.

Como ya se ha observado, la teoría de mundos posibles de la ficción parece ser el chivo expiatorio de muchas de las carencias atribuidas a la semántica de mundos posibles de la filosofía. Robert Howell (1979: 139) enumera los cuatro problemas a los que la crítica filosófica apela con frecuencia, y que desvirtúan el uso de la semántica de mundos como metodología de análisis de la teoría de la ficción, entre ellos: 1) el uso metafórico del término «mundo posible»; 2) los mundos ficcionales preexisten a la elaboración de la obra, es decir, que el artista no crea la ficción, sino que solamente la descubre; 3) la semántica de mundos no puede dar cuenta de las ficciones que contienen contradicciones lógicas en su interior, así ocurre con la aparición de expresiones tales como «la cuadratura del círculo», es decir que la aparición de un cuadrado redondo no puede ser posible en ningún mundo posible y, sin embargo, la ficción es capaz de nombrarlo y configurarlo; 4) el problema que presentan los particulares ficcionales, a los cuales se les atribuye una referencia que sí existe en los mundos de la ficción pero que no existe en el mundo extralingüístico, por lo que por ejemplo apelar al «Capitán Marlow» fuera del contexto ficcional —fuera del mundo en el que Marlow existe— no puede referir a nada en absoluto, salvo al propio personaje de la novela de Conrad.

La semántica de mundos de corte no mimético, como la de Lubomír Doležel (1999) o Tomas Pavel (1986), soluciona las cuestiones 1), 2) y 4); de hecho, el propio Howell se

opone a la crítica a la teoría de mundos ficcionales propuesta en estos tres argumentos.⁷² Sin embargo, la tercera crítica presenta un enigma más complejo: el principal obstáculo de las ficciones que contienen contradicciones lógicas en su interior es que estos impugnan a los mundos posibles de la lógica, dado que ¿cómo puede ser posible un mundo que, por definición, es imposible a nivel lógico? Es por ello por lo que el uso de la noción de mundo posible se complica dada la aparición de ficciones que son perfectamente funcionales a pesar de incluir contradicciones lógicas en sus territorios extensionales.

Con todo, cabe preguntarse: ¿qué ocurre cuando la presencia de una contradicción es la característica principal de una modalidad ficcional? Lo fantástico se configura precisamente con el encuentro de un territorio extensional en el que se presentan elementos en su interior que tienen el mismo estatuto modal que el «circulo cuadrado», esto es, elementos que en ningún momento dejan de ser contradicciones y que por ello se describen como imposibles. Si la presencia de la imposibilidad es aquello que nos está informando de la aparición de lo fantástico, entonces ¿por qué deberíamos dejar de analizarlo desde un enfoque afín a la semántica de mundos posibles? En cambio, sugerimos que el tercer problema que mostraba Howell no es aplicable al análisis semántico de lo fantástico, ya que esta categoría puede definirse desde la lógica modal como la aparición de una contradicción en el seno de un mundo posible. De esta manera, la realización de un territorio extensional en el que emerge un suceso que infringe los estatutos de lo posible es justamente lo que da sentido a lo fantástico.

El efecto de lo fantástico no es posible en ningún mundo posible y, sin embargo, existe, pero afirmar su existencia no significa situarla en la ontología del mundo empírico, sino aprehenderla como una existencia que solamente sucede en los territorios extensionales que se elaboran en esta categoría ficcional. Tal y como lo explica Thomas Pavel (1986), el compromiso ontológico que se deriva tras afirmar la existencia de los entes que se localizan en el plano ficcional, no es el mismo compromiso ontológico resultado de afirmar la existencia de los entes que se encuentran en el plano empírico; por ello, puede decirse que los elementos ficcionales «existen», que esto es distinto de enunciar que «son existentes», de

⁷² Howell solamente está a favor de la tercera crítica, la cual apela a la configuración de contradicciones lógicas dentro del entorno ficcional, y esto es lo que lo lleva a rechazar la semántica de mundos posibles de la ficción (Howell, 1979: 140).

tal manera que «only real objects possess both the strong and the watered-down properties of existing and being existent» (Pavel, 1986: 30). Por consiguiente, he optado por el uso de los territorios extensionales para definir los mecanismos semánticos de los que disfruta la categoría de lo fantástico. Si proponemos que lo fantástico presenta una imposibilidad en todo territorio extensional —esto implica aseverar que lo imposible *existe* en el plano ficcional—, entonces eludimos la paradoja que advierte la semántica de mundos al declarar que el efecto de lo fantástico es imposible en todo mundo posible, ya que se evita, al mismo tiempo, cualquier vínculo con el mundo extralingüístico. Dicho de otro modo, hacer uso de los territorios extensionales de lo fantástico en lugar de utilizar la semántica de mundos posibles de la ficción propiamente dicha, nos permite ejecutar un análisis semántico-extensional de esta categoría sin la necesidad de apelar a la realidad empírica.

Al identificar la existencia y la localización de un fenómeno imposible en el territorio extensional de una narración disponemos de una herramienta eficaz que permite delimitar la acción de lo fantástico. Por ello es muy importante tanto asegurar la aparición efectiva de un fenómeno imposible como establecer el terreno sobre el que este se manifiesta. Según María Barrenechea (1972), «la literatura fantástica quedaría definida como la que presenta en forma de problema hechos a-normales, a-naturales o irreales. Pertenecen a ella las obras que ponen el centro de interés en la violación del orden terreno, natural o lógico, y por lo tanto en la confrontación de uno y otro orden dentro del texto, en forma explícita o implícita» (Barrenechea, 1972: 393). Con esta afirmación quedaría superada una vez más la tesis de Todorov, puesto que la vacilación con la que cuenta el autor para definir lo fantástico —y con la que encasilla en una pequeña celdilla el despliegue semántico de esta categoría— no da cuenta de las muchas narraciones que se incluyen en los territorios de este tipo ficcional que no presentan ninguna ambigüedad entre el plano de lo natural y el plano de lo sobrenatural, sino que exhiben una imposibilidad explícita.⁷³

⁷³ La propia Barrenechea dirige su crítica al análisis de lo fantástico que adujo el autor búlgaro, tras la que propone una nueva perspectiva en la que atiende, por un lado, al nivel semántico de los componentes del texto, los cuales transgreden el orden natural de los sucesos —la autora hace mención a los tiempos, el espacio, causalidad, distinción entre sujeto y objeto— y, por otro lado, a la semántica global del texto, en la cual se detiene sobre la estructura de realidad que se despliega en la narración, donde la irrupción de lo imposible «por deducción lógica o por contagio del mundo del misterio se llega a dudar de nuestra propia consistencia» (Barrenechea, 1972: 401).

Otra de las críticas que suele dirigirse sobre la teoría de lo fantástico de Tzvetan Todorov está relacionada con la inclinación de sus declaraciones hacia el análisis pragmático, y por ello «podemos cifrar el error del búlgaro en centrar lo fantástico en la comunicación y no en lo comunicado, en atender a un criterio pragmático en lugar de a uno semántico» (Rodríguez Pequeño, 1991: 150). Que la naturaleza de lo fantástico esté centrada en la decisión del lector implica la pérdida de relevancia del contenido referencial de lo imposible, dado que el efecto de lo fantástico no consistiría tanto en una cuestión que se establece en la extensión del relato sino en una actitud frente al texto.

Con todo, la capacidad de determinación con la que Todorov obsequia al lector no debe confundirse con otro tipo de propuestas que también apelan a la recepción de la obra. Este sería el caso del «miedo metafísico» que formula David Roas, una impronta genuina de lo fantástico que «se produce cuando nuestras convicciones sobre lo real dejan de funcionar, cuando perdemos pie frente a un mundo que antes nos era familiar» (Roas, 2011: 96). Si bien este concepto atiende a cuestiones pragmáticas, puesto que recurre a una suerte de efecto que se produce sobre el lector de la obra fantástica, también recoge el contenido referencial de la narración, ya que necesita la irrupción de lo imposible sobre un territorio extensional análogo a nuestra idea de lo real. Asimismo, el *miedo metafísico* aparece como una respuesta inmediata —y podría decirse que inevitable— frente a lo imposible, en tanto que responde a los terrores arraigados en la idiosincrasia del ser humano, y no a cuestiones relativas o subjetivas. El miedo metafísico es la respuesta natural a lo imposible, y por ello no tiene nada que ver con la tesis de Todorov, que en cambio parece aludir a la «sangre fría» del receptor. Así, y dados los reproches a lo esencialmente pragmático, me veo legitimada a enunciar que una de las cuestiones capitales a la hora de definir la categoría de lo fantástico es el estatuto semántico de la imposibilidad, con lo cual, el peso del análisis teórico recae sobre los aspectos extensionales de la narración.

Siguiendo la propuesta de Roas, la imposibilidad de lo fantástico queda estrechamente vinculada a la idiosincrasia del ser humano. El miedo característico de esta categoría aparece como respuesta al problema irresoluble que resulta de la transgresión de nuestro marco de ideas (compartidas) sobre lo real, por lo que puede decirse que es un miedo arraigado a la epistemología humana. Según Susana Reisz (1979: 152), en las ficciones fantásticas encontramos que los imposibles conviven en conflicto con los posibles y que,

además, no hay una explicación racional para ello. De este modo, toda explicación racional se resuelve como aquello que aprehendemos a través de nuestro lenguaje, porque el lenguaje es el aparato de expresión de nuestra idiosincrasia y a través de la cual nos explicamos, los unos a los otros, cómo se estructura lo real.

Lo real, conformado por los territorios extensionales factuales, está sujeto a todo el conjunto de cosas que se pueden pensar y por lo tanto conceptualizar, es una construcción del lenguaje fundada sobre posibles, lo cual abarca incluso a lo improbable, a lo incierto y a lo dudoso. Es viable pensar que nuestra idea de lo real incluya una situación remota, como que a un individuo cualquiera le toque la lotería cada vez que compra un boleto, y es que si bien este es un fenómeno hartamente improbable, no sería tan descabellado imaginar que alguien que compra un cupón semanal tuviera la dicha. De este modo, la posibilidad más insólita tiene cabida en lo real, de hecho, el colectivo científico entiende este fenómeno como *cisne negro* (Taleb, 2012).⁷⁴

El único elemento que queda desterrado de los resortes de lo real es lo imposible. No es extraño, entonces, que la imposibilidad se aprehenda como una limitación de todo aquello realizable. No obstante, el investigador en *ciencias de la complejidad*⁷⁵ Carlos Eduardo Maldonado (2021) nos invita a observar lo *imposible* como un producto que de hecho «existe» —por lo menos como especulación—. La explicación de este investigador sugiere que lo imposible no supone un límite o restricción, con lo cual, la imposibilidad no quedaría definida como ausencia de significado ni tampoco como defecto de la posibilidad, sino como una variable sobre la que la teoría científica —y sobre todo la matemática— puede generar hipotéticos. Según Maldonado, pensar en lo imposible nos propone un reto, esto es:

el desafío para pensar contraintuitivamente, pues la percepción natural descansa siempre sobre actualidades y facticidad; es este todo el mundo que se designa gramaticalmente en el modo del

⁷⁴ El *cisne negro* es un suceso imprevisible que, sin embargo, tiene cabida en la realidad empírica. Tal y como lo define Nassim Nicholas Taleb, el *cisne negro* «es una *rareza*, pues habita fuera del reino de expectativas normales, porque nada del pasado puede apuntar de forma convincente a su posibilidad. (...) produce un impacto tremendo (...). Pese a su condición de rareza, la naturaleza humana hace que inventemos explicaciones de su existencia *después* del hecho, con lo que se hace explicable y predecible» (2012: 24). La diferencia epistemológica entre el cisne negro y lo imposible es que el primero recibe una explicación *a posteriori* y que la imposibilidad es injustificable, tanto *a priori* como tras su aparición.

⁷⁵ Por *ciencias de la complejidad* entiéndase aquellos estudios que analizan los problemas que se originan en la teoría de la computación, esto es, que investiga principalmente cuestiones adheridas a la lógica para expresarlas a partir de un lenguaje formal, en este caso, el lenguaje matemático.

indicativo. Este es el mundo del sentido común, de lo dado, de lo que acaece, lo que está a la mano (vorhander-sein y zuhanden sein, en Heidegger), el ser-ahí (dasein), en fin, todo aquello que está arrojado en el mundo (geworfen), para decirlo de manera gráfica (Maldonado, 2021).

Este reto es del mismo tipo que el que presenta la imposibilidad que nos propone lo fantástico, puesto que la transgresión que se genera sobre los territorios extensionales de esta categoría no debe ser vista como una restricción, sino como la materialización (ficcional) de todo aquello que queda fuera de los márgenes de nuestra epistemología. En lo fantástico, lo imposible representa todo aquel suceso que pese a exponerse ante nuestros ojos jamás podremos comprender. Así, la imposibilidad se manifiesta como la expresión de la frustración humana hacia todo aquello que queda detrás de nuestro horizonte de expectativas, y que nunca podremos alcanzar.

Lo imposible, por consiguiente, tiende a escapar del lenguaje a la vez que escapa de lo humano. La imposibilidad no puede ser nombrada y, sin embargo, lo fantástico la enuncia sin ningún tipo de piedad, y de este modo muestra que a pesar de que nunca formará parte de lo real —de lo contingente, lo necesario y lo posible— sí que puede ser invocada. La propia existencia de lo imposible es lo que advierte al ser humano de sus limitaciones gnoseológicas: existe un límite en el conocimiento humano del mismo modo que existe un límite en la expresión de lo real, pero no hay frontera alguna para la expresión de lo imposible que, como el cosmos, se expande sin obstáculos y nos amenaza con su ininteligibilidad.

Lo fantástico se establece como la categoría ficcional por antonomasia que nos descubre la existencia de lo imposible —y también como la única que se desempeña en función de este— y los territorios extensionales de lo fantástico se convierten, de este modo, en el refugio de la imposibilidad. Si nuestra idea de lo real es discursiva, es decir, si entendemos que la realidad se estructura a través del lenguaje y la idiosincrasia humana, no es descabellado llegar a la conclusión que las más de las veces las estructuras de significado que la conforman no pueden cubrirlo todo, y en estos huecos es donde germinan las imposibilidades. Lo imposible no debe rastrearse ni en el extrarradio del mundo ni en un plano sideral, tampoco debe figurarse a la manera de un alienígena que visita nuestros esquemas de realidad, sino que tiene que concebirse como un lugar ignorado por la amplitud de nuestra epistemología, un espacio al que de repente da forma el lenguaje ficcional. En

suma, la imposibilidad se transforma en el modo de dar nombre a lo ajeno al lenguaje y a la razón, a lo *otro*, es decir, a aquello que constituye a lo verdaderamente extralingüístico.

2.2.2. LO IMPOSIBLE COMO PRODUCTO DE LO EXTRALINGÜÍSTICO

Si lo real es un producto lingüístico —tal y como se demostraba en la formación de los territorios extensionales factuales— y la transgresión de lo fantástico se produce como una irrupción que queda al margen de nuestra idea de lo real, entonces puede aventurarse que lo imposible es un fenómeno que se despliega tras las fronteras del uso habitual del lenguaje, es decir, que lo imposible es un fenómeno extralingüístico.

¿A qué hace referencia la idea de lo extralingüístico? Tal y como se apuntó en el epígrafe 1.2.1., el pensamiento humano es una capacidad indesligable del hecho lingüístico, de lo que se deduce que no es posible enunciar absolutamente nada que se sitúe en el exterior de nuestra capacidad de pensar y de conceptualizar. Por ejemplo, si bien el lenguaje nos permite formular el vocablo «extralingüístico», no existe forma ninguna de referir al contenido ontológico al cual refiere dicho término. Esto es prácticamente una tautología: si lo extralingüístico es todo aquello que queda fuera del lenguaje, entonces es imposible que el lenguaje remita a lo extralingüístico. Por otro lado, en la sección 1.2.2. también se advirtió que aquello que se asimila como «mundo» constituye precisamente el contenido de lo *extralingüístico*, por lo que resulta un elemento incomprensible para la idiosincrasia humana, es decir, es un plano ininteligible que escapa del mandato de los conceptos.

La relación entre los sucesos que caracterizan a lo fantástico y los lugares en los que habita lo extralingüístico ya se observaba en los albores de la teoría de esta categoría ficcional. El breve estudio de Sigmund Freud *Lo siniestro* (1919) es una estupenda muestra de ello, en la que el autor expuso la conexión entre lo fantástico y los hechos extralingüísticos en su particular definición de lo siniestro (*unheimlich*), de tal forma que cualquier aparición que se situase en lo extralingüístico, entendido aquí como la externalidad de lo conocido — es decir, aquello que se localiza en el más allá de las fronteras de lo decible, de lo real— produciría el citado efecto siniestro, que se advierte como una suerte de emoción que nos confirma uno de nuestros miedos más atávicos, el miedo a lo desconocido. De manera que lo *unheimlich* estaría figurado por lo oculto, que es aquello que nos espanta por su naturaleza

escurridiza y a lo cual se adhieren los acontecimientos subrepticios del mundo extralingüístico, que a su vez son intangibles en la realidad. Así, lo *unheimlich* quedaría contrapuesto a lo familiar (*heimlich*), aquello que está simbolizado por todo lo conocido — lo que ideamos como real—, y que por lo tanto es susceptible a la representación lingüística.⁷⁶

En otras palabras, todo lo enunciable por medio del lenguaje es deudor de lo *heimlich*. En cambio, lo *unheimlich* está conectado con lo extralingüístico, y aquí es donde se hallaría su analogía con la imposibilidad de lo fantástico. El hecho de que lo imposible nos provoque espanto reside en su naturaleza desconocida e indecible; siguiendo a Freud (2016: 7), esta inquietud se produce porque no nos es familiar. En esencia, la imposibilidad no puede percibirse porque tampoco debería poder ser enunciada a través del lenguaje y, sin embargo, se manifiesta en los territorios extensionales de lo fantástico, a pesar de que no debería estar allí. Así, y de igual manera que lo *unheimlich*, la imposibilidad se adivina como un fenómeno que se ha mostrado aun debiendo permanecer oculto. En síntesis, lo imposible aparece «cuando un símbolo asume el lugar y la importancia de lo simbolizado, y así sucesivamente» (Freud, 2016: 45), y su labor es la de «hacer creer en un referente mediante una cierta forma de manipular los signos. El objeto buscado es que el lector sitúe “alguna cosa” tras las palabras» (Bellemin-Noël, 2001: 138); es decir que lo imposible se manifiesta cuando ocupa un lugar en el lenguaje que no le pertenece.

Así se descubre otra de las virtudes de lo fantástico: nos presenta aquello que debería ser inaccesible, esto es, lo alterno, porque «ambivalente, contradictorio, ambiguo, el relato fantástico es esencialmente paradójico. Se constituye sobre el reconocimiento de la alteridad absoluta, a la cual presupone una racionalidad original, “otra” justamente» (Bessière, 2001: 98). Lo paradójico se encuentra principalmente en la expresión de un elemento, suceso o ente que debería carecer de referente, puesto que aquello que denota debería ser invisible a los ojos del lenguaje.

Véase el lugar que ocupa lo imposible como hecho extralingüístico a través del siguiente relato: «La isla» (1988: 135-148) del escritor Ricardo Doménech. En esta narración conoceremos a Emilio, un escritor aficionado que tras una ruptura amorosa decide irse a pasar

⁷⁶ Freud explica la etimología de esta noción como «lo que otrora fue “heimlich”, lo hogareño, lo familiar desde mucho tiempo atrás. El prefijo negativo “un-” (“in-”), antepuesto a esta palabra, es, en cambio, el signo de la represión» (2016: 46).

una temporada en casa de sus amigos, Laura y Jesús, una pareja que reside en las Islas Canarias. El peso del desamor, que mantiene a Emilio en un estado de letargo, cuasi depresivo, lo empujará a empezar un juego de escritura, a través del que tratará de pormenorizar todas las comisuras de la realidad, desde los más sutiles cambios de matiz en el color de las nubes, hasta la enumeración de todos los árboles tropicales que pueblan el terreno canario y el perfil de una isla que atisba en el horizonte. En definitiva, a Emilio «le preocupaba vivamente cómo captar la realidad; cómo apresar, desde la literatura, la realidad de manera absoluta, objetiva, científica casi» (Doménech, 1988: 138) y, de este modo, el propio narrador del cuento nos muestra los límites de tal empresa, es decir, de captar la realidad. Es inviable pensar que el lenguaje —el literario, en este caso— nos aporte una visión de conjunto de todo el espectro de lo real, sin embargo, al tratar de lidiar con su pena Emilio se mueve por el impulso de descubrir toda la verdad que oculta el plano extralingüístico, de ahí el intento de delinear todos los recovecos que apresa el plano empírico. Así lo arguye Jean Bellemin-Noël: «toda ficción novelesca en general juega a yuxtaponer sobre el mundo de la experiencia un mundo de palabras: otro mundo con nuestras palabras en tanto que éstas son (de) nuestro mundo» (2001: 138-139).⁷⁷ Toda construcción lingüística, incluso nuestras descripciones acerca de lo real, se superpone al mundo fenoménico, aquel espectro que rehúye las barreras la conceptualización.

Llegados a este punto parecería que, en esencia, la narración de Ricardo Doménech elabora una reflexión acerca de los límites descriptivos del lenguaje y de la escritura. No obstante, al final del texto se descubre un fenómeno imposible a través del que se atribuye el estatuto fantástico al relato: tras escuchar las fieles descripciones del paisaje que Emilio ha estado elaborando con minuciosidad, Jesús, sin previo aviso ni explicación, empujará a su amigo hacia el coche para llevarle apresuradamente a algún lugar. Emilio, turbado por el impulso repentino de su colega, y tal vez preocupado por un posible ataque de celos debido a su complicidad con Laura, le pregunta con insistencia a Jesús hacia qué lugar se dirigen, a lo que este último permanecerá callado hasta llegar al borde de un acantilado, donde invita a

⁷⁷ En este apartado volveré varias veces sobre al artículo de Bellemin-Noël, «Notas sobre lo fantástico (textos de Théophile Gautier)» (2001), debido a que el autor presenta una investigación sobre lo fantástico donde este «está estructurado como el fantasma» (108), y en la que emplea el término psicoanalítico «fantasme» para tratar de identificar aquellos elementos del inconsciente que tratan de huir de lo real, que aquí se reconoce como lo imposible como producto de lo extralingüístico.

Emilio a observar y a describir con sus propias palabras qué ve en el horizonte. Es aquí donde se desvela el misterio, «el cielo estaba más despejado que esta mañana, y todo —salvo la posición del sol— parecía igual... pero la isla había desaparecido» (Doménech, 1988: 144). Emilio ha sido el testigo de la (des)aparición de aquella isla que había descrito con atención en sus notas.

Propongo, así, que la repentina evanescencia de la isla se advierte como un hecho imposible. Jesús le cuenta a su compañero que no es el primero en avisar este suceso, otras dos personas se han unido al atestado y, además, hay constancia de documentos que se remontan a varios siglos atrás en los que distintos testimonios aseguran haber presenciado la desaparición de la misma isla. Según explica Jesús, una leyenda popular, la *leyenda de San Borondón*, describe este mismo fenómeno, lo que despierta la duda en el lector acerca de la naturaleza fantástica de este relato, ya que también podría encajar como narración maravillosa e inspirada en el folklore canario. Sin embargo, sugerimos que la insólita desaparición de este accidente geográfico, como si este se tratase de una isla fantasma, constituye un fenómeno imposible tanto para el ojo avisor, Emilio, como para el lector, que «desde ese umbral en el que permanece, sólo puede continuar fantasmear, a partir de las huellas que deja el texto, y por lo que se había construido, sobre este lado, que es tal vez un este lado del lenguaje» (Bozzetto, 2001: 240). El espectro de la isla también se manifiesta en este lado del lenguaje, que es el mismo en el que Emilio sitúa sus escritos cuando describe aquello que debería ser imperceptible y, por lo tanto, que termina volviendo al plano oculto de la realidad, esto es, al plano extralingüístico. Por todo ello este relato se incluye en la categoría de lo fantástico.

Sería distinto si el cuento de Ricardo Doménech narrase la propia leyenda de la isla de San Borondón, porque entonces sería viable proponerlo dentro de la categoría de lo mítico o de lo maravilloso. Es decir, si la narración estuviera estructurada como un mito entonces formaría parte de la categoría de lo maravilloso, dado que implicaría admitir que la macroextensión de la obra revela un mundo en el que el hallazgo de un terreno que aparece y desaparece en el horizonte marino forma parte de las regularidades que lo gobiernan. Con todo, la diferencia del relato de Doménech con respecto a lo maravilloso es que no narra una leyenda *per se*, sino que explora los efectos que tendría si de repente esta se materializara ante la mirada de cualquier espectador. De aquí lo oportuno del uso de lo fantástico, ya que

saca a la luz un elemento oculto, lo nombra, y luego lo devuelve al lugar del que proviene — que es el espectro de lo extralingüístico—, en el cual las palabras que han designado al suceso imposible se transforman en auténticos fantasmas. Así, «la ficción fantástica fabrica otro mundo con otras palabras que no son (de) nuestro mundo (pertenecen a lo *unheimlich*)» (Bellemin-Noël, 2001: 139). Dicho de otro modo, la ficción fantástica elabora con palabras un mundo que por esencia es inapelable, y ahí reside la naturaleza de lo imposible.

De este modo, «La isla» de Ricardo Doménech se convierte en un ejemplo que concuerda perfectamente con la definición de la imposibilidad de lo fantástico como producto de lo extralingüístico. Con todo, el avistamiento de la isla fantasma no es lo único que producirá el efecto de lo imposible en el lector. El hecho que la escritura de Emilio haya dado cuenta de un plano invisible a la percepción es la muestra patente de la dimensión (extra)lingüística de lo fantástico, la isla que aparece y desaparece sin motivo aparente se ha capturado gracias a la necesidad del protagonista por sintetizar a través de sus textos todo el contenido del mundo circundante. En la parte final del relato el propio Emilio se pregunta por la esencia y naturaleza de lo real a raíz, precisamente, del efecto que genera la desaparición del islote sobre su espectro de creencias gnoseológicas: «lo cierto es que yo... no lo he visto, ¿comprendes? Él lo estaba mirando, sí, y anotándolo en su cuaderno con aquel deseo vehemente de captar la realidad de manera absoluta. Pero lo que tenía ante sí era algo muy distinto de lo que veía. ¡La realidad! ¿Qué es la realidad?» (Doménech, 1988: 148). Esta misma reflexión acarrea un cuestionamiento sobre nuestras propias asunciones epistemológicas.

¿Qué es lo real? El cuento de Ricardo Doménech nos permite tantear algunas respuestas a la cuestión que plantea el propio texto: la más razonable, que tal vez lo real sea todo aquello que somos capaces de observar; aunque, por otro lado, quizás la realidad solamente sea aquello que está sujeto al filtro de la escritura. Con todo —y aunque pudiera parecer contraintuitivo—, el relato de Doménech también se pregunta si la realidad es, paradójicamente, aquello que es imposible de percibir, y es que «las cosas más fabulosas a menudo están delante de nuestras narices y no las vemos» (1988: 148).

Lo fantástico transgrede la dimensión lingüística de lo real, donde el *significado* y el *significante*⁷⁸ se ven desprovistos del nexo que los unía, el mismo nexo que permite tener la

⁷⁸ Aquí, entre el *sentido* y el *referente* de una enunciación, o entre la *intensión* y la *extensión*.

seguridad de que la realidad es un plano ostensivo y aprehensible, y en el que las categorías y los conceptos son una suerte de ventanillas tras las que observar la metafísica del mundo. Así, la transgresión de lo fantástico se presenta como una emancipación de la vertiente epistemológica del lenguaje y, de este modo, «una vez que el significado manifiesto se libera de lo que designa, queda disponible para otros usos. Si ahora lo vamos a tomar como metáfora de algo que saca a la luz una realidad oculta, se nos abre claramente un espacio de juego entre el significado manifiesto y latente» (Iser, 1997: 51). En lo fantástico, lo imposible establece una emancipación de la realidad discursiva, lo extralingüístico solo puede ser visible cuando la palabra queda liberada de su referencia habitual, como la isla de san Borondón del relato de Doménech, que únicamente se observa tras el deseo de Emilio de aprehender los secretos del mundo; así lo confiesa el propio protagonista, pues «no bastaba con decir que el mar era azul o que el sol se levantaba en el horizonte o que aquella isla lejana aparecía envuelta en una neblina o que... No; había que profundizar más, había que captar lo único, lo irrepetible; eternizar ese instante de aquel mar, sol, isla... (...) Para lo cual, se proponía rehuir de cualquier interpretación» (Doménech, 1988: 139-140).⁷⁹

Según se describe en el artículo «San Borondón: La isla descubierta, entre el enigma y la utopía» (Martín Fuentes, 2005), hubo montones de aventureros que trataron de encontrar la isla perdida, y en cuyas travesías aspiraban a «encubrir, mitigar e incluso olvidar esa naturaleza originaria de ser mortal (...), cada uno a su manera y con propósitos diversos, se han encargado desde antiguo de fomentar las imágenes soñadas de la tierra feliz donde la felicidad es eterna» (Martín Fuentes, 2005: 112). El mismo deseo de estos marineros está presente en Emilio, que pudo ver la isla quizás animado por el afán de encontrar el paraíso y deshacerse de la desazón que le provocaba el desamor, un anhelo que revertiría en el hallazgo de un lugar mágico. Tal vez la imagen de la isla no fuese más que un espejismo, un deseo reprimido que evoca una nueva «“presencia” mediante las palabras» (Bellemin Noel, 2001: 111), pero de lo que no cabe lugar a dudas es que la mera suposición de su fantasmagórica existencia pone en tela de juicio nuestra capacidad de referir al mundo mediante el lenguaje.

⁷⁹ Según lo expresa Jean Bellemin-Noël, el autor fantástico debe obligar a las palabras «a producir un “aún no dicho”, a *significar un indesignable*, es decir, a hacer como si no existiera adecuación entre significación y designación, como si hubiera fracturas en uno y otro de los sistemas [lenguaje/experiencia] que no se corresponderían con sus homólogos esperados» (2001: 111).

Añado como colofón que la definición de lo imposible que he tratado de dilucidar en esta sección estaría presente en todas las modalidades diacrónicas de lo fantástico, siendo así que los fenómenos, elementos o entes que son propios de esta categoría se configuran como elementos extralingüísticos, y esto me lleva a concluir que parten de una naturaleza inapelable. Obsérvese por ejemplo el monstruo fantástico que, en su faceta *innombrable*, también es resultado de lo imposible como producto de lo extralingüístico (Bellemin-Noël, 2001: 111). En la investigación que realiza Maria Beville (2014) acerca de la relación entre el monstruo y lo *innombrable* («unnameable») la autora destaca algunos de los enfoques de la crítica los cuales han postulado, por un lado, que «the conventional representation of the monster is a representation of something that can connect only to symbolisation and not to reality; it is a meta-symbolisation» (2014: 65) y, por otro, como «the notion that monster (in itself) escapes the mediated conceptualised image of the monster before it can be present on screen or in textual form. As an unimaginable entity, the monster exceeds symbolisation and can potentially rupture our sense of reality» (2014: 65); aunque la autora presenta estas dos últimas perspectivas como enfoques opuestos entre sí, lo que es más destacable de las dos aseveraciones que expone Beville es que ambas coinciden en que la naturaleza innombrable de lo monstruoso rehúye (de) o transgrede nuestra idea (lingüística) de lo real, esto es, la configuración del monstruo fantástico es impermeable al texto —a lo nombrable: el lenguaje—, y por ello no puede sino situarse en un estadio extralingüístico. De esta manera, lo imposible se advierte como una forma de expresión que se manifiesta a través de unos mecanismos concretos, en el caso de lo fantástico, lo imposible se fundamenta en la transgresión de las regularidades que gobiernan el plano epistemológico que da forma a la realidad de la narración —el territorio extensional— y, además, estas regularidades son resultado del lenguaje, como ya se ha visto a lo largo de esta tesis.

Mi investigación se acoge a este último argumento —a saber, que lo imposible siempre constituye una transgresión de las regularidades epistemológicas de la narración y que, por lo tanto, denota un fenómeno inapelable— con la intención de demostrar que el cambio de expresión que se produce entre las dos modalidades diacrónicas de lo fantástico, tradicional y posmoderno, no se debe a la variación de los mecanismos de materialización de lo imposible, ni tampoco a la desaparición de este último en la variante posmoderna, sino que las variaciones en el tipo de imposibilidad que se localiza tanto en lo fantástico tradicional

como en lo fantástico contemporáneo es resultado de nuestra manera de concebir lo real. Así, defenderé que no existe una alteración como tal en la propia esencia de lo imposible, y que de este modo la transgresión de lo fantástico se ve alterada al transformar el elemento verdaderamente sujeto al peso de la historia: el territorio extensional de la narración, es decir, la realidad configurada en el relato.

En el último apartado de este capítulo se analiza la forma en la que se despliegan tanto los territorios extensionales como la imposibilidad relativa a lo fantástico tradicional, a la que he dado el nombre de «imposibilidad metafísica».

2.3. LO FANTÁSTICO TRADICIONAL: LA POSIBILIDAD DE LO IMPOSIBLE

2.3.1. LA IMPOSIBILIDAD METAFÍSICA: TRANSGRESIÓN EN LO FANTÁSTICO TRADICIONAL

Los inicios de lo fantástico se encuentran en las postrimerías del siglo XVIII, momento en el que las historias que se fabricaron al son de esta categoría —y también los personajes que las pueblan— se hallaban inmersas en lugares remotos «contribuyendo a anunciar el romanticismo, o sea aquella reivindicación de la libertad del sentimiento, del instinto, de todo impulso vital frente al rígido control de la razón demasiado estrecha» (Risco, 1982: 18). Debe entenderse que las primeras lecturas del hecho sobrenatural como evento imposible se situaron en ambientes lúgubres y desolados, apartados de la gran ciudad y, por ello, lejos de la actividad y vida cotidiana del sujeto. No obstante, los nuevos movimientos políticos y socioculturales, junto con las tendencias estéticas y las corrientes de pensamiento que surgieron en el siglo XIX, inauguraron una nueva forma de abordar el fenómeno fantástico. Puede observarse una muestra de esta nueva manifestación a través de la propuesta que elaboró Patricia García (2022) entorno a lo fantástico urbano del siglo XIX, según la cual el choque que tuvo lugar en el periodo decimonónico entre el pensamiento naturalista y el gusto por la presencia de lo paranormal hizo que esta narrativa reflejara las tensiones entre la urbe racional y la irracional:

The tension between naturalistic explanations of phenomena and the pervasiveness of paranormal beliefs in industrialized societies —in other words, between the rational and irrational city— provided fertile ground for an unprecedented production of fantastic fiction. (...) Gothic tropes ceased to dominate, and a fatigue with tales of remote castles and decadent mansions led to the city becoming a setting for fantastic plots (2022: 22).

Dicho de un modo más general, la producción de la ficción de lo fantástico que avanza en el siglo XIX empieza a superar el auge de las narraciones propias del romanticismo para

dar paso a una nueva forma de relatar los eventos sobrenaturales que antaño estaban sumergidos en climas de misterio. Lo sintetiza a la perfección David Roas:

El cuento fantástico irá mucho más lejos que la novela gótica. Cuando el lector se cansó de aquellas historias macabras ambientadas en castillos en ruinas y en una brumosa Edad Media demasiado lejana como para poder tomarla en serio, los autores románticos empezaron a trasladar sus historias al presente y, sobre todo, a ámbitos conocidos por el lector, para hacer más creíbles y, a la vez, más impactantes los hechos relatados. Un proceso que se inaugura con Hoffmann, alcanza su máximo esplendor con Poe, para cerrar el siglo con las inquietantes ambigüedades de James y Maupassant (2011: 20).

A partir de este lugar, me refiero a la producción propia del siglo XIX y que se detiene a mediados del XX —período previo a la posmodernidad— como «fantástico tradicional», el cual se erige como la primera modalidad diacrónica de esta categoría. Por ello, debe tenerse en cuenta que la literatura fantástica que se inaugura en esta era confrontará continuamente el espectro de lo habitual, es decir, de aquello que damos por sentado y que organiza las estructuras del mundo.

Rosalba Campra se refiere a esta modalidad como fantástico «prevalentemente semántico» (2008: 187), el cual habría dominado la expresión de esta categoría durante el siglo XIX y apelaría al conocimiento sobre el estatuto del mundo que posee el Narrador, el Personaje o el Destinatario, desde los cuales se atribuiría uno u otro orden semántico a la narración. En este caso, Campra se refiere a niveles semánticos en tanto que análogos al supuesto orden ontológico de lo real, o sometidos a la transgresión o imposibilidad fantástica.⁸⁰

⁸⁰ Campra presenta una tipología de lo fantástico fundada en la combinación de la viabilidad de creencias compartidas por el Narrador, el Personaje o el Destinatario (Campra, 2001: 168-169). Por ejemplo, según una de las modalidades que presenta Campra (2001: 169), si personaje y destinatario aseveran la presencia de un mismo acontecimiento fantástico y, en cambio, el narrador niega la transgresión —es decir, reconoce el orden lógico en el estatuto de lo real—, entonces se despliegan dos opciones fundamentales en los niveles narrativos de la ficción —similares al análisis de Todorov—: en la primera, el mundo ficcional mantiene las regularidades expuestas por el narrador, luego personaje y destinatario son víctimas de un engaño de los sentidos; en la segunda, personaje y destinatario perciben la transgresión que, por otra parte, sería impensable para el narrador, ya que mantiene la creencia sobre la regularidad de los estatutos del mundo del relato. Campra subordina el plano semántico a los recursos narrativos, debido a que según el punto de vista del sujeto de la narración que asimile la certeza del orden de lo real —o asimile el hecho transgresor— la ficción estará contenida en uno u otro nivel semántico.

Por otro lado, Mary Erdal Jordan incide en la vertiente tradicional de lo fantástico en tanto que «es un fenómeno dissociado del sujeto, caso canónico de lo fantástico tradicional y clave de su inherente ambigüedad» (Erdal Jordan, 2000: 324). De este modo, sugiero que aquello que nos permite identificar la imposibilidad o transgresión en lo fantástico tradicional es la asunción de la existencia de una uniformidad en el despliegue de la naturaleza —es decir, en nuestro día a día—. Así, la identificación de lo imposible se fundamenta en el mismo mecanismo presente en la realidad empírica, puesto que cualquier suceso que irrumpiera de improviso en nuestra idea de lo real —fundada sobre nuestro sistema de creencias epistemológicas— nos sorprendería, y fácilmente terminaría por aterrarnos.

Como ya venía tratando en otros puntos, «el acontecimiento transgresor se manifiesta como una variable de las posibles transmutaciones de orden natural y no como índice de “otros mundos”, lo fantástico queda confinado a este mundo y su permanencia depende de la del protagonista» (Erdal Jordan, 1998: 115). Es decir, la tesis de Erdal Jordan confirma que lo imposible es resultado de las alteraciones en el orden ontológico de la realidad de la narración, y no un elemento forastero que el texto haya arrebatado de otro territorio extensional.⁸¹

A partir de aquí, propongo el término «imposibilidad metafísica» para denotar el tipo de transgresión que se presenta en lo fantástico tradicional. Antes de adentrarme en un análisis más profundo de este tipo de transgresión, no obstante, véase que la «imposibilidad metafísica» no debe confundirse con el tipo de imposibles que tienen lugar en el quebrantamiento del orden físico o natural de la realidad de la narración: de este modo, formulo la noción de «imposibilidad natural» o «imposibilidad nómica»,⁸² la cual se advierte como la modalidad de transgresión que se presenta sobre las regularidades o códigos físicos que gobiernan el universo empírico, y no las regularidades o códigos ontológicos. Así, se establecen diferencias materiales entre los códigos de orden natural y los códigos de orden metafísico —aunque, en conjunto, ambos conforman nuestros esquemas de lo real—: por un lado, los códigos naturales están configurados por las leyes de la física —como los principios de la termodinámica, la ley de la gravedad, etc.—, debido a lo cual el tipo de imposibilidad

⁸¹ En este estudio, interpreto que Mary Erdal Jordan alude a las «transmutaciones de orden natural» (1998: 115) para hacer referencia a los códigos metafísicos que ordenan el plano ontológico del relato.

⁸² Por *nómico* entiéndase aquello que es relativo a las leyes físicas o naturales del universo empírico.

que se localiza en este caso responde al conocimiento científico actual. Debe hacerse notar que los códigos naturales se aprehenden *a posteriori* de nuestro conocimiento sobre el mundo empírico, en tanto que se adhieren a los descubrimientos de la ciencia y que, por ello, están sujetos a los dictámenes y progresos en este campo de investigación. Tal y como advierte Michio Kaku (2010), las imposibilidades que se producen sobre este tipo de códigos «son tecnologías situadas en el límite de nuestra comprensión del mundo físico. Si son posibles, podrían hacerse realidad en una escala de tiempo de miles a millones de años en el futuro. Incluyen las máquinas del tiempo, la posibilidad del viaje en el hiperespacio y el viaje a través de agujeros de gusano» (Kaku, 2010: 19), es decir que responden a cuestiones coyunturales. La «imposibilidad nómica» se advierte como un modo implausible cuando se halla en un espectro de lo real que llega hasta dónde llega nuestro conocimiento científico-tecnológico, no obstante, se convierte en un modo posible una vez situada sobre los territorios extensionales que se basan en una suerte de regularidades sujetas a futuros hallazgos científicos; así pues, este tipo de imposibilidad sería propia de la categoría de la ciencia-ficción, pero no de lo fantástico. En síntesis, me refiero a la imposibilidad natural o nómica cuando la transgresión se produce sobre las leyes físicas conocidas hasta el momento.

Por otro lado, los códigos de orden metafísico se establecen *a priori*; esto es, forman parte del mundo *per se*, una concepción que es semejante a la *cosa en sí* kantiana. Esto quiere decir que son independientes de los descubrimientos de la ciencia, es decir que ordenan la estructura de la realidad al margen de las habilidades del ser humano para descubrir los secretos del universo, como por ejemplo el nexo entre causa y efecto, las estructuras espacio-tiempo o los misterios de la existencia del mundo como substancia. De este modo, la «imposibilidad metafísica» se presenta como una transgresión de las regularidades ontológicas que gobiernan la realidad del relato, que además se presuponen análogas a las regularidades ontológicas que regentan el mundo empírico. Por ello, la aparición de este tipo de fenómeno imposible en la narración fantástica pondrá en jaque las presunciones metafísicas del lector y del protagonista de la ficción, dado que «las “regularidades” que conforman nuestro vivir diario nos han llevado a establecer unas expectativas en relación a lo real y sobre ellas hemos construido una convención tácticamente aceptada por toda la sociedad. (...) necesitamos acotar la realidad, delimitar nuestro mundo para poder funcionar dentro de él» (Roas, 2011: 34-35). La imposibilidad metafísica opera sobre el consenso

construido alrededor de la ontología del mundo, precisamente para mostrarnos los límites del conocimiento humano a la hora de acceder a la totalidad de dicho saber.

En la vertiente tradicional de lo fantástico se asume una actitud de conocimiento (o desconocimiento) frente a los fenómenos que pueblan el mundo empírico o extralingüístico. Por ello, es válido afirmar que la imposibilidad metafísica se produce sobre los límites del orden del mundo extradiscursivo, en el cual se da por sentado que la estructura de lo real es una condición preestablecida. La manifestación de lo imposible en las narraciones de esta modalidad de lo fantástico adoptará diversas formas las cuales, asimismo, se agrupan en función de los temas y motivos principales de esta categoría: me refiero al motivo del doble, a los objetos animados, aparecidos, muertos vivientes, etc. en definitiva, seres y fenómenos sobrenaturales, de tal manera que la función de lo fantástico tradicional es subvertir la estructura ontológica de la realidad a partir de la inclusión de estos temas y motivos.

A partir de aquí, he seleccionado un relato fantástico de Miguel Sawa, que se incluye en el panorama hispánico-peninsular de principios del siglo XX, con la intención de ilustrar con mayor precisión las formas que adopta la imposibilidad metafísica entre las obras que son parte de la modalidad tradicional de lo fantástico.

En «La Sirena»⁸³ (Sawa, 2010: 70-73) se halla el motivo de la ninfa marina que, a pesar de toda la tradición que lo acompaña, se establecerá sobre un plano inicial verosímil, lo cual me conducirá a interpretar el cuento en clave de lo fantástico y a plantear la aparición de este ser mitológico como un suceso imposible. En la historia de Sawa, un amante del océano narra el encuentro que tuvo con una sirena durante el único viaje marino en el que se había embarcado, el cual sería el principal motivo de su afecto hacia el mar. El narrador, consciente de lo extraordinario del suceso, pero más aun convencido de la veracidad de su hallazgo, describe con fe ciega el acontecimiento del que ha sido testigo y del que también ha formado parte, así, lo más extraño no es tanto el avistamiento de la sirena sino que llegue a interactuar con ella: «la sirena, al oírme, avanzó, vino hasta mí tendiéndome los brazos. Y comenzó a cantar, en versos que acaso fueran del divino Apolo, una canción formada de besos y suspiros» (Sawa, 2010: 72). El hecho de observar que el narrador del relato detalla los rasgos característicos del mito de las sirenas nos puede llevar a inferir que su vivencia no

⁸³ Se publicó por primera vez en 1910 en el volumen *Historias de locos* por la Editorial Eduardo Doménech (Barcelona).

es más que una mera ensoñación, influida además por la tradición literaria que, a través de leyendas o de historias épicas como *La Odisea* de Homero, nutre la imaginación del ser humano y lo arrastra hacia las invenciones más inverosímiles. Sin embargo, incluso el campo de la invención puede adscribirse a lo fantástico, así lo expresa Jaqueline Held en su investigación sobre el poder de lo imaginario en la formación de esta categoría, de tal manera que «la esencia de lo fantástico reside, en todo caso, en un cierto clima en el que, sutilmente, sueño y realidad se interpenetran hasta el punto de que toda línea de demarcación desaparece» (Held, 1981: 19). Así que al margen de la existencia veraz del evento al que asiste el protagonista de la narración, y de si esta se debe a una especie de obnubilación ante la vasta belleza del mar, estamos legitimados a aferrarnos a sus declaraciones puesto que el único punto de vista que se nos presenta es el suyo: nuestros esquemas de lo real, en los que no cabe ningún ser mitológico, se han visto impugnados, y tal y como el mismo narrador afirma «desde entonces yo creo en la existencia de las sirenas» (Sawa, 2010: 73).

Una vez confirmado que «La Sirena» de Sawa es un relato de corte fantástico cabe descubrir las características de la imposibilidad metafísica que se ha generado en esta narración. Como es lógico deducir, en este caso lo imposible está configurado por la aparición de una sirena ante los ojos del protagonista del cuento. Este fenómeno resulta imposible porque sabemos que ni las sirenas ni cualquier otro tipo de ser mitológico pueden formar parte de las estructuras ontológicas del mundo empírico, por lo que su aparición en este se vuelve inadmisibles. En otras palabras, el hecho de encontrarse de repente frente a un ser con torso humano y una enorme cola de pez mientras se surcan los mares pondría los pelos de punta a cualquiera y, además, comportaría la búsqueda inmediata de una explicación racional al origen de dicha quimera —aunque esta explicación pudiera llegar a ser tan escabrosa como, por ejemplo, la conjetura de un científico sádico que hubiese decidido experimentar con injertos de animales marinos en sujetos humanos—. Sin embargo, en el cuento de Miguel Sawa no se da ninguna explicación racional para el encuentro del narrador con la sirena. Con todo, las propiedades que presenta la aparición de este híbrido entre humano y criatura del océano no corresponden a una imposibilidad de tipo físico o nómico, ya que la existencia de las sirenas no transgrede las leyes de la física —lo haría si nuestra conjetura fuera cierta y este ente fuera el resultado de experimentos humanos, lo que lo convertiría en un ser propio de la ciencia ficción—, sino que arremete contra el orden

metafísico de la realidad, el mismo orden que nos dicta cuáles son los seres que pueden y no pueden existir en el plano empírico. Por ello, la imposibilidad metafísica acoge la aparición de cualquier monstruosidad característica de lo fantástico, como los vampiros, los *revenants*, los fantasmas o los seres indefinibles, ya que siempre que su irrupción sea inexplicable, es decir, que no pueda justificarse a través de la lógica y la razón, supondrán una violación de la estructura de lo real.

En otro orden de ideas, la propia naturaleza del ser humano es la responsable de la aparición de la imposibilidad metafísica. Es decir, la distancia que se establece entre la asunción de la estructura metafísica del mundo y el verdadero orden ontológico que lo domina abre la veda a lo imposible, puesto que si fuésemos capaces de percibir la totalidad de la existencia —o, tal y como se vio en el primer capítulo de esta tesis, si fuésemos capaces de percibir la estructura total de la realidad— entonces no tendríamos ningún tipo de miedo a encontrarnos ante sucesos incomprensibles, ya que en una realidad totalmente transparente lo incomprensible no tiene cabida. Sin embargo, dado un entorno que se comprende a través de la idiosincrasia humana, en el que la realidad que es aprehensible solamente puede ser discursiva o lingüística, es de esperar que aparezcan fenómenos que van más allá de lo inteligible, unos fenómenos que son propios de un plano desconocido y que insinúan lo imposible; y es que «esa nueva realidad que se manifiesta como una influencia adversa, como una amenaza para la realidad de los personajes y de los lectores, va a cuestionar, a la vez, la solidez del mundo objetivo, puesto que plantea la inexistencia efectiva de la propia realidad, tal y como el lector la concibe» (Roas, 1997: 315).

De esta forma, la aparición de la sirena en el relato de Sawa ha puesto en jaque la solidez del mundo del protagonista, su confianza en la percepción humana se ve mermada, tal y como él mismo confiesa mientras cuenta el suceso al inicio del cuento «el hombre es un ser inferior. Para cada uno que lo mira a lo alto, hay ciento que, con los párpados caídos, andando torpemente como los topos, sólo se preocupan de ver —sin talento para observar— las cosas bajas y feas de la tierra» (Sawa, 2010: 70). Así, aquella seguridad sobre el funcionamiento de la realidad que compartía con sus congéneres se ha esfumado. Tras perder el conocimiento al arrojarse al mar a la búsqueda de la sirena, el protagonista se despierta agarrando un mechón de pelo rubio con el puño derecho: la presencia de este fragmento de la cabellera de la ninfa marina es una prueba casi implacable de la aparición de lo imposible.

Las convicciones de este personaje nunca más volverán a ser lo que eran, lo cual se observará en sus declaraciones: «¿Creerá usted que hay quienes niegan la existencia de gnomos, sátiros y faunos, de ninfas, sirenas y náyades, de esos seres extraños, cantados por los poetas, pobladores misteriosos de los bosques y los mares?» (Sawa, 2010: 71). Sin embargo, terminará siendo el único pasajero entre toda la tripulación que asume este tipo de creencias, por lo que es sencillo deducir que el protagonista del cuento de Sawa se encontrará solo en medio de un mundo en el que únicamente se comprende lo que ya estaba establecido. El protagonista de este relato es el único que ha visto el abismo, es decir, lo imposible; y, así, lo imposible también se ha adentrado en él.⁸⁴ De esta forma, y más allá de la incertidumbre que se muestra en «La sirena», es inevitable poner en cuarentena el orden del mundo empírico en la narración y dar por válida la presencia de lo fantástico.⁸⁵

Así pues, es posible desarrollar las razones por las cuales la aparición de la sirena se establece como una imposibilidad metafísica: por un lado, la sirena aparece como un ente ajeno al conjunto de seres que pueden existir en el espectro de lo real de la historia. Su manifestación va más allá de las regularidades de la física ya que prácticamente constituye una infracción de las normas que gobiernan la existencia de las especies animales. Y, por otro lado, en el cuento de Sawa la sirena no es un mito, sino un individuo cuya presencia transgrede los límites de las asunciones ontológicas del protagonista. Al no figurarse como un mito, se asiste a la encarnación de la sirena como una especie de ser imposible.

De este modo, este fenómeno se lee en clave de lo fantástico tradicional en tanto que transgrede los códigos ontológicos de nuestros esquemas de lo real, los mismos códigos que dictan la verdad sobre lo que puede existir y lo que no puede existir. En este último relato, la

⁸⁴ En el mismo relato se hace referencia a uno de los fragmentos más citados del *Más allá del bien y del mal* (1886) de Friedrich Nietzsche: «El que lucha con monstruos corre el riesgo de convertirse en monstruo. ¿Vuestra mirada penetra en el abismo? El abismo penetra a su vez en vosotros» (Sawa, 2010: 72).

⁸⁵ Gran parte de los cuentos fantásticos de Miguel Sawa que se recogen en *Historias de locos* (1910) se acercan a la vacilación todoroviana, esto es, pueden dar pie a una interpretación racional, fruto de la locura o ensoñación del protagonista, o a una interpretación sobrenatural del suceso fantástico. Véase por ejemplo «La muerte» (2010: 74-78), en el que el protagonista nos relata que una bella mujer llamada Elena falleció a manos de la propia entidad de la Muerte y que él mismo trató de evitarlo agarrando a la mujer con fuerza; al final de la narración nos desvela que está encerrado en un manicomio porque se le culpa de haber matado a Elena ahogándola en sus brazos, de ahí que aparezca la duda entre la aparición efectiva de la Muerte o un delirio del protagonista. Véase también «La mujer de nieve» (2010: 49-52), en cuyo caso el narrador (homodiegético) confiesa la trágica historia de su amor por una mujer que supuestamente era de carne y hueso y que terminó derretida por el sol, por lo que es lícito vacilar entre una ensoñación quijotesca del protagonista, que lo llevaría a creer que una estatua de nieve es una mujer humana, y la evaporación verdadera de una mujer real.

aparición imposible de la sirena puede que no sea más que un pretexto para desvelar uno los temores más arraigados en la especie humana, este es, que si accediéramos a aquellos lugares del mundo que son insondables —como el océano ignoto—, aflorarían seres temibles y desconocidos. Este mismo temor está bastante próximo al «horror cósmico» lovecraftiano, el miedo genuino de lo fantástico:

Debe contener cierta atmósfera de intenso e inexplicable pavor a fuerzas exteriores y desconocidas, y el asomo expresado con una seriedad y una sensación de presagio que se van convirtiendo en el motivo principal de una terrible idea para el cerebro humano: la de una suspensión o transgresión maligna y particular de esas leyes fijas de la Naturaleza que son nuestra única salvaguarda frente a los ataques del caos y de los demonios de los espacios insondables (Lovecraft, 1984: 11).

La definición del horror cósmico al que refiere H. P. Lovecraft en este fragmento puede interpretarse como el efecto inmediato que causa la imposibilidad metafísica al irrumpir en la obra fantástica. Tal y como había propuesto la teoría francófona, esta categoría ficcional debe fundamentarse primero en la capacidad del ser humano para entender de qué manera funciona el plano ontológico de nuestra idea de mundo, un plano que, sin embargo, funciona según sus propios designios y sobre el cual solamente nos situamos como simples testigos. Lo fantástico tradicional presupone la transgresión de la ontología del mundo, en la que «lo sobrenatural aparece como una ruptura de la coherencia universal. El prodigio se vuelve aquí una agresión prohibida, amenazadora, que quiebra la estabilidad de un mundo en el cual las leyes hasta entonces eran tenidas por rigurosas e inmutables» (Caillois, 1970: 11). La imposibilidad metafísica se configura, sin duda, como el miedo a lo desconocido.

2.3.2. LA CONSTRUCCIÓN (POSIBLE) DE LA REALIDAD EN LOS TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LO FANTÁSTICO TRADICIONAL

Al inicio de esta tesis expuse que nuestra idea de lo real está fundada en los mecanismos lingüísticos que son inherentes a nuestra naturaleza o condición, es decir, el lenguaje humano es un mecanismo esencialmente idiosincrático y a través de este mismo mecanismo se organiza nuestro conocimiento acerca del funcionamiento de la realidad

circundante. Más tarde, los territorios extensionales se planteaban como una forma de análisis semántico que pretende evadir las implicaciones derivadas de los enfoques miméticos, los cuales sugieren la dependencia directa entre la ficción y mundo extralingüístico. Asimismo, los territorios extensionales también se alejan de la deriva mimética entre aquello que entendemos como realidad y el plano empírico.

A partir de todo ello, cabe decir que el fundamento de mi tratamiento de la vertiente tradicional de lo fantástico no tiene por qué estar reñido con los principios de los territorios extensionales. A pesar de haber definido el desarrollo de lo fantástico tradicional como una transgresión de la ontología del mundo, debe entenderse que la verdadera función del hecho transgresor está dirigida a dinamitar los anhelos que posee el ser humano hacia el *saber*; en otras palabras, la transgresión de lo fantástico tradicional desmorona la *creencia* según la cual es posible concebir la realidad como una estructura determinada y estable. Lo fantástico tradicional, por lo tanto, transgrede la estructura de lo real al margen de que esta se ajuste verdaderamente o no a la ontología del mundo, de ahí que lo importante es subrayar que transgrede una imagen de lo real *definida*, una idea monolítica que, además, se sustenta en el imaginario moderno, fuente histórica de lo fantástico tradicional, el cual ha estado dominado, ante todo, por los axiomas de la ciencia y el positivismo. De este modo, lo fantástico tradicional aparece como respuesta a la postura desacralizada del ser humano, que ya desde el iluminismo pensó que podía dominar y entender el funcionamiento del cosmos. De este modo, es coherente definir los territorios extensionales de la modalidad tradicional de lo fantástico en función de «una noción única de la realidad, basada en un empirismo radical, contra la que lo fantástico proyectaba sombras, excepciones y dudas» (David Roas, 2011: 20).

José Ángel Fernández Roca, Carlos Gómez Blanco y José-María Paz-Gago exponen de forma muy lúcida que «lo que define un tipo de ficción es su peculiar mecanismo referencial, la naturaleza de los mundos posibles a los que hace referencia» (1994: 17). No podría estar más de acuerdo con la afirmación anterior, ya que como he mencionado en varias ocasiones en este estudio, la configuración de la realidad del relato fantástico es esencial para situar el fenómeno imposible, pero también es imprescindible para comprender ante qué modalidad histórica nos encontramos: si la tradicional o la posmoderna. De modo que los territorios extensionales de la ficción permiten comprender qué tipo de estructura de mundo

ficcional se elabora en el relato fantástico, y lo hacen al margen de los mecanismos miméticos, ya que los primeros se generan, en cambio, como resultado de las dotes del lenguaje humano y no como una copia de la realidad extralingüística. Los territorios extensionales de lo fantástico tradicional deben conjurarse al unísono con nuestra idea de mundo y, por lo tanto, construyen —pero no imitan— una suerte de realismo que, como afirma Pavel «has repeatedly been described as a mere ensemble of discursive and textual conventions. And since language and discourse cannot copy reality, the realist convention is just as arbitrary and nonreferential as any other» (1986: 114). Así pues, la evasión de los mecanismos referenciales no es incompatible con la presencia del efecto de lo real:

El relato fantástico utiliza los marcos sociológicos y las formas del entendimiento que definen los dominios de lo natural y lo sobrenatural, de lo trivial y lo extraño, no para inferir alguna certeza metafísica sino para organizar la confrontación de elementos de una civilización relativos a los fenómenos que escapan a la economía de lo real y de lo «surreal», cuya concepción varía según las épocas (Bessière, 2001: 85).

Dichos marcos, recuérdese, están cifrados en nuestro modo de configurar el mundo, pero no en el mundo en sí. Esto quiere decir que la construcción de la extensión ficcional de lo fantástico se realiza a partir de códigos socioculturales que son inherentes al lenguaje y no de unos códigos socioculturales que fueran constitutivos del mundo. Y es que es gracias a la evasión de los paradigmas que pretenden comprender la ficción en términos de imitación del mundo que entendemos mejor que el plano de lo real de lo fantástico se funda en la apariencia más que en la réplica, es decir, la extensión de la vertiente tradicional de esta categoría despliega una «voluntad realista» (Risco, 1982: 13). Asimismo, esta es la misma voluntad que permite materializar a lo imposible.

De esta manera, la realidad que se configura en los territorios extensionales de lo fantástico tradicional debe elaborarse del mismo modo en el que se instituyen los territorios extensionales factuales, entendidos estos como nuestra idea de lo real. La teoría se referirá a este tipo de macro-extensiones como *mundos naturalmente posibles* —aquí, territorios extensionales naturalmente posibles— que, tal y como los define Kirkham, «is the subset of world having all and only the same laws of nature as the actual world» (1995: 15). Esto último refuerza la hipótesis según la cual los territorios extensionales de lo fantástico

tradicional contienen el mismo tipo de regularidades que atribuimos a la ontología del mundo circundante. Ocurre, además, que la configuración de este plano de realidad queda asociada al lenguaje y la lógica, por lo que «la realidad queda recogida en una entidad por completo accesible y acogedora, fuera de la cual se hallan únicamente las cosas y hechos fantásticos, que “existen” sólo en la fantasía» (Nandorfy, 2001: 243), entendiendo que, como ya se ha expuesto, los fenómenos propios de lo fantástico —es decir, lo imposible— son fenómenos extralingüísticos.

Debe quedar claro que aquello que determina la macroestructura extensional de lo fantástico es la voluntad realista de la narración y no el contenido semántico de lo imposible; dicho de otro modo, si el tipo de extensión que se genera en estas ficciones se midiera a partir de los parámetros *aléticos* de la transgresión fantástica, entonces sería necesario concluir que los territorios extensionales de lo fantástico fundan *mundos imposibles*. Sin embargo, sabemos que la extensión sobre la que trabaja esta categoría ficcional se mueve sobre las aguas de lo posible. Véase esta cuestión con más profundidad: Javier Rodríguez Pequeño examinó el estatuto semántico de las ficciones imposibles en su artículo «Mundos imposibles: ficciones posmodernas» (1997), las cuales se definen de forma más ajustada como «ficciones basadas en modelos de mundo imposible» (1997: 180). De manera que el tipo de ficción que se refiere a modelos de mundo imposible es aquella en la que la imposibilidad —entendida aquí como una contradicción de las regularidades de la lógica— constituye la *norma* a través de la que se estructura la extensión, y no una transgresión del orden de esta última; en otros términos, estas obras crean «sus propias reglas, de tal forma que, ontológicamente, el mundo imposible no tiene una realidad externa» (Rodríguez Pequeño, 1997: 181). En el campo artístico, y aparte de las obras de ficción literaria que se incluyen en el modelo de mundo imposible, Rodríguez Pequeño propone los grabados y pinturas de M. C. Escher como ejemplos flagrantes de este tipo de imposibilidad. No obstante, la tesis doctoral de Pere Parramón Rubio, *Arte fantástico: Estrategias visuales de lo imposible* (2020), invita a estudiar las imposibilidades arquitectónicas de la obra de Escher

desde la óptica del arte fantástico —lo cual me lleva a poner el interrogante sobre la posibilidad de tratar la expresión pictórica desde el prisma de la semántica extensional—. ⁸⁶

El estudio de Alfonso Martín Jiménez, *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional* (2015), se suma a la investigación de la estructura extensional que se despliega en los mundos imposibles. Coincido con la teoría de este autor en tanto que la imposibilidad que constituye la norma de los mundos imposibles se fundamenta en una ruptura de los parámetros de la lógica. En ficción, la ruptura de dichos parámetros se interpreta como una *metalepsis narrativa*, ⁸⁷ la cual quedaría definida como una vulneración de los límites que se establecen entre los distintos niveles narrativos de una ficción, o lo que es lo mismo, «una auténtica transgresión de la coherencia textual» (Martín Jiménez, 2015: 278). Este tipo de ruptura de la lógica textual se observa sobre todo en ciertos tipos de metaficción. A partir de la explicación anterior se pueden señalar algunos ejemplos de este tipo de *metalepsis* que configura una ruptura de la lógica ficcional, como «Continuidad de los parques», de Julio Cortázar, en el que la *metalepsis narrativa* se produce cuando el protagonista del relato se introduce dentro del plano de realidad de la novela que está leyendo. También, la obra con la que debutó el escritor catalán Pol Beckmann, *Novel·la* (2018), un claro ejercicio metaliterario en el que su protagonista, el joven escritor Bekman, se perderá por los márgenes de un triángulo amoroso que se dibuja entre la ficción y la realidad mientras redacta su primera novela. En esta obra, la *metalepsis narrativa* irá ganando espacio a medida que la relación que mantiene el protagonista tanto con su pareja *real* como con la del texto que él mismo escribe entre en crisis, hasta que, finalmente, la realidad de Bekman termine diluyéndose con el mundo que él mismo está creando en su escrito, dejando difuminados los límites de los niveles narrativos de su propia ficción —que es, a su vez, la ficción del autor, Pol Beckmann—. ⁸⁸ Con todo, algunas de las obras que responden a los parámetros de la

⁸⁶ Según expone Parramón Rubio, la habilidad de *mostrar*, intrínseca en el arte pictórico, habría llevado a la obra del artista a poner en crisis la noción de realidad (Parramón Rubio, 2020: 378). En efecto, Escher exhibe elementos lógicamente imposibles que, con todo, pueden cifrarse dentro de los territorios del arte fantástico.

⁸⁷ Tal y como Liviu Lutas indica en el artículo «Dos ejemplos de *metalepsis* narrativas: *Niebla* de Miguel de Unamuno y *Biblique des derniers gestes* de Patrick Chamoiseau» (2009), la *metalepsis narrativa* expresa la ruptura de los niveles diegéticos de la narración, en la que el propio narrador de la ficción se traslada a sí mismo —y también al lector— al mundo que está narrando.

⁸⁸ Al mismo tiempo, la novela de Pol Beckmann me lleva a pensar en dos producciones cinematográficas en las que se desarrolla un argumento muy similar, y que también sirven de ejemplo para ilustrar el funcionamiento de la *metalepsis narrativa*: *Más extraño que la ficción* (Marc Foster, 2006) y *Ruby Sparks* (Jonathan Dayton y Valerie Faris, 2012).

metaficción son, a la vez, fantásticas, como es el caso de la citada «Continuidad de los parques», la cual se adhiere además a la categoría de lo fantástico posmoderno. Por ello, es de una complejidad mayor intentar situar la metaficción en una celdilla distinta a la de lo fantástico, ya que las más de las veces la una seguirá a la otra. En cualquier caso, resuelvo que en aquellas ocasiones en las que la ruptura de la lógica ficcional se presente como un obstáculo para los personajes de la obra entonces es fácil que esta se adhiera a lo fantástico, en cambio, cuando la ruptura de la lógica ficcional se presente —paradójicamente— como la norma de la narración, se adhiere a las estructuras de los mundos imposibles.

Por otro lado, la propuesta de Alfonso Martín Jiménez se apoya en la tipología de mundos ficcionales del ya referenciado Javier Rodríguez Pequeño, así que si bien estoy de acuerdo con la definición de Martín Jiménez en tanto que los mundos imposibles se producen como una ruptura de la lógica ficcional, difiero en aquellos aspectos que se incluyen en el sistema de mundos de Rodríguez Pequeño y Albaladejo —en este caso, el autor ratifica la validez de las modalidades de mundo de tipo I, tipo II, tipo III y tipo IV de Rodríguez Pequeño para luego adherir dentro de la misma tipología el modelo de mundos imposibles—. A pesar de todo, cabe subrayar la cuestión más relevante de toda esta exposición, y es que lo fantástico no construye mundos imposibles, sino que erige mundos posibles que contienen fenómenos imposibles en su seno, lo cual sería un rasgo característico y exclusivo de esta categoría ficcional.

Volviendo a la cuestión central de este apartado, sabemos que cualquier análisis semántico que verse sobre lo fantástico debe detenerse a examinar el lugar que ocupan los espacios referenciales en nuestra idea de lo real, porque al fin y al cabo todo territorio extensional que se genere en lo fantástico se instituye como «el lugar textual del descubrimiento de un terreno minado donde pensábamos estar seguros de todo» (Lord, 1998: 29). De manera que la capacidad de asimilar la realidad instaurada en la ficción de forma paralela a la propia realidad se desvelará como el mismo mecanismo que nos proporciona las claves para reparar en lo imposible; en palabras de Martínez Bonati:

El hecho de que, como lectores de ficción, pensamos ese mundo como propiamente mundo en todos los alcances de la palabra y, además, como real, como nuestro mundo (a pesar de que sabemos que se trata sólo de un fantasma de nuestra imaginación), explica la posibilidad esencial

de toda ficción de incluir *dentro de sí* la distinción de lo real y lo ficticio, lo realista y lo fantástico, lo posible y lo imposible (Martínez Bonati, 1992a: 59).

La asimilación de la voluntad realista de lo fantástico tradicional es, por ende, la condición de posibilidad de lo imposible. Dicho de otro modo, sin la presencia de lo posible, lo imposible no existiría en lo fantástico. Es por ello que tanto los personajes como los lectores de lo fantástico tradicional se muestran reacios ante la aparición del fenómeno transgresor, dado que la presencia de lo imposible destruye la falsa sensación de seguridad que se había advertido tras implantación de un universo verosímil, aquel que se daba por necesario e inamovible y que nos había otorgado una impresión artificial de control. Con todo, la destrucción de los parámetros de lo real es partícipe de una *petición de principio*, a saber, la exposición y previa asunción de un plano de referencial veraz, racional y estable. Para fundamentar esta hipótesis, obsérvese que David Roas expone al respecto que esta falsa sensación de seguridad y control se debe a que «hemos trazado unos límites que nos separan de lo desconocido, de lo amenazante, entre los que vivimos más o menos cómodos» (Roas, 2011: 35). Así, las creencias que sustentan la firmeza de la ontología del cosmos son las mismas que —aunque pueda parecer contradictorio— han dado paso a lo irreal.

Insisto en el hecho que, en lo fantástico, la aparición de lo imposible debe plantearse en todo momento como una brecha en la extensión ficcional de la narración, es decir que cuando la imposibilidad hace acto de presencia esta debe producir una suerte de dilema sobre el plano de lo real dominante en la ficción. Esto me lleva a discutir algunas de las propuestas teóricas que no consideran dicha transgresión como una característica definitoria de lo fantástico, como por ejemplo el planteamiento que formuló Javier Rodríguez Pequeño en el artículo «Referencia fantástica y literatura de transgresión» (1991), en el cual el autor defiende con firmeza que no «no toda transgresión produce terror (...) en lo maravilloso también se produce una ruptura del orden natural» (1991: 149). Con este enunciado se confirma que Rodríguez Pequeño reafirma, en el citado artículo, las conclusiones derivadas de su tipología de mundos en la que —si se hace memoria— las categorías de lo fantástico y lo maravilloso solo se diferenciarían por su grado de verosimilitud pero, en cambio, ambas se incluirían en los mundos que presentan características no miméticas, que es precisamente

lo que le lleva a considerar que ambas categorías producen una ruptura del orden natural.⁸⁹ No obstante, considero que los argumentos aportados hasta el momento son suficientes para rebatir la declaración anterior, ya que si bien es cierto que en lo maravilloso se produce una transgresión, esta solo es significativa si se compara con las regularidades que operan en nuestro orden lo real —territorio extensional factual—. No es correcto afirmar, por ello, que lo maravilloso contiene una transgresión en el seno de su extensión, ya que todos los fenómenos que aparecen en sus territorios se incluyen en su macroestructura referencial y, por ende, hay que interpretarlos como sucesos posibles dentro de la narración, por muy alejados que se encuentren con relación a las regularidades de nuestro universo.

Un buen ejemplo de la influencia que ejerce la estructura referencial del relato fantástico a la hora de delimitar su inclusión en la modalidad tradicional es la historia de fantasmas que explica el narrador del siguiente cuento de Noel Clarasó, «El fantasma de Anita Flores» (1972: 109-132).⁹⁰ Para dar inicio al relato, el narrador —que al mismo tiempo es el protagonista del cuento— plantea la siguiente pregunta «¿Qué es, de veras, un fantasma?» (1972: 109), tras lo que invitará al lector a descartar las definiciones del *fantasma* que encierra el imaginario colectivo, como los entes provistos de una sábana blanca, o la respuesta escéptica de aquellos para quienes los espectros no existen. Gracias al interrogante acerca del estatuto de los entes fantasmales, el narrador funda el territorio extensional sobre el que se mueve la ficción, esto es, un plano de realidad en el que los fantasmas no existen, es decir, una realidad análoga al universo empírico.

La estipulación originaria de las regularidades que gobiernan el mundo de «El fantasma de Anita Flores» es justo lo que más tarde favorecerá a la aparición del fenómeno fantástico, debido a que hallaremos un elemento inconcebible dentro del orden de realidad que ha manifestado el narrador, un orden en el que nos reconocemos y en el que el propio

⁸⁹ De hecho, Javier Rodríguez Pequeño se opone a lo que denominó como «concepción tripartita de modelos de mundo» (1991: 152), en la que se diferenciaría entre lo real, lo fantástico y lo maravilloso, y se posiciona en pro de una «oposición dual que enfrenta lo real a lo fantástico» (1991: 153), en cuyo caso lo representa el compendio de todas las categorías de lo insólito. Como ya se ha contraargumentado en apartados anteriores, considero que la propuesta de Rodríguez Pequeño es errónea, en cambio, me mantengo en la afirmación según la cual la virtud principal que contiene el análisis de las narraciones no miméticas a partir de los modelos semánticos es que permite, precisamente, diferenciar las distintas categorías de lo insólito porque cada una de estas generan modelos semántico-extensionales distintos. En mi investigación, los territorios extensionales de lo fantástico son diferentes de los territorios extensionales de lo maravilloso.

⁹⁰ He consultado la edición de 1972 (Plaza y Janés) del volumen *Miedo*, sin embargo, la primera edición del volumen, cuyo título es *¡Miedo!*, data del 1948 y se publicó en la misma editorial.

hecho de reconocerse en él dispone la apreciación del efecto de lo imposible; así lo arguye Rosalba Campra al proponer que «la frustración de las expectativas (...) es precisamente lo que parece buscar el lector habitual del género. Su no saber (o por lo menos su dificultad de acceso a un saber de todos modos inverificable) constituye en lo fantástico el peculiar horizonte de expectativas en el que se inscribe su actividad de lector» (Campra, 1991: 51).

Así pues, la primera parte del relato es de corte meramente realista. El protagonista comienza por explicar que conoció a su primer amor, Anita Flores, en un pueblo de Tarragona —del que solo facilita su inicial, «K»⁹¹— cercano a un río, la misma tierra en la que tuvo que permanecer un par de años de su juventud. Sin embargo, los caminos de los dos amantes terminaron por separarse cuando el protagonista tuvo que dejar el pueblo, y a pesar de escribirse cartas durante algún tiempo la relación se desvaneció en el aire, desgastada por la distancia. La verosimilitud de la que goza el inicio del relato de Clarasó nos irá sumergiendo en la impresión que el plano de realidad del cuento es idéntico al de nuestro universo. Con todo, el narrador sigue avanzando en la historia, y relata que al cabo de quince años se encuentra volviendo al pueblo de *K* mientras recorría el país en coche con unos amigos: el vehículo se les estropea mientras atraviesan Tarragona y, casualmente, uno de sus colegas tiene una finca muy cerca al susodicho pueblo, así que deciden acercarse hasta allí para echar un vistazo a los actuales inquilinos de la propiedad. La verdadera acción comienza a desarrollarse cuando, al volver de la finca, el grupo de amigos atraviesa una carretera secundaria y se cruzan con unos bandidos armados con los que terminan confrontándose — el narrador nos hace saber que por aquel entonces, un poco antes del inicio de la Guerra Civil española, era bastante peligroso viajar por esas tierras, ya que había habido múltiples avisos sobre robos e incluso asesinatos—. Justo cuando el protagonista y sus compañeros están siendo amenazados por los bandidos, un par de extraños aparece a lo lejos en coche y ahuyenta a los asaltantes. Estos dos extraños resultan ser por fortuna Anita Flores y su actual marido, a lo que el protagonista y la propia Anita responden con especial entusiasmo. Una vez fuera de peligro, el matrimonio se marcha otra vez en coche, y es aquí donde comienza la historia de fantasmas: tal y como explica el narrador, cuando él y sus colegas volvían hacia pueblo se toparon con un tronco en medio de la carretera, pero ese era el mismo camino que

⁹¹ No existe ningún pueblo en Tarragona que empiece por esta letra, quizás Clarasó se refiera a Cambrils, que queda justo al lado de un torrente.

habían cruzado Anita y su marido, así que lo extraño es que estos últimos debían haber atravesado la vía sin quitar el tronco, pero ¿cómo lo hicieron? ¿quizás lo atravesaron? Más tarde, una vez en el pueblo, el protagonista confiesa a sus amigos que la mujer que les había salvado había sido su primer amor, Anita Flores, que la mujer lucía tan joven como en la época de su adolescencia y que gracias a aquel oportuno encuentro ambos habían podido charlar un rato breve. No obstante, sus colegas reconocen no haber escuchado ninguna conversación y también proceden a burlarse de él por lo absurdo que sería que Anita siguiera aparentando la misma edad que tenía cuando terminaron la relación, es decir, unos dieciocho años. Aún más, lo más incomprensible de todo se adivina cuando se disponen a denunciar el atraco ante las autoridades y desvelar la identidad de sus salvadores. Una vez en comisaría, el sargento que toma testimonio al narrador le confiesa que las personas que les habían salvado tenían que ser otras distintas, porque Anita Flores había muerto junto a su marido quince años atrás. Anita se revela, así, como el fantasma que ya adelantaba el título, fenómeno que hace de esta historia un relato fantástico.

Lo que me interesa destacar aquí es la forma en la que la estructura referencial del relato influye sobre la aparición del efecto de lo imposible, más que en la propia imposibilidad en sí. Tal y como se expresa al inicio de la narración, el protagonista, al contrario que el resto de los personajes que aparecen en el relato, manifiesta una firme convicción sobre la existencia de los fantasmas —o por lo menos sobre el de Anita Flores—. Con todo, esta nueva creencia está fundamentada en los eventos que sucedieron tras el atraco de los bandidos puesto que, según el propio narrador confiesa, no siempre ha creído en la existencia de los espectros. Cabe subrayar, de este modo, que el narrador de este cuento se adentra en una suerte de «willing suspension of disbelief», esto es, aquella supresión de la incredulidad —propuesta en su momento por Coleridge— frente a los fenómenos ficcionales inverosímiles. Así, se advierte que cuando los cimientos del territorio extensional del relato ficcional se apoyan en lo posible, la única forma de creer en la aparición de lo sobrenatural es a través de la suspensión de la incredulidad, aunque esto implique llevar la contraria al resto de sus congéneres.

Con todo, la suspensión de la incredulidad que se desarrolla en este tipo de relato fantástico es distinta a la que se desplegaría, por ejemplo, en un cuento de hadas. En los territorios de los cuentos de hadas, relativos a lo maravilloso, el lector «acepta voluntaria y

deliberadamente cambiar su marco de referencia sobre lo verdadero y lo real por la duración del relato, limitadamente a su permanencia en el mundo posible» (Scamuzzi, 2019: 264). Es decir, cuando el receptor se enfrenta a lo maravilloso suspende voluntariamente la incredulidad que le causan los elementos extraordinarios que se contienen en el territorio extensional de este tipo ficcional, y los acepta como parte natural del marco de referencia en cuestión. Sin embargo, el territorio extensional de lo fantástico tradicional es análogo al territorio extensional que corresponde a nuestro conocimiento sobre el mundo empírico, por lo que no existe ninguna variación ontológica sobre el marco de referencia que domina en la ficción. En lo fantástico, por ende, la suspensión de la incredulidad debe producirse sobre el efecto que genera el fenómeno imposible, y no sobre la macro-extensión del relato. En otras palabras, en lugar de intentar encontrar una explicación racional para la imposibilidad, el lector acepta que esta efectivamente ha sucedido, aunque no concuerde con la lógica interna del territorio extensional ficcional. Si esta argumentación se pone en contacto con el relato de Clarasó, se hace evidente que la creencia inicial del protagonista era del tipo «no creo en la existencia de fantasmas porque no hay forma de explicar su aparición de forma racional», pero tras la aparición del fantasma, es decir, de lo imposible, esta creencia se substituye por «aunque no sea capaz de explicar el cómo, ahora creo en la existencia de fantasmas porque he sido testigo de su aparición». El protagonista del relato termina creyendo en los fantasmas porque suspende voluntariamente su incredulidad, no porque esta pueda incluirse dentro de la lógica interna de su mundo, sino porque al margen de la coherencia del suceso, ha presenciado su aparición.

Así, los territorios extensionales de lo fantástico tradicional se configuran de forma paralela a los territorios extensionales de la ficción corte realista y a lo que conforma nuestra idea de lo real; sin embargo, la diferencia estriba en que en el primero se permite la entrada de un elemento que, aun incluirse dentro de la historia, seguirá perteneciendo a la modalidad de lo imposible.

De este modo, debe hacerse patente que la aparición de un fenómeno imposible en los territorios extensionales de lo fantástico tradicional no implica un cambio en su estructura de realidad. Los lectores inferimos que la realidad de lo fantástico es la realidad que conocemos porque aquello que se ha mostrado es compatible con nuestros esquemas empíricos. Dicha inferencia queda argumentada por Uri Margolin, para el que las «rules of

inference, especially of the mentalistic or psychological kind, can be borrowed from any actual-world model of readers only if the text world coincides with it in its broader outline or is at least compatible with it» (1990: 853); de manera que el efecto de realidad —a lo Roland Barthes— se produce en el momento en el que la estructura ontológica del territorio extensional ficcional es compatible con la estructura ontológica que asumimos que domina el mundo empírico.

Para el último ejemplo crítico de este capítulo he escogido «El oficio de difuntos» (1901), de Emilia Pardo Bazán para observar otras de las implicaciones que se derivan del análisis de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico tradicional. El escenario inicial del relato de Pardo Bazán construye un imaginario parecido al de las dos narraciones antes comentadas, en las que el aviso de la existencia de un suceso inexplicable al inicio del texto se formula como el pretexto ideal para empezar a contar la historia. Este hecho es sumamente relevante para la constitución del tipo de territorio extensional que se genera en el cuento, ya que el propio indicio de un suceso que se percibe como incomprensible implica que el plano de lo real que domina la narración es un plano sometido a parámetros racionales. Dicho de otro modo, dado un territorio extensional conformado por una estructura análoga a lo real y racional, cualquier suceso ajeno a la estructura de dicho territorio se advierte como un hecho imposible. En el relato de Pardo Bazán, el citado mecanismo narrativo —cuya función es poner en preaviso al lector sobre la aparición de un fenómeno imposible— aparece en las primeras líneas del texto de la mano de un par de individuos, un catedrático en medicina y la que será la narradora de la historia, que reposan delante de la puerta de una bodega. Así, en el mismo lugar, el catedrático le pregunta a su colega si cree en presagios y supersticiones, a lo que esta le contesta que sí, y que al margen de cualquier escepticismo «Es un caso que presencié. Así que usted lo oiga, comprenderá como o hubo farsa ni mentira. La explicación... no la alcanzo» (Pardo Bazán, 1990: 194). Tras la confesión de su compañera, el catedrático, atento, empieza a escuchar el resto del relato, la historia de Ramoniña Navoa —a la que el propio médico ya conocía porque justo le había diagnosticado un cáncer de pecho el año anterior—: Ramoniña era una mujer natural de la población gallega de Martiños que, cuando era joven, se había casado con un estudiante de cirugía; como el padre de esta, Ramón Novoa de Vindome, se oponía firmemente al matrimonio, los recién casados huyeron a otro pueblo de la región, Auriabella. Al cabo de poco tiempo el marido de Ramoniña

empezó a mostrarse violento —la asestaba de golpes y la engañaba—, así que, probablemente compungida por haber hecho caso omiso a la prudencia de un padre, ésta empezó a añorarlo. Resultado de su morriña, le pidió a la propia narradora —pues al parecer ambas eran conocidas— que la acompañara al encuentro del padre con la esperanza de que este se apiadase de la desdicha de su hija y terminara por perdonarla. Poco antes de llegar a Martiños, donde seguía viviendo el padre de Ramoniña, la joven empezó a escuchar voces a lo lejos, unas voces que ella misma reconocía como un Oficio de difuntos. Con todo, la narradora admite no haber oído nada de nada, por lo que las voces que escuchó Ramoniña en realidad podrían deberse a una alucinación. Con todo, aquí aparece el esperado hecho premonitorio: a su llegada a Martiños averiguan que Ramón Novoa acaba de morir y que su muerte es tan reciente que aún no ha dado tiempo a dedicarle ningún oficio. La narradora le revela al catedrático, de este modo, que presenció la premonición que tuvo Ramoniña sobre la muerte de su padre, y que la premonición estuvo guiada por la insólita audición del Oficio de difuntos.

Sin duda alguna, la premonición de Ramoniña se instituye como un fenómeno propio de lo fantástico. El plano de lo real en el que se localizan todos los personajes del relato es análogo a la presunta ontología del mundo empírico, en la que no tiene cabida ningún tipo de premonición o presagio de la muerte. De este modo, la instauración de una estructura racional y lógica como parte del territorio extensional de este cuento convierte al suceso premonitorio en un hecho imposible. Además, se hace tangible que el relato presenta un único plano semántico-extensional, que corresponde al funcionamiento de la realidad asumida por personajes y lectores y en el cual nadie tiene (ni puede tener) habilidades premonitorias; así, el fenómeno imposible (la premonición) se intuye como un elemento único y singular que invade el territorio de lo posible, y no como una esfera invisible que pertenece a otra estructura semántica. De este modo, se aduce que el estatuto semántico del fenómeno fantástico en la vertiente tradicional se instituye como imposible *si y solo si* se introduce entre los territorios de lo posible.

Los dos análisis críticos expuestos permiten rebatir algunas propuestas como por ejemplo el ya mencionado sistema dual de mundos de Nancy Traill, a través del cual la autora definía la semántica de lo fantástico. Asimismo, un caso similar al de Traill, y al cual también se puede dar la réplica, es la teoría que configura María Luisa Hernández García en su tesis

doctoral *Semántica ficcional y concepciones del tiempo: Mundos y paradigmas temporales en la narrativa de Úrsula K. Le Guin, Kurt Vonnegut y Juan Gómez Bárcena* (2021), en la que la autora investiga el desarrollo de la temporalidad en ciertas formas narrativas a través de la semántica de mundos de Lubomír Doležel.⁹² Sin embargo, y sin restarle importancia al tema principal de la tesis de Hernández García, lo que me interesa abordar aquí es la clasificación que realiza esta autora sobre algunas categorías ficcionales desde el análisis de la macroestructura extensional de los mundos literarios, entre la que incluye la categoría de lo maravilloso y la categoría de lo fantástico.⁹³ La base fundamental de la definición de lo fantástico por Hernández García es que «requiere la coexistencia en el mundo ficcional de dos dominios con restricciones modales distintas, uno de ellos dominante y oculto a las personas ficcionales y al narrador. El dominio explícito suele ser realista y el implícito estar regido por normas aléticas y epistémicas diferentes, acentuando de este modo el contraste entre mundo conocido y el extraño» (Hernández García, 2021: 67). Así pues, me opongo a esta idea de igual manera que lo hice sobre la argumentación de Nancy Traill —esta es, la concepción según la cual lo fantástico queda delineado por el choque entre dos dominios aléticos diferentes—. Al contrario de las conclusiones a las que llegan Traill y Hernández García, lo imposible no constituye un dominio en sí mismo, en cambio, la semántica extensional de lo fantástico se descubre como la aparición de un evento imposible entre las regularidades de un único dominio de lo posible, que además es análogo al dominio de lo factual.

En otro orden de prioridades, otro de los errores que comete Hernández García es pasar por alto lo que el propio Doležel estableció como «mundo híbrido» y que, a mi parecer,

⁹² Este tipo de investigaciones dan cuenta de la atención que ha despertado el estudio de las diferencias semántico-extensionales de las categorías narrativas en el campo teórico y crítico y a lo largo de las últimas décadas. De modo que este creciente interés se establece, así, como una tendencia académica que además permite abordar los temas y motivos propios de la teoría de la ficción, tales como la temporalidad —véase en el caso de Hernández García—, los planos diegéticos, el espacio narrativo, entre otros.

⁹³ Según Hernández García, en lo maravilloso «los rasgos definitorios básicos son que haya en la macroestructura de su mundo de ficción restricciones aléticas diferentes a las del mundo real y que dicha característica no alarme ni a las personas físicas ni al narrador» (Hernández García, 2021: 61). Si bien el análisis que elabora Hernández García es bastante preciso y coincide con parte de la argumentación hasta aquí planteada, el error de la autora subyace en que su modelo teórico engloba bajo la sola etiqueta de lo maravilloso tanto al cuento de hadas, las fábulas, el realismo mágico, la fantasía heroica, la mitología y a lo maravilloso *per se*. Sin embargo, como ya se ha demostrado, cada una de estas últimas categorías disfruta de una macroestructura referencial diferenciada y, de hecho, sus particularidades referenciales se constituirían como un criterio singular para distinguirse las unas de las otras.

se ajusta mucho más a una definición ajustada del funcionamiento semántico de lo fantástico. De esta manera, el mundo híbrido quedaría estipulado como:

la coexistencia, en un espacio unificado, de entidades ficcionales (personas, sucesos) físicamente posibles y de otras físicamente imposibles (...) No podemos interpretar los sucesos físicamente imposibles como intervenciones milagrosas del dominio sobrenatural ya que no existe tal dominio (...) todos los fenómenos y sucesos (...) se generan dentro de este mundo espontánea y fortuitamente (Doležel, 1999: 264-265).

Tal y como se confirma en el fragmento anterior, el mundo híbrido es aquella construcción semántica en la que lo sobrenatural —que en este caso debe aprehenderse como homólogo a lo fantástico— no conforma un dominio semántico por sí mismo. Al contrario, en el mundo híbrido lo sobrenatural corresponde a un elemento inexplicable que se introduce en un único espacio referencial y que aparece de forma espontánea, o lo que es lo mismo, que no es nativo de la estructura lógica del mundo en el cual se manifiesta. Además, según el mismo Doležel las condiciones aléticas que se dan en el mundo híbrido, es decir, el dominio de la posibilidad y la aparición de lo imposible, demuestran que hay que abandonar los sistemas de dualidad de mundos natural/sobrenatural (1999: 265). Y es que incluso la semántica de Doležel, que pretende dar con una visión mucho más universal de los mundos ficcionales, me permite plantear que lo fantástico tradicional está configurado por un solo territorio extensional en el que se figura un fenómeno imposible. Esta última declaración fundamenta mi hipótesis a la vez que refuta los sistemas de dualidad de mundos como el de Nancy H. Traill y el de María Luisa Hernández García. Así, recuperando el cuento de Emilia Pardo Bazán, se confirma que la premonición de Ramoniña se genera dentro del territorio extensional del relato de forma espontánea, y no como una intervención de un dominio sobrenatural ajeno.

En síntesis, lo fantástico tradicional se puede definir como la transgresión de las necesidades metafísicas que, según nuestros supuestos epistémicos, dan sentido a la estructura de la realidad ontológica. El pensamiento colectivo que envuelve a lo fantástico tradicional primero debe considerar que el mundo empírico goza de un orden más o menos estable, para luego poder transgredir el territorio extensional análogo que se genera en la ficción.

La presunción de un orden estable en el mundo extralingüístico es aquello que da sentido a la idea de realidad que se sitúa en el período de producción de lo fantástico tradicional, una época marcada por los avances de la industria, de la técnica y de la ciencia, y por una confianza cuasi ciega no solo en la Razón —con mayúscula— sino también en los alcances del conocimiento, llevados de la mano de la filosofía de corte positivista:

Growing industrialization and scientific discoveries, increasing instability and dissatisfaction with absolutist regimes in Europe and the threat of imminent civil revolutions led to a questioning of the ideals of the Enlightenment. (...) This was the beginning of a modern fantastic, with origins across a shared European folklore but also with aesthetic elements arising from the changing context linked to the rise of industrial capitalism (García, 2022: 10).

Como conclusión de este apartado, se estipula que el contenido semántico de lo fantástico tradicional se desenvuelve como la relación subordinada e indesligable entre las dos modalidades aléticas posible e imposible. En otras palabras, lo imposible no sería viable sin la presencia de lo posible, de ahí que lo fantástico tradicional pueda aprehenderse como la posibilidad de lo imposible. De este modo, los análisis aportados hasta el momento sirven como preámbulo para el estudio semántico de lo fantástico posmoderno y el tipo de imposibilidad que despliega en él. En el próximo capítulo se establecerán las diferencias fundamentales con la forma tradicional de esta categoría: si en lo fantástico tradicional se transgredían aquellas creencias que versan sobre la ontología del mundo extralingüístico, en lo posmoderno se pondrá en jaque la epistemología humana, es decir que la transgresión recaerá sobre los mecanismos que nos permiten configurar lo real, unos mecanismos que además son fundamentalmente lingüísticos.

TERCER CAPÍTULO

LO FANTÁSTICO POSMODERNO Y LA SEMÁNTICA DE LO (IM)POSIBLE

3.1. RELACIÓN ENTRE EL LENGUAJE Y LA POSMODERNIDAD

3.1.1. EL LENGUAJE EN LA POSMODERNIDAD COMO CONDICIÓN DE LO POSIBLE

La definición de la posmodernidad es uno de los retos más complejos que enfrentan las investigaciones de corte económico, político, cultural, sociológico, filosófico e incluso literario surgidas en la era contemporánea. Entre otras cosas, dialogar con lo posmoderno significa dialogar al mismo tiempo con los grandes discursos que dominaron el pensamiento moderno y, como ya propuso Lyotard (2004),⁹⁴ debatir cuál es el origen de la caída de estos últimos. Por todo esto, es fácil hallar planteamientos que se mantienen escépticos ante la posibilidad de concebir una definición válida que dé cuenta de las características del pensamiento posmoderno. Por ello, lejos de proponer una definición que dé cuenta de las particularidades, tendencias y motivos que dominan en este periodo, mi intención es observar las consecuencias que se derivan de la aparición de la posmodernidad sobre el plano de lo semántico-lingüístico y de lo epistemológico.

Según una de las premisas que mantengo en esta tesis, la posmodernidad inaugura «la visión de un universo fundado sobre la posibilidad, como sugieren a la imaginación la ciencia y la filosofía contemporáneas» (Eco, 1990: 55). De este modo, se aprecian las diferencias entre la epistemología dominante en la era posmoderna y la época anterior, en la que el sujeto moderno pensaba que era capaz de desmontar y descifrar los complejos engranajes que hacen funcionar al mundo sin más ayuda que su propia condición y cognición: según David Lyon (1996: 44), el sujeto moderno estaba dispuesto en un proceso histórico que va de la mano de la fe el progreso, que no es más que la confianza ciega en el poder del alcance del conocimiento humano; en palabras de Jürgen Habermas, «la idea de ser “moderno” por volver la vista a los antiguos cambió con la fe, inspirada por la ciencia moderna, en el progreso infinito del conocimiento y el avance infinito hacia las mejoras sociales y morales» (1988: 88). En la modernidad, el sujeto humano es dueño de su propia episteme, los individuos empiezan a observar y construir la realidad con sus propias habilidades; la técnica,

⁹⁴ Como es habitual encontrar en las investigaciones que abordan la cuestión teórica de la posmodernidad como relato de era contemporánea, Lyotard se refiere al marxismo, al capitalismo, al cristianismo y a la razón ilustrada como a los cuatro grandes relatos que dominaron el pensamiento moderno.

la ciencia y los nuevos modelos político-económicos son fruto y testimonio del poder de la epistemología antropocéntrica, el progreso supera a la razón trascendental que fundó Immanuel Kant y que fundamentó al pensamiento ilustrado. En la modernidad, las verdades absolutas que dominan la ontología del mundo ya no están consideradas como un estamento ideal y superior a la experiencia empírica, sino que se considera que están sujetas al control del individuo.

Así, llegada la era posmoderna, el hecho epistemológico se enfrentará a las convicciones asentadas en el pensamiento anterior. Mientras que el hecho moderno se instituyó como el sitio de las verdades alcanzables y el control del mundo circundante, la posmodernidad será el lugar de lo *contingente*; dicho de otro modo, el estatuto de lo verdadero se pondrá continuamente en tela de juicio. El advenimiento de la posmodernidad merma la confianza en las dotes epistemológicas del ser humano y, así, el totalitarismo de lo *necesario* —según la terminología de la semántica modal—, es decir, de aquello que debe permanecer estable e inalterable en todo territorio extensional, dará lugar al dominio de la *posibilidad*, esto es, aquello que puede formar parte —o no— de todo territorio extensional.

Propongo entonces que el pensamiento posmoderno apela a una apertura hacia el plano de la multiplicidad, de lo posible, es decir, que lo posmoderno se advierte como un despliegue de perspectivas de lo real que, además, no siempre pueden converger entre sí.

Por tanto, tiene sentido cuestionarse qué consecuencias tiene el pensamiento posmoderno sobre la visión del lenguaje como eje constructor del territorio extensional factual, es decir, como arquitecto de lo real. La condición de apertura que posee la noción de *posibilidad* guía a lo posmoderno a tratar de escapar del yugo del lenguaje al que estábamos acostumbrados; nuestros discursos sobre lo real ya no refieren a un solo plano de referencia, porque la búsqueda de una verdad única y auténtica se ha desvanecido: el binomio sentido-referente se comienza a diluir. Así, la posmodernidad expresa la ruptura entre el nexo que unía al sentido y al referente lingüístico, y se encamina hacia la imposibilidad de apelar a un referente concreto, objetivo y verdadero. Juan Evaristo Valls Boix expresa con mucha claridad esta ruptura del plano semántico en el artículo «“Posibilidad (imposible) de lo imposible”. La filosofía fantástica de Derrida» (2017), de tal manera que en la etapa del pensamiento contemporáneo se advierte «una experiencia de la alteridad que irrumpe apasionadamente en los discursos más variados para transgredir sus leyes, cuestionar su

estabilidad e instaurar el conflicto allí donde la paz venía garantizada por un fundamento sólido basado en la lógica identitaria. Lo sistemático que en ellos subyace comienza a temblar» (Valls Boix, 2017: 222-223). Las leyes a las que refiere este autor son aquellas que contiene el discurso *logocéntrico* descrito por Derrida, propio por cierto del pensamiento moderno, y que manifestaba —como ya se expuso en el primer capítulo de esta tesis— la tendencia metafísica de los sistemas de pensamiento tradicionales por apelar a una verdad absoluta (*logos*), a través de la cual explicaban el mecanismo ontológico de nuestro mundo (Derrida, 1967: 11-12). Tal y como lo esclarece Valls Boix, el *logocentrismo* al cual apela Derrida se fundamenta en «una equivalencia del pensamiento con el ser, una identificación entre el lenguaje y la realidad que garantiza la homogeneidad de ambos» (2017: 234). Esto último también se puede enunciar como el firme convencimiento que poseía el sujeto moderno hacia el hecho de poder de descubrir la realidad objetiva sin intermediarios. Así, la posmodernidad se instaura como la respuesta a esta actitud sobre el poder y el control de lo real y lo empírico, que es también el hecho de apostatar de la mayoría de edad en la que la humanidad creía encontrarse, la que fue el punto álgido del conocimiento absoluto.

De forma que este modo condicional, esto es, la función de posibilidad de la que goza la episteme humana en el período posmoderno, nos ha permitido imaginar nuevos escenarios dentro un universo que antaño se planteó hermético. Así, lo real no queda fijado únicamente en el hecho empírico, sino también en el suceso potencial: la realidad no es meramente aquello que sucede, sino lo que podría haber sucedido o también lo que podría suceder.

A este respecto es esencial entender que la aprehensión de lo real en la posmodernidad viene determinada por la función y posición del observador. Este fenómeno tiene más sentido si se apoya en la aparición de la física cuántica, que sería al mismo tiempo uno de los descubrimientos que empezarían a hacer temblar las bases de la episteme anterior: como muestra, Martha Nandorfy (2001: 245) sondea las bases teóricas del *principio de indeterminación*⁹⁵ —uno de los fundamentos de la mecánica cuántica—, de tal manera que

⁹⁵ De forma muy general, *el principio de indeterminación o de incertidumbre* de Heisemberg estipula que cuando un observador incide sobre una partícula de luz para determinar su naturaleza (onda o corpúsculo), la partícula se comportará de una manera u otra condicionada por la el propósito final del experimentador, lo cual resulta paradójico: si el observador quiere observar la velocidad de la partícula, entonces esta se comportará como una onda y la posibilidad de conocer su posición será menor, y si en cambio el observador busca conocer la posición de la partícula, esta se comportará como un corpúsculo, por lo que se vuelve más difícil precisar su velocidad. Como consecuencia, el observador podrá comprobar nunca la posición y la velocidad de la partícula

la arbitrariedad que resulta de la posición del espectador frente al objeto observado también se trasladaría a las dinámicas de recepción del texto narrativo. Así pues, según mi aparato teórico —en el que los territorios extensionales factuales se entienden como una suerte de realidad discursiva—, se deduce que el principio de indeterminación también se traslada al plano de lo fáctico: el estatuto del plano de lo real es indeterminado porque la propia observación que ejecuta el sujeto cuando intenta aprehender su funcionamiento termina alterando la realidad en cuestión. Asimismo, este concepto no se aleja tanto de la *différance* propuesta por Derrida, y de aquella necesidad de escapar del *logocentrismo* que contemplaba el mismo autor —asimismo, Juan Evaristo Valls Boix recogió esta misma necesidad para formular su interpretación de la imposibilidad en lo fantástico—. ⁹⁶ La experiencia de lo real necesita de la presencia y de la acción del sujeto para llevarse a cabo, de modo que lo que se percibe no es la realidad en sí misma sino la propia interacción entre el individuo y el objeto observado.

Entonces, ¿de qué manera interviene el lenguaje y la posición del observador en la aprehensión de las distintas posibilidades de lo real que se despliegan en la era posmoderna? Tal como se ha estado aventurando desde el inicio de esta investigación, el hecho lingüístico subyace a la idiosincrasia humana y de ello se deriva la conformación de nuestra idea lo real, por lo que nuestros esquemas de realidad están subordinados a la amplitud de la horquilla semántica que seamos capaces de concebir. Véase esta idea mediante el siguiente ejemplo

de forma simultánea, porque su acción modifica el objeto observado —dicho de otro modo, el observador incide sobre la realidad—.

⁹⁶ Derrida propuso el concepto «différance» como una variación del término «différer», el cual está abierto a dos sentidos distintos: (en español) «diferir», en tanto que posponer, retrasar, y «ser diferente de», esto lleva al autor concluir que todo significado depende de la asociación con otros elementos y que, por lo tanto, ninguno es garante de una referencia original —en el sentido de «origen»—, por lo que es imposible que la palabra (el lenguaje) pueda acceder a la verdad absoluta (Derrida, 1967: 38), esto es, «*la trace est en effet l'origine absolue du sens en général. Ce qui revient à dire, encore une fois, qu'il n'y a pas d'origine absolue du sens en général. La trace est la différence qui ouvre l'apparaître et la signification*» (1967: 95). Cristina de Peretti define de forma muy clara la noción de *différance* y la implicación del término «trace» (huella) plantados por el filósofo franco-argelino, de modo que «todo elemento habrá de remitir a otro elemento que no sea simplemente presente, esto es, cada diferencia es retenida y trazada por las demás diferencias, cada elemento se constituye a partir de la huella de los demás elementos —huellas— del sistema (...). La noción habitual de huella supone la idea de un original al que se refiere, del que es huella y que es hallado en la percepción, etc. Sin embargo, el rasgo singular de la huella derridiana es precisamente *la imposibilidad de encontrar originales en su presencia inmediata*. La imposibilidad de toda referencia originaria es una necesidad dictada por la estructura misma de la archi-huella o la archi-escritura. Cada huella es la huella de una huella y así hasta el infinito. No hay huella originaria» (de Peretti, 1989: 72). De tal manera que la alteración producida por la interacción del sujeto sobre el objeto observado —*principio de indeterminación*— es análoga a la idea principal que presenta la «huella» derridiana aquí descrita.

práctico: el curioso lenguaje de la tribu amazónica de los Pirahã, cuya población presenta un caso paradigmático del vínculo entre el lenguaje y la configuración de las estructuras de lo real.

Gracias al lingüista Daniel Everett, quien convivió durante un tiempo con dicha tribu y trabajó en profundidad las peculiaridades de su lenguaje, sabemos que los sujetos que forman parte de esta comunidad poseen una lengua harto singular, la cual, entre otras cosas, solo permite el uso del tiempo presente, algo que los ha llevado a desarrollar una concepción sin par de su entorno:

Pirahã is the only language known without number, numerals, or a concept of counting. It also lacks terms for quantification such as «all», «each», «every», «most», and «some». It is the only language known without color terms. It is the only language known without embedding (putting one phrase inside another of the same type or lower level, e.g., noun phrases in noun phrases, sentences in sentences, etc.). It has the simplest pronoun inventory known, and evidence suggests that its entire pronominal inventory may have been borrowed. It has no perfect tense. It has perhaps the simplest kinship system ever documented. It has no creation myths—its texts are almost always descriptions of immediate experience or interpretations of experience; it has some stories about the past, but only of one or two generations back. Pirahã in general express no individual or collective memory of more than two generations past. They do not draw, except for extremely crude stick figures representing the spirit world that they (claim to) have directly experienced (Everett, 2005: 622).

La explicación de Everett debate el cómo y por qué somos capaces de idear los sucesos del pasado y de plantear planos futuribles. El ejemplo que muestra esta tribu refuerza la hipótesis según la cual existe un vínculo entre el lenguaje y la ideación de lo real; en este caso, la amplitud semántica del lenguaje de los Pirahã solo les permite describir hechos inmediatos, por lo que raramente experimentan algo parecido a la *memoria* —individual y colectiva— y, por ello, no refieren ni tampoco pueden configurar ningún suceso situado en el pasado, así como tampoco tienen la capacidad de generar planos futuribles. La propia ausencia de tiempos verbales en el lenguaje de los Pirahã hace que conciban la realidad en términos de experiencia directa y que, además, prácticamente no requieran del uso de oraciones. Tal y como ya se ha adelantado, todas estas evidencias me permiten inferir que existe una relación directa entre el lenguaje y la cognición, o lo que es lo mismo, que existe

una relación directa entre el uso del lenguaje y la configuración de la realidad. Por otro lado, Daniel Everett propone que «anthropology and linguistics are more closely aligned than most modern linguist (whether “functional” or “formal”) suppose» (2005: 622), así que cabe resaltar el peso de lo cultural en la relación anterior, dado que la consideración del espacio y códigos culturales que ocupan determinados sujetos en el estudio de las relaciones entre lenguaje y epistemología, me permite alejar mi investigación de lo meramente formal o estructural.

Como he mencionado, los Pirahã no pueden configurar planos futuribles porque no existe este tiempo verbal en su lenguaje y, por ello, aventuro que la composición de *lo futuro* no deja de ser otra forma de expresión de variables condicionales, las cuales están vinculadas a nuestras habilidades lingüísticas y a la posibilidad de nombrarlas. De esta manera, el futuro se descubre como un plano de realidad *en potencia*, y la capacidad de conformar estructuras que refieren a lo futurible está contenida en la amplitud que posee el lenguaje a la hora de conjurarlas.

Lo que me interesa subrayar es que la capacidad de generar planos futuribles está fundamentada en el manejo de la *posibilidad*, es decir que estimula la capacidad para generar múltiples escenarios referenciales desde los cuales se pretende explicar el funcionamiento del universo. Así pues, la configuración de la realidad es indesligable de nuestro uso del lenguaje, lo cual está vinculado a su vez con la conciencia que poseen los sujetos acerca del hecho temporal. De modo que el lenguaje también determina la proyección que se atribuye al individuo en tanto que ente histórico. Según David Harvey:

Si hubiera un lenguaje independiente (o semiótica) del tiempo o del espacio (o del espacio-tiempo), en este punto podríamos razonablemente abandonar las preocupaciones sociales e indagar más directamente en las propiedades de los lenguajes espacio-temporales como medios de la comunicación por sí mismos. Pero, en la medida en que un axioma fundamental de mi investigación es que el tiempo y el espacio (o el lenguaje, en este caso) no pueden comprenderse independientemente de una acción social (1998: 249-250).

Con todo, el olvido del tiempo pretérito y el abuso de la potencialidad del lenguaje para materializar las variables condicionales arrastrará a la memoria a diluirse en el suelo, y el tiempo se fundirá con ella, al unísono con las que fueron las últimas palabras del replicante

Roy Batty (Rutger Hauer) en la distópica *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982) «Todos esos recuerdos se perderán como lágrimas en la lluvia». En los términos de análisis de la posmodernidad que realizó el catedrático Alfredo Saldaña, los seres humanos, ante el intento de reconstruir una realidad veraz cada vez más inaccesible,

asistimos algo escépticos, desorientados y perplejos a una representación en la que el ser humano que habita en la postmodernidad ha perdido por el momento el control de la situación, el lazo de unión que le mantenía en contacto con el pasado y con la Historia y el sentido que gobernaba su vida en un presente que se encaminaba hacia la consecución del futuro (Saldaña, 1995: 360).

Uno de los elementos coyunturales que ha impulsado la pérdida de contacto con el pensamiento y tiempo histórico es el auge de las tecnologías de la información, las cuales nos crean la falsa sensación de vivir en un presente dominado por la simultaneidad y la instantaneidad, que se sintetiza en una aceleración de la temporalidad a la que estábamos habituados, tal y como lo manifiesta Ursula K. Heise (1997: 23). Además, según la misma autora, «through this acceleration of normal temporality, computer use immerses the individual in a “hyper-present” of sorts, a hyper-intensified immediacy that focuses the user’s attention on a rapid succession of micro-events and thereby makes it more difficult to envision even the short-term past or future» (Heise, 1997: 26). Las palabras de Heise muestran, en definitiva, la creciente incapacidad para proyectar realidades más allá del presente, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que poco a poco dominan nuestro uso del lenguaje, se sumergen en lo atractivo de la inmediatez, eliminando así de la ecuación el alcance del tiempo. Esta se muestra, así, como una de las paradojas de la epistemología posmoderna, ya que en una era donde todo es posible y, por lo tanto, todo debería poder realizarse, se subvierte la capacidad de pensar en la vastedad de futuros contingentes y se traslada a la multiplicidad del presente.⁹⁷ Así que, aunque todo es posible, nada es efectuable. En la posmodernidad, la factualidad se convierte en una utopía inalcanzable.

⁹⁷ La misma autora señala que esta tesis está extendida en la diversidad de estudios sobre temporalidad y posmodernidad. Heise muestra las declaraciones de la socióloga Helga Nowotny como ejemplo, la cual «claims that the concept of the “future” has been replaced in the second half of the twentieth century by that of an “extended present» (Heise, 1997: 29)

En conjunto, cabe cuestionarse cuál es el verdadero papel que adopta el lenguaje y sus estructuras semánticas entre todo este entramado. David Lyon lanza la siguiente reflexión: «¿Se desvanece el significado en un mundo centrado en los medios de comunicación? Sin duda, actualmente se está cuestionando de manera radical la naturaleza de la “realidad” y el “significado”. Más aún, esto ha ocurrido en parte debido a la llamada revolución de la información» (1996: 96). Las palabras de Lyon coinciden con la argumentación que he expuesto hasta el momento, pues asistimos a la creación de una nueva estructura semántica en el lenguaje, en la que el fuerte vínculo que unía el significado con su expresión directa ya no funciona del mismo modo que antaño porque, tal vez, este vínculo ha quedado totalmente consumido por el recelo que se orienta hacia las verdades absolutas que reinaban en la modernidad, unas verdades entre las que, precisamente, se incluía el encuentro de un vínculo firme entre el sentido y el referente lingüístico.

Así, como arguye Terry Eagleton, el posmodernismo «dedica gran parte de su tiempo a atacar la verdad absoluta, la objetividad, los valores morales eternos, la investigación científica y cierta creencia en el progreso histórico. Pone en cuestión la autonomía del individuo, las normas sociales y sexuales rígidas y la creencia de que existen fundamentos sólidos para el mundo» (2005: 29). Por lo tanto, la posmodernidad genera una nueva forma de expresión lingüística, similar a la concepción de los «nuevos vocabularios» que propone Richard Rorty (1991), en los cuales la emancipación del referente lingüístico objetivo permite crear nuevas realidades alejadas de la verdad absoluta que prometía el progreso del conocimiento humano. Estos nuevos vocabularios se definen, en definitiva, como «una herramienta para hacer algo que no podría haberse concebido antes de la elaboración de una serie determinada de descripciones: las descripciones de las que la propia herramienta ayuda a disponer» (1991: 33). De este modo, el lenguaje posmoderno se asume como la habilidad creadora del sujeto humano, y su propia capacidad de referir permite construir continuamente nuevos escenarios que, en conjunto, conforman nuestra idea de lo real.

El fenómeno descrito en el párrafo anterior ofrece una cantidad considerable de similitudes con el tránsito del pensamiento estructuralista al pensamiento postestructuralista. De hecho, en materia lingüística, uno de los pilares fundamentales del estructuralismo consistía en dotar a las estructuras del lenguaje de una unidad intrínseca, un referente estable y accesible. Al respecto, María del Carmen Bobes Naves (2002) comenta las dinámicas de la

semiótica estructuralista, de forma que reafirma la actitud de esta corriente a la hora de «identificar las estructuras fonológicas, o morfológicas, en lengua, que considera como un sistema de relaciones o de funciones, y da a cada una de las unidades que identifica mediante la segmentación del discurso del habla una casilla en ese esquema» (Bobes Naves, 2002: 131). Siendo así que los principales mandatos del estructuralismo, que pretendían asir la ciencia del lenguaje, proponen el signo lingüístico como un ente objetivable y, como consecuencia, el referente se convierte en un objeto de estudio estable, esto es, una suerte de constante. Es decir que el estructuralismo presupone la solidez del sistema sobre el cual fija la atención, y por ello propone «encontrar lo estable en el funcionamiento sincrónico del lenguaje» (2002: 141).

Por otro lado, Jonathan Culler, que se instituye como uno de los académicos imprescindibles a la hora de investigar la lingüística estructuralista y postestructuralista, añade que «las relaciones que son más importantes en el análisis estructural son las más simples: las oposiciones binarias. Independientemente de cualesquiera otros resultados que haya producido el modelo lingüístico, es indudable que ha estimulado a los estructuralistas a pensar en términos binarios, a buscar oposiciones funcionales en cualquier material que estén estudiando» (1978: 39). Por ello, no es de extrañar que la teoría de la correspondencia abordada por la filosofía del lenguaje de principios del siglo XX —que sentenciaba el análisis de los enunciados lingüísticos a través del binomio verdad-falsedad— surgiera a la par y se mantuviera en boga durante el desarrollo del estructuralismo.

Con todo, y como respuesta a los rasgos que componen el enfoque anterior, el postestructuralismo rehúye la integridad de las teorías previas que se basaban en la existencia de un centro fijo en la estructura de significado, de ahí que este orden se disuelva en pro de un sistema de significación abierto. Es decir que:

en lugar de ser una estructura bien definida, claramente delimitada, que contiene unidades simétricas de significantes y significados, comienza a presentarse, cada vez con mayor claridad, como un tejido ilimitado pero irregular donde constantemente hay intercambio y circulación de elementos, donde ninguno de esos elementos es totalmente definible y donde todo se relaciona y se explica por todo lo demás (Eagleton, 1998: 81).

En el desarrollo del postestructuralismo subyace la idea según la que el lenguaje goza de una cierta emancipación de la referencia, puesto que no necesita la alusión a verdades definitivas para desplegarse e incluirse entre las dotes comunicativas del ser humano.⁹⁸

Con todo, he querido mostrar cómo la lingüística postestructuralista refleja algunos de los rasgos que se desenvuelven en el pensamiento posmoderno, pero no establece una analogía completa entre ambos. Es digno de mención que el cuestionamiento de la solidez y de la división binomial del signo lingüístico es una característica o, quizás, una consecuencia ineludible en la posmodernidad. Así, una de las formas de expresar la escisión del nexo entre sentido y referente es la separación entre el lenguaje y el fenómeno, dicho de otro modo, entre el lenguaje y la estabilidad ontológica del mundo empírico que se conjeturaba en la episteme moderna. En la posmodernidad, los conceptos dejan de responsabilizarse de la representación de las estructuras del cosmos —si es que en algún momento lo hicieron—, y el concepto «realidad» se traduce en una amalgama de discursos sin una unidad concreta. Como ya adelantó Michel Foucault, «no se trata de que la razón haya hecho progresos, sino de que el modo de ser de las cosas y el orden que, al repartirlas, las ofrece al saber se ha alterado profundamente» (2006: 8). Esta alteración, que se dirige fundamentalmente hacia el saber, esto es, la epistemología humana, se expande hacia el universo de lo posible. Esto, sin embargo, lejos de entrañar una apertura provechosa para el conocimiento, conlleva un exceso de saberes que, en lugar que configurar una imagen más precisa de la realidad, se orienta hacia un universo confuso y heterogéneo. Durante sus clases de literatura en Berkeley Julio Cortázar afirmó que «yo aceptaba una realidad más grande, más elástica, más expandida, donde entraba todo» (2013: 50), pero la aseveración del escritor argentino parece obviar que la figuración de ese «todo» revelará la realidad de un mundo voluble cuya estructura es inaccesible, una realidad en definitiva amenazadora, ¿o no es cierto que el protagonista de su «Carta a una señorita en París» termina perturbado por la imposibilidad de controlar (y comprender) el aumento en la proliferación de los conejitos? El espacio que abarcaba nuestro esquema de lo real, el cual podía recluirse en un solo territorio extensional (factual), se ha

⁹⁸ Como muestra de este fenómeno, es un hecho patente que en nuestra era hemos accedido al período en el que impera la «posverdad», de disposición generalmente sociológica. En el artículo «La función política de la mentira moderna» (1997), de Alexandre Koyré, se expone cómo el uso de la propaganda política, frecuentada por los regímenes totalitarios de principios de siglo XX, se sostiene sobre un discurso que rehúye de la verdad objetiva —y de la falsedad objetiva— y se mantiene a favor de una mentira que finalmente es aceptada por las masas (Koyré, 1997: 501-505).

esparcido como si se tratase de una progresión geométrica que tiende al infinito: se generan tantos territorios extensionales de lo factual como discursos sean concebibles, y aparece el desconcierto del ser humano ante la imposibilidad de concertar un centro fijo entre la heterogeneidad de ese entramado.

De forma que la *posibilidad*, esta *conditio sine qua non* del pensamiento posmoderno, permite trasladar la objetividad del concepto y sus limitaciones a los medios expansivos del lenguaje, es decir, al espectro de realidades concebibles sin la necesidad de aseverar eventualidades factuales. Para ello, primero es imprescindible entender el signo lingüístico como una unidad polifacética, pero no arbitraria. Dicha heterogeneidad en el lenguaje, la cual goza de algunas virtudes —como puede ser la capacidad de observar las múltiples caras del prisma de la realidad—, también tiene una contraparte perniciosa, porque «si no conseguimos hallar el hilo de Ariadna que nos guíe por este laberinto, no poseeremos una visión real del carácter general de la cultura humana y quedaremos perdidos en una masa de datos inconexos y dispersos que parecen carecer de toda unidad conceptual» (Cassirer, 1967: 24). Herbert Marcuse especifica las consecuencias de esta falta de unidad conceptual y lo enlaza con el estado del bienestar que ha generado el capitalismo tardío, entendido aquí como otro de los factores que frecuentan esta disolución del signo lingüístico:

el lenguaje es despojado de las mediaciones que forman las etapas del proceso de conocimiento y evaluación cognoscitiva. Los conceptos que encierran los hechos y por tanto los trascienden están perdiendo su auténtica representación lingüística. Sin estas mediaciones, el lenguaje tiende a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre razón y hecho, verdad y verdad establecida, esencia y existencia, la cosa y su función (2016: 114).

El fundamento de la idea planteada en este fragmento de *El hombre unidimensional* (2016) es que el lenguaje haría las veces tanto de comunicante como de mediador o filtro de la comunicación. Dicho esto, Marcuse nos advierte de la pérdida del ojo crítico del sujeto contemporáneo y occidental. Esa mirada crítica, de hecho, fue un punto clave de los grandes discursos —culturales y políticos— que imperaron en la era anterior, siendo así que el pensamiento moderno creía poseer un objetivo fijo hacia el que apuntar —el mundo extralingüístico—. Por el contrario, en la era posmoderna, el lenguaje no pretende encontrar o conocer la ontología del mundo, el objetivo se ha perdido al desvanecerse la actitud crítica

que poseía antaño, pero encuentra nuevas maneras de desenvolverse a través de sus dotes creativas, que están fundadas en lo posible. Así, el lenguaje posmoderno *construye* la realidad.

No es necesario adentrarse más en la crítica político-cultural que el texto de Marcuse realizó en los inicios de la segunda mitad del siglo XX, pero lo que sí cabe subrayar es que, de algún modo, aquellas verdades que antiguamente venían pautadas por un referente que — según presuponíamos— yacía perfectamente dispuesto entre la ontología del mundo, ahora están generadas por el propio lenguaje. Frederic Jameson (2001: 9) argumenta que el sujeto moderno pensaba en el contenido extensional del mundo circundante como un plano accesible, así que los esfuerzos del conocimiento y progreso humano estarían orientados a la obtención de dicho contenido. En la posmodernidad, por el contrario, el contenido extensional del cosmos se vuelve inalcanzable y se substituye por el contenido creado por el lenguaje. La verdad del discurso se convierte en una cuestión formal y, por ello, cualquier referencia generada por el lenguaje es un mero artificio, y no un reflejo directo del mundo. Luego, esta crisis de la referencia «implicaría un giro epistemológico y gnoseológico al perder validez el conocimiento racional de la realidad y al adoptarse la hipótesis de la imposibilidad de conocimiento» (Fernández Roca, 1994: 13). Dicho de otro modo, al abandonar el acceso racional a lo real, todo conocimiento que parte de la realidad externa al ojo humano se vuelve imposible.

Al margen del trasfondo pesimista de las afirmaciones anteriores, también hay que hacer valer la versatilidad que adopta el lenguaje en lo posmoderno. Quizás el acceso al contenido ontológico del mundo sea inconquistable, pero no la oportunidad de crear nuevos escenarios que brinden una idea más precisa de la condición humana. El uso de todo el espectro de posibilidades de las que goza nuestro aparato epistemológico nos puede ayudar a localizar aquellas rasgaduras en el tejido de lo real sobre las que, obnubilados por el discurso logocéntrico, nunca nadie había reparado. De modo que «mucho más importante que el signo implique un valor afectivo es que el signo pueda interpretarse como una ficción generativa, como un producto singular, un logro del sistema del conocimiento humano, y esto es lo decisivo respecto a las posibilidades de la auto-conciencia, en el desarrollo de impulsos, formas y perspectivas propios de una civilización» (Ulrich Reck, 2002: 55). Las particularidades conceptuales que se advienen en el seno del pensamiento posmoderno

oscilarán entre la disminución de significados estáticos, la permutación de los valores morales y la inestabilidad de las creencias que afianzaban nuestro espectro de lo real. Con todo, la facultad de tratar con la expansión de las representaciones que se figuran en nuestro sistema conceptual, las cuales llegan mucho más allá de los límites que ofrecía el mundo de la modernidad —limitado por binomios como el estatuto verdadero o falso de un enunciado—, convierte las posibilidades del lenguaje y del pensamiento en el nuevo molde de lo existente.

Así, el pensamiento posmoderno revela que quizás el lenguaje no pueda alcanzar el contenido metafísico del cosmos, pero sí que es un experto en la búsqueda de alternativas epistémicas que puedan guiarnos a un mejor entendimiento de nuestra idiosincrasia.

3.1.2. POSMODERNIDAD Y TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LA FICCIÓN

En esta sección se pretende señalar que la ficción no va a quedar exenta de la influencia que ejercen estas nuevas formas y mecanismos del lenguaje en la posmodernidad. De hecho, la teoría no mimética de la ficción —en la cual sitúo mi marco teórico y sobre la que he propuesto el modelo semántico de los territorios extensionales— reconoce el uso de la noción de *posibilidad* como el elemento fundamental a través del cual se conforma la diversidad de mundos ficcionales o territorios extensionales de la ficción. De este modo, es de esperar que en una era en la que reina la construcción de nuevos escenarios referenciales para hacer frente a la imposibilidad de localizar el contenido ontológico del cosmos, lo *posible* tendrá una consecuencia directa sobre el análisis y la constitución de los territorios extensionales de la ficción.

Algunos de los teóricos de referencia en el campo de la teoría de la ficción posmoderna como Brian McHale y Linda Hutcheon aluden a un cambio de paradigma en la aprehensión del campo de la referencia ficcional. Según McHale (1987: 10), la particularidad fundamental de la ficción posmoderna es que se construye a través de parámetros ontológicos, lo cual hace frente al influjo de lo epistemológico que habría imperado en la ficción moderna. Esto coincide con mi exposición, en tanto que el sujeto moderno gozaba de una firme confianza en los principales sistemas epistemológicos —ciencia, filosofía, política, etc.—, a través de los cuales, teóricamente, podía dar con el acceso a la metafísica del

cosmos. No obstante, en la posmodernidad, los planos extensionales generados por el lenguaje substituyen el contenido ontológico del mundo, que en cambio se asume inalcanzable. Así, la actitud que adoptará el ser humano frente a la ficción es análoga a la postura que toma frente a lo real: si bien en la modernidad se erigió el anhelo de conocer la disposición del mundo que nos rodea, en lo posmoderno se apela a la habilidad constructora de esquemas referenciales o territorios extensionales, sean estos factuales o ficcionales.

Por otro lado, la teoría de la ficción posmoderna que sigue la tesis de Linda Hutcheon considera que el lenguaje, lejos de rehuir de la denotación del referente lingüístico —esto es, de expresarse como una suerte de sentido guiado solo por aspectos formales—, genera nuevos escenarios que ponen en duda la validez de la ontología tradicional.⁹⁹ A partir de esta asunción, la autora propone el concepto «historiographic metafiction» (Hutcheon, 1988: 113-114), a través del cual se muestra el desvanecimiento de la línea que separaba la historia —entendida como los hechos factuales y objetivamente verdaderos— de la ficción. De este modo, ficción y factualidad convergerían en un mismo punto: para ambas, lo verdadero y lo referencial son cuestiones generadas por la condición humana en sí y por la propia habilidad poética del lenguaje. Cabe subrayar que estas afirmaciones no derivan en una especie de *escepticismo*¹⁰⁰ frente a la existencia del mundo empírico, sino que aquello que se pone en duda es el acceso al contenido de dicho mundo, es decir que la polémica se localiza dentro de la epistemología humana y no en la ontología de la realidad extralingüística *per se*. En la posmodernidad, cualquier contenido referencial, ya sea este ficcional o factual (histórico), «differs from realist reference in its —again— over assertion of that relative *inaccessibility* of any reality that might exist objectively and prior to our knowledge of it» (Hutcheon, 1988: 146). Nótese, así, que el cambio de paradigma que se ha producido en la ficción posmoderna se encuentra fundamentado en la atribución de autonomía ontológica al contenido referencial

⁹⁹ De hecho, Hutcheon sugiere que no es tanto que la «verdad» se interprete como una ilusión, sino que su significado se ha institucionalizado, es decir, que el lenguaje se dirige hacia el concepto de verdad atendiendo solamente al contexto y condiciones de los discursos políticos (1988: 178).

¹⁰⁰ En cambio, el escepticismo al que alude Hutcheon (1988) refiere a una particularidad propia de la posmodernidad más orientada a distintos usos retórico-humorísticos del lenguaje que a la desconfianza ante el contenido metafísico de la realidad en sí misma. Tal como expone David Roas, para Hutcheon «el escepticismo general que caracteriza a la Posmodernidad se traduce retóricamente en el recurso a la ironía, la parodia y el juego, empleados para impugnar varios conceptos fundamentales: la autoridad de las instituciones, la unidad del sujeto y la coherencia y las fronteras entre discursos, géneros, artes y disciplinas» (2022b: 18).

de la ficción, esto es, la legitimación de los territorios extensionales de la ficción como planos independientes de la realidad y del mundo factual.

Desde un parecer similar, Ihab Hassan refiere a una de las tendencias posmodernas que sostiene el ser humano frente al entorno circundante como:

the capacity of mind to generalize itself the world, to act upon both self and world, and so became more and more immediately, its own environment (...) The tendency (...) depends, above all, on the emergence of man a language animal, *homo pictor or Homo significans*, a creature constituting himself, and increasingly his universe, by symbols of his own making (1985: 126).

Tras la declaración de Hassan, es posible ratificar que el sujeto humano es, ante todo, un ser lingüístico, y que este mismo atributo le permite configurar su propio universo —una idea de realidad fundamentalmente idiosincrática—, tal y como ya se expuso en el primer capítulo de este estudio. Es usual, pues, que la teoría posmoderna haga notar la disolución del límite que mantenía al plano de la factualidad y al plano de la ficción por separado, considerando además que, hasta el momento, lo factual era análogo a la realidad extralingüística. Si la posmodernidad ya no es garante de las creencias que aseveraban el acceso al trasfondo ontológico del mundo, entonces todo lo que queda es pura habilidad discursiva, y «se establece, de esta forma, la preeminencia de la *doxa* sobre la experiencia, de la opinión sobre los hechos, de la epistemología sobre la ontología, y acabamos analizando la historiografía como narración» (Scamuzzi, 2019: 254). Por todo ello, el lenguaje humano y los discursos que este profiere son los aparatos constructores de los territorios extensionales.

Las diferencias entre el discurso factual y el discurso ficcional que postuló la tradición no fueron más que una parte necesaria de la ahora olvidada actitud historicista del pensamiento humano, que nos había mantenido firmemente decididos a alcanzar las altas cotas del conocimiento. Una vez desprovistos de aquella confianza en la epistemología que unía discurso y mundo extralingüístico, solo nos quedan narraciones que si bien apuntan a lo real, lo hacen en la medida que este último es, por completo, una elaboración del ser humano. Así, la realidad que se construye en la ficción será tan artificiosa como la realidad que se construya en los territorios factuales, porque en el pensamiento posmoderno toda significación depende, según sugirió el filósofo Albrecht Wellmer (1993: 52), de la

perspectiva —teórica, filosófica, intelectual o moral— que adopte el sujeto. Esta misma perspectiva —o conjunto de perspectivas— es, además, fundamentalmente lingüística, pero rehúye de la relación ostensiva que imperó en la modernidad, en la que el signo lingüístico podía (y debía) apuntar directamente al mundo objetivo. En cambio, la posmodernidad se aventura a la creación de «sistemas lingüísticos de significaciones, formas de vida, un mundo que en cierta forma se nos abre lingüísticamente» (Wellmer, 1993: 83).

Este nuevo mundo abierto lingüísticamente y, por ende, abierto a lo posible, es también un mundo que disfruta de una cierta «levedad» (Calvino, 1989: 27), en tanto que la gravedad que le otorgaba la presencia de un referente objetivo ha perdido toda su fuerza de atracción. Por lo tanto, el discurso ficcional ya no es el único que rehúye la representación del mundo, sino que el discurso factual también se encuentra desprovisto de aquella substancia, el referente objetivo, que le otorgaba autoridad ontológica, es decir que lo postulaba como el discurso dominante en tanto que se mantenía fiel frente al contenido del cosmos. Por ello es coherente proponer que los límites entre la ficción y la realidad se disipan, que la realidad puede ser aprehendida como una suerte de ficción, pero que la ficción ya no figura como el antónimo de la verdad.

A propósito de la evolución de la relación entre el discurso ficcional y lo real, Jaime Alazraki (1996) comparó la escritura de varios autores de la modernidad literaria, como James Joyce, Franz Kafka, Virginia Woolf o Paul Valéry, con el objetivo de enumerar algunos de los rasgos característicos del código modernista, entre los cuales se encontraría la negación a los discursos de corte realista. Dicho de otro modo, la ficción moderna inició «el rechazo de todos los realismos decimonónicos y la marcada tendencia a privilegiar los referentes (esa tendencia es responsable de la importancia otorgada al lenguaje y de la proliferación de técnicas narrativas); el comentario del texto por el texto mismo o voluntad metatextual o autorreferencial; la participación del lector como factor activo en la realización de la ficción» (Alazraki, 1996: 130). De tal manera que la estética moderna ya se adelantó a los efectos que sufriría el hecho lingüístico en la era posmoderna, entre los cuales se halla un distanciamiento hacia el referente veraz y monolítico, y la creación de nuevos territorios extensionales legitimados por el propio discurso y no por la confrontación con la realidad extralingüística. Por ello, en la posmodernidad «los críticos que aceptaron lúcidamente la etiqueta de posmodernismo lo hicieron porque querían ser capaces de tratar cuestiones acerca

del *status* de la “realidad” *versus* “ficción” en los discursos literarios de hoy» (Calinescu, 1991: 287), y es que la separación que se ha producido entre el sentido y el referente de la enunciación, tanto en lenguaje ordinario como del lenguaje ficcional, hacen cada vez más difícil hallar diferencias semántico-extensionales entre los discursos dirigidos a lo factual y los discursos propios de la ficción.

Dentro del espectro de la ficción, se verán afectadas sobre todo las categorías de lo no mimético, cuyo eje de análisis semántico está constituido por la estructura de la realidad allí representada, la cual se aleja de la imitación fidedigna de la imagen inmediata del mundo, que en tal caso sería propia del realismo literario. La figuración de lo real en el hecho ficcional se constituye como uno de los objetos de estudio que mejor ilustran el cambio paradigmático que ha sufrido el referente lingüístico en la posmodernidad. En consonancia con esta cuestión, Calinescu pone el foco de atención sobre las cualidades del realismo en la prosa posmoderna, lo que nos permite preguntar lo siguiente: «¿puede la literatura ser otra cosa que autorreferencial, dada la actual duda epistemológicamente radical y los modos en los que esta duda afecta el *status* de la representación?, ¿se puede decir que la literatura es una “representación de la realidad” cuando la propia realidad resulta estar enteramente tornasolada de ficción?, ¿en qué sentido se diferencia la construcción de la realidad de la construcción de la mera posibilidad?» (1991: 289). Así pues, en el eje de la posmodernidad, también se pueden aventurar las siguientes dos cuestiones: ¿de qué manera se diferencia la representación de la realidad factual de la construcción de la realidad en ficción, si se entienden ambas como meras elaboraciones fundadas en el lenguaje humano?, y ¿tiene sentido hablar de realismo ficcional en una era donde lo real es puro artificio? A partir de estas dos preguntas es sencillo comprender que la ficción no mimética se convierte en una herramienta idónea a la hora de desplegar todo un universo de posibilidades que permita construir nuevas estructuras de realidad. Las categorías de lo insólito, en tanto que jamás aspiraron a imitar el contenido del mundo extralingüístico, se presentan como el producto ficcional con mayor potencial para conocer la realidad humana en la poética posmoderna.

La disolución de los límites entre realidad y ficción permite tomar conciencia del poder del lenguaje humano para crear escenarios referenciales. Tal y como apunta Nelson Goodman, «ciertamente, la uniformidad de la naturaleza ante la que nos maravillamos, o su imprevisibilidad ante la que protestamos, pertenecen a un mundo que es de nuestra hechura»

(1990: 28), así que toda afirmación sobre lo extralingüístico es en realidad, y aunque parezca un oxímoron, un producto del lenguaje. La realidad que se abre en la posmodernidad no podría asemejarse más a los territorios de la ficción, pues ambos espectros son genuinamente obra del ser humano, y muestra, así, que el hecho mimético no es viable en ninguno de los dos planos. Como se verá en los próximos dos apartados, lo fantástico posmoderno problematiza la hegemonía de la que goza la idiosincrasia y lenguaje humano a la hora de generar nuestra propia idea de lo real.

3.2. LO FANTÁSTICO POSMODERNO: LA IMPOSIBILIDAD DE LO POSIBLE

3.2.1. LA IMPOSIBILIDAD LINGÜÍSTICA: TRANSGRESIÓN EN LO FANTÁSTICO POSMODERNO

Octavio Paz definía la «tradición» como «la transmisión de una generación a otra de noticias, leyendas, historias, creencias, costumbres, formas literarias y artísticas, ideas, estilos: por lo tanto, cualquier interrupción en la transmisión equivale a quebrantar la tradición» (1990: 17). El hecho de tratar acerca de la configuración de la vertiente tradicional de lo fantástico, significa ahondar precisamente en la concepción de un tipo de tradición que se sostenía sobre la confianza en la estabilidad del mundo extralingüístico —y que luego era transgredida por el fenómeno fantástico—, por lo que la primera afirmación que cabe manejar sobre lo fantástico posmoderno es que este representa un quebrantamiento de las formas anteriores, a través de las que se configuraba lo fantástico tradicional.

Una de las razones por las cuales la categoría de lo fantástico está completamente expuesta a la ruptura de sus formas tradicionales es el cambio de paradigma que se produce en la posmodernidad sobre la epistemología y el lenguaje, ya que el despliegue de lo fantástico es indesligable de la exposición de un plano que ejerza la función de lo real y, al mismo tiempo, la construcción de este plano depende de nuestra forma de aprehender el funcionamiento del mundo extradiscursivo. Así, me refiero a lo fantástico posmoderno al encontrar que la problematización ya no se sitúa sobre la estructura ontológica que se atribuía al mundo, sino que se localiza sobre las cuestiones epistemológicas que acompañan al aprendizaje de las estructuras de lo real. Además, parto de la asunción según la cual lo posmoderno no es solamente un *-ismo*,¹⁰¹ sino que representa todo un cambio de episteme, esto quiere decir que lo fantástico posmoderno supone una alteración de las maneras de entender el funcionamiento de lo real y no solamente el reflejo de un cambio en sus formas retóricas.

¹⁰¹ Es decir, una suerte de tendencia, ya sea esta política, sociológica, cultural o estética.

Tal y como se expuso al inicio del segundo capítulo de este estudio, los inicios de la teoría de lo fantástico establecieron esta categoría como un tipo ficcional que mostraba la irrupción de un fenómeno que desestabiliza las regularidades del mundo extralingüístico, es decir, un mundo provisto de una ontología fija e inmutable. Así se deducía a través de las definiciones que aportaban Pierre-George Castex, Roger Caillois, Louis Vax e incluso Todorov. Sin embargo, con la llegada de nuevas aportaciones teóricas como lo «neofantástico», de Jaime Alazraki, que «asume el mundo real como una máscara, como un tapujo que oculta una segunda realidad que es el verdadero destinatario de la narración» (2001: 276), o propuestas como el ya citado «miedo metafísico», de David Roas (2011: 96), se empieza a vislumbrar un cambio de sentido en la transgresión que define a lo fantástico: en la vertiente contemporánea de esta categoría, la irrupción se dirige a la desestabilización de los parámetros que construyen nuestra idea de realidad, y se independiza de la aprehensión de los sucesos del mundo extralingüístico.

Tras hacer notar estos cambios, he propuesto el término «imposibilidad lingüística», el cual está destinado a definir la transgresión que se producirá sobre la forma posmoderna de la categoría de lo fantástico. Esta transgresión, como se verá, se constituye como la imposibilidad de la representación de la realidad, es decir, la imposibilidad de construir la multitud de planos posibles gracias a los cuales se despliega la realidad posmoderna.

El despliegue de la imposibilidad lingüística no deja de ser una de las consecuencias de las formas en las que opera el pensamiento posmoderno: aquellas verdades que dábamos por sentado, hoy día son insondables. Esto me lleva a reflexionar acerca de la naturaleza de la propia imposibilidad. El verdadero molde de lo imposible nunca podría formar parte de la estructura de lo real, esto es, ni de sus regularidades, ni tampoco de cualquiera de las posibles distribuciones que pueda adoptar. La imposibilidad no es ningún enigma por resolver, sino una actitud frente a la realidad, una forma de caer en la cuenta de que el saber humano no es infalible. Lo imposible se convierte en un concepto humano en el momento en el que nosotros mismos hemos hecho constatar los límites del conocimiento. El estatuto ontológico de lo real se vuelve escurridizo cuánto más intentamos entender su naturaleza, pues lo único que podemos decir y describir sobre él son las formas del saber que tenemos a mano, es decir, meros conceptos y categorías elaborados a partir de nuestras dotes idiosincráticas.

Con todo, ¿cómo se acerca la teoría de lo fantástico a la variante contemporánea de esta misma categoría?

Destaca primero la figura de David Roas por su más que contundente defensa de la vigencia de lo fantástico en la era contemporánea. La argumentación de Roas persigue la discusión en torno al sentido de seguir dialogando con la categoría de lo fantástico en el espectro narrativo de era posmoderna, que, «caracterizada por su desconfianza ante lo real, se manifiesta como una entidad autosuficiente que no requiere la conformación de un mundo exterior (“real”) para existir y funcionar» (2011: 145). Siguiendo este razonamiento, se infiere que en la narrativa posmoderna no hay forma de encerrar el conflicto entre lo real y lo irreal que se requería en la forma tradicional de lo fantástico, porque dentro del texto ambos planos semánticos gozarían del mismo grado de verosimilitud (Roas, 2011: 153). Sin embargo, el cuidado que dedica el autor a este último aspecto le lleva a salvar el obstáculo que presenta la conformación de la realidad en la era actual, de tal manera que lo fantástico posmoderno «revela la complejidad de lo real y nuestra capacidad para comprenderlo y explicarlo, y esto lo hace mediante la transgresión de la idea (convencional y arbitraria) que el lector tiene de la realidad, lo que implica una continua reflexión acerca de las concepciones que desarrollamos para explicar y representar el mundo y el yo» (Roas, 2011: 153). Así, la vertiente posmoderna de esta categoría desarrolla la transgresión de nuestros aparatos conceptuales, los cuales participan en la asunción y construcción de lo real, frente a la vertiente tradicional, en cuyo caso la transgresión se localizaba sobre unos esquemas de realidad más o menos preestablecidos y no sobre la forma de configurarlos.

Mery Erdal Jordan (1998; 2000) presenta una teoría más específica de la acción del lenguaje en lo fantástico contemporáneo. Para ello, la autora, como también hace David Roas, defiende la vigencia de lo fantástico en la era contemporánea, el cual define como «fantástico moderno» y dentro del que también propone la presencia de lo «fantástico como producto del lenguaje», un subtipo exclusivo de la producción contemporánea de esta categoría y análogo a lo que aquí entendemos por «fantástico posmoderno». Tal y como lo expresa la autora, uno de los elementos que distingue a lo «fantástico como producto del lenguaje» de su precedente, lo fantástico tradicional, «corresponde al modo de configuración del fenómeno, el cual puede ser, como en lo fantástico tradicional, de percepción o, en una modalidad exclusiva de lo fantástico contemporáneo, del lenguaje» (2000: 324). Según lo

define Erdal Jordan, en esta modalidad exclusiva de lo fantástico contemporáneo, designada también como lo «fantástico del lenguaje», el centro de significación de un texto se encuentra entre los signos mismos que lo constituyen y no en la realidad extratextual, así, «estos textos se revelan como “hiperconscientes” respecto de su capacidad de reconfigurar una realidad independiente de todo referente» (1998: 127). Se observa por ello que aquello que libera al lenguaje del yugo que lo mantenía vinculado a un referente fáctico y extratextual es precisamente su propia capacidad para generar significados de forma autónoma e independiente del mundo extralingüístico. Esta misma autonomía de la que disfruta el lenguaje constituiría una de las partes más singulares de las nuevas manifestaciones de lo fantástico. Aunque si bien estos textos configuran un plano de realidad independiente de todo referente extralingüístico, primero es necesario comprometerse con la idea según la cual existe una creencia compartida acerca de lo real extratextual sobre la que luego lo fantástico del lenguaje se emancipa.

El trabajo de Tahiche Rodríguez Hernández (2008) ratificaría las aseveraciones derivadas de la teoría de lo fantástico del lenguaje de Mary Erdal Jordan. En otro lado he analizado las observaciones que realiza Rodríguez Hernández en relación con el análisis de lo fantástico a través del estudio de la lingüística; sin embargo, lo que me interesa subrayar aquí es otro de los puntos más sugerentes del trabajo de este mismo autor, en el cual se pone el foco de atención sobre la cuestión esencial de la semántica posmoderna, esto es, sobre la escisión entre lenguaje y mundo, y la subsiguiente incapacidad del sujeto para denotar lo extralingüístico. De tal manera que si el lenguaje es el aparato generador de la significación, pero esta no refiere al mundo —ergo no es capaz de establecer juicios [verdaderos] sobre el estatuto de lo real— toda estabilidad se disipa y la arbitrariedad sale a flote. El autor confirma este pensamiento en su trabajo: una vez derruidos los canales semióticos que conectan lo lingüístico con lo extralingüístico, la realidad como expresión del mundo se postula inalcanzable, pues «existe un cambio paradigmático que viene propiciado por la ruptura de la confianza en la relación lenguaje/mundo» (2008: 35). Rodríguez Hernández, de este modo, evidencia el papel que juega tanto el estructuralismo como la filosofía del primer Wittgenstein en esta escisión epistemológica, siendo ambas perspectivas partícipes de la limitación del lenguaje sobre el estatuto del signo lingüístico o de los propios estatutos de la lógica —respectivamente—. Así, y tal y como lo perciben David Roas y Ana Casas, «la

ruptura de dicha confianza o, al menos, su cuestionamiento, permite que lo fantástico se configure a partir de una transgresión esencialmente lingüística» (Roas y Casas, 2016: 21-22).

Rosalba Campra propondría que, en el siglo XX, lo fantástico «prevalentemente semántico» —el cual ya hemos presentado en un apartado anterior— da paso a «fantástico del discurso» (2008: 187). En la argumentación de la autora, la evolución de esta categoría tendría una causa histórica, pues encontraría su explicación y origen en el creciente interés en la epistemología del lenguaje, una inclinación que empieza a ser visible sobre todo a partir de la teoría literaria que va a caballo entre el estructuralismo y el postestructuralismo, en aquellos años 60 donde el significado empieza a perder el contacto fijo con su significante. Según Campra, lo fantástico del discurso:

corre parejas con la experimentación nacida de una conciencia lingüística que se manifiesta sobre todo como autocuestionamiento: el texto que se piensa a sí mismo, que se contempla en su condición de objeto creado por la escritura, que se propone al lector como proyección de la propia actividad... en fin, todas las formas que puede asumir la reflexión metaliteraria, y que suponen el trabajo sobre el significante como único modo de acercarse al significado. La literatura fantástica, al igual que tanta literatura de nuestro tiempo, se resuelve, en su fundamento, como una reflexión sobre la naturaleza misma del acto que le da existencia (2008: 187).

De manera que el acto que le atribuye existencia a esta nueva forma de la narrativa de lo fantástico es el lenguaje, el cual reorganiza las formas de esta categoría ficcional y le da un lugar en la ficción contemporánea, de tal modo que «lo fantástico no es sólo un hecho de percepción del mundo representado, sino también una interacción entre un fenómeno de escritura y una estrategia de lectura» (2008: 189-190). Así, el lenguaje permite la emancipación de lo fantástico del antiguo orden al que se debía, esto es, la percepción de la presunta ontología del mundo —el mundo representado—, el cual era propio de lo fantástico de la percepción o de lo que en esta tesis hemos descrito como fantástico tradicional. En la vertiente contemporánea de lo fantástico, el lector solamente necesita disponer de la presencia del texto, de las palabras, para percibir el desglose de fenómenos imposibles que, en este caso, «desafían las reglas de una presunta normalidad de la sintaxis narrativa, y cuestionan las relaciones entre la palabra y el referente. Si la violación del orden dado no es

evidente en el nivel semántico, un ataque a la “naturalidad” del lenguaje y de la narración lleva de todos modos a una “desverosimilización” de la realidad cotidiana» (Campra, 2008: 192).

Si en algo coinciden todos estos autores es en destacar la influencia de la ruptura del espectro semántico del lenguaje —vínculo lenguaje/realidad— en esta cuasi incipiente forma de transgresión. Es preciso señalar, sin embargo, que no es lo mismo analizar lo fantástico desde una perspectiva lingüística —como se hizo en el apartado 2.1. del segundo capítulo de este estudio— que proponer que lo fantástico posmoderno sea producto de la transgresión del lenguaje: existe una diferencia notable en el hecho de aprehender, primero, que en lo fantástico tradicional el referente lingüístico funciona como un elemento que denota lo imposible y, luego, en comprender que en lo fantástico posmoderno aquello que genera la imposibilidad es el propio mecanismo de emancipación de la referencia extralingüística.

De hecho, este tercer capítulo de la investigación en curso se puede delimitar, en gran parte, como una continuación de la investigación que empezó Tahiche Rodríguez Hernández. Con todo, dicha continuidad se sitúa en la filosofía del segundo Wittgenstein, superando así la postura que proponía el mismo filósofo en el *Tractatus logico-philosophicus*, en el cual asumía la inmanencia de una estructura lógica en la ontología del mundo. De este modo, la aplicación de los territorios extensionales sobre el análisis semántico de lo fantástico posmoderno permitirá observar que la conexión entre lenguaje y mundo siempre ha sido una suerte de ficción, que la realidad no es más que un constructo y que la función de la imposibilidad lingüística es representar la inviabilidad de construir una verdad consensuada. Si bien entiendo, como Rodríguez Hernández, que se ha producido una ruptura entre el vínculo lenguaje/mundo, también propongo que esta escisión está destinada a evidenciar que dicho vínculo jamás existió, por ello la imposibilidad lingüística se lanza hacia la epistemología de lo real, pues «nuestra percepción de esta se hace a través de representaciones verbales, lo que implica asumir la artificialidad de nuestra idea de la realidad y, por extensión, de nosotros mismos. Cuestionamos nuestro conocimiento» (Roas, 2011: 153). El problema que refleja lo fantástico posmoderno es la imposibilidad del conocimiento de lo real, es así que más que una ruptura entre el lenguaje y el mundo extralingüístico, supone una ruptura entre el lenguaje y nuestros esquemas de lo real —de

aquí la importancia de definir, como hemos hecho a lo largo de todo este estudio, la diferencia entre la noción de realidad y la noción de mundo extralingüístico—.

Tal y como se ha propuesto a lo largo de esta investigación, el funcionamiento del lenguaje humano produce que todo discurso, incluso el discurso sobre lo factual, emerja como un «nuevo» escenario referencial, una extensión fundamentalmente no mimética, y este proceso se hace evidente sobre todo en el contexto posmoderno. Por ello, la imposibilidad lingüística se establece más allá de los propios límites del lenguaje humano, siendo así una superación de la imposibilidad metafísica de lo fantástico tradicional que constituía solamente la transgresión de las leyes de que conformaban la ontología del mundo extralingüístico. De este modo, la imposibilidad lingüística podría definirse de forma muy breve como la materialización de la incapacidad del sujeto humano para dar con el acceso a los mecanismos epistémicos que determinan su concepción de lo real. Dicho de forma más simple, la imposibilidad que se desarrolla en lo fantástico posmoderno es el ejercicio poiético —de creación— que dispone en el texto la incapacidad de pensar lo impensable. De esto se sigue que en la vertiente contemporánea de la categoría de lo fantástico no hay modo alguno de encontrar un referente extralingüístico que se derive de lo imposible y, por tanto, tampoco tendría sentido incluir esta imposibilidad entre nuestros modelos extensionales de realidad.

Otra forma de definir la forma de transgresión que materializa la imposibilidad lingüística es que esta vulnera la habilidad misma de la conceptualización, comprensión y conocimiento inherente en el ser humano, precisamente porque se sitúa al exterior de nuestro modo de ver, interpretar y construir el mundo extralingüístico. Asimismo, este fenómeno es indesligable de la construcción identitaria del sujeto, dado que:

la desestabilización de nuestra idea de lo real —como eje de lo fantástico— suele ir acompañada de otro de los temas centrales de la literatura contemporánea: la crisis de la identidad. Las narraciones fantásticas ofrecen un retrato del individuo actual como un ser perdido, aislado, desarraigado, incapaz de adaptarse a su mundo, tan descentrado como la realidad en la que le ha tocado vivir (Roas y Casas, 2016: 19).

Lo fantástico posmoderno nos proporciona la posibilidad de observarnos desde el exterior de uno mismo. Sin embargo, lo que nos ocurrirá cuando nos contemplemos desde el otro lado del espejo, esto es, al examinarnos desde fuera del instrumento genuino de la

experimentación que resulta la propia cognición, es que nos encontraremos con una privación de aparatos para describir aquello que estamos viendo, es decir, con una privación del lenguaje y sus conceptos. Asimismo, esta desorientación hacia la propia identidad se enmarcaría como uno de los efectos ineludibles del pensamiento posmoderno: paradójicamente, el sujeto, pese a ser el agente indispensable de la aprehensión del entorno circundante, no puede observarse a sí mismo porque tampoco puede advertir los términos del momento histórico en el que habita, porque «comprender una constelación espiritual, incluso si la ambigüedad estuviera localizada en el fenómeno mismo, es completamente distinto de la observación que descubre —o del descubrimiento que se observa— en una imagen material; por la sencilla razón de que el observador mismo forma parte de la historia, y por eso no *puede* observarla» (Wellmer, 1993: 52). El sujeto posmoderno no puede devolverse la mirada a sí mismo porque se halla inmerso en una era sobre la que necesitará distanciarse en algún momento con tal de poder delimitarla (y también para poder delimitarse a sí mismo). Esto nos recuerda a la fábula que David Foster Wallace introdujo en el discurso de graduación para una promoción de estudiantes del Kenyon College (Ohio, EE. UU.), el cual se publicó póstumamente con el título *This is Water* (2009): «Hi ha dos peixos joves que van nedant i es troben un peix més vell que neda en direcció contrària, els saluda amb el cap i diu: “Bon dia, nois. Com està l’aigua?” I els dos peixos joves continuen nedant una mica més, i al final l’un mira a l’altre i fa: “Què collons és, l’aigua?”» (2015: 17-18); como explica DFW, el individuo asiste a la dificultad de construir sentido a partir de su propia experiencia, no tanto por la presunción según la cual la realidad es inaccesible para el ser humano, sino porque la experiencia siempre se aprehende a través del *yo*, y por ello la dificultad reside en pararse a observar el mundo, el universo, e incluso a uno mismo, sin la necesidad de intelectualizar todos los pensamientos que se generan instantáneamente en el propio sujeto (2015: 22-62).

En otro orden de cosas, la imposibilidad lingüística estaría contagiada por las ideas posmodernas afines a la inestabilidad de lo real, es decir, a la incapacidad para estructurar la realidad de forma homogénea, perpetuamente mermada por los límites de la existencia del ser. Las múltiples posibilidades que plantea el lenguaje posmoderno no pueden contenerse en un único plano extensional, tal y como lo expresa Lomeña Cantos: «desde esta perspectiva, la literatura actúa como una envoltura semiótica que indica cómo podría llegar a ser la realidad social. Lo posible sería un modo de lo real, el límite de lo realizable» (2016:

97). La imposibilidad lingüística intenta dar cuenta, en gran parte, del límite que establece el alcance de la posibilidad en nuestra idea de lo real.

Con todo, ¿hasta qué punto sería viable toparnos en nuestro día a día ante el tipo de imposibles que presenta la transgresión propia de lo fantástico posmoderno? La física de Michio Kaku me permitió inducir que el tipo de imposibilidades que se producían en lo fantástico tradicional se situaban en el límite de nuestra comprensión del mundo físico. Sin embargo, en lo fantástico posmoderno se inaugura otra forma de ruptura de los códigos de realidad, un quebrantamiento que va más allá de la asunción y aprehensión de las leyes naturales, y que «si resultaran ser posibles, representarían un cambio fundamental en nuestra comprensión de la física» (Kaku, 2010: 19).¹⁰² Es decir que todo nuestro sistema conceptual daría un vuelco si nos encontrásemos con la materialización de este tipo de imposibles porque, en definitiva, simbolizan otro modo de aprehender lo real. Recuérdese que las imposibilidades que se sitúan dentro del límite de la comprensión del mundo físico —según Kaku, imposibilidades de clase II— no pueden generarse en nuestros esquemas de comprensión del territorio extensional de lo factual, pero sí que podrían ser viables en otro tipo de constructo extensional distinto a nuestra idea de lo real, en el cual, además, se aprehenderían como posibles. Póngase por caso las máquinas del tiempo, la aparición de las cuales se constituiría como un fenómeno imposible en un territorio extensional que estuviera hecho a imagen y semejanza de la estructura de nuestra realidad —en la que los avances científicos no disponen de la técnica ni conocimiento necesarios para construir este tipo de aparatos—, en cambio, serían concebibles en un plano extensional en el cual existe la tecnología necesaria para construirlas, como por ejemplo en la realidad que predomina en la longeva serie televisiva de la BBC, *Doctor Who* (1963-actualidad). Así pues, las máquinas del tiempo no suponen ningún tipo de incongruencia conceptual si se sitúan en un mundo en el que existe el saber científico necesario para construirlas.¹⁰³ Así que más allá de las

¹⁰² Kaku se refiere a este tipo de fenómenos como «Imposibilidades de clase III» (2010).

¹⁰³ Es más, muchas de las tecnologías que se antojaban inviables en estadios pasados del conocimiento científico ahora son perfectamente plausibles e incluso efectivas. El siglo XXI es garante de este fenómeno, imagínese la incredulidad de un paseante de principios de siglo XIX, cuando ni siquiera se había inventado el telégrafo, si de repente se topara con la avanzada tecnología de nuestros *smartphones*, un dispositivo que probablemente se le figuraría como una suerte de objeto hechizado que puede invocar las voces y proyectar la imagen de nuestros conocidos, y que tiene acceso a la biblioteca más grande del mundo —además, esta última

imposibilidades de clase II que advierte Kaku, la imposibilidad lingüística que sería propia de lo fantástico posmoderno advierte una transgresión de nuestros esquemas conceptuales, es una imposibilidad que no sería posible en ningún territorio extensional posible, porque «lo imposible consiste justamente en ser un exceso, en aludir a un más allá del límite, indigerible» (Valls Boix, 2017: 228). Aquello que queda fuera de los límites de lo conceptual es irrealizable, tal como se expresaría en la nomenclatura analítico-semántica tradicional: «possible propositions are true in at least one world; impossible propositions are not true in any» (Plantinga, 1976: 140) y, por ello puede afirmarse que la imposibilidad lingüística, la cual no puede formar parte de ninguna extensión —y, por ende, no puede ser verdadera en ningún plano de posibilidad— sería imposible en todo mundo posible.

Con todo, el hecho de que lo fantástico posmoderno presente imposibilidades que son imposibles en todo mundo posible no debe confundirse con el concepto «Unnatural Narratives» (Alber, 2016), esto es, narrativas antinaturales que se autorregulan alterando las normas de la lógica aristotélica. Las voces de Brian Richardson, Jan Alber y Marie-Laure Ryan iniciaron un extenso debate acerca de esta noción de mundos narrativos.

La primera voz, Brian Richardson (2006; 2016), propuso su propia teoría sobre esta suerte de narrativa «antinatural», y la definió como «the theory of fictional narratives that defy the conventions of nonfictional narratives and of fiction that closely resembles nonfiction. It theorizes fiction that displays its own fictionality, and focuses on works that break (or only partly enter into) the mimetic illusion» (Richardson, 2016: 385). Además, Richardson ya argumentó en otro lado que esta ruptura de la ilusión mimética está en gran parte condicionada por la fractura de la noción estable del yo que se advierte en la narrativa posmoderna, en la cual la naturaleza de la identidad del sujeto está fragmentada debido a que el propio individuo solo puede definir su propia imagen a través de toda una *polifonía* de discursos que rehúyen de la representación fidedigna del plano extralingüístico —lo cual también hace frente a la fuerza de la construcción monolítica del yo en la era premoderna—, de ahí que el lenguaje posmoderno se caracterice fundamentalmente por ser «antimimético» (2006: 136). En otras palabras, la ilusión mimética se desmonta en el momento en el que la

guarda un cierto parecido con aquella Biblioteca de Babel que nos descubrió Borges y a la que nosotros hemos bautizado como *Google*—.

posibilidad —lo múltiple o polifónico— gana terreno a la factualidad —lo monolítico o necesario— como elemento que da crédito al contenido semántico del lenguaje. La mimesis era el reflejo de la autoridad de la que disfrutaba el plano extralingüístico sobre el discurso, así que cuando esta autoridad desaparece, se da rienda suelta a la proliferación de la narrativa no mimética en la que, según Richardson, se incluyen los cuentos de hadas, fábulas animales, historias de fantasmas y el resto de tipos ficcionales que invocan elementos mágicos o sobrenaturales. Sin embargo —y el mismo autor aclara este aspecto— la narrativa no mimética no es análoga a la narrativa antinatural, pues la diferencia entre ambas reside en el hecho que «unnatural texts do not attempt to extend the boundaries of the mimetic, but rather play with the very conventions of mimesis» (Richardson, 2016: 386). La narrativa antinatural se estipula así como la expresión de lo imposible en tanto que transgrede las leyes de la física o los axiomas de la lógica, y no como aquella definición de los mundos posibles fundada en la noción de *contrafáctico*, según la cual estos expresan otro modo de ser en el que las cosas podrían haber sucedido, algo más propio de la ficción no mimética. En este sentido, observo las coincidencias de la narrativa antinatural con las formas de la imposibilidad lingüística, a saber, la transgresión de las regularidades de la física y la lógica. Sin embargo, el propio Richardson confiesa que lo que diferencia a la narrativa de lo antinatural del resto de categorías es su naturaleza lúdica, lo antinatural es sobre todo «openly playful» (Richardson, 2016: 398); dicho de otro modo, la narrativa de lo antinatural juega con las estructuras narrativas, mientras que el resto de categorías ficcionales mantendrían la formalidad en lo que refiere a los mecanismos de construcción de la narración (2016: 398). De modo que lo antimimético experimenta con las estructuras de la narración, no sigue unas normas preestablecidas y tampoco incide en un tipo de transgresión o imposibilidad concreta como tal, mientras que puede inferirse que lo fantástico posmoderno sí sigue una regla fundamental: la transgresión del lenguaje.

La segunda voz, Marie-Laure Ryan (2016), responde con una crítica contundente a las características principales de la narrativa antinatural que propuso Brian Richardson en su artículo «Unnatural narrative theory» (2016).¹⁰⁴ La apreciación principal que contempla Ryan anida en la viabilidad de la categoría o etiqueta «Unnatural Narratives»: la crítica de

¹⁰⁴ Ambos artículos (Ryan, 2016; Richardson, 2016) se encuentran en el mismo número y volumen de la revista académica *Style*.

esta autora se dirige fundamentalmente hacia las condiciones que necesita lo antinatural para desplegarse en la narración, y es que a pesar de que el análisis de esta categoría abra nuevos caminos a través de los cuales examinar los textos experimentales —e incluso pueda ayudar a crear nuevas técnicas narrativas—, el problema principal que presenta lo antinatural subyacería en el hecho que la «narratividad» no puede contener un componente no mimético. Según Ryan, esto último quiere decir que la noción de narratividad incurre en una *petición de principio*, la cual sería la propia mimesis (2016: 482). Dicho de otro modo, no podemos hablar de la narrativa sin referir de algún modo a los componentes miméticos del lenguaje. La defensa de la mimesis por parte de esta autora viene dada por la necesidad que atribuye a la interpretación de los textos a partir de la experiencia de lo extralingüístico:

In a fuzzy set conception of narrativity, the texts that Richardson describes as anti-mimetic occupy the margins. They remain narrative to the extent that readers try to submit them to the fundamentally mimetic mental frame that defines narrativity. Since the real world is the only world that readers know, they cannot try to understand these texts without drawing on their real-world experience (Ryan, 2016: 481-482).

La autora insiste en que el problema principal de la narrativa antinatural es que no toma en cuenta la necesidad de la experiencia extralingüística a la hora de entender el significado lingüístico de la narración. Con todo, la interpretación de la noción de mimesis que propone Ryan se aleja de la tradición platónica y aristotélica, según la cual lo mimético está plenamente ligado a la imitación, en cambio, la autora considera que la mimesis es un elemento esencial del lenguaje, el cual está vinculado a su capacidad para representar y evocar el contenido de nuestra imaginación, y que debe partir siempre de las estructuras lógicas que se infieren del plano extralingüístico (Ryan, 2016: 479).

A pesar de la persuasiva defensa de Ryan, coincido con la tesis de Richardson en tanto que el lenguaje es capaz de construir, y por lo tanto denotar, elementos que no tienen su referente en el plano extratextual, así lo defendí en el primer capítulo de esta tesis y así lo justifica también la semiótica de Umberto Eco, de tal manera que «in fact we are accustomed to use language only in order to denote existing things but also to name unexisting things like a square circle. Language is not only able to mention it, but also to mention a program for constructing it, by pretending that there is a circle the area of which is the same as the area

of a given square» (Eco, 1989: 353). De este modo, si el lenguaje es capaz de construir entidades inexistentes, entonces la narrativa antinatural es factible. Asimismo, es lícito ampararse en las aseveraciones de otros académicos que han cultivado la semiótica en el campo de la teoría de la ficción, como Ruth Ronen o Mark Currie, los cuales se defienden de la crítica que apela a la necesidad de la mimesis, sobre todo al hallarse en la narración ante fenómenos genuinamente imposibles, asegurando que la ficción puede construir objetos imposibles que divergen de toda denotación en el mundo extralingüístico (Ronen, 1994: 45; Currie, 2007: 85). De este modo, tanto lo antinatural que propone Richardson, como la transgresión que plantea lo fantástico posmoderno, se erigen como una suerte de variable que, en efecto, puede inmiscuirse entre el territorio extensional de la narración, y que prescinde de los mecanismos de representación afines a la vertiente mimética de la ficción.

La última voz que ha tratado en profundidad la narrativa antinatural es la del que quizás el que sea el referente en lo que concierne a la vertiente teórica de esta categoría ficcional, Jan Alber. Este autor responde a la definición de lo antinatural de Brian Richardson y amplía el campo de análisis, y es que, si bien Richardson ponía el énfasis en los efectos de esta narrativa sobre el lector, Alber sustenta su definición sobre los aspectos textuales más que sobre un enfoque basado en la recepción del texto:

My own definition of the «unnatural» is based on textual features rather than readerly effects. (...) From one perspective, in comparison with Richardson approach, I have a narrower notion of the unnatural. I restrict the use of term unnatural to representations of the impossible and do not deal with the merely odd, strange, or unusual. (...) Since Richardson bases his definition of the unnatural on the innovative and defamiliarizing, he excludes conventionalized instances of the unnatural, which by contrast I discuss at great length in this study (2016: 14-15).

Como bien expone Jan Alber, su tratamiento de la noción de lo antinatural es mucho más angosto que el de Richardson, de tal manera que, dentro de la propia categoría, Alber solamente considera la aparición de representaciones genuinamente imposibles, esto es, tipos de sucesos o entidades «measured against the foil of “natural” (real-world) cognitive frames and scripts that have to do with natural laws, logical principles, and standard human limitations of knowledges and ability» (2016: 3). Según este punto de vista, el problema de la teoría de Richardson es que toma la exposición de la narrativa antinatural para tratar

distintos tipos ficcionales —como lo maravilloso o el cuento de hadas— bajo un mismo parámetro y que, en realidad, no tienen nada de antinatural. Como desarrollaré más adelante, a pesar de que su enfoque es más preciso que el de Richardson, Alber sigue incorporando ejemplos que no son propiamente fantásticos sino que se incluyen en la categoría de la ciencia ficción. Con todo, sus avances resultan destacables y se apartan del desarrollo teórico propuesto por Richardson: tal y como el autor afirma «many fictional narratives confront us with bizarre worlds that are governed by principles that clearly transcend the parameters of the real world» (Alber, 2016: 3), pero el hecho de que estas ficciones presenten estructuras narrativas inusuales y extrañas no significa que pertenezcan al orden de lo antinatural. Este sería el caso de *La metamorfosis*, de Kafka, en la que la transformación en insecto de Gregor Samsa se manifiesta como un suceso insólito que llega a rozar lo grotesco pero que no debe aprehenderse como una imposibilidad genuina, al menos desde el criterio de la narrativa antinatural que propone el teórico de la literatura.¹⁰⁵ A pesar de esto, es un error no considerar este tipo de sucesos como eventos imposibles; como ya menciona Roas, Alber habría omitido un aspecto esencial que permite distinguir a la ficción de lo fantástico, este es «la presencia o no del efecto fantástico, aquel que surge de la recreación ante la presencia de un fenómeno, ser o situación *imposibles* en relación a la idea (compartida) de realidad» (2022: 56).¹⁰⁶ Lo antinatural se expone como una suerte de condominio de lo imposible y lo real, en el que el uno se funde con el otro, sin embargo, fenómenos tales como la metamorfosis de Samsa en insecto no se funden en el esquema de lo real que configura su extensión ficcional, sino que trazan una imposibilidad entre el conjunto de regularidades que lo gobiernan. Forman parte, por ello, de los territorios de lo fantástico.

Entre las propuestas teóricas acerca de la narrativa de lo antinatural, el enfoque de Jan Alber es, con toda probabilidad, la aproximación más cercana a la imposibilidad de lo fantástico posmoderno que presento en esta tesis, por lo menos en oposición a las

¹⁰⁵ He tomado el ejemplo de *La metamorfosis* de la crítica que realiza Marie Laure-Ryan a Brian Richardson. De hecho, una de las razones principales por las cuales la autora debate la teoría de Richardson es que la definición de este último incluiría algunas categorías narrativas que, como también afirma Alber, no gozan del contenido antimimético requerido para incluirse en lo antinatural, como en el caso de este relato kafkiano. En términos de Ryan: «Kafka's Metamorphosis is mimetic, despite the unexplainable character of Gregor Samsa's transformation, because his reasons for acting are understandable adaptations to his new situation» (2016: 480-481).

¹⁰⁶ Aunque en este caso Roas refiere a la distinción entre ficción posmoderna general y ficción fantástica —cuestión que trataré más adelante—, debe entenderse que Alber diluye lo imposible entre el dominio de lo antinatural del mismo modo que lo diluye entre el dominio de lo real que se construye en la ficción posmoderna.

descripciones de Brian Richardson y Marie-Laure Ryan. A pesar de que el autor no contempla a lo fantástico como una categoría diferenciada del resto de sus hermanas en el género de lo insólito —como la gran mayoría de la crítica anglosajona—, subrayo que su argumentación ilustra la importancia de aprehender las manifestaciones de lo antinatural como fenómenos genuinamente imposibles. En mi opinión esta característica solamente es propia de lo fantástico y por ello los sucesos no miméticos que pueden contenerse en el resto de las categorías de lo insólito —lo maravilloso, lo inusual, la ciencia ficción...— no se ajustan a este criterio, ya que el estatuto lógico de este tipo de fenómenos no es imposible en relación con la coherencia interna de los territorios extensionales a los que pertenecen. Así, tanto la imposibilidad lingüística como la imposibilidad que se hace patente en la narrativa de lo antinatural definida por Alber, se componen por un evento que transgrede toda explicación que quede dentro de los márgenes de lo posible. Asimismo, cabe destacar que el autor tampoco hace referencia en ningún momento a la vertiente contemporánea de lo fantástico como adalid de la expresión de lo antinatural; al contrario, la diferencia entre ambas modalidades estriba en el hecho que lo antinatural no tiene por qué producir ningún efecto de extrañeza o espanto en el lector. Los mundos generados por lo antinatural ejercen una ruptura con respecto a los estándares de la ontología del mundo extratextual pero no con respecto a su estructura interna, lo cual también se adhiere a la definición que proporciona Jaakko Hintikka acerca de los mundos posibles imposibles, es decir, «worlds which look possible and hence must be admisible as epistemic alternatives but which nonetheless are not logically possible» (Hintikka, 1975: 477), no obstante, estos planos no presentan una transgresión como tal del plano semántico que queda contenido dentro de la realidad formada en el territorio extensional que genera el propio texto, algo que en cambio sí realiza lo fantástico posmoderno. Además, la ruptura del plano semántico que suscita lo fantástico posmoderno es una de las propiedades que le da sentido, pues su objetivo principal, tal y como propone Giuliana Zeppegno en su análisis de la transgresión lógica y semántica en la narrativa de lo fantástico contemporáneo, es «una transgresión radical, exenta de cualquier ambivalencia hacia códigos culturales anteriores, por la sencilla razón de que pone en tela de juicio el paradigma de realidad dominante *sin proponer ningún código alternativo*» (2013: 275; énfasis de la autora). En otras palabras, la imposibilidad de lo fantástico posmoderno está diseñada para poner en jaque nuestra habilidad para erigir una realidad consistente.

La imposibilidad lingüística exige una transgresión más extrema que su predecesora, la imposibilidad metafísica, porque ya no se contradice la estabilidad de una realidad estable y objetiva, sino que se destruyen los códigos que vinculan el sujeto con sus aseveraciones sobre el funcionamiento de lo real. La imposibilidad lingüística transgrede las estrategias a través de las cuales ordenamos el contenido del entorno circundante; la aparición de un suceso que desobedece las estrategias semánticas —las cuales procuraban el buen funcionamiento de la epistemología humana— dan cuenta del origen artificial de aquello que aprehendemos como real. Nuestros esquemas de realidad se tambalean una vez que el fundamento de la semántica lingüística (el nexos indesligable sentido-referente) deja de funcionar como se suponía que debía. Por ello, es necesario subrayar que la transgresión que conforma la poética de lo fantástico no ha desaparecido como tal en su forma contemporánea, sino que el paradigma posmoderno ha transformado las asunciones gnoseológicas del lector, encaminando así la clásica estabilidad de un lenguaje referencial hacia la inconsistencia de un mundo impenetrable por nuestro sistema conceptual. La imposibilidad se localiza en la capacidad del sujeto para significar y/o conceptualizar lo real.

El cuento «La octava plaga» (1988), de Laura Freixas, es de gran utilidad a la hora de examinar la aplicación de la imposibilidad lingüística en la actual narrativa de lo fantástico. A lo largo de este breve relato se descubre a una desdichada mujer que es víctima de la extraña invasión de unos entes que se irán multiplicando de forma descontrolada en un ejercicio muy similar a la proliferación de conejitos que creó Julio Cortázar en «Carta a una señorita en París» (2016: 119-128). Lo insólito de las entidades que inventa Freixas, las cuales no cesarán de perturbar la cotidianidad de la protagonista, es que no son más que *palabras* —en el sentido más estricto del término—, es decir que son organismos cuya única materialidad es el lenguaje en sí, y que se adivinan como el auténtico antagonista de la narración. El cuento se inicia con la voz del narrador (heterodiegético) que, ya en la primera oración, introduce de lleno el efecto transgresor al lector: «Cuando metía la mano en el bolsillo buscando cinco duros para pagar el café, lo que sacaba era un puñado de palabras» (Freixas, 1988: 9), y es que habrá un enfrentamiento continuo —y que va en aumento— entre la autopoiesis diaria de las palabras, que se reproducen sin cesar en casa de la protagonista, y la cada vez más mermada capacidad de esta última para mantenerlas ordenadas. Al personaje principal de este relato no le faltan esfuerzos para intentar dominar esta

inexplicable incursión de palabras y clasificarlas según criterios de índole muy diversa —ya sean semánticos, pragmáticos o meramente una cuestión de gusto estético—, puesto que «casi todas le parecían dignas de conservarse» (Freixas, 1988: 11); sin embargo, todo este empeño será en vano: la distribución de las palabras por jerarquía y categorías es insuficiente y empiezan a abarrotar la casa, así que en un último esfuerzo por deshacerse de ellas la protagonista prueba de mandarlas por correo a los conocidos de su entorno, pero estos le responden suplicando que cese los envíos. En el desenlace del relato la desgraciada mujer termina por rendirse al darse cuenta de que no existe forma de destruir a esta plaga, la cual irá expandiéndose hasta sepultarla. Al final, la protagonista muere asfixiada bajo los mantos que conforman las asombrosas terminologías: «hicieron falta destacamentos del Cuerpo de Bomberos auxiliados por la excavadora municipal, para sacar las incontables capas de palabras» (Freixas, 1988: 13).

La trama principal del relato de Laura Freixas induce a reconocer el peso que ocupa el lenguaje en la era contemporánea: en el pensamiento posmoderno, el lenguaje ya no necesita el yugo del referente extralingüístico para expresarse o materializarse, sino que se expande por sí mismo. Las palabras de «La octava plaga» encarnan al agente antagonista de la historia, y al mismo tiempo son el vehículo que provoca el fenómeno fantástico en el relato. Con todo, hay que destacar que tal fenómeno no se figura tanto en la presencia de las palabras como entes materiales —aunque esto no deja de advertirse como un suceso extraño— sino en el descontrol o expansión de su dominio. «La octava plaga» propone una reflexión acerca de los peligros del nominalismo hacia el que se encamina el lenguaje posmoderno, es decir, el texto observa la necesidad de asentar y extender la realidad sobre categorías semánticas, gramaticales y conceptuales, y también observa la necesidad de tratar de hallar un término para cada objeto o evento específico que se desenvuelve en nuestro mundo. Tal y como expone Juan Evaristo Valls Boix, «el lenguaje prolifera, tartamudea, y se extiende en tropos y recursos para apresar lo que radicalmente se le escapa» (2017: 239), y cuando lo fantástico se adueña del lenguaje para situarlo como elemento transgresor lo hace precisamente para poner en cuestionamiento sus facultades. Por ello se puede afirmar que la imposibilidad lingüística «apunta a la resistencia a definir, al esfuerzo por emplear conceptos diferentemente y, en fin, a señalar que hay algo que se pierde y no se alcanza en el despliegue del texto: que hay una alteridad que perturba al discurso y que el texto no puede apresar»

(Valls Boix, 2017: 230), esto es, la imposibilidad lingüística se traduce como la incapacidad del lenguaje para referenciar cualquier elemento que quede fuera de los límites del lenguaje.

A la epidemia que surge del cuento de Freixas subyace una crítica a la necesidad de nombrar y de dar sentido a cada elemento que puebla la realidad circundante; la catastrófica «infección» que invade la casa de la protagonista de la historia no es sino un reflejo paródico de la relación posmoderna entre lenguaje y mundo. El hecho que la octava plaga esté formada por palabras también puede leerse como una clara advertencia cuasi apocalíptica, y un castigo a la pretensión del ser humano el cual creía poder subyugar la realidad al lenguaje: pero ¿qué será de nosotros cuando existan más palabras que mundo?

Con todo, ¿de qué manera se desarrolla la imposibilidad lingüística en el relato de Laura Freixas? En su breve investigación sobre el pensamiento posmoderno, Alfredo Saldaña arguye que «la palabra solo consigue con su presencia representar una cierta fantasmagoría» (2006: 177). «La octava plaga» muestra la capa más superficial del lenguaje, análoga a la «fantasmagoría» a la que refiere Saldaña, o lo que es lo mismo, la palabra en estado puro. Una de las interpretaciones que suscita este cuento es que la referencia extralingüística a la que apelan los términos ordinarios puede actuar como una especie de ancla, y una vez desprovista de ella el lenguaje se reproduce sin fin, porque no tiene dónde amarrarse. La proliferación de las palabras se presenta como un ejemplo de imposibilidad lingüística dado que ilustra la traición del lenguaje hacia el ser humano, el cual tenía el poder de dar nombre y contenido a lo real, al menos, según nos ha contado la teoría posmoderna. En este sentido, la imposibilidad lingüística del relato de Freixas se muestra como una caricatura que se burla de la actividad creadora de realidades que posee el ser humano, no es casualidad que cuando el forense se encuentra frente al cuerpo de la protagonista declare, no sin cierta ironía, que «¿y ahora yo qué pongo, dígame usted, qué carajo pongo yo en el parte de defunción?» (Freixas, 1988: 14).

La invasión que propone Freixas en su relato constituye una imposibilidad genuina porque es inviable generar un plano extensional en el cual este suceso tenga algún tipo de sentido, o en el que pueda adherirse a alguna estructura lógica y coherente. Por todo ello, la aparición de una plaga de palabras supone una transgresión del orden lingüístico y que es propia de lo fantástico posmoderno por dos motivos principales: primero, porque el hecho de que la palabra se presente y materialice como un signo puro que carece de referencia pone

en duda la relación entre lenguaje y mundo extralingüístico; segundo, porque supera los límites de lo pensable y, por ende, de lo conceptualizable. Si el ser humano se había estipulado como el hacedor de la realidad y, con ello, como el agente creador de los significados que pueblan nuestra idea de lo real, ¿de dónde surgen estas palabras?, ¿dónde queda ahora el papel del sujeto? Es impensable que la plaga de palabras que invade el relato de Freixas pueda, de algún modo, formar parte de las regularidades o códigos de lo real; ni en este, ni en ningún territorio extensional posible. Si la posmodernidad nos mostró la emancipación del lenguaje sobre el mundo —en pro del vínculo indesligable entre lenguaje y sujeto—, las palabras de Laura Freixas nos revelan la emancipación del lenguaje sobre el ser humano y, con ello, quiebran la superficie lingüística de la idiosincrasia humana. La exposición anterior encaja con la contraposición entre fantástico tradicional y contemporáneo que arguye Zeppegno:

Si el objeto fantástico clásico hacía referencia a un saber enciclopédico asimilado desde generaciones, los *monstrua* de la literatura fantástica contemporánea ya no remiten a nada: formas desconocidas por el imaginario cultural y literario, y únicos elementos aberrantes en un mundo posible por lo demás perfectamente ajustado a las normas de lo real, abren brechas y vacíos en el paradigma de realidad, negándose a cualquier atribución «positiva» de sentido en el sistema textual al que pertenecen (2013: 275).

Insisto, pues, en que el tipo de imposibilidad que presenta lo fantástico posmoderno es una imposibilidad que se desarrolla sobre el lenguaje, sin embargo, esta maquinaria roza lo paradójico ya que la imposibilidad lingüística solamente puede elaborarse —y advertirse— precisamente gracias al propio lenguaje. De ahí que «la transgresión que opera en este tipo de fantástico es por lo tanto, en primera instancia, una transgresión *semántica*, a saber, el rechazo de la significación y la consiguiente infracción del pacto de ficción tácitamente estipulado con el lector» (Zeppegno, 2013: 275). Y es que el rechazo de la significación es una de las formas más puras de lo imposible, porque nos traslada a un plano que supera las fronteras de todo aquello que es pensable y que, por ello, jamás podría ser realizable en los territorios custodiados por el sujeto humano. Según la reflexión sobre el lenguaje que propuso Michel Foucault en el siguiente fragmento de *Las palabras y las cosas*

(2006), la imposibilidad que incide sobre el hecho conceptual se desarrolla de la siguiente manera:

Así, pues, ¿qué es imposible pensar y de qué imposibilidad se trata? Es posible dar un sentido preciso y un contenido asignable a cada una de estas singulares rúbricas (...).

No son los animales “fabulosos” los que son imposibles, ya que están designados como tales, sino la escasa distancia en que están yuxtapuestos a los perros sueltos o a aquellos que de lejos parecen moscas. Lo que viola cualquier imaginación, cualquier pensamiento posible, es simplemente la serie alfabética (*a, b, c, d*) que liga con todas las demás a cada una de estas categorías (2006: 1-2).

Lo fantástico posmoderno debe postularse como una forma narrativa que es irreductible a un paradigma de realidad concreto, al contrario de lo fantástico tradicional, el cual «acababa por actuar en un sentido conservador con respecto al paradigma de realidad dominante» (Zeppegno, 2013: 303). El contraste anterior se incorpora a mi argumentación, en la que, repito, abordo la hipótesis según la cual la imposibilidad metafísica propia de lo fantástico tradicional propone una ruptura de las regularidades que reinan en la ontología del mundo extralingüístico, y que se contraponen a la imposibilidad lingüística, deudora de lo fantástico posmoderno, en cuyo caso nos hallamos ante un quebrantamiento de los mecanismos humanos a través de los que se proporcionan los moldes de representación del mundo. De tal manera que una vez situados en una era en la que «toda realidad posible» es factible, el único modo en el que la vertiente contemporánea de lo fantástico puede manifestarse es en la formulación de un objeto o suceso que quede fuera de todo el espectro de lo posible. Esta formulación hace la función de la misma imposibilidad que describía Foucault en el fragmento anterior: una suerte de imposible que viola cualquier tipo de desarrollo de la imaginación; la imposibilidad lingüística es la forma más radical de lo imposible, el único modo en el que no puede incluirse en ningún territorio extensional o mundo posible.¹⁰⁷

¹⁰⁷ Michel Foucault expone esta reflexión sobre lo *imposible* a partir del «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de Jorge Luis Borges, en el que Tlön se concebía como un mundo que quedaba fuera de las formas que puede elaborar nuestro aparato idiosincrático, un mundo que «se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto» (Foucault, 2006: 1). Tlön se manifiesta, de este modo, como el adalid de la imposibilidad lingüística.

A pesar de la transformación que sufre la categoría de lo fantástico en la era posmoderna, debe ponerse de manifiesto la continuidad de lo imposible con su forma tradicional. Recupero aquí las palabras que empleó Louis Vax para definir el carácter general de lo fantástico, al señalar que una de las propiedades capitales de esta categoría es que «tiene un carácter alusivo, es decir, se refiere a algo ajeno a su propia naturaleza» (1973: 36). Y es que el mismo hecho de referir a algo ajeno a su propia naturaleza está presente tanto en la modalidad tradicional como en la posmoderna, lo cual me permite estipular que existe un factor común y por lo tanto una continuidad entre ambas formas: la imposibilidad es la esencia de todas las manifestaciones históricas de lo fantástico. Lo que ocurre en la vertiente posmoderna, sin embargo, es que lo ajeno (lo imposible) se manifiesta a través de una transgresión semántica —el sentido lingüístico ya no depende de un referente fijo e inmutable—, la cual da cuenta de la índole escurridiza de lo real al que ni siquiera el lenguaje es capaz de apresar.

El último ejemplo crítico de esta sección, «Venco a la molinera» (1998), de Félix J. Palma, muestra que todo el entramado teórico que se ha expuesto hasta el momento responde a la perfección al tipo de transgresión que se localiza en las formas contemporáneas de lo fantástico. De hecho, David Roas realiza un análisis de este mismo relato en su tratamiento de lo fantástico en la posmodernidad, de tal manera que el cuento de Palma ilustra a la perfección la «Yuxtaposición conflictiva de órdenes de la realidad» (2011: 157-161): el protagonista es testigo de una pequeña alteración en su plano de realidad, lo cual lo vuelve consciente de hallarse en un mundo impredecible, se siente aislado ante dicho descubrimiento, y el proceso que sufre es irreversible.

Según mi punto de vista «Venco a la molinera» es, muy probablemente, uno de los cuentos del panorama hispánico-peninsular actual de producción de lo fantástico que mejor ilustra la relación y reflexión posmoderna de esta categoría con las formas del lenguaje. Si bien la narración de Laura Freixas, «La octava plaga», permitía observar el tipo de transgresión que se advierte cuando el lenguaje aparece como un mecanismo autónomo y emancipado del sujeto —el lenguaje no debería poder desplegarse sin la intervención del sujeto—, el relato de Palma se extiende como un ejemplo flagrante de la ruptura sobre el vínculo que mantenía unido al sentido y referente lingüístico y, asimismo, es un caso

ejemplar de las consecuencias que sufre el sujeto humano con respecto a su esquema de realidad una vez que ha quedado expuesto a dicha rotura.

Ernesto, el protagonista de «Venco a la molinera», es uno de los individuos ubicados en los territorios de lo fantástico posmoderno que, como definía Roas, será víctima de una leve alteración en la estructura de su plano de realidad la cual echará por tierra sus convicciones ontológicas: esta pequeña perturbación se producirá principalmente en el nexo semántico que une al sentido de una expresión con su referente material. Ernesto comienza el cuento relatando los pormenores de su regreso a casa después de un viaje a Boston: las fuertes turbulencias del trayecto en avión le habían dejado bastante alterado, pero por fin había podido llegar a su apartamento. Tras dormir hasta la mañana del día siguiente y recuperado ya de las molestias que le había ocasionado aquel agitado vuelo, Ernesto empieza con los preparativos para la cena que tenía planteada aquella misma noche con su ligue, Mónica, por lo que se dirige a la cocina para echarle un vistazo a las instrucciones que le había dejado anotadas su vecina Berta, a quien había pedido alguna receta con la que poder lucirse ante su conquista. Con todo, el plato no era ni mucho menos lo que él esperaba: *Venco a la molinera*. Lo primero que le viene a la cabeza es el desconcierto frente a aquel ingrediente desconocido, «¿Venco? ¿Qué diablos sería aquello? ¿Algún tipo de pescado? Recordaba haber convenido con ella en que era mejor un plato sencillo y efectivo que sorprender a mi invitada con una extravagancia que em inclinara peligrosamente hacia la pedantería» (Palma, 1998: 86-87). Ernesto, molesto, duda de las verdaderas intenciones de Berta, que quizá le está gastando una broma cruel —si no es que se trata directamente de una vil traición para que la velada resulte un fiasco—, pero a pesar de lo escéptico y aun desconfiando acerca de la naturaleza de ese extraño animal, se dirige al supermercado para comprar todos los ingredientes que incluye la receta. Entre los distintos estantes de la tienda encuentra una sección repleta de *venco* y, aunque no poco desconcertado, el hallazgo del animal le lleva a pensar que quizás el menú no es tan disparatado y que tal vez la recomendación de Berta va con buenas intenciones: aquella extraña especie, el *venco*, «no era muy diferente del pollo, después de todo, quizá más oblongo, los muñones de las patas más recios: un primo aristócrata de carne probablemente más sabrosa» (Palma, 1998: 88).

Si bien en esta primera parte del cuento no se muestra todo el substrato fantástico de la narración de manera explícita, sino más bien la enunciación de un ente que resulta

desconocido tanto para el protagonista como para el lector, la acción comienza a acelerarse en la segunda parte del relato y a partir de esta se desvela la verdadera imposibilidad lingüística.

Llegada la noche, Ernesto recibe a Mónica vistiendo un ridículo delantal estampado con múltiples aves azules. A la espera del asombro de su invitada, le presenta el plato principal, *Venco a la molinera*; sin embargo, es él quien termina por llevarse la sorpresa cuando Mónica insinúa con desdén y un leve sarcasmo que aquel plato es demasiado ordinario. ¿Será que el *venco* tiene alguna connotación ofensiva? Ernesto intenta salvar la situación y confiesa humildemente que él hubiese preferido pollo, pero la respuesta de Mónica termina por desvelar lo insólito: «¿Pollo? ¿Qué es eso, algún tipo de pescado?» (Palma, 1998: 91).

La revelación de Mónica marca un punto de inflexión en la narración y presenta la apertura del efecto transgresor. Ernesto queda tan estupefacto como los lectores ante la declaración de su amante, ¿cómo puede decir Mónica que no sabe lo que es el pollo? Así que, tras dar la velada por concluida, y de la peor manera posible —ambos están completamente convencidos de que son víctimas de una tomadura de pelo por parte del otro—, el protagonista termina obsesionado por probar que las palabras de Mónica son un auténtico sinsentido. Con todo, ni siquiera el saber universal parece estar de su lado, puesto que al revisar uno de los tomos de una enciclopedia que tenía por casa se confirma su mayor temor, «el terrible vacío, la imposible ausencia entre Pollino y Pollock, Jackson, el creador del expresionismo abstracto» (Palma, 1998: 94); el pollo no existe, y parece no haber existido nunca. En cambio, la palabra «venco» sí aparece entre las páginas del manual: «pasé sus páginas y lo vi, allí, como si me esperase, ilustrado a todo color, entre Vencido y Venda» (Palma, 1998: 95). Obsérvese aquí una ironía: tal y como se indicaba en la enciclopedia este pájaro ignoto, similar al pollo, posee un plumaje ligeramente azulado, así que las aves dibujadas en el delantal con el que Ernesto se presentó ante Mónica hicieron las veces de preliminar del plato estrella del menú. Pero lo verdaderamente terrorífico no es tanto la presencia repentina de esta especie de gallina azul, sino las implicaciones que se derivan del hecho de advertir que el pollo no existe —y que jamás lo ha hecho— y que el *venco* ocupa su lugar. El mismo protagonista confiesa que confirmar eso «suponía, sin embargo, admitir que aquella realidad no era la mía, que me encontraba en otro mundo» (Palma, 1998: 95).

Así pues, la variación de un solo elemento del saber epistemológico que proporciona el lenguaje lo deja totalmente desubicado y, a su vez, lo sume en una soledad atroz.

La sensación de estar aislado ante el mundo acorrala a Ernesto tras la desaparición de un solo concepto en su saber epistemológico personal «el pollo era mi único referente con la realidad perdida» (Palma, 1998: 95-96). El nexos que lo vinculaba con la realidad se esfuma en el momento en el que el pollo parece no haber existido jamás y, asimismo, este queda substituido por otro animal cuyo sentido desconoce —el *venco*—. La simple trasposición semántica de un solo concepto aparentemente ordinario va dirigiendo al protagonista al borde de la demencia, el cual llega a plantearse si toda aquella permutación en el orden semántico del mundo es debida a la fuerte turbulencia que experimentó en el avión, la cual podría haber redireccionado a toda la tripulación hacia un universo paralelo cercano, una «realidad vecina» (1998: 96) en la que no existe ni el término «pollo» ni el animal al que este refiere. En un ademán por probar que quizás todo aquello se trata de una conspiración en su contra, sale a la calle a buscar desesperadamente algún indicio ínfimo con el que probar que el pollo aún existe, sin embargo, incluso el local al que recurría los días que no le apetecía cocinar, el «Palacio del pollo», está ahora ocupado por el «Palacio del *venco*». El *venco* parece haber fagocitado todos y cada uno de los surcos de la realidad que había ocupado el pollo, ni siquiera los restaurantes de comida rápida sirven la desaparecida ave de corral.

Aterrado por saberse uno de los pocos sino el último individuo consciente de que el pollo existe —o de que por lo menos lo hacía en un plano de realidad alternativo— Ernesto se niega a resignarse ante ese nuevo orden mundial que parece haberse instalado en su realidad en el que el *venco* es la carne blanca por antonomasia y, además, teme no haberse percatado todavía de otras desviaciones en la lingüística común. En uno de sus últimos intentos por aferrarse a la existencia del pollo, se encamina hacia una granja aun sospechando que allí no encontrará más que las inauditas aves, pero una vez frente al corral de *vencos*, en un arrebato que va del desconcierto hasta la ira, empieza a matarlos uno a uno, hasta que tiene que huir amenazado por los disparos de un granjero que lo descubre en plena escabechina. A la vuelta a casa, a primera hora de la mañana, se para en un quiosco para consultar un anuncio que él mismo ha publicado en el periódico del día para encontrar a los últimos «amantes del pollo» (1998: 102), aguardando que algún sujeto responda afectado por su misma desdicha. Al final del cuento Ernesto permanecerá sentado en el salón de su casa a

la espera de que suene el teléfono con la llamada de otro individuo afectado por la presencia del *venco*, y sobrecogido por la apocalíptica presencia sobre el televisor de una estatuilla de madera «que no recordaba haber comprado» (1998: 103). Una nueva anomalía en su realidad.

Así, el intento por encontrar otras personas que reconozcan el concepto «pollo» no es sino una muestra de la necesidad de Ernesto por recuperar la relación con el mundo que le rodea. Esta misma necesidad está motivada por la acción de lo fantástico, que quiebra la consistencia que simulaba el lenguaje sobre el conocimiento de lo real, de modo que «en un mundo enteramente natural, inscrito en un sistema de realidad identificable, se abre el abismo de la no significación» (Campra, 1991: 57). El hecho de que Ernesto no comparta con sus congéneres la relación que mantiene unido el lenguaje con el entorno lo sume en una sensación de extrañeza ante la realidad. De este modo, se deduce que no existe modo alguno de integrarse en la naturaleza humana si no compartimos una *gramática básica*.¹⁰⁸ Si nuestra relación con lo real está propiciada por el uso intersubjetivo del lenguaje, entonces la transgresión de la estabilidad lingüística —al final y al cabo, la estabilidad conceptual— nos aleja del mundo y de quienes lo habitan. La aparición del *venco* en el plano de realidad del protagonista de este relato es una transgresión semántica en toda regla, el *venco* no existía en sus estructuras de lo real, por lo que el hecho que ese animal se presente de repente como un concepto y un ente consagrado es inviable: la relación semántica que mantenemos con el plano extralingüístico determina que existe una relación causal con los conceptos que dominan nuestros esquemas de realidad: estos se mantienen en el tiempo y tienen un origen fijo y localizable. Es imposible que las palabras que nos ponen en contacto con la realidad se revelen de forma arbitraria, porque un fenómeno de este tipo haría que nuestra relación y comunicación con el mundo y nuestros congéneres fuese impracticable. A partir de la de imposibilidad lingüístico-semántica que evidencia la aparición del *venco* es posible observar que la transgresión del lenguaje que presenta lo fantástico posmoderno «no es sino un *signo*, un indicador o *síntoma* hacia un significado trascendente que escapa a nuestra conciencia. Este síntoma es el índice de *algo* que existe a la vez como “objeto” y como “objeto significado”, fuera de la intención que lo apunta; la intención significante no tiene, por ende, contenido» (Belevan, 1976: 20). Es decir que la imposibilidad lingüística evidencia la inconsistencia de nuestra idea de lo real y revela su naturaleza artificial. La imposibilidad

¹⁰⁸ En el sentido wittgensteniano, «juegos del lenguaje».

que se hace patente en lo fantástico contemporáneo encarna los silencios sobre los que incurre el lenguaje humano cuando no puede significar aquello que se sitúa en el mundo, como en el caso de un concepto como «venco», el cual no se incluye —ni jamás podrá incluirse— entre nuestras celdillas de realidad.

Ya se ha argumentado que el lenguaje es el mecanismo que orienta la conformación de nuestra idea de lo real y por ello, la imposibilidad lingüística se presenta como la materialización ficcional de la ruptura del vínculo sentido-referente —el mismo vínculo sobre el que se mantuvo una confianza cuasi ciega a lo largo del periodo de la ilustración—, y tiene el objetivo de problematizar la posibilidad de configurar una realidad objetiva. Según se planteaba en la tradición, tanto el lenguaje como nuestros esquemas conceptuales —ambos avalados por los códigos socioculturales— habrían gozado de un cierto estatuto de infalibilidad, puesto que se estipulaban como la fuente de nuestra habilidad para relacionarnos con el entorno factual. El avance del pensamiento contemporáneo se presenta receloso ante la posibilidad de hallar la verdad objetiva que domina el mundo, y la ruptura del nexo que nos mantenía unidos con la realidad objetiva se acentúa en la posmodernidad, la misma era en la que se inaugura el descrédito hacia aquellos discursos epistémicos que pretendían dar con una explicación completa y coherente sobre la aprehensión de lo real. De este modo, lo fantástico posmoderno queda estipulado como la categoría ficcional que no solo desarrolla la brecha entre la enunciación y su referencia —o entre la enunciación y los territorios extensionales—, sino que reproduce en sí misma la crisis del lenguaje referencial. Así pues, lo fantástico contemporáneo es mucho más que la desconfianza sobre la naturaleza ontológica del mundo, como sí exponía la imposibilidad metafísica en lo fantástico tradicional, ya que la imposibilidad lingüística transgrede la propia capacidad de referir, la cual se supone que es inherente a la condición humana.

Es lícito preguntar, como conclusión, ¿qué ocurre cuando existe un defecto en el lenguaje, como muestra el relato de Félix J. Palma?, ¿qué consecuencias se derivan de la emancipación de lo lingüístico sobre el sujeto, como ilustraba el cuento de Laura Freixas?, ¿si el lenguaje no es, después de todo, el canal que nos une al mundo, entonces la realidad es una mera ficción? y, finalmente, ¿todo lo fantástico posmoderno funciona a través de este tipo de alteración del lenguaje? Algo que sí puede afirmarse es que toda la vertiente posmoderna de lo fantástico pone en duda la estabilidad de la realidad y también la

posibilidad de conocer un orden fijo y estable detrás de los sistemas de conocimiento. La alteración de la clásica relación semántica (sentido-referente) es uno de los recursos más lúcidos a la hora de hacer efectiva la desconfianza sobre nuestra idea de lo real. La transgresión lingüística que ha creado lo fantástico posmoderno muestra, ahora más que nunca, la imposibilidad de salir del lenguaje y de liberarnos de la forma idiosincrática de aprehender la estructura de la realidad. Con todo, dicha transgresión es un fenómeno y no un sistema de normas, es decir que la imposibilidad lingüística constituye una singularidad que se manifiesta en el espectro de lo real. El hecho de ser una singularidad y no una norma es lo que la convierte en un suceso imprevisible, como las apariciones espectrales.

3.2.2. LA CONSTRUCCIÓN (IMPOSIBLE) DE LA REALIDAD EN LOS TERRITORIOS EXTENSIONALES DE LO FANTÁSTICO POSMODERNO

En la última sección del segundo capítulo se observó que los territorios extensionales o mundos posibles de lo fantástico tradicional se fundaban, esencialmente, sobre un plano referencial (posible) que hacía las veces de reflejo de la ontología del mundo fenoménico, y en cuyo seno se desarrollaba una forma transgresora —la imposibilidad metafísica— la cual arremetía contra las regularidades que supuestamente ordenan el contenido de la realidad extralingüística. Los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno dejarán en el tiempo pretérito la oportunidad de hallar una estructura de mundo estable y, de esta manera, la realidad que proyectan se convertirá en un espectro de difícil contención. Esto último es debido al problema fundamental hacia el que se sumerge nuestra idea de lo real en la era posmoderna: el descubrimiento de la ontología de la realidad extralingüística se vuelve inasequible, y por ello la comprensión de lo real se transforma una mera ilusión. David Roas sintetiza esta idea: «lo fantástico contemporáneo asume (...) que la realidad es fruto de una construcción en la que todos participamos» (2011: 155).

Lo fantástico contemporáneo reproduce las formas que adquiere el lenguaje natural en la era posmoderna, y lo desenvuelve para problematizar los efectos que este produce sobre nuestra configuración de lo real, así «el mundo del significado se fractura y fragmenta, y lo que hace difícil incluso hablar de significado tal y como se entendía tradicionalmente» (Lyon, 1996: 29). El lenguaje se emancipa de los signos que antiguamente tenían la función de

representar al mundo, y se comprende, así, que cualquier copia (posible) de la ontología de la realidad extratextual es inviable: el propio concepto de realidad se convierte en un rompecabezas. De este modo, los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno recrean las formas a través de las que la cultura contemporánea se aleja, como adujo Umberto Eco, de las «estructuras metafísicas» de la realidad y, por ende, pone en crisis la noción de «Cosmos ordenado» (Eco, 1990: 53). De ahí que me atreva a estipular que los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno atienden a la construcción (imposible) de la realidad.

Existe una diferencia considerable entre la configuración de los territorios extensionales de lo fantástico tradicional y la configuración de los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno: la primera reconoce la existencia de un canal de acceso a las regularidades que reinan la ontología del mundo extralingüístico; la segunda advierte que ese canal no es más que una ilusión. Así que una vez puesta en tela de juicio la capacidad del lenguaje a la hora de significar el mundo extralingüístico se pierde toda posibilidad de acceder a un plano objetivo de lo real: toda realidad es un artificio que hemos consensuado entre nuestros congéneres, con quienes compartimos una misma forma de vida y gracias a la cual logramos entendernos. Este entramado está fundamentado en gran parte por la idea según la cual no es lo mismo aludir a la realidad lingüística que aludir a la realidad fenoménica y extralingüística.

La conjetura anterior alerta que no hay que confundir el contenido que se atribuye a la realidad lingüística con el contenido que se adhiere a la realidad extratextual, lo cual ratifica la argumentación desarrollada a lo largo de todo el primer capítulo de esta investigación doctoral. Paul de Man (1990) sostuvo esta misma perspectiva, fundamentándose principalmente en la autosuficiencia del lenguaje, la cual se reduce a su autonomía frente al referente extratextual. Es decir, según este punto de vista, el potencial productor del significado lingüístico es el lenguaje en sí mismo, y no la referencia extralingüística, de modo que la correspondencia que se establecería entre la realidad generada por el lenguaje y la realidad extralingüística no sería más que una función retórica del lenguaje, una ilusión «que opera al nivel del significante y que no contiene ninguna declaración responsable sobre la naturaleza del mundo» (de Man, 1990: 21).

De manera que me mantengo afín a la consideración según la cual la palabra —el lenguaje— no está vinculada al mundo circundante, sino que solamente aparenta estarlo, lo cual «libera considerablemente al lenguaje de limitaciones referenciales, pero lo hace epistemológicamente muy sospechoso y volátil, porque no puede decirse ya que su uso esté determinado por consideraciones de verdad y falsedad, bien y mal, belleza o fealdad o dolor y placer» (de Man, 1990: 21-22). El discurso sobre lo real funciona a través de códigos y consensos que se cifran en el lenguaje y no por una relación epistemológica entre la palabra y las cosas. Por ello, el estatuto de lo real será tan estable como lo sea la evolución del contexto que lo materializa, como ocurre con los códigos de la física, que se han visto alterados desde sus inicios en el atomismo de Demócrito, pasando por la Ley de la Gravitación Universal de Isaac Newton, hasta llegar a la *Teoría del todo* de Stephen Hawking.¹⁰⁹ En la actualidad, dentro del contexto posmoderno, nos hallamos en un momento histórico en el que el conjunto de la sociedad sospecha que la «realidad» no funciona, que no hay forma de conocer la verdad tras el discurso, y que «mundo» no es más que un recurso retórico para referirse a lo desconocido.

Por otro lado, si los planos extensionales generados por el lenguaje no tienen una función mimética, entonces «el discurso sobre la literatura se libera de oposiciones ingenuas entre la ficción y la realidad, que son en sí mismas fruto de una concepción del arte acriticamente mimética» (de Man, 1990: 22-23). Como ya se ha visto, la elaboración de los territorios extensionales se sustenta justamente sobre esta hipótesis, de tal manera que los mundos creados por el lenguaje son planos referenciales que no pretenden imitar el contenido de la realidad extralingüística. Esta singularidad no presentaría demasiadas incertidumbres

¹⁰⁹ Dentro del espectro de posibilidad que pretende conjurar la era posmoderna caben incluso cuestiones como el tiempo y la causalidad. De ahí que, tal como exhibe Sandor Klapcsik (2012: 10), la ficción posmoderna muestra con frecuencia inversiones cronológicas y causales, porque se adentran a cuestionar «social and cultural constructions of time that underpin western versions of reality» (Smethurst, 2000: 174). Es por ello que la alteración de la cronología y la causalidad no tiene por qué incurrir necesariamente en una ficción propia de lo fantástico, sino que es una particularidad que se atribuye a algunas de las formas que despliega la ficción posmoderna. En la industria audiovisual, a modo de ejemplo, hay producciones que conjuran alteraciones de lo cronológico y lo causal y que pertenecen a la esfera de lo fantástico —como *Groundhog Day* (Harold Ramis, 1993), *Donnie Darko* (Richard Kelly, 2001), *Coherence* (James Ward Byrkit, 2013) y *The Russian Doll* (Natasha Lyonne, 2019 – 2022)—, pero la pequeña y la gran pantalla también nos ha dado cantidad de historias en las que las perturbaciones de las leyes de la causalidad y/o de la temporalidad se alejan de lo fantástico para adentrarse en el dominio de la ciencia ficción —como *The Butterfly Effect* (Eric Bress y J. Mackye Gruber, 2004), *Primer* (Shane Carruth, 2005), *Tenet* (Christopher Nolan, 2020), *Dark* (Baran Bo Odar, 2017 – 2020) y *The Umbrella Academy* (Steve Blackman, 2019 – en curso)—.

hasta la llegada del pensamiento posmoderno, sin embargo, en este momento, los territorios extensionales que genera el lenguaje humano ya no tienen un objetivo común hacia el que apuntar —aquel propósito que se consistía fundamentalmente en asir el contenido ontológico del mundo— y, entonces, la autonomía de la que goza lenguaje llega a la cima, alejándonos de la posibilidad de llegar a una sola verdad objetiva y a un plano de realidad plenamente funcional. Lo fantástico posmoderno ilustra este fenómeno, y los territorios extensionales que se generan en él son la muestra específica de la convencionalidad a la que se aboca el referente lingüístico.

De esta forma, el efecto que produce lo fantástico posmoderno propone la ruptura del imaginario colectivo a través del que se conforman nuestros esquemas de lo real, dando cuenta de su naturaleza artificiosa. Así, la construcción (imposible) de la realidad en los territorios extensionales viene dada por la inviable aparición de un fenómeno en un contexto en el que, por definición, había quedado desterrado. Como ya se ha visto, apelo a la imposibilidad lingüística para referirme a este fenómeno, la cual está compuesta principalmente por todo aquello que no puede contenerse dentro de los esquemas cognitivos del grueso de la población, es decir, por aquellas formas conceptuales que anidan fuera de la lógica y del funcionamiento habitual de la semántica referencial (nexo sentido-referente), como el *venco* de Félix J. Palma o la plaga de palabras de Laura Freixas.

Entonces, si los territorios extensionales de lo fantástico tradicional planteaban la duda de poder conocer el contenido total que se muestra en la realidad extralingüística, los territorios extensionales de lo fantástico posmodernos proponen la imposibilidad de salir del conocimiento que nos presta el lenguaje: dicho de otra manera, es imposible conocer nada que no emerja del signo lingüístico. La exploración de los mecanismos gnoseológicos que son inherentes al lenguaje implica el propio uso del lenguaje, lo cual se advierte como una especie de *mise en abyme*, porque el objeto de estudio de la lingüística es el mismo artefacto que habilita su análisis, a diferencia de otras materias científicas: si un biólogo investiga cualquier forma de vida que se halle en la naturaleza lo hace a través de aparatos de medición que le permiten configurar una idea más o menos abstracta de las cualidades de dicho ente; lo mismo ocurre, por ejemplo, en el caso de la astrofísica, donde el estudio de, pongamos, una nebulosa hasta el momento desconocida se realiza mediante una serie de ecuaciones y mediciones propias de la abstracción y notación matemática; sin embargo, el lenguaje

solamente puede examinarse por medio del propio lenguaje. Por ello, ni el discurso factual ni el discurso ficcional nos pueden aportar ninguna información acerca del mundo más que su propia presencia en él. El estudio del lenguaje permite vislumbrar cuáles son los mecanismos de significación que construyen realidades, pero no da con hallazgos sobre el mundo fenoménico. Esta óptica se opone, así, a desarrollos como el que propone Félix Martínez Bonati en *La estructura de la obra literaria* (1972), los cuales defienden el parecer mimético de la estructura de la obra literaria en tanto que el objeto extralingüístico siempre impone su naturaleza sobre el signo lingüístico, negando de esta manera toda emancipación del lenguaje con respecto al mundo fenoménico (1972: 43-44).

Además de las aseveraciones de Félix Martínez Bonati, otra de las propuestas que mantienen un cierto componente mimético es la tipología de mundos ficcionales de Marie-Laure Ryan (1991; 1997), desde la cual se pretende instaurar una catalogación de cuasi la totalidad de géneros y categorías del universo de la ficción. Sin embargo, esta catalogación no contempla una clase específica para lo fantástico, así que es de prever que el intento de generar una estructura de mundos de lo fantástico dentro del modelo de Ryan —y, en particular, de lo fantástico posmoderno—, se tope con ciertas limitaciones. Esto, no obstante, no resta valor ni utilidad a la taxonomía que ha creado esta autora para establecer lo que ella apoda como «Relaciones de género y accesibilidad» (Ryan, 1997: 187). En resumen, las *relaciones de género y accesibilidad* ilustran el acceso a los mundos posibles de la ficción —territorios extensionales de la ficción— desde los estatutos del mundo factual, es decir, a través del conjunto de propiedades que comparten.

Según Marie-Laure Ryan, para definir la esfera semántica de los distintos tipos de categorías que se desarrollan en el campo de la ficción hay que atender al despliegue de compatibilidades e identidades que muestran las distintas vías de acceso a cada mundo.¹¹⁰ Estas compatibilidades e identidades corresponden a las siguientes categorías: «Identidad de propiedades», «Identidad de inventario», «Compatibilidad de inventario», «Compatibilidad cronológica», «Compatibilidad física», «Compatibilidad taxonómica», «Compatibilidad lógica», «Compatibilidad analítica» y «Compatibilidad lingüística» (Ryan, 1997: 184-185).

¹¹⁰ La descripción que utiliza Marie-Laure Ryan para adscribir estas categorías al modelo de la semántica de mundos posibles sigue siempre el mismo patrón: dada la Identidad/Compatibilidad X, MRT es accesible desde MR si ambos mundos respetan las propiedades que pertenecen a X. Siendo MRT = Mundo Real Textual, y MR = Mundo real (Ryan, 1997: 182).

En el caso de los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno, se profundizaría en la transgresión de la «Compatibilidad analítica» y, especialmente, en la transgresión de la «Compatibilidad lógica», puesto que en esta última no se transgrediría solamente el plano físico —el de las regularidades naturales o físicas—, sino también el epistemológico, esto es, la *posibilidad epistémica*.¹¹¹ Ryan (1997: 192) incluye la ficción posmoderna —junto a las rimas absurdas, la poesía sonido o ciertos poemas infantiles— dentro de esta misma tipología, que transgrediría los estatutos de la lógica y la analítica, sin embargo, lo achaca a la entrada en el reino del absurdo o del sinsentido, por lo que lo aleja del objetivo principal de lo fantástico posmoderno, es decir, de transgredir un espectro de lo real construido por el sujeto y sus congéneres. Además, y como investigaré más adelante, es muy importante no confundir la totalidad de la ficción posmoderna con la expresión de lo fantástico posmoderno, principalmente porque la primera acoge la ruptura de la semántica referencial para convertirla en norma dentro de sus universos ficcionales, mientras que la segunda mantiene dicha escisión como un problema que además sigue generando inquietud en el lector.¹¹²

Como ya se avanzó en la crítica que realiza Marie-Laure Ryan a la noción de «unnatural narratives» de Brian Richardson, para la autora «no existe tal cosa como un mundo imposible» (Ryan, 1997: 181). Al seguir esta afirmación, se descarta inmediatamente la adhesión de una representación de lo imposible en la semántica de mundos posibles de la ficción; no obstante, en la emancipación de la *compatibilidad lógica* «G/Lógica» (Ryan, 1997: 192) se incluye todo mundo que no obedezca el *principio de no contradicción*¹¹³ o *principio del tercio excluido* (Ryan, 1997: 185). Lo fantástico —y en este caso me refiero tanto a la vertiente tradicional como a la vertiente posmoderna— tampoco construiría mundos imposibles *per se*, sin embargo, «es la única categoría literaria (estética) que no puede funcionar sin la presencia de lo imposible» (Roas, 2011: 46). Esto no implica que los estatutos de los territorios extensionales de lo fantástico contengan variables imposibles

¹¹¹ La posibilidad del conocimiento fundamentada en la lógica modal y no en el conocimiento empírico.

¹¹² Aunque se aceptara la hipótesis según la cual lo fantástico posmoderno puede incluirse en la catalogación de Ryan, este dominio no es de uso exclusivo: también se podría incluir, en tal caso, algunas manifestaciones de lo maravilloso, de los cuentos de hadas, la ciencia-ficción, entre otros.

¹¹³ Sabemos que la fórmula proposicional «P y no-P» vulnera el principio de no contradicción: si P es verdadero, no-P debe ser falso, y viceversa. Por ejemplo, dado el enunciado «las puertas abiertas están cerradas», sabemos que si es verdadero que las puertas estén abiertas entonces es falso afirmar que las mismas puertas estén cerradas —al contrario, sabemos que si es verdadero que las puertas están cerradas es falso afirmar que las mismas puertas estén abiertas—; no obstante, cuando encontramos este tipo de implicaciones en una misma proposición entonces afirmamos que vulnera el principio de no contradicción.

como fundamento; por el contrario, la concepción de lo fantástico necesita la coexistencia entre las regularidades de aquello que aprehendemos como real y el elemento transgresor. De este modo, aquello que transgrede la compatibilidad G/Lógica no es la estructura del mundo ficcional sino, en realidad, un fenómeno inexplicable, imposible y, por ello, fantástico.

Lo fantástico posmoderno no escapa a la presencia inestable de lo real, en cambio, propone una transgresión del lenguaje y de los elementos conceptualizados a través de este, por lo que puede deducirse que la imposibilidad lingüística es, sobre todo, una imposibilidad que se manifiesta en el nivel semántico de la narración. En la era posmoderna, el lenguaje adquiere la capacidad para significarse a sí mismo —y construir realidades independientes de la ontología del mundo extralingüístico—, de ello se deduce que si nuestros moldes conceptuales y nuestra idea de realidad están configurados a través de la autorreferencialidad del lenguaje, la ruptura de los mecanismos semánticos de este último origina la desestabilización del plano de realidad generado en el texto. Tal y como subraya Tahiche Rodríguez Hernández, «en lo fantástico de lenguaje esa misma realidad ha sido asimilada como texto y su percepción identificada con el sentido de lo narrado» (2010). A partir de la ruptura del plano semántico de la narración, la imposibilidad lingüística muestra de forma magistral la inestabilidad de nuestra idea de lo real. La vertiente posmoderna de esta categoría supone un cuestionamiento de las regularidades lingüísticas y conceptuales las cuales, como ya se observó en el inicio de este tercer capítulo, permiten que el desarrollo del lenguaje esté situado en el plano de lo posible y, así, «aquello que pone en marcha la dinámica del género fantástico es la aparición de un elemento extraño que resulta completamente inconcebible e impensable, algo radicalmente imposible. En este sentido, es un elemento singular, único y no subsumible a ninguno de los conceptos ni categorías de que nuestro entendimiento y percepción están dotados» (Valls Boix, 2017: 224-225). Recuperando la teoría de Ryan, se incurre en que la imposibilidad lingüística se emancipa tanto de la compatibilidad lógica como de la compatibilidad analítica, y lo hace revertiendo la cualidad intrínseca en el lenguaje humano, la cual permite conceptualizar y dar sentido a aquello que referimos como real y, ante todo, nos conduce a aprehender esta realidad como un espectro auténtico y efectivo.

Con todo, es necesario recalcar que la transgresión semántica que ejerce la imposibilidad lingüística de lo fantástico posmoderno es distinta a alteraciones del lenguaje

que se hallan en otros tipos ficcionales. En la obra de Lewis Carroll, *Through the Looking-glass and what Alice Found There* (1871), se observa una ruptura de la lógica del lenguaje a través del «Jabberwocky», el poema sin sentido que recita Humpty Dumpty. Los versos del poema que pronuncia este personaje están repletos de términos inventados por Carroll, es decir, *a priori* no tienen significado ni transcripción al *inglés* —ni a ninguna otra lengua—, ¹¹⁴ de ello se deduce que estos términos se han emancipado del nexo sentido/referente, ya que su expresión textual no está unida a ningún referente extratextual. Sin embargo, expone Ryan (1997: 193-194), Dumpty traduce algunas de las expresiones del poema: véase por ejemplo «brilling», la cual significaría «a las cuatro de la tarde». En este caso, la traducción de Humpty Dumpty proporciona el acceso a la referencia interna del relato, el mismo personaje enuncia un término indescifrable y también ofrece su significado: tras la descripción de Dumpty, «brilling» denota «a las cuatro de la tarde», construyendo, así, el marco de referencia interno de la ficción, e incluyendo la expresión en él; es decir, dentro del territorio extensional generado en el universo de Lewis Carroll en *Through the Looking-glass and what Alice Found There*, «brilling» significa, efectivamente, «a las cuatro de la tarde», pero fuera de esta obra la expresión «brilling» no significa absolutamente nada. En cambio, al ahondar sobre la imposibilidad lingüística de lo fantástico posmoderno, se constata que responde a un tipo de poética distinta a la del ejercicio semiótico que propone el «Jabberwocky»: la transgresión semántica que advierte la imposibilidad lingüística produce una ruptura entre el nexo sentido/referente pero, en este caso, no puede formar parte de las regularidades de la macro-estructura del territorio extensional al que pertenece, es decir, sigue presentándose como una imposibilidad dentro del campo generado por la referencia interna —generado por el texto—.

Por ello, insisto en el hecho que las implicaciones relativas a la epistemología que presenta lo fantástico posmoderno se hacen sobre nuestra idea de lo real, pero no sobre el mundo extratextual —aunque se presente a la una como al reflejo del otro—, dado que lo fantástico puede conjurar la incógnita sobre nuestra forma de construir y esquematizar el funcionamiento del cosmos a través de la naturaleza lingüística de nuestros esquemas de lo real y por medio de la forma en la que codificamos nuestro entorno. Como ya se ha tratado, el uso de los territorios extensionales como modelo de análisis semántico de la ficción es

¹¹⁴ Hago referencia al inglés porque es la lengua original en la se publicó la obra.

idóneo a la hora de realizar este tipo de análisis, ya que implica en sí mismo la emancipación semántica entre el texto o discurso ficcional y el plano extralingüístico —evitando de este modo cualquier connotación mimética—. Lo fantástico posmoderno permite llegar a la conclusión según la cual aquello que el ser humano es capaz de aprehender no es de ningún modo relativo al *mundo* —en el sentido definido en el primer capítulo— sino que solamente es capaz de referir a una *idea de realidad* consensuada, esto es, aprehendida como constructo intersubjetivo.

«Las palabras del mundo» (1990), de José María Merino, es un ejemplo idóneo para comprender la relación entre la conformación de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno y la reflexión que esta nos garantiza sobre el lenguaje y la epistemología humana. El profesor Eduardo Souto, protagonista habitual de muchos de los cuentos de Merino, es tal vez el personaje más carismático de sus narraciones. Una buena parte de los territorios extensionales que conforman el universo ficcional que habita Souto proporcionan una estupenda guía de la participación del lenguaje en lo fantástico posmoderno que he estado definiendo hasta el momento. Los infortunios que atraviesa el profesor Souto son una muestra sobresaliente de la ruptura —en clave de lo fantástico— del vínculo entre lenguaje y mundo extratextual, deudor del giro lingüístico que surge en la posmodernidad y que se ha desenmascarado en esta investigación.

De este modo, insisto en que si existe un personaje de ficción que es particularmente consciente de la rotura de la estabilidad entre lenguaje y mundo —una estabilidad que venía proporcionada por el pensamiento tradicional—, este es el profesor Eduardo Souto. Por lo tanto es correcto deducir que ciertos relatos de José María Merino encajan a la perfección con la presencia de la transgresión lingüístico-semántica en lo fantástico posmoderno: la relación de Souto con la realidad está desprovista de las regularidades lingüísticas y conceptuales necesarias para conformar los territorios extensionales de una ficción al uso. El profesor Souto se expondrá como un individuo que posee cierto privilegio epistémico, dado que se le ha prestado la habilidad de aprehender la imposibilidad de construir la realidad. Uno de los motivos centrales de «Las palabras del mundo» es, por ello, la transgresión de ciertas bases que fundamentan la macroestructura de nuestros esquemas sobre lo real.

Al inicio de «Las palabras del mundo» se introduce el pretexto perfecto para componer una narración detectivesca: la inexplicable desaparición de la faz de la tierra de

Eduardo Souto, un académico versado en letras que trabaja como profesor en la universidad. El relato comienza exponiendo las reacciones de algunos de los compañeros de facultad ante su desaparición. Según cuentan las malas lenguas que rondan por el claustro, algunos colegas habían visto a Eduardo Souto muy afectado durante el curso anterior, suponen que el disgusto se debía a que aún no había podido obtener la cátedra, aunque llevaba cuasi veinte años trabajando en la Facultad y estaba avalado por su prolífica investigación. Con todo, nadie parece muy afectado por la desaparición de Souto, salvo Celina Vallejo, la ayudante y doctoranda del mismo, y también la única persona que muestra algún tipo de interés por indagar en las dudosas circunstancias que envuelven el desvanecimiento del profesor.

El primer acontecimiento sospechoso se sitúa meses antes de su desaparición, una época en la que el profesor Souto había estado investigando acerca de los aspectos de la pronunciación de los fonemas *be*, *de* y *ge*. Según él mismo refirió durante una serie de conferencias, y mientras centraba su atención en la pronunciación de estos mismos fonemas por parte de uno de los ponentes, algunas palabras del discurso que estaba atendiendo empezaron a perder el sentido y a descomponerse de forma que sólo podía comprenderlas a través del sentido de otros vocablos, pero no por medio de su esperable significado (Merino, 2017: 38). Lo ocurrido dejó a Souto con muy mal estar, pero el suceso no se detuvo allí, pues con el paso de los días y con el inicio de las clases al profesor cada vez le fue resultando más compleja la tarea de comprender «ya no el significado de las preguntas de sus alumnos, sino la misma forma conceptual de vocablos que las componían» (Merino, 2017: 39).

Eduardo Souto empezó a comentar a sus colegas que estaba preocupado por su situación cuando, llegadas las vacaciones de Navidad, la incipiente afección parecía que no iba a detenerse; incluso la enunciación más sencilla se le hacía indescifrable, ahora únicamente era capaz de escuchar una mezcla de sonidos sin sentido alguno. No obstante, solo tenía dificultades con el habla oral, ya que no tenía ningún problema a la hora de comprender el lenguaje por escrito. Como causa de este conflicto con la percepción del habla, Eduardo fue cambiando su tono y pronunciación, pero poco a poco sus propios sonidos también se le antojaron un sinsentido así que decidió empezar a comunicarse con sus congéneres solamente por escrito a través de un cuaderno que siempre llevaba encima.

Con todo lo sucedido, la vuelta a las aulas tras las vacaciones no resultó menos angustiosa, Souto ya no podía entenderse con sus alumnos, y motivado por recomendación

médica decidió apartarse un tiempo en el monte para reposar de su actividad como docente. Sin embargo, fue peor el remedio que la enfermedad, el aislamiento hizo que el profesor empezara a desvariar. Como muestra de los efectos del delirio de Eduardo, véanse los cuadernillos con los que este se comunicaba y algunas cartas que escribió a Celina Vallejo: resultado de su dolencia, Souto confiesa en estos textos su repentina incapacidad para descifrar el significado de los sonidos de la naturaleza, así como el sentido de todo vocablo —ampliado ya al lenguaje escrito—, el cual le resultaba ya ininteligible. Como puede observarse, parece que Eduardo sospecha que el mundo únicamente existe debido a la presencia del lenguaje: «“En las palabras escritas está el único indicio de las cosas” — escribía el profesor—. “Las cosas solo se sostienen en letras”. “Solo son las cosas las que tienen nombre”. “Las palabras: el mundo”» (Merino, 2017: 42).

Preocupada por el contenido de las cartas, Celina se dirigió hasta la sierra en un intento por comprobar el alcance del deterioro en la salud mental del profesor, y una vez allí mantuvo con él algunos intercambios por escrito. Las oraciones que redactó Souto hacen patente el progreso de su inestabilidad, únicamente fue capaz de escribir una amalgama de frases inconexas: «Solo lo escrito existe»; «No olvidar las letras o todo desaparecerá» (Merino, 2017: 42); «Olvido las letras. Es el fin» (2017: 44). El profesor desapareció durante la misma semana de la visita de su ayudante, las últimas pruebas que hallaron relacionadas con él no fueron más que su automóvil abandonado frente a un acantilado de la Costa de la Muerte.

Cuando Celina Vallejo recibió la noticia marchó en seguida hacia el lugar donde había desaparecido Eduardo Souto, dispuesta a inspeccionar el lugar de los hechos. Cuando la ayudante del profesor llegó al acantilado sacó los cuadernillos en los que el profesor había escrito sus últimos delirios, en los que encontró cantidad de anotaciones que manifestaban la impotencia de Souto ante su incapacidad para comunicarse: algunas frases elementales para tratar con el personal de supermercados y restaurantes; la repetición del alfabeto; múltiples listas repletas de silabarios y combinaciones léxicas «que recordaban los modelos de antiguos textos pedagógicos: “lo, la, ala, ola, solo”, “so, sa, osa, soso”, “la losa, la fosa”, “lla, llo, yo, ya”, “llevo la llave”, “aro, faro, oro”, “mano dolorida”, “rayo luminoso”, “arena dorada”» (Merino, 2017: 46). Hasta llegar a las frases que le escribió el profesor cuando fue a visitarle: «No olvidar las letras del mundo» y, la más aterradora de todas, «Olvido: no existo» (2017:

46). Las últimas páginas del cuaderno mostraban un conjunto de garabatos que se desdibujaban hasta llegar a la hoja en blanco. La propia Celina confirmó que tuvo una extraña sensación al leer estas palabras y observar los últimos trazos, como si finalmente el profesor hubiese perdido la capacidad de escribir. Al terminar de revisar los cuadernos, Celina se citó con el cabo que estaba al mando del atestado: según el oficial, en el interior del coche solamente encontraron su ropa; el hecho que levantó las sospechas fue la colocación de cada prenda ya que estas estaban perfectamente distribuidas en el asiento del piloto, por lo que parecían estar vistiendo a una persona. Sin embargo, no se encontró cuerpo alguno, así que habían deducido que Souto se había quitado la vida arrojándose al mar desde las rocas. En el desenlace del cuento se observa que Celina titubeó y, durante un breve instante, pensó que en realidad el profesor se había desvanecido repentinamente, lo cual explicaría a la perfección la disposición de sus ropas en el automóvil, sin embargo, la joven investigadora terminó descartando —por absurda— esta última opción.

Al unir todas las piezas del suceso es lógico suponer que el profesor haya estado tramando su propia desaparición. La hipótesis más sencilla es que Souto terminase sumido en un estado paranoide, y que esta misma enajenación lo llevase, tal vez, a quitarse la vida. No obstante, la realidad en la que vive el profesor Souto carece de explicaciones triviales. ¿Es legítimo pensar que, quizás, Eduardo Souto desapareció cuando las palabras se esfumaron de su intelecto?, ¿Debe contemplarse la posibilidad de su evanescencia tras el olvido del lenguaje y, con ello, la incapacidad de conceptualizar el mundo?

El hecho de optar por la evanescencia repentina del profesor Souto es propio de una explicación de corte fantástico. Es imposible que Eduardo Souto haya desaparecido como consecuencia del deterioro de sus habilidades lingüísticas, con lo cual es legítimo deducir que el fenómeno que este sufrió se adhiere a la transgresión lingüística propia de lo fantástico posmoderno, la cual expresa la ruptura semántica del vínculo existente entre lo conceptual y nuestra idea de lo real. Como propone Eva Ariza Trinidad en su reciente artículo «Mundos posibles de lo fantástico. Una aproximación a la estructura de mundo» (2021), en los planos semánticos de lo fantástico posmoderno «la perturbación con que se cuestiona la realidad se fundamenta en la imposibilidad de que un mundo semiótico (un mundo posible ficcional)

tenga existencia *real*» (2021: 378),¹¹⁵ de ahí que, primero de todo, puede deducirse que la realidad en la que habita Souto está constituida por un mundo en el que el espectro semántico ocupa todo el espacio de representación, y si este espectro desaparece, todo el mundo debe desaparecer con él. Dicho de otro modo, «si desaparece el lenguaje, herramienta fundamental para la comprensión y construcción (de nuestra idea de) lo real, el mundo también lo hará» (Roas y Casas, 2016: 22). El hecho de considerar que las palabras estén unidas al mundo incurre en una *petición de principio*: el binomio lenguaje/mundo se estipula como una conjunción indivisible y, por ende, si no hay palabras, no hay mundo. De este modo, una de las regularidades conceptuales fundamentales de la narración de José María Merino es, a su vez, una de las regularidades asumidas en la consideración tradicional del hecho lingüístico: a saber, que el lenguaje es referencial y, por ello, su enlace con el mundo es invulnerable. Sin embargo, recuérdese que el giro lingüístico que se advierte en la posmodernidad se dirige hacia esta misma cuestión, y lo hace precisamente para exponer sus objeciones al respecto: que existe una escisión entre el nexo lenguaje/mundo, por lo que nuestra idea de realidad no es mimético-referencial y, con ello, no hay forma de tener ninguna evidencia acerca de la adhesión del lenguaje al mundo extralingüístico. Rosalba Campra lo expresa de la siguiente manera:

creemos reconocer una serie de palabras, cuando lo que en realidad estamos haciendo es reconstruir un mundo. (...) no se trata solamente de rellenar huecos, de resolver ausencias, sino también de desenredar la maraña del enunciado mismo, de lo dicho. Este desciframiento se apoya sobre nuestro conocimiento del mundo, de las palabras que refieren a ese mundo, y del modo en que refieren (1991: 49).

¹¹⁵ Cabe subrayar que la propuesta que realiza Eva Ariza Trinidad se vale en gran parte de la tipología de mundos posibles de lo fantástico que elaboró Nancy Traill, y por ello no me suscribo a las conclusiones finales de este artículo, puesto que asume que los planos semánticos que se construyen en la categoría de lo fantástico son distintos a los planos que se elaboran en nuestra idea de realidad, de tal manera que «en vez de asumir que *lo* fantástico postula la posible anormalidad de la realidad, quizá es más preciso decir que construye un mundo que dialoga con el nuestro para perturbar la noción de mundo construida» (Ariza Trinidad, 2021: 386). En cambio, si mantengo mi postura entonces hay que considerar que los mecanismos de construcción de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico son análogos a los mecanismos de construcción de nuestros esquemas de lo real y que, por lo tanto, lo fantástico sí postula una anomalía en la realidad, pero una anomalía que no se postula como posible, sino como imposible.

En síntesis, erigimos nuestros esquemas de lo real en función del orden en el que se dispone el significado de nuestras expresiones, es decir que la representación de los conceptos lingüísticos es el resultado de la disposición de una estructura lógica y unitaria. Si este razonamiento es correcto, entonces el hecho de perder la capacidad de conceptualizar tendría un alcance nefasto para con nuestra relación con la realidad, independientemente que esta sea un constructo lingüístico o un producto del orden de la lógica que también se manifiesta en las expresiones del lenguaje. El resultado de olvidar las letras o los conceptos es, como bien se ha observado a través de las escrituras de Souto, la desaparición. La narración que elabora José María Merino, el que fuese también uno de los primeros exponentes en la nueva narrativa de lo fantástico en el contexto hispánico-peninsular, es parte de los nuevos fenómenos que, como propone Ken Benson, se alzan en la última narrativa española; en tal caso, el fenómeno referido permitiría «otorgarle al propio relato un sentido ontológico (la vida es un relato, el yo y la experiencia es un conjunto de relatos)» (1994: 63). La desaparición del profesor Souto es, sobre todo, una reflexión sobre la estabilidad y el sentido metafísico del plano de realidad que hemos construido —y seguiremos construyendo— a través del lenguaje.

La estructura interna del cuento de José María Merino no carece de coherencia: el profesor Souto es un fiel creyente de la clásica relación entre lenguaje y mundo, así que cuando comienza a perder la capacidad de catalizar el significado de los signos del lenguaje —así como la destreza para describir (y escribir acerca de) la realidad— termina por advertir las consecuencias de dicha disfunción, esto es, su inmediata evanescencia; el mundo no existe sino por la presencia del lenguaje. El sistema de creencias de Souto no sugiere un vínculo entre el mundo extralingüístico —como él intenta revelar— y las letras, sino el nexo inquebrantable entre el propio lenguaje —lo conceptual— y la realidad que se erige a través de él. El mundo de Souto desaparece, y él se desvanece con este.

Esta manifestación de lo fantástico posmoderno transgrede los estatutos que mantienen al lenguaje, pensamiento y nuestros esquemas de realidad como fenómenos indivisibles. La imposibilidad lingüística es lícita en el mundo en el que habita Souto, un territorio extensional construido sobre los fundamentos del lenguaje; si Souto olvida las palabras, también debe olvidar al mundo. La imposibilidad lingüística toma como pretexto la habilidad del lenguaje para significar por sí solo, es decir, como ente independiente del

mundo extralingüístico, y expone las consecuencias que esto acarrea en la estabilidad de la realidad, una realidad construida solamente a través del signo lingüístico y que por ello está desprovista de cualquier referencia fija sobre la cual pueda mantener su consistencia. La transgresión lingüística muestra, por ello, la imposibilidad de sostener la solidez de una realidad construida semióticamente: para Souto —o en Souto—, la imposibilidad de aprehender el lenguaje ha disipado su estabilidad en el mundo. A través de todo ello, es legítimo aducir que el profesor se ha escindido del pilar que mantiene nuestra idea de lo real en pie: el resultado es que el propio Eduardo Souto carece de una referencia firme —esto es, Souto como entidad material— e, irremediablemente, desaparece.

La construcción (imposible) de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno es la viva imagen de la desaparición de las dotes comunicativas que nos permitían mantenernos conectados con nuestro entorno, y también con nuestros congéneres. Parecería como si la vertiente contemporánea de esta categoría fuese autoconsciente de las taras de aquella herramienta a través de la cual puede darse a conocer, el lenguaje, y es que en la narración de lo fantástico posmoderno «se produce sentido fuera de toda significación y de toda designación, puesto que los procesos primarios violan el sistema de la lengua por la que transitan e ignoran la realidad respecto a la cual se ajusta el lenguaje comunicativo» (Bellemin-Noël, 2001: 115). Lo fantástico posmoderno construye una poética a partir de la principal grieta en la epistemología humana, lo real:

La realidad se concibe, entonces, como una construcción artificial de la razón: en lugar de explicar la realidad de un modo objetivo, lo que hacemos es elaborar modelos culturales ideales que superponemos a un mundo que consideramos indescifrable. Dicho de otro modo, la realidad ha pasado a contemplarse como una convención, una construcción, un modelo creado por los seres humanos (incluso como diría Baudrillard, un simulacro). Se hace evidente que ya no puede concebirse (reconstruirse) un nivel absoluto de realidad, un criterio definitivo o infalible de ésta (Roas, 2014b: 21).

El fragmento escrito por David Roas exalta la importancia de aprehender la ideación de lo real como un constructo de la idiosincrasia humana y, además, que establecer un modelo de realidad absoluto se vuelve del todo inviable. Como resultado, se hace patente que el pensamiento posmoderno desarrolla un papel esencial en lo que concierne a la epistemología

y al lenguaje, pues la construcción —y, por ende, el conocimiento— de la realidad se llevaría a cabo a través del último. A partir de aquí, presento un último ejemplo crítico para exponer la expresión del acceso imposible a la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno. En «Sobre la parte no visible del iceberg» (1980: 84-96), el escritor Ricardo Doménech elabora una narración propia de lo fantástico posmoderno, la cual invita a reflexionar de una forma muy particular acerca de relaciones entre el lenguaje, el mundo extralingüístico y el sujeto humano.

La narración de Doménech se inicia con el viaje del protagonista a Egipto. A su llegada a El Cairo revela que tiene la intención de aprovechar la travesía para visitar a Muhammad al-Banna, un famoso catedrático y erudito de la lingüística que a pesar de su avanzada edad, y de un accidente que lo había dejado sordomudo y sin las dos piernas, sigue trabajando en la ciencia del lenguaje con la ayuda de sus discípulos. Dado su actual estado físico, al-Banna se comunica con sus alumnos por escrito y a través del *lenguaje de Bonet*,¹¹⁶ así que el protagonista, que muestra una fuerte atracción por conocer una de las cuestiones principales y más complejas que maneja el erudito, también podría conversar con él. Muhammad al-Banna «sostenía la hipótesis de que existía un código compuesto por unas pocas claves esenciales, y que, dominado estas, inmediatamente sería posible comunicarse con toda facilidad en cualesquiera lenguas» (Doménech, 1980: 85-86), esto es, una suerte de componente universal y común en el lenguaje que, como es evidente, también había despertado el interés de los generativistas y estructuralistas del momento.

Para citarse con al-Banna nuestro protagonista contacta con Yusuf Mazhar, uno de los discípulos del erudito que lo acompañará en su entrevista, pero antes emprende su aventura por la tierra de faraones y grandes monumentos. El último día antes de su regreso a Madrid, el discípulo le avisa para reunirse aquella misma tarde con el experto lingüista. Durante el trayecto a casa de Muhammad al-Banna, Yusuf le advierte que la salud del emérito profesor cada día está más perjudicada, que además de sordomudo y minusválido, ahora ha quedado ciego. Tras las duras declaraciones de Yusuf, el protagonista no puede esconder su desconcierto: «Me paré en seco, miré consternado a Yusuf. Pero eso es atroz, dije. Sí, claro, repuso él. Y en esas condiciones, ¿cómo puede trabajar?, pregunté» (89). Por lo visto, al-Banna se comunica en Braille. A lo que el personaje añade: «¿y todo lo demás? ¿Cómo seguir

¹¹⁶ El lenguaje de signos.

investigando al lado de un maestro que es ciego y mudo? Pregunté con escepticismo. Yusuf no respondió, se limitó a sonreír» (89). Con todo, al-Banna no ha cesado en la investigación del código universal del lenguaje y también parece poder transmitir los hallazgos a sus discípulos, aunque la interacción con él es prácticamente inviable. No obstante, el protagonista se muestra cada vez más dubitativo y receloso, no es de extrañar que poco a poco empiece a figurarse al maestro como una especie de monstruosidad sin forma, según sus términos, como una «mónada con quien resulta imposible comunicarse» (91).

Una vez reunidos con el erudito, las sospechas del viajero se confirman, el anciano catedrático no parece más que un pobre señor al que el afecto e idolatría que despierta su trayectoria académica le permiten disfrutar del cuidado y admiración de sus alumnos, pero poco más. La visita concluye sin ninguna interacción entre al-Banna y el protagonista; sin embargo, y amparándose en algún tipo de consuelo que le permita sentir que la reunión ha sido útil, este último ha podido localizar unos cuantos ejemplares en la formidable biblioteca del maestro, referencias sobre el mito de Caín y Abel, sobre el que casualmente ha estado reflexionando de forma profunda y provechosa durante aquella reunión enmudecida, y concluyendo gracias a estos hallazgos que quizás debería abordar el mito *cainita* tomando las tres culturas, judía, árabe y cristiana.

El acontecimiento fantástico se advierte justo al regreso del protagonista al centro de El Cairo, acompañado por Yusuf, el cual le pregunta qué le ha parecido el maestro, particularmente las ideas que este le había planteado. El viajero, asombrado, responde con toda la sinceridad que le ha dejado aquella reunión estéril «¡Pero si no ha dicho nada!» (95), a lo que el discípulo no puede sino echarse a reír, y son las siguientes declaraciones las que descubren lo imposible, aunque cierto:

dijo siempre pasa lo mismo, la primera vez siempre pasa lo mismo. Añadió en seguida que lo que yo creía mi pensamiento había sido una conversación con al-Banna y con él, sobre todo con al-Banna, ya que él apenas había hecho otra cosa que preguntar. Y ante mi expresión de incredulidad, fue repitiendo, casi palabra por palabra, lo que hasta ese momento yo creía que había sido únicamente una divagación mía frente a la indiferencia de ellos; en cuanto a aquellos que consideraba hallazgos casuales, se trataba de indicaciones muy precisas de al-Banna, quien había dicho, incluso, las páginas que debía buscar en cada libro (96).

En ese mismo instante el protagonista ata los cabos de todo el entramado: al-Banna había culminado con éxito su investigación, había descubierto el código universal que unía todas las lenguas, incluso aquellas que no necesitan del sonido, de la vista, ni tampoco del tacto, a lo que pregunta: «¿Telepatía?», y ahí Yusuf, tremendamente elegante y educado, le contesta que ninguna explicación sería suficiente para hacerle entender cómo funciona el secreto de al-Banna, pues este solo es accesible a través de la sabiduría absoluta.

La incertidumbre acerca del extraño suceso queda irresuelta para el protagonista de esta narración, sin embargo no es así para el lector, pues si ha estado atento a lo largo de la historia habrá descubierto cuál es el enigma del código universal del lenguaje que ha encontrado al-Banna, y lo habrá hecho precisamente a través del análisis de la construcción (imposible) de la realidad en este territorio extensional de lo fantástico posmoderno que elabora «Sobre la parte no visible del iceberg». Obsérvense, de este modo, los detalles que se especifican durante el relato de la inigualable experiencia del viajero por Egipto:

por ejemplo, el saber de aquel té aromático, que en nada se parecía al que yo tomaba habitualmente. Una relación secreta, misteriosa, había entre este té y la mezquita de Ibn Tulum, el *Corán*, la artesanía de Khan el-Khalili, las aguas del Nilo, la lengua árabe con sonidos sin equivalencia en lenguas occidentales, como el de la *gain*, etc. Todo aquello estaba de algún modo entrelazado, y era sólo la parte visible del iceberg, por debajo de la cual se hallaban mil cosas más, en orden a los valores, a las costumbres, a la sensibilidad, y esa unidad y totalidad era una cultura, ante la cual yo me sentía a la vez extraño y deslumbrado. Acercarse a ese universo no era fácil, justamente por la parte no visible del iceberg, por lo sobreentendido. Pero —¿no lo enseñó Confucio?— *la naturaleza de los hombres es la misma, son sus costumbres las que los separan* (92; énfasis mío).

La naturaleza común a la que refiere el fragmento anterior —que para unos podría asimilarse al mundo de las ideas de Platón, para otros al inconsciente junguiano, para lo relativo a esta tesis, quizá, la idiosincrasia humana— es el verdadero código universal, aquí referido a las conexiones entre elementos culturales que solamente son perceptibles una vez observada esa parte visible del iceberg, esto es, lo explícito, la realidad construida por el sujeto y sus congéneres, en suma, el lenguaje. El secreto de al-Banna reside en el hecho comunicativo desprovisto de la artificialidad humana, es decir, desprovisto de la lingüística referencial. El erudito descubre al protagonista del cuento —y también al conjunto de lectores

que nos hemos acercado a la narración (y reflexión implícita) de Ricardo Doménech— la parte no visible de ese iceberg, al que habitualmente entendemos como verdades absolutas. Este cuento se descubre, así, como una elaboración que refleja perfectamente la construcción (imposible) de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno, puesto que la realidad aquí expuesta es aquello imperceptible, el contenido veraz del mundo extralingüístico, que el lenguaje nunca podrá alcanzar; aunque, por otro lado, el lenguaje es la única vía de la que disponemos para dar contenido a nuestra idea de lo real. Tal y como ya vio Martha Nandorfy, «cortar nuestros lazos con la episteme analítico-referencial entretejida en el lenguaje es del todo imposible» (2001: 260), y es que desprenderse de la capacidad referencial del lenguaje para construir mundos —una habilidad que es esencialmente epistemológica— es el vivo retrato de la imposibilidad lingüística, pero que, con todo, Muhammad al-Banna hizo posible.

En definitiva, el análisis de la construcción de la realidad en los territorios extensionales de lo fantástico posmoderno permite dar cuenta de la tolerancia de la inclusión de lo imposible dentro del campo de la ficción. Lubomír Doležel ya trató este último rasgo —el uso de lo imposible en ficción— en la esfera de la formación de los mundos posibles imposibles, según su definición «that literature suggest to us the sense of all quixotic attempts at squaring the circle: they are manifestations of the never-ending constructive play of human imagination» (1989: 140); sin embargo, esta misma superación de los límites de lo posible, la cual anida en la capacidad constructora de la ficción, también se ajusta perfectamente a la vertiente contemporánea de lo fantástico. La habilidad que poseen las manifestaciones posmodernas de lo fantástico a la hora de transgredir los límites de lo cognoscible y subvertir nuestra idea de lo real se convierte, así, en uno de los elementos que aseguran su continuidad y que se oponen a su desaparición o transformación en otra categoría ficcional. Mientras siga existiendo una mínima necesidad de elaborar esquemas de realidad, aunque estos sean artificiales, lo fantástico podrá seguir ejerciendo su efecto.

3.3. FANTÁSTICO POSMODERNO FRENTE A LO NEOFANTÁSTICO

3.3.1. EL MIMETISMO DE LO NEOFANTÁSTICO

Uno de los motivos cruciales de la exposición del apartado anterior era mostrar la viabilidad de lo fantástico contemporáneo aun habiendo sido testigos del cambio paradigmático que ha padecido nuestra conformación de lo real en la posmodernidad. Sin embargo, buena parte de la crítica y teoría que investiga las nuevas formas de lo fantástico en la era contemporánea afirma su disolución en pro de la creación de una nueva categoría. Según este tipo de propuestas, la poética de lo fantástico ha sufrido tal mutación que se ha transformado en otro tipo ficcional y, si bien aún mantendría algunas similitudes con la forma tradicional, en la actualidad, su principal característica sería la omisión de lo imposible, es decir, del elemento que encarnaba la singularidad de lo fantástico tradicional. Con todo, en esta tesis reivindico la existencia de lo fantástico posmoderno. Es por ello por lo que la definición de un tipo de transgresión específica y funcional —imposibilidad lingüística— de nuestra idea de lo real en la forma contemporánea de lo fantástico debe tomarse como la principal defensa de su existencia frente a los argumentos aportados por las propuestas que sugieren su disolución.

La mayoría de las voces que intentan probar la disolución de lo fantástico en la producción ficcional actual y que, por ende, niegan la existencia de lo fantástico posmoderno, beben de la que es, quizás, la propuesta teórica más encomiable cuando de lo que se trata es de rechazar la vigencia de la transgresión imposible de lo real en ficción. Me refiero al concepto de lo «neofantástico» acuñado por Jaime Alazraki en obras como «¿Qué es lo neofantástico?» (1990) y *En busca del unicornio: los cuentos de Julio Cortázar. Elementos para una poética de lo neofantástico* (1983), las dos principales investigaciones que hay que abordar para comprender la mecánica que opera en esta particular categoría ficcional.

Lo neofantástico «asume el mundo real como una máscara, como un tapujo que oculta una segunda realidad» (Alazraki, 1990: 29). Esta definición me permite hacer notar una de las principales diferencias entre lo fantástico y lo neofantástico, la cual se basa en el estatuto que adquieren nuestros esquemas de lo real en una y otra forma ficcional: es esencial

interpretar esta dualidad de opiniones para reconocer con claridad el proceso tras el que se expresa una u otra categoría. Según la definición aportada por Alazraki, lo neofantástico se resuelve como una cuestión esencialmente mimética en tanto que pretende explorar el contenido ontológico de lo real —esa «realidad segunda» a la que refiere el autor—, por lo que su función es simplemente representacional, es decir que lo neofantástico surge como una suerte de herramienta de traducción de una realidad por naturaleza ininteligible (impenetrable) y, por lo tanto, «no transgrede los estatutos de una realidad sólida, sino que cuestiona esta estabilidad asumiéndola como la alegorización de un plano real indescifrable» (Alazraki, 1990: 29). El objetivo de lo neofantástico es, por lo tanto, representar la realidad, aunque no pueda hacerlo por medio de patrones lógicos o racionales y solamente lo lleve a cabo mediante un sentido figurado. Tal y como afirma el autor (Alazraki, 1990: 29), lo fantástico, en cambio, pretende transgredir el orden de lo real, de tal manera que la diferencia entre lo fantástico y lo neofantástico se resuelve en una sencilla operación: mientras el primero se sostiene sobre la transgresión de lo real —lo cual, según Alazraki, sería viable únicamente en sus formas tradicionales—, el segundo prueba de representarlo.

De hecho, en un inicio no habría motivo para poner en duda el desarrollo argumental que elaboró Jaime Alazraki. Por lo que se ha expuesto hasta ahora, para lo neofantástico la realidad extralingüística se presenta como una suerte de plano cifrado, algo que, por cierto, tampoco difiere tanto de las bases de lo fantástico tradicional, cuya imposibilidad estaba destinada a mostrar que existen algunas parcelas en la realidad extratextual que son inapresables para el ojo humano. La variable entre ambas modalidades estriba en el objetivo final por el cual se expone esta falla en el conocimiento humano: la transgresión de lo fantástico exhibe de la imposibilidad de acceder a la realidad que yace oculta tras los códigos idiosincráticos, pero de ninguna manera resulta una traducción de esta parcela del mundo. Sin embargo, lo neofantástico iría un poco más allá de la exposición de este defecto en los códigos de la epistemología humana, dado que pretende conjurar el contenido ontológico de la realidad, y por ello su labor se basa en «esfuerzos orientados a intuir la y conocerla más allá de esa fachada racionalmente construida» (Alazraki, 1990: 28).

Con todo, el análisis semántico-extensional que he estado trazando hasta el momento resulta útil para ver cómo lo neofantástico se aleja sobremedida de las articulaciones con las formas de lo posible que, como se ha observado, están contenidas en toda la ficción no

mimética. A modo de ejemplo, según debate Carme Gregori Soldevila en su tesis doctoral, *Pere Calders: Tòpics i subversions de la tradició fantàstica* (2006), el concepto creado por Jaime Alazraki podría jugar un papel ciertamente importante para la aprehensión de la ficción calderiana, dado que la estética literaria que inauguró el escritor catalán no parece adherirse a la clásica concepción de lo fantástico basada en la aparición de lo sobrenatural, sino que problematiza el estatuto de lo real de una manera afín a la de la poética contemporánea. Por ello, la autora hace uso del término propuesto por Alazraki, ya que «la literatura neofantàstica, doncs, planteja la representació de la realitat des d'una perspectiva que, encara que sembla trencar el sistema de captació de la realitat propi de la poètica realista, el que pretén és ampliar-ne el camp de visió» (Gregori Soldevila, 2006: 101). Con todo, y a pesar de que la exposición de lo neofantástico aportada por Gregori Soldevila es muy precisa, ésta no hace más que reforzar mi hipótesis: lo neofantástico no puede incluirse en las tipologías de mundos posibles que abordan el espectro de lo insólito, porque no crea mundos, sino que expande el dominio del entendimiento que no alcanza el saber racional. Por ello, puede afirmarse que Alazraki construye una epistemología basada en una realidad ininteligible, una gnoseología de aquello que es imperceptible por la Razón humana.

Hasta aquí, mi argumentación ha estado encaminada a concluir que lo neofantástico no puede someterse a cuestiones aléticas.¹¹⁷ La razón principal por la que lo neofantástico escapa de la metodología de la semántica de mundos posibles es que está enquistado en el modelo de mundo único y, por ello, al tratar de visualizarlo desde el espectro de lo posible, se estaría calzando a la fuerza en un lugar al que no pertenece. Lo neofantástico —como teoría— no presenta ninguna opción que permita someterlo al reino de lo posible, ya que su pretensión mimética —en tanto que busca ilustrar el contenido de una realidad inaccesible— se opone al análisis contrafactual, el cual permite el acceso a múltiples mundos o territorios extensionales.

¿Por qué lo fantástico sí puede someterse a las modalidades aléticas? Lo fantástico es una categoría paradigmática que proporciona las herramientas necesarias para un estudio en profundidad a través de su cualidad más carismática: la transgresión. Esta transgresión, como

¹¹⁷ Recuérdese que todo análisis que sea susceptible a someterse a las topologías afines a la semántica de mundos posibles debe ser, a su vez, susceptible a ser tratado por las modalidades aléticas: *necesidad, contingencia, posibilidad e imposibilidad*.

se ha visto a lo largo de mi investigación, aporta la clave distintiva que rehúye del modelo mimético de la ficción. La transgresión es una imposibilidad, no un estado de falsedad pura —a lo que apelaría la teoría mimética—, por ello los territorios extensionales de la ficción son un método legítimo de análisis. Si el foco de atención se traslada a la transgresión, y no a los canales mediante los cuales puede descubrirse lo verdadero —empresa por otro lado inalcanzable—, se puede cubrir simultáneamente lo fantástico tradicional y lo fantástico posmoderno.

La base teórica de lo neofantástico asume que hay una especie de plano de realidad oculto tras un plano de lo real que sí es aprehensible. Por ello, lo neofantástico no tiene la intención de presentar imposibles, sino alegorías que exhiben una suerte de misticismo y que son ajenas a los estatutos del conocimiento lógico. Para referir a estas alegorías, Alazraki propone el concepto «metáforas epistemológicas»,¹¹⁸ es decir «metáforas (que) buscan expresar atisbos o intersticios de sinrazón, que no caben en las celdillas de la razón» (Alazraki, 1990: 29), y que conforman el rasgo esencial que impera en la elaboración de esta nueva —podría decirse— retórica de la categoría. La metáfora epistemológica que propone Alazraki podría confundirse con la imposibilidad lingüística, la cual he definido para caracterizar a lo fantástico posmoderno, pues ambas toman como punto de partida que el verdadero contenido del mundo extralingüístico es incognoscible, sin embargo, sus bases son bien distintas.

¹¹⁸ Jaime Alazraki aclara que reelaboró la «metáfora epistemológica» a partir del concepto homónimo creado por Umberto Eco, el cual lo habría empleado para «definir la condición de las formas del arte de metáforas que reflejan el modo como la ciencia, o sin más, la cultura de la época, ven la realidad» (Alazraki, 1976: 183). Dentro del pensamiento de Eco, la metáfora epistemológica constituye el pilar de la exposición sobre el estatuto contemporáneo del arte que el experto en semiótica elabora en el tratado *Opera aperta* (1962), desde el cual esta metáfora es vista como una nueva forma de codificación que lleva a cabo el arte contemporáneo, a través de la cual se comprende y reordena el universo fragmentado que ha quedado después de la rotura de los pilares y relaciones que se estipularon en el pensamiento tradicional (Eco, 1990: 53-54). De este modo, la metáfora epistemológica quedaría resuelta como la expresión de apertura del arte, es decir, «una especie de esquema trascendental que nos permite comprender nuevos aspectos del mundo» (Eco, 1990: 202), una definición que, además, se vincula perfectamente a la sumisión de nuestros esquemas de realidad al espectro de todo lo que es conceptualmente posible. Al mismo tiempo, Eco acuña la *metáfora epistemológica* a partir del concepto de *formatividad* que elaboró su maestro, Luigi Pareyson, desde el cual se advierte el arte como una herramienta que «sovint revela un sentit de les coses i actúa de manera que una cosa determinada parli d'una manera nova i inesperada, i esenia una nova forma de mirar i veure la realitat» (Pareyson, 1997: 42). En este sentido, la noción estética de *formatividad* aprehende el arte como un aparato constructor, pero también como una herramienta ejecutora, es decir, el arte produce, el arte «hace», lo que también puede entenderse en tanto que las formas artísticas no son productos que reproducen el contenido del mundo, sino que lo elaboran.

Alazraki no rehúye del uso del término «transgresión» para especificar el tipo de contenido que envuelve a la metáfora epistemológica, sin embargo, la connotación que el autor atribuye a este concepto es muy distinta a la que acostumbra a aplicarse en la teoría de lo fantástico tradicional. El autor afirma que «si el mundo, como describe Nietzsche, “es una invención, una magra suma de observaciones”, lo neo-fantástico es un intento de reinventarlo a partir de un lenguaje nuevo, a partir de una transgresión de los nombres de las cosas» (Alazraki, 1983: 44), de tal manera que la transgresión inherente a la metáfora epistemológica no puede compararse a la transgresión permanente en lo fantástico tradicional ni posmoderno, ya que, según la definición de Alazraki, la característica transgresora de lo neofantástico se advierte como una forma de (re)creación del contenido inaccesible que se encuentra dentro del espectro extralingüístico, pero no como un modo de plasmar la imposibilidad de acceder a dicho contenido, como sí haría la imposibilidad metafísica y la imposibilidad lingüística. La metáfora epistemológica, en cambio, «se presenta como una alternativa gnoseológica» (1983: 44), esto es, como una forma de reconocer todo aquello que se escapa al saber lógico y racional.¹¹⁹ Sin embargo, y como he tratado de defender a lo largo de mi propuesta de lo fantástico y el lenguaje, es inasequible ver algo más allá del contenido que nos aporta nuestra epistemología, y el lenguaje es precisamente el aparato que nos lleva a asumir que estamos atrapados entre las paredes de nuestra propia idiosincrasia. Esto último, la inestabilidad de una realidad construida por y para el ser humano y, por ende, la incapacidad de observar, aprehender o conceptualizar cualquier cosa que escape de esa realidad, es lo que en última instancia trata de ilustrar la imposibilidad lingüística. Asimismo, este reducto final de la epistemología humana es el sentido esencial de lo fantástico posmoderno, entendido como la proyección de la artificialidad del saber abstracto y del saber conceptual.

El padre de lo neofantástico insiste en cimentar la finalidad última de la metáfora epistemológica, la cual buscaría «establecer puentes de comunicación, sólo que el código que

¹¹⁹ Aunque por lo general Jaime Alazraki elabora un análisis crítico de la ficción de Julio Cortázar que es afín a su teoría de lo neofantástico (1983; 1990; 1996), es interesante explorar la investigación del mismo autor sobre la narrativa ficcional de Jorge Luis Borges (1976; 1977), en los que observa la tendencia de este último escritor a la hora de presentar «oblicuas alusiones a la situación del hombre frente al mundo, como símbolos que trasuntan su condición de acuñador de ficciones en un mundo que se niega a entregarse a su íntima realidad. (...) En el revés de esa paradoja comienza a dibujarse una imagen más clara, aunque definida en todos sus contornos, de la imposibilidad humana de tocar el mundo» (Alazraki, 1976: 189), lo cual, y aunque no comparto la base argumental de lo neofantástico, es útil para comprender la literatura de Borges desde los resortes de lo imposible.

descifra esos signos ya no es el diccionario establecido por el uso. Es un código nuevo, inventado por el escritor para decir de alguna manera esos mensajes incommunicables en el llamado “lenguaje de la comunicación”» (Alazraki, 1983: 75). Con todo, cabe cuestionarse si es verdaderamente posible construir dichos puentes, y es que el único enlace comunicativo que puede trazar el ser humano está justamente guiado por los códigos del lenguaje —de los cuales intenta escapar la metáfora epistemológica—. El enfoque filosófico que sigue Ludwig Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas* —ya se observó la relación que establece el autor entre el lenguaje y la epistemología humana en el primer capítulo de esta tesis— permite inferir que todo concepto o significado está ligado a los usos del lenguaje, lo cual evade cualquier pertenencia del signo lingüístico al mundo empírico o fenoménico. Siguiendo esta argumentación, es imposible ver nada más allá de aquello que nos proponen nuestras habilidades lingüísticas, las cuales construyen a su vez nuestros esquemas de lo real. Dicho de otro modo, es imposible delinear nada que quede fuera del «lenguaje de la comunicación», como sí proponía Alazraki, y, por ende, la metáfora epistemológica tampoco nos puede facilitar ninguna información conclusiva acerca de la verdadera ontología del mundo extralingüístico. Tiene sentido concluir, así, que la metáfora epistemológica que plantea Jaime Alazraki se ampara sobre unas bases etéreas e impalpables.

En suma, asevero que la propia noción de orden, mundo y realidad son un constructo humano, y no existe ninguna otra forma de sistematizar el contenido de nuestro entorno circundante fuera de la cosmovisión que nos proporciona nuestro aparato conceptual. Así, el error de la metáfora epistemológica subyace en la creencia errónea según la cual es posible alcanzar un orden de lo real inasible por y para la experiencia y cognición humana; mientras que la imposibilidad lingüística y, en conjunto, toda transgresión que conjura lo fantástico —ya sea tradicional o posmoderno— revela precisamente la incapacidad de expresar cualquier cosa que salga de nuestro nicho cognitivo.¹²⁰

¹²⁰ No es descabellado vincular a lo neofantástico con el temido «realismo metafísico». Tal y como recuerda Edward Jonathan Lowe, el realista metafísico es aquel que se compromete con la idea siguiente: «that is, with the doctrine that things and states of affairs generally exist independently of their being objects of thought» (Lowe, 2006: 177). Esta doctrina asume que la realidad está emancipada de nuestro marco conceptual, así que el realismo metafísico trata de descubrir otro tipo de accesos a lo real según el sistema que se le asocie: puede ser por la vía científica, por ejemplo, o a través de la argumentación filosófica. Del mismo modo, la metáfora epistemológica —en conjunto, todo el desarrollo de lo neofantástico— se constituye como una vía que permite que nos aproximemos a esta supuesta realidad segunda —esto es, una realidad emancipada, que existe independientemente del pensamiento—.

3.3.2. VÍA ALTERNATIVA A LO NEOFANTÁSTICO: CONTINUIDAD ENTRE LO FANTÁSTICO TRADICIONAL Y LO FANTÁSTICO POSMODERNO

Lo neofantástico es uno de los planteamientos que postulan la desaparición de lo fantástico en la era contemporánea que ha tenido mejor acogida por parte de la teoría y crítica de la ficción, sin embargo, no ha sido ni el único ni tampoco el primero. Todorov (1970), en su ensayo sobre lo fantástico, también consideró que el efecto específico de esta categoría comenzaba a mostrarse obsoleto y que finalmente terminaría por desaparecer, debido a que, con el paso del tiempo, percibiríamos con menor frecuencia el terror o asombro que el mismo crítico franco-búlgaro estimó necesario para la concepción de lo fantástico. Con todo, en otro lado ya se observó que algunas nociones como por ejemplo el «miedo metafísico» de David Roas aseguraban la permanencia de la categoría en la era actual, transformando el miedo característico de esta categoría ficcional en un tipo de terror que supera los efectos de lo sobrenatural, y que se encamina hacia el temor que produce la realidad cuando esta no se ajusta a nuestros estándares conceptuales.

No obstante, es necesario plantearse las siguientes cuestiones: ¿lo fantástico se ha diluido con la llegada de la poética posmoderna?, ¿existe una continuidad genuina entre lo fantástico tradicional y lo fantástico posmoderno?, ¿lo fantástico posmoderno se ha emancipado completamente de su predecesor? o, por el contrario, aunque las nuevas formas de lo fantástico estén bajo el influjo de los códigos que se descubren con la aparición del pensamiento posmoderno ¿aún mantienen el vínculo con la expresión tradicional de la categoría?

De hecho, existen ciertos enfoques que prueban de postular la analogía entre los mecanismos de expresión de la ficción posmoderna y la ficción de lo fantástico, como por ejemplo el trayecto que elabora Neil Cornwell (1990), el cual viaja hacia las raíces de lo gótico hasta llegar al posmodernismo con la intención de examinar, desde su nacimiento, los núcleos principales que dan sentido a lo fantástico en cada periodo estético. Una de las cuestiones que destaca en mayor medida dentro de la discusión que encara Cornwell es la duda acerca de la supervivencia de lo fantástico «puro» en el contexto de la producción

ficcional contemporánea (Cornwell, 1990: 150).¹²¹ En este sentido, el autor se detiene sobre todo en las bases teóricas de la transición del dominio epistemológico hacia el dominio ontológico que propuso McHale, expuesta ya en otro apartado, de tal manera que la afinidad entre la ficción posmoderna y la categoría de lo fantástico se encontraría en que ambas expresarían la vacilación entre el mundo factual —nuestro mundo o realidad— y otro mundo que contiene una estructura ontológica o extensional distinta, provocando así un choque entre ambos planos de realidad (Cornwell, 1990: 151). El recelo de Cornwell a la hora de mantener por separado la categoría de lo fantástico y la ficción posmoderna es perfectamente perceptible: es fácil encontrar que las manifestaciones ficcionales propias de lo posmoderno como la metaficción y otras formas narrativas similares se desarrollan a partir de una distribución semántico-extensional en la que se hallan distintos niveles ontológicos que se entrelazan dentro de una sola narración y, del mismo modo, lo fantástico ha sido abordado varias veces —como ya se ha visto, a través de la tipología de mundos de Nancy H. Traill, entre otros— como el choque entre dos mundos o planos ontológicos cuya intersección es irreconciliable. No obstante, como demuestra mi tipología semántica, la aparición de la transgresión que da forma a lo fantástico no se fundamenta en el encuentro de dos territorios extensionales distintos, sino en la revelación de un suceso, ente u objeto que, por sí mismo, constituye una imposibilidad genuina, dentro de un solo territorio extensional concreto.

Así, la mayoría de los planteamientos que prueban de equiparar la expresión de la ficción posmoderna con la expresión de lo fantástico navegan continuamente sobre la ambigüedad (o vacilación) que se produce al localizar dos planos ontológicos incompatibles dentro de la misma narración. En la reciente *Cronologías alteradas. Lo fantástico y la transgresión del tiempo* (2022), David Roas aborda y da solución a esta misma problemática no sin antes atravesar las teorías de Christine Brooke-Rose (1981) y Donald E. Morse (1989), que «en el fondo están negando la existencia de lo fantástico en la posmodernidad al diluir el primero en la segunda» (2022a: 57), y la posterior crítica de Karen Pike (2010), la cual examina el error en el que se sumergen las teorías de los dos autores anteriores. Según lo expresa Pike, «while a number of theorists, such as Christine Brooke-Rose and Donald

¹²¹ La duda de Cornwell parte del presupuesto según el que: si las raíces del modernismo y del posmodernismo se encuentran en el romanticismo, entonces las raíces de la metaficción —y configuraciones afines— que se despliega en la era contemporánea podrían situarse sobre la expresión fantástica romántica (Cornwell, 1990: 143).

Morse, have gone so far as to equate the postmodern and the fantastic, I would argue instead that they are similar and compatible and that the few ways in which they counteract each other's strategies can be turned to serve both of their somewhat different purposes» (2010: 47).

Así pues, y antes de abordar la argumentación que sigue Karen Pike —que a pesar de afirmar la presencia de algunas similitudes entre la expresión de la ficción posmoderna y lo fantástico, postula que las estrategias que adoptan ambas formas ficcionales se dirigen hacia intereses distintos— es necesario adentrarse en el posicionamiento adoptado por Brooke-Rose y Morse:

La exposición de Christine Brooke-Rose en su tratado *A Rhetoric of the unreal* (1981) pivota básicamente sobre dos elementos sustanciales: lo real y lo irreal. La base teórica de la autora sigue los postulados de la presente investigación, la posmodernidad ha desdibujado la noción de realidad dado que «the brute ontological fact is inaccessible to us, since man can only re-present it through his many arbitrary systems, including language and the languages of sciences» (Brooke-Rose, 1981: 4). Desde esta concepción de lo real como constructo humano, Brooke-Rose conduce su argumentación hasta deducir que aquello a lo que antaño referíamos por «realidad empírica» —el mundo extratextual— se transforma en un plano cada vez más *irreal* y que, de la misma manera, la concepción clásica de lo «irreal» se advierte ahora como «'true' or 'another and equally valid' reality» (Brooke-Rose, 1981: 4). Esto, en suma, deriva en la inversión posmoderna de lo real por lo irreal —y viceversa—, lo cual, las más de las veces es utilizado por la literatura posmoderna no fantástica para presentar un escenario ambiguo en el que ambos dominios se confunden. De ahí que la experta lingüista, que a su vez se sustenta en la vacilación todoroviana para definir lo fantástico, termine por inferir que la ficción fantástica funciona al unísono —y se funde— con esta misma actitud, «there is another aspect of the pure fantastic (...) which is that if its main constituent feature is total ambiguity between two interpretations, this is a feature it shares with non-fantastic texts» (Brooke-Rose, 1981: 65); refiriéndose, claro está, a los textos no fantásticos propios de la ficción posmoderna.

Karen Pike explica de forma admirablemente lúcida que el problema de la teoría de Brooke-Rose subyace en el uso que la autora atribuye a la noción de lo «irreal»:

She uses it metaphorically, while treating it as though it were a literal concept. By definition, the unreal does not exist. While we may go about describing awe-inspiring or vertigo-introducing experiences as «unreal», the adjective is meant metaphorically. The experience is so unfamiliar as to be compared to something that cannot exist. What occurs in our physical world, however, is by definition «real». The unreal of the fantastic cannot be experienced any way but discursively. A similar problem occurs with Donald Morse's equation of the fantastic and the postmodern (2010: 49-50).

De este modo, tal y como argumenta Pike, el error de Brooke-Rose estribaría en el uso metafórico del término «irreal», lo que permite constatar que el tipo de imposibilidad hallada en lo fantástico es un elemento que solamente puede confeccionarse entre los territorios de la ficción, y que el hecho de referir al conjunto de experiencias fragmentarias y difusas que se muestran en el mundo extralingüístico como experiencias *irreales* no es más que una suerte de alegoría de una realidad que no terminamos de comprender, pero ni mucho menos es la expresión de lo *imposible* como entidad pura. De hecho, Pike (2010: 50) insiste en que la propuesta escrita por Donald E. Morse en el artículo «Postmodernism, Modernism, Premodernism, and the Fantastic Meet the American Consciousness and Literature Midway in the Twentieth Century» (1989), incurre en un problema muy similar al de Brooke-Rose, de tal manera que este autor equipararía lo fantástico con el pensamiento posmoderno en tanto que ambos incidirían de igual modo sobre la configuración de una realidad descentrada, e incluso llegaría a identificar la categoría de lo fantástico contemporáneo con el realismo posmoderno, borrando así la línea que separaba lo posible de lo imposible. El problema, con todo, reside en el estatuto que Morse le atribuye a la modalidad de lo imposible, en palabras de Karen Pike:

It is important to note, however, that the impossible events to which Morse refers are such events as the election of Ronald Reagan to president of United States or other such improbable events as one might read in «the daily newspaper». Like Brooke-Rose, Morse blurs the literal and metaphorical meaning of key terms. The impossible, by definition, is not possible and, therefore, will not appear in our daily newspapers (2010: 50-51).

Lo que quiere decir Pike es que si la equiparación de lo fantástico posmoderno con el conjunto de la poética posmoderna radica en una adulteración del verdadero significado de

la noción de lo imposible —esto es, lo imposible es substituido por lo improbable— entonces toda la hipótesis está equivocada, ya que una de las bases fundamentales de lo fantástico se afianza precisamente sobre la noción pura de la imposibilidad: en términos de la semántica de mundos posibles, lo imposible aquello que no es realizable en este ni en ningún mundo o territorio extensional posible. Sigo fielmente el criterio de Pike y reafirmo que la noción de lo *imposible* a la que refiere Donald Morse y, paralelamente, la noción de lo *irreal* a la que refiere Christine Boone-Rose «is not the impossible of the fantastic» (Pike, 2010: 51).

La postura de Karen Pike, con la cual me mantengo afín, muestra que si bien la poética posmoderna —entendida como no fantástica— cuestiona la aprehensión de las nuevas estructuras de lo real, esta lo hace a través de una improbabilidad *efectiva*, es decir, de un fenómeno que aunque sea altamente remoto, sigue conteniéndose entre el espectro de lo posible y que, además, es un componente empírico —que sucede *realmente*—. En cambio, lo fantástico debe desenvolverse siempre a través de la aparición de lo genuinamente imposible. Pike sugiere que la diferencia entre la aparición de lo altamente improbable en la posmodernidad y la exhibición de lo imposible en lo fantástico reside en el tipo de reacción del receptor, de tal manera que el discurso posmoderno despliega una reacción intelectual y el fantástico una reacción visceral, y esto se explica porque «the intrusion of the impossible into our everyday reality cannot actually happen, and when it appears to do so, our reaction goes beyond an intellectual response to ambiguity to encompass a physical/emotional response that surpasses simple intellectual confusion» (2010: 51). En otros términos, la imposibilidad pura, reproducida en mi investigación tanto por la imposibilidad metafísica como por la imposibilidad lingüística, se introduce entre nuestra idea de lo real de tal manera que transgrede toda explicación posible y por ello su recepción apela a lo emocional y no a lo intelectual, ya que no hay forma de encasillarla entre nuestros esquemas gnoseológicos, es decir que no es racionalizable.

El hecho de proponer que toda la estética posmoderna contiene un remanente fantástico sería lo mismo que diluir esta última categoría en la totalidad de la expresión ficcional contemporánea; en cambio, al entender que lo imposible sigue siendo un elemento genuino en lo fantástico y que en la era actual aun funciona como destabilizador de lo real —al margen que nuestra idea de lo real ya no goce de la estabilidad premoderna—, se comprende que lo fantástico es una categoría vigente. Así, lo fantástico no parte de la

inversión e incluso de la disolución del binomio real/irreal —ni tampoco del binomio posible/imposible— que sería propia de la poética posmoderna *per se*, sino que transgrede el espectro de lo cotidiano, sea cual sea su estructura —asimismo facilitada por el contexto sociocultural e histórico—. ¹²² Como defiende Roas:

hay una diferencia muy clara entre lo fantástico y la ficción posmoderna (en sentido general): mientras que lo fantástico problematiza los límites entre la realidad y la irrealidad (o la ficción), la narrativa posmoderna los borra y, por tanto, armoniza lo que identificaríamos como real e imaginario, por lo que todo entraría dentro del mismo nivel de realidad (o de ficcionalidad): asumimos todo lo narrado dentro de un mismo código de verosimilitud interna. La lógica del texto no se rompe (2022a: 57).

Lo fantástico, a diferencia de la ficción posmoderna —como advierte el propio Roas, en sentido general—, precisa del cuestionamiento de nuestro orden de lo real, ya sea con la aparición de un elemento que transgrede las regularidades de la ontología que gobierna el mundo ficcional, en lo tradicional, o con el advenimiento de un suceso que pone en duda el funcionamiento efectivo de nuestra episteme, en lo posmoderno; y este cuestionamiento se hace manifiesto en lo imposible. Con todo, no hay que eludir las relaciones que mantiene la expresión de lo fantástico con la poética posmoderna, pues tal y como sugiere Karen Pike «the fantastic also undermines the idea of an accessible referent by demonstrating the impossibility of answering the simple question: “What really happened?”» (2010: 52), ambas expresiones indagan en la veracidad de nuestra idea de lo real, pero —como ya se ha especificado— esto no significa que sean análogas. Lo importante es destacar que lo fantástico sigue vigente en la producción ficcional contemporánea, en tanto que la expresión

¹²² Según Lubomír Doležel (1998), la ambigüedad referida aquí entre lo «real» e «irreal» o lo «posible» e «imposible», y que se advierte en el discurso posmoderno, es resultado del «relativismo histórico», es decir de la pérdida de la función del binomio verdad-falsedad en el análisis semántico. Este abandono del juicio veritativo de los enunciados factuales llega hasta la disolución del límite entre ficción y no ficción, tal y como lo explica el autor «since historical writing features of literature, such as emplotment, poetic and rhetorical tropes and figures, semantic indeterminism, and ambiguity, there is no fundamental differences between history and fiction» (Doležel, 1998: 790). Bohumil Fort deduce del análisis anterior que en la era posmoderna ya no hay forma de autentificar los enunciados no ficcionales con el contenido del mundo factual, porque tanto la extensión generada por el texto de ficción como la extensión generada por el texto de no ficción son posteriores a la enunciación o intensión (Fort, 2017: 733). Así pues, gran parte de la ambigüedad que presenta lo posmoderno se sostiene en que toda realidad está generada por el texto; en notación semántica: tanto el discurso ficcional como el discurso no ficcional preexisten al contenido extensional.

y concepción de lo imposible es aún viable. Además, se mantiene la continuidad entre fantástico tradicional y fantástico posmoderno, una continuidad que se resume como la propia presencia de lo imposible como valor constante entre las dos vertientes, siempre que esta constante se entienda como un tipo de imposibilidad pura y no como la atribución aportada por Brooke-Rose y Morse.

La variación que ha sufrido la transgresión fantástica es aquello que lleva hacia la creencia errónea según la cual, en realidad, se está tratando con dos categorías ficcionales diferentes; es decir, el paso de la imposibilidad metafísica a la imposibilidad lingüística genera la ilusión que lo fantástico ha desaparecido para dar paso a otra forma ficcional. Esto es debido a que el espectro de creencias sobre lo real que mantenemos en la posmodernidad se ha alterado con respecto al del siglo anterior, pero esto no tiene por qué legitimar tesis cercanas a lo neofantástico o a la disolución de lo fantástico en pro de la estética posmoderna. Lo fantástico sigue teniendo validez en el entorno posmoderno, lo que ocurre es que la transgresión que lo caracteriza es aún más drástica con nuestra epistemología que la que se disponía en la forma tradicional. La imposibilidad lingüística que da forma a lo fantástico posmoderno se aplica en un contexto difícilmente determinable, en cuyo seno se cuestionan las propias relaciones lingüísticas y epistémicas que nos hace humanos. Con todo, sería bastante extraño pensar que el hecho que nuestros esquemas conceptuales se vean truncados no nos genere ningún tipo de inquietud, dado que si eso ocurriera seríamos incapaces de elaborar cualquier tipo de sistema de realidad, como si de una clase de ceguera metafísica se tratara. Así, lo imposible es aquello que mantiene lo fantástico tradicional y lo fantástico posmoderno unidos, y sigue presentándose como una forma de transgresión que causa inquietud en el lector.

Por otro lado, David Roas y Ana Casas también aseveran la continuidad entre lo fantástico tradicional y lo fantástico contemporáneo, de tal manera que el desarrollo de este último atendería a «lo que podemos denominar la ‘nueva’ concepción de lo real y del individuo, y, en directa relación con ello, la incorporación de nuevos motivos y recursos fantásticos para explicar dicha visión» (Roas y Casas, 2016: 17). De hecho, los motivos a los que refieren Roas y Casas están generados por la apariencia que puede adoptar la imposibilidad lingüística de lo fantástico posmoderno, esto es, unos modos «que se combinan con los ya tradicionales, los cuales no desaparecen sino que experimentan una necesaria

modernización» (Roas y Casas, 2016: 15).¹²³ En el mismo sentido, Ana Abello Verano da comienzo a su artículo «La irrupción de lo fantástico. Una aproximación a la narrativa de Juan Jacinto Muñoz Rengel» (2013) con la siguiente afirmación: «El relato fantástico actual no ha perdido en ningún momento sus caracteres definitorios iniciales» (Abello Verano, 2013: 224). Por lo que si bien lo fantástico contemporáneo ha sufrido una variación con respecto a su antecesor —sobre todo en lo que refiere a su estructura extensional, dado que la forma de instituir lo real en el relato tradicional es distinta a la forma de elaborarlo en el posmoderno—, su esencia sigue siendo la misma:

El relato fantástico se convierte en una metáfora continuada de intromisiones imposibles que acaban desestabilizando lo cotidiano a través de los intersticios que presenta un concepto tan amplio como es la realidad. Lo fantástico en el siglo XXI revisa los axiomas fundacionales del género para dotarlos de una nueva perspectiva sin perder el extrañamiento iniciático y la conexión ineludible entre la realidad intratextual y realidad extratextual (Abello Verano, 2013: 225).

Sin duda, el extrañamiento iniciático que mantiene en forma a la articulación entre ambas modalidades de lo fantástico es —e insisto— lo imposible. Josep Picó, en la introducción a un volumen dedicado a estudios sobre lo posmoderno, *Modernidad y Posmodernidad* (1988), refiere a la conciencia posmoderna como al agotamiento de la razón que se extiende en el común de la humanidad actual (1988: 13). Esta extenuación de las fuerzas que habían mantenido a los cimientos de la realidad a flote produce que, a menudo, el crítico de lo fantástico —que sabe que la realidad es, junto a lo imposible, el elemento imprescindible para la conformación de esta categoría— se encuentre sugestionado por el cambio de paradigma que viene anunciado por lo posmoderno, ese «sentir generalizado de que los modelos preestablecidos del análisis cultural son radicalmente defectuosos, de que algo está ocurriendo, algo se mueve hacia alguna parte, y ese algo se puede traducir como “una especie de conciencia en busca de contenido”» (Picó, 1988: 14). ¿Y cómo puede desarrollarse lo fantástico entre esta búsqueda de contenido hacia la que se aventura el pensamiento posmoderno? Lo fantástico tradicional tenía un lugar más o menos sólido sobre

¹²³ En esta investigación no abordo los distintos motivos a través de los cuales se manifiesta la transgresión fantástica —ni en la vertiente tradicional ni en la vertiente posmoderna—, sin embargo, la estipulación de la imposibilidad metafísica y la imposibilidad lingüística inaugura una nueva vía para considerar y tratar de definir dichos recursos a través de la semántica extensional.

el que agarrarse, esto es, el contenido que transgredía era localizable en el plano de realidad que se estructuraba entre su cosmos. Con todo, lo fantástico posmoderno ha sabido asimilar cómo soslayar la supresión de los códigos de la razón que pretendían dar un sentido objetivo a la estructura de lo real: cuestionando las propias estrategias a través de las que intentamos dar orden a nuestro universo.

Así, y aunque se presenten tiempos difusos, en los cuales asentamos nuestras fuerzas en encontrar un territorio sobre el que instalarnos, lo fantástico, experto en vislumbrar sentido y lenguaje allí donde otros solo ven imposibilidad y terror, sabrá cómo hallar el canal de aterrizaje.

CONCLUSIÓN

Una vez constatado que el componente semántico del lenguaje es una de las nuevas vías a través de la que puede manifestarse lo imposible, se reafirma que la existencia de lo fantástico posmoderno, que opera sobre las relaciones entre nuestra idea de realidad y los mecanismos lingüísticos mediante los cuales la configuramos, es viable. Mientras nuestros esquemas epistémicos continúen siendo vulnerables a los vacíos de significado, es decir, a la aparición de hechos inexplicables por y para nuestras dotes conceptuales, lo imposible seguirá al acecho de nuevos huecos relativos al conocimiento del mundo en los que afincarse y crear, así, el efecto de inquietud que requiere la aparición de lo fantástico. Es más, a pesar de que nuestra experiencia en el universo cotidiano nos sugiere, contraria al principio de entropía, que el equilibrio se encuentra en un cosmos ordenado, el solo hecho de poder hallar la presencia de lo imposible entre las páginas de los relatos analizados —diversas formas que adquiere el lenguaje y que no pueden incluirse de ninguna manera entre lo realizable—, ya es condición suficiente para temer su aparición entre nuestro espectro de lo real. Por todo ello, hacer apología de la existencia de lo fantástico posmoderno no es de ningún modo desproporcionado, sino que revela la necesidad de poner sobre la mesa todo el espectro de realidades que por más que no se puedan explicar con palabras, están a nuestro alrededor. Siempre que sea practicable la introducción de un elemento que resquebraje nuestra seguridad sobre el funcionamiento de lo real y las premisas epistemológicas que mantienen en pie los discursos que lo amparan, lo fantástico permanecerá vigente.

Debido a que la existencia de la vertiente posmoderna de lo fantástico puede explicarse desde el cambio de paradigma que modifica la función del lenguaje en nuestro hacer cotidiano, y que el análisis de este fenómeno requiere un estudio pormenorizado no solo del estatuto semántico de esta expresión estética, sino también del despliegue de la ficción sobre la epistemología humana, cada uno de los puntos abordados en esta tesis ha sido esencial para defender la vigencia de esta categoría ficcional en la era contemporánea: primero, porque si se asumiera que el lenguaje imita al mundo efectivo, entonces no sería factible proponer que lo imposible adquiere una de sus formas más radicalizadas cuando se rompe el nexo entre el sentido y el referente lingüístico. Si todas nuestras certezas surgieran

del mundo, entonces el lenguaje no tendría otra función más que la de hacer de espejo de lo que sucede en este. Sin embargo, cuando dotamos al lenguaje humano de la libertad suficiente para crear realidades hechas a su medida, entonces es legítimo pensar que pueden aparecer formas que no se encuentran en nuestro universo, y que a veces incluso lo contradicen. Además, la emancipación de la extensión factual y, consiguientemente, de la extensión ficcional del mundo circundante —en el que suceden las cosas de forma efectiva— tiene consecuencias directas sobre el análisis del significado de nuestros enunciados, es decir, no nos limita a la descripción de lo sucedido, sino que nos atribuye la capacidad de crear lo que sucede. De la misma manera, la aproximación lingüística y epistemológica sobre las nociones de «mundo» y «realidad» ha supuesto una base firme sobre la que elaborar un modelo que no estuviese sujeto a los mandatos de la doctrina de la mimesis, y que procurase mantener la coherencia con los supuestos anteriores para así delinear los «territorios extensionales», una suerte de semántica de mundos de la ficción que se distancia del yugo del universo fenoménico incluso para los discursos que pretenden tratar acerca de este. En este sentido, el planteamiento de Doležel es el que más se asemeja a mi perspectiva semántica, no obstante, los territorios extensionales han ido un paso más allá de la teoría del autor checo al proponer que el conjunto referencial de un enunciado y, con ello, el significado que le atribuimos a nuestros discursos, siempre es posterior a la intensión o sentido lingüístico. Todo esto me ha permitido seguir sosteniendo el objetivo principal de la investigación, esto es, que el quebrantamiento de nuestra idea de lo real y, por ende, la aparición de la transgresión de lo fantástico se produce sobre nuestros esquemas conceptuales, los cuales se figuran por y a través del lenguaje, y no sobre la realidad en sí misma.

Así pues, la importancia de tratar lo fantástico desde un enfoque lingüístico y, en particular, desde un punto de vista semántico radicalmente no mimético, estriba en el mandato de mostrar de qué manera influye la idiosincrasia humana a la hora de elaborar sistemas de pensamiento con los que nos relacionamos de forma efectiva con nuestros congéneres y con nuestro entorno. Así, el hecho de definir lo fantástico desde los fundamentos conceptuales del lenguaje no se plantea tanto desde la necesidad de hallar el porqué de los sucesos del mundo empírico y los eventos que descompondrían su funcionamiento, sino que se formula desde la manera en la que nos explicamos los unos a los

otros cómo suceden las cosas y cuál es el alcance gnoseológico de nuestras descripciones. En consecuencia, mi modelo semántico ha permitido observar el origen del significado de lo imposible, de tal suerte que incluso la «imposibilidad metafísica», cuyo mecanismo no reside en la transgresión de mecanismos lingüísticos, puede justificarse desde los principios estructurales del lenguaje, dado que se apoya en la enunciación de todo aquello que permanece en el prisma de lo extralingüístico, es decir, de lo que no entra dentro del espectro de regularidades y normas ontológicas que, según hemos convenido y según nos hemos narrado, dominan el mundo fenoménico. Todo ello enfatiza la obligación de entender todas las vertientes diacrónicas de esta categoría ficcional a través del estudio del contenido lingüístico de nuestras enunciaciones, y no únicamente de realizar un análisis de aquello que la teoría define como fantástico del lenguaje.

La semántica de lo (im)posible no es sino el instrumento metodológico de la imposibilidad lingüística, así como el sistema de análisis semántico de lo fantástico posmoderno. Se ha demostrado que el cambio de modelo que va de lo fantástico tradicional a lo fantástico posmoderno está íntimamente vinculado a la alteración que se produce entre el estatuto del hecho lingüístico y la episteme humana. Por lo tanto, una vez que ha quedado plasmado que las estructuras extensionales que genera el lenguaje en la era contemporánea están desprovistas de un centro de significado fijo —idea que se apoya sobre todo en las tesis derridianas sobre la imposibilidad de hallar un referente original para cada término, palabra o concepto—, es posible proponer la creciente disolución del límite que separa el discurso ficcional del discurso factual, dado que ninguno de los dos apela al mundo fenoménico. A partir de aquí, la literatura no mimética adquiere el mismo grado de verosimilitud que la literatura realista: el nexa que une el sentido y el referente lingüístico ha mutado, el lenguaje, y no el universo empírico, es el origen de la creación de significado y, consecuentemente, el *realismo* es un efecto que se produce cuando el sentido del texto se adecua a nuestros esquemas conceptuales, pero no es resultado de un mecanismo de imitación del cosmos.

Mi intención final ha sido demostrar que lo fantástico posmoderno toma como punto de partida el funcionamiento estructural del lenguaje y su relación con la idiosincrasia humana en la era contemporánea —lo cual resulta del todo compatible con el funcionamiento de los territorios extensionales de la ficción propuestos al inicio de la tesis— para mejor devastarlo. La exposición de esta premisa ha sido esencial a la hora de exponer que la función

de la imposibilidad lingüística es la de problematizar la ruptura de la clásica unión entre el sentido y el referente lingüístico. De este modo, la vertiente posmoderna de esta categoría ficcional expone las complejidades afines a la expresión de un lenguaje que apela a la capacidad demiúrgica del ser humano, y no a los fenómenos materiales del entorno circundante.

Además de la fundación de un nuevo modelo semántico que permite localizar el estatuto de lo imposible entre cada una de las variantes de lo fantástico, este estudio ha sentado las bases para poder analizar, en otro lugar, el resto de las variantes de lo insólito que funcionan en menor o mayor medida con la adhesión de sucesos imposibles. Los territorios extensionales de la ficción son, ante todo, un sistema de análisis lingüístico que proporciona las herramientas necesarias para observar las relaciones entre los códigos de realidad que ordenan el mundo ficcional, los sucesos que no pueden incluirse entre dichas regularidades y nuestros esquemas epistemológicos. De este modo, subrayo mi interés por aprehender el significado de aquellos elementos que, a nuestro parecer, resultan inviables y que se incluyen dentro de los universos que configura lo maravilloso, lo inusual, la ciencia ficción y el resto de las categorías de la vertiente no mimética de la ficción, pero que, sin embargo, obtienen un estatuto diferente al que adquiere la imposibilidad en lo fantástico.

En otro orden de prioridades, y si se profundiza aún más en las posibles aplicaciones de esta investigación, también cabría debatir cuál podría ser alcance de la emancipación del sentido y referente lingüístico más allá de las consecuencias que adquiere en el universo de la ficción. Los resultados que la imposibilidad lingüística ha puesto sobre la mesa no están tan lejos de los retos que, sin duda alguna, deberemos atravesar con el actual advenimiento de los modelos de lenguaje operados por las inteligencias artificiales y que intervienen, principalmente, sobre las estructuras lingüísticas que los seres humanos somos capaces de reconocer y procesar. Estos modelos de lenguaje no dejan de ser una nueva forma de estructura semántica: somos capaces de comprender el significado de los textos que generan los sistemas ejecutados por las IA porque han nacido de nuestra propia manera de entender y generar el lenguaje, de hecho, estos textos se configuran a través de sentidos análogos a las formas a través de las que nos comunicamos con nuestros congéneres —al menos hasta el momento— para mejor entender la complejidad de nuestra realidad. Con todo, esta nueva estructura de lenguaje está emancipada completamente del mundo empírico: los textos

generados por estos sistemas no refieren de modo ninguno al mundo fenoménico, sino que se advierten como una suerte de espejismo computacional que ha cortado definitivamente el cordón umbilical que nos unía con el universo circundante. De este modo, la imposibilidad lingüística, esta modalidad semántica que no puede incluirse entre los esquemas referenciales que dan forma a nuestra episteme, puede llegar a ser una realidad operativa para las nuevas maquinarias inteligentes que ya no necesitan un marco de referencia previo para configurar enunciados coherentes. El mero flujo de información y el lenguaje en su sentido más puro es suficiente para poner en funcionamiento estas redes de expresión y para la creación de referentes y territorios extensionales que jamás tendrán su origen en el mundo efectivo. Así, quizá no haga falta toparse con un distópico universo controlado por el ejército de *Skynet* para ser testigos de una realidad generada por sistemas a los que finalmente no podremos comprender, si es que llegan al punto de construir una forma de lenguaje que exceda el límite de nuestra capacidad conceptual. Sea esto una posibilidad remota o una hipótesis disparatada, la imposibilidad lingüística nos ayuda a prever el alcance del terror metafísico cuando el lenguaje se emancipa por completo del referente fenoménico.

No existe ficción más insubordinada que la que nos muestra lo invisible, lo imperceptible, todo aquello que queda fuera del alcance de nuestro entendimiento pero que, silenciosamente, se abre paso en nuestro día a día. A pesar de ello, e independientemente de lo que ocurra, una vez que lo fantástico se sumerge entre lo real está destinado a ser algo digno de ver.

CONCLUSION

Once the semantic feature of language has been proven to be a new way of showing the impossible, it is confirmed that the existence of postmodern fantastic, which works over the relationship between our idea of reality and the linguistic mechanisms through which we configure it, is viable. As long as our epistemic frameworks continue being susceptible to meaning voids, that is to say, being susceptible to the inexplicable fact arising through our conceptual attributes, the impossible will persist in reaching new gaps concerning world knowledge in which settle and create, thus, the uncanny effect that is need for the fantastic emergence. Moreover, even though our daily world experience suggests —against the entropy principle— that the balance lies in a settled cosmos, the very fact that it is achievable to find the presence of the impossible among the discussed stories pages —various forms that language acquires, and which cannot be contained through the feasible in any way—, is a sufficient condition to be afraid of their emergence in our reality spectrum. Hence, the fact of advocate for the postmodern fantastic existence is not disproportionate at all, but it releases the necessity of display the whole spectrum of realities that maybe cannot be explained by words but stand all around us. The fantastic will remain valid as long as the introduction of an element that breaks our reality functioning security and the epistemological premises that assure the same functioning may be achievable.

Since the postmodern fantastic existence may be explained by the paradigm shift which changes the language function in our daily life, and since the analysis of this phenomenon requires a detailed examination not only about the semantic status of this esthetic expression, but also about the fiction impact upon the human epistemology, each item that has been discussed in the present dissertation has been essential to stand for this fictional category currency in the contemporary era: first, because if it is assumed that the language imitates the factual world, then it is not possible proposing that the impossible acquires one of their most radicalized shapes when the link that remains between the linguistic sense and reference breaks. If all our certainties arise from the world, then language has no other function but to play as a mirror of what happens in it. Nevertheless, if human language is equipped with the enough freedom to build realities made to *its* measure, then it

is rightful to believe that some shapes that do not exist in our universe may appear, even if those shapes contradict it. Furthermore, factual extension and, consequently, fictional extension emancipation upon the surrounding world—in which the whole spectrum of things happens—has a direct impact on the meaning analysis of our statements, that is, it does not restrict us to the world events' description but gives us the capacity to build the reality events. Moreover, the linguistic and epistemological approach upon «world» and «reality» notions has been a firm foundation on which develop a model that is not bound to mimesis ordinances, and which try to keep the coherence with the previous assumptions to outline the «extensional grounds», which are a sort of possible worlds semantic that it differs from phenomenal universe tie even for the discourses that attempt talk about it. In this regard, Doležel's approach is most closely to my semantic view, however, the extensional grounds have gone a step further than the Czech author's theory by proposing that the reference set of a statement and, accordingly, the meaning that we ascribe to our discourses, always comes afterwards to the intension or linguistic sense. All this has allowed me to continue supporting the research main aim, in other words, the disruption of our idea of reality and therefore the fantastic transgression appearing takes place upon our conceptual schemes, which are set by and through language, and not by reality itself.

Thus, the significance of deal with the fantastic from a linguistic approach, and particularly from a semantic point of view that is fundamentally no-mimetic, is settled on the need of showing in which way the human idiosyncrasy affects when it comes to build thought systems by which all of us relate with effectively with our fellows and our environment. Therefore, the fact of defining the fantastic starting from language conceptual foundations is not considered as much from the necessity of follow an explanation for the empiric world development and for the events which would break down its functioning, but it is made from the way we explain each other how things happen, and which is the gnoseological scope of our descriptions. Consequently, my semantic model has allowed us to observe the origin of the meaning of the impossible, in such a way that even the «metaphysical impossibility», whose mechanism does not lie in the linguistic mechanism transgression, may be justified based on the language structural principles, because it is held in the utterance of everything that remains in the extralinguistic prism, in other words, it is held in everything that does not fit in the regularities spectrum and ontological rules that—as we have agreed and as we have

explained to each other— control the phenomenal world. All this emphasizes the obligation to understand every diachronic dimension of this fictional category through the analysis of our utterances linguistic content, and not just the obligation to examine whatever the theory defines as fantastic of language.

The semantic of the (im)possible is not but the linguistic impossibility methodological tool, as well as the semantic analysis system of the postmodern fantastic. It has been shown that the model change which begins with the traditional fantastic and ends with the postmodern fantastic is closely related to the disruption that is produced between the linguistic status and the human episteme. Therefore, once it is proved that the extensional structures which are built by language in the contemporary era are devoid of a fixed heart of meaning —this idea is based on the Derridean thesis about the impossibility of finding an original reference for every term, word or concept—, it is possible to suggest the increasing dissolution of the limit which splits the fictional discourse from the factual discourse, since none of them appeals to phenomenal world. Thus, non-mimetic literature assumes the same verisimilitude degree as the realistic literature: the link that ties the linguistic sense and reference has been transformed, it is language, and not the empirical universe, the origin of the meaning-making and, consequently, the *realism* is an effect that is produced when the sense of the text suits our conceptual schemes, that is to say, the realism is not the result of a mechanism that mimics the cosmos.

My final aim has been to show that the postmodern fantastic takes both language structural functioning and its link with the human idiosyncrasy in the contemporary era — which turns out to be completely consistent with the functioning of the extensional grounds of fiction that have been proposed at the beginning of the dissertation— to then be able to devastate them. The exhibition of this premise has been essential when it comes to show that the linguistic impossibility function lies on challenging the breakdown of the linguistic sense and reference classic link. In this way, the postmodern dimension of this fictional category shows the complexity that are related to the expression of a language which appeals to the human Demiurgic ability, and not to material phenomenon of the surrounding world.

In addition to the foundation of a brand-new semantic model which allows us to find the status of the impossible among each one of the fantastic dimensions, this thesis has laid the basis to be able to analyze, elsewhere, the rest of the unusual genre categories that works

with the emergence of impossible events in some way. The extensional grounds of fiction are, firstly, a linguistic analysis system which provides the necessary tools to note the links between the reality codes that organize the fictional world, the events that cannot be included among those codes and our epistemological schemes. Thus, I highlight my interest to comprehend the meaning of those elements that, in our view, turn out to be unfeasible and that are included within the universes shaped by the fantasy, the science-fiction and the rest of non-mimetic fiction categories, but which nevertheless obtain a different impossibility status from that of the fantastic.

Moreover, we can also discuss the extent of the linguistic sense and reference emancipation beyond the consequences that become in the fiction universe once we dig further into the possible uses of the research. The linguistic impossibility implications are not so far from the challenges that, certainly, we must go through due to the current language models emergence which are functioned by the Artificial Intelligences and which act, mostly, upon the linguist structures that can be acknowledged and processed by human beings. These language models are but a new semantic structure mode: we are able to understand the texts meaning created by the systems implemented by the A.I. because they are emerged from our own way to understand and create language, in fact, these texts are set up through analogous senses to the forms through which we communicate with our fellows —at least at the moment— to comprehend the complexity of our reality. Nevertheless, this new language structure is completely emancipated from the empiric world: the texts created by these systems do not refer to the phenomenal word at all but are revealed as a computational delusion which has permanently cut the umbilical cord that connected us with the surrounding universe. Thus, the linguistic impossibility, this semantic modality which cannot be included within the referential schemes that shape our episteme, can become a functional reality for the new intelligence mechanisms which no longer need a previous reference frame to set up coherent sentences. The mere data flow and language in its purest sense is enough when it comes to implement these expression networks and to the references and extensional grounds creation which will never have their source in the factual world. Thereby, it may not need to face a dystopic universe that is controlled by *Skynet* army to witness a reality which is generated by systems that, eventually, are impossible to understand —if they get to the point in which they build a language form that surpasses the edge of our conceptual ability—

. Despite the fact this is a long shot or a wild hypothesis, the linguistic impossibility helps us to foresee the metaphysical fear extent by the time language is completely emancipated from the phenomenal reference.

There is no more insubordinate fiction than the one that shows us the unseen, the unnoticeable, everything that remains beyond the scope of our understanding but at the same time, quietly, it breaks through our daily life. However, regardless of what finally happens, once the fantastic is submerged in the real it's bound to be a sight to see.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLO VERANO, Ana (2013): «La irrupción de lo fantástico. Una aproximación narrativa de Juan Jacinto Muñoz Rengel», *Brumal*, vol. 1, núm. 2, pp. 223-244.

ALAZRAKI, Jaime (1976): «Tlön y Asterión: metáforas epistemológicas», en Jaime Alazraki (ed.), *Jorge Luis Borges*, Taurus, Madrid, pp. 183-200.

————— (1977): *Versiones. Inversiones. Reversiones. El espejo como modelo estructural del relato en los cuentos de Borges*, Campo abierto, Madrid, 1977.

————— (1983): *En busca del unicornio: los cuentos de Julio Cortázar. Elementos para una poética de lo neofantástico*, Gredos, Madrid.

————— (1990): «¿Qué es lo neofantástico?», *Mester*, vol. 19, núm. 2, pp. 21-33.

————— (1996): «La postmodernidad de Julio Cortázar» en Carmen Ruiz Barrionuevo y César Real Ramos (Eds.), *La modernidad literaria en España e Hispanoamérica: actas del I Simposio Internacional de la Modernidad Literaria en homenaje a Julio Vélez Noguera*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 129-138.

ALBALADEJO, Tomás (1998): *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Publicaciones de la universidad de Alicante, Alicante.

ALBER, Jan (2016): *Unnatural Narrative. Impossible Worlds in Fiction and Drama*, University of Nebraska Press, Lincoln.

ARISTÓTELES (2016): *Poética* (2ª ed.), Alianza, Madrid.

ARIZA TRINIDAD, Eva (2021): «Mundos posibles de lo fantástico. Una aproximación a la estructura de mundo», *Signa*, vol. 30, pp. 363-390.

AUBERT, Adriana; et al (2008): *Aprendizaje dialógico en la Sociedad de la Información*, Hipatia, Barcelona.

AUERBACH, Erich (1950): *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México.

AUSTIN, John L. (1977): *How to do things with words*, Harvard University Press, Cambridge.

BAJTÍN, Mijaíl (1999): *Estética de la creación verbal* (10ª ed.), Siglo xxi, México.

BARRENECHEA, Ana María (1972): «Ensayo de una Tipología de la Literatura Fantástica», *Revista Iberoamericana*, vol. 38, núm. 80, pp. 391-403.

BARTHES, Roland (1968): «L'effet du réel», *Communications*, núm. 11, pp. 84-89.

BECKMANN, Pol (2018): *Novel·la*, Quaderns crema, Barcelona.

BELEVAN, Harry (1976): *Teoría de lo fantástico*, Anagrama, Barcelona.

BELLEMIN-NOËL, Jean (2001): «Notas sobre lo fantástico (textos de Théophile Gautier)», en David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 107-140.

BENSON, Ken (1994): «El postmodernismo y la narrativa española actual», en José ángel Fernández Roca, Carlos J. Gómez Blanco, José-María Paz-Gago (Coords.). *Semiótica y modernidad: actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, La Coruña, 3-5 de diciembre de 1992. Volumen I*, A Coruña: Universidade da Coruña, A Coruña, pp. 55-72.

BESSIÈRE, Irene (1974): *Le récit fantastique. La poétique de l'incertain*, Larousse, París.

————— (2001): «El relato fantástico: forma mixta de caso y adivinanza» en ROAS, David (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 83-104.

BEVILLE, Maria (2014): *The Unnameable Monster in Literature and Film*, Routledge, New York.

BOBES NAVES, María del Carmen (2002): «La semiología literaria entre los postestructuralismos», en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Arco/Libros, Madrid, pp. 127-158.

BONET, Eduard (2009): «De la lógica matemática al gir lingüístico», en *Gabriel Ferrater i Robert Musil: Entre les ciències i les lletres*, Consorci de la Residència d'Investigadors de Catalunya, Barcelona, pp. 273-297.

BORGES, Jorge Luis (1977): «El libro de arena», en *El libro de arena*, Plaza y Janés, Barcelona, pp. 110-116.

————— (1997): «El Aleph», en *El Aleph*, Alianza, Madrid, pp. 175-198.

————— (2005): «Del rigor en la ciencia», en *El Hacedor* (12ª ed.), Alianza, Madrid, p. 119.

————— (2011): «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en *Ficciones*, Debolsillo, Madrid, pp. 13-38.

————— (2011): «El jardín de senderos que se bifurcan», en *Ficciones*, Debolsillo, Madrid, pp. 103-117.

BOZZETTO, Roger (2001): «¿Un discurso de lo fantástico?», en David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 223-242.

BRADLEY, Raymond y Norman Swartz (1979): *Possible Worlds: An Introduction to Logic and its Philosophy*, Hackett, Indianapolis.

BROOKE-ROSE, Christine (1981): *A Rhetoric of the Unreal. Studies in Narrative & Structure, Especially of the Fantastic*, Cambridge University Press, Cambridge.

BRUNER, Jerome (2010): *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Gedisa, Barcelona.

CAILLOIS, Roger (1970): «Del cuento de hadas a la ciencia-ficción» en *Imágenes, Imágenes*, Edhasa, Barcelona, pp. 9-42.

CALINESCU, Matei (1991): *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Tecnos, Madrid.

CALVINO, Italo (1989): *Seis propuestas para el próximo milenio*, Ediciones Siruela, Madrid.

CAMPRA, Rosalba (1991): «Los silencios del texto en la literatura fantástica», en Enriqueta Morillas Ventura (Coord.). *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid, pp. 49-74.

——— (2001): «Lo Fantástico: una isotopía de la transgresión» en David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 153-191.

——— (2008): *Territorios de la ficción: lo fantástico*, Renacimiento, Sevilla.

CAMUS, Albert (2020): *El mite de Sísif*, Edicions 62, Barcelona.

CASSIRER, Ernst (1967): *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México: Fondo de cultura económica, México.

CASTEX, Pierre-George (1962): *Le Conte Fantastique en France: de Nodier à Maupassant*, José Cordi, París.

ČERVENKA, Miroslav (2006): «“Discovering” the fictional Worlds of Lyric Poetry», *Style*, vol. 40, núm. 3, p. 240-248.

CHOMSKY, Noam (1975): *Estructuras sintácticas* (2ª ed.), Siglo XXI, México, 1975.

CLARASÓ, Noel (1972): «El fantasma de Anita Flores», en *Miedo*, Plaza y Janés, Barcelona, pp. 109-132.

CORNWELL, Neil (1990): *The Literary Fantastic. From gothic to postmodernism*, Harvester Wheatsheaf, London.

CORTÁZAR, Julio (2013): *Clases de literatura. Berkeley, 1980*, Santillana, Madrid.

————— (2016): «Carta a una señorita en París», en *Cuentos Completos I (1945-1966)*, Debolsillo, Barcelona, pp. 119-128.

————— (2016): «Continuidad de los parques», en *Cuentos Completos I (1945-1966)*, Debolsillo, Barcelona, pp. 217-218.

————— (2016): «Axolotl», en *Cuentos Completos I (1945-1966)*, Debolsillo, Barcelona, pp. 343-348.

CRITTENDEN, Charles (1982): «Fictional Characters and Logical Completeness», *Poetics*, vol. 11, pp. 331-344.

CULLER, Jonathan (1978): *La poética estructuralista. El estructuralismo, la lingüística y el estudio de la literatura*, Anagrama, Barcelona.

CURRIE, Mark (2007): *About Time: Narrative, Fiction and the Philosophy of Time*, Edinburgh University Press, Edinburgh.

DERRIDA, Jacques (1967): *De la grammatologie*, Les Éditions de Minuit, Paris.

————— (2007): *La diseminación* (3ª ed.), Editorial Fundamentos, Madrid.

DEUTSCH, David (1999): *La estructura de la realidad*, Anagrama, Barcelona.

DOLEŽEL, Lubomír (1979): «Extensional and Intensional Narrative Worlds», *Poetics*, vol. 8, pp. 193-211.

————— (1989): «Possible Worlds and Literary Fictions», en Allén Sture (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences: Proceedings of Nobel Symposium 65*, De Gruyter, Berlín, pp. 221-242.

————— (1998): «Possible Worlds of Fiction and History», *New Literary History*, vol. 29, núm. 4, pp. 785-809.

————— (1999): *Heterocósmica*, Arco/Libros, Madrid.

————— (2002): «Semiótica de la comunicación literaria» en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Arco/Libros, Madrid, pp. 173-218.

DOMÉNECH, Ricardo (1988): «La isla», en Ricardo Doménech, *El espacio escarlata*, Endymión, Madrid, pp. 135-148.

————— (1980): «Sobre la parte no visible del iceberg», en Ricardo Doménech, *La pirámide de Khéops*, Magisterio Español, Madrid, pp. 84-96.

EAGLETON, Terry (1998): *Una introducción a la teoría literaria*, Fondo de cultura económica, Argentina.

————— (2005): *Después de la teoría*, Debate, Barcelona.

ECO, Umberto (1970): *La definición del arte*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.

————— (1989): «Report on session 3: Literature and Arts», en Allén Sture (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences: Proceedings of Nobel Symposium 65*, De Gruyter, Berlín, pp. 343-355.

————— (1990): *Obra abierta* (3ªed.), Ariel, Barcelona.

————— (1993): *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo* (3ª ed.), Editorial Lumen, Barcelona.

ERDAL JORDAN, Mery (1998): *La narrativa fantástica. Evolución del género y su relación con las concepciones del lenguaje*, Iberoamericana, Madrid.

————— (2000): «Nuevas incursiones en lo fantástico: los ejemplos de Cortázar», *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, núm. 21, pp. 321-341.

EVERETT, Daniel L. (2005): «Cultural Constraints on Grammar and Cognition in Piraha», *Current Anthropology*, vol. 46, núm. 4, pp. 621-644.

FERNÁNDEZ ROCA, José Ángel; et al. (1994): «Introducción. La ficción posmoderna en España» en José Ángel Fernández Roca; Carlos J. Gómez Blanco, José-María Paz-Gago (Coords.). *Semiótica y modernidad. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica. La Coruña, 3-5 de diciembre de 1992. Volumen I*, Universidade da Coruña, A Coruña, pp. 13-22.

FISH, Stanley (1980): «How Ordinary Is Ordinary Language?», en Stanley Fish, *Is There a Text In This Class?*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 97-111.

FORT, Bohumil (2006a): «Are Fictionally Worlds Really Possible? A Short Contribution to Their Semantics», *Style*, vol. 40, núm. 3., pp. 189-197.

————— (2006b): «How Many (Different) Kind of Fictional Worlds are There?», *Style*, vol. 40, núm. 3, pp. 272-283.

————— (2017): «Fictional Worlds of Czech Postmodern Prose», *Poetics Today*, vol. 38, núm. 4, pp. 731-736.

FOSTER WALLACE, David (2015): *L'aigua és això* (2ª ed.), Edicions del Periscopi, Barcelona.

FOUCAULT, Michel (2006): *Las palabras y las cosas* (4ª ed.), Siglo xxi, Madrid.

FOULKES, A. P. (1975a): «A Semiotic Approach», en A. P. Foulkes, *The Search for Literary Meaning. A Semiotic Approach to the Problem of Interpretation in Education*, Herbert Lang, Bern, pp. 31-55.

————— (1975b): «The Semantic Dimension in Literary Decoding», en A. P. Foulkes, *The Search for Literary Meaning. A Semiotic Approach to the Problem of Interpretation in Education*, Herbert Lang, Bern, pp. 57-74.

FREIXAS, Laura (1988): «La octava plaga», en Laura Freixas, *El asesino en la muñeca*, Anagrama, Barcelona, pp. 9-14.

FREGE, Gottlob (1998): «Sobre sentido y referencia», en Luis M. Valdés Villanueva (ed.), *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica*, Tecnos, Madrid, pp. 84-111.

FREUD, Sigmund (2016): *Lo siniestro*, Plaza Editorial, USA.

GABRIEL, Gottfried (1979): «Fiction – A Semantic Approach», *Poetics*, vol. 8, pp. 245-255.

GARCÍA, Patricia (2022): *The Urban Fantastic in Nineteenth-Century European Literature: City Fissures*, Palgrave Macmillan, Switzerland, 2022.

GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio (2011): *Narración y ficción. Literatura e invención de mundos*, Iberoamericana, Madrid.

GENETTE, Gérard (1991): «Récit fictionnel, récit factuel», en *Fiction et Diction*, Seuil, París, pp. 65-94.

GONZÁLEZ GARCÉS, Héctor Fabio (2012): «La idea de filosofía en el Tractatus de Wittgenstein», *Análisis*, núm. 80, pp. 145-167.

GONZÁLEZ VALERIO, María Antonia (2006): «Gadamer y la ontologización del lenguaje» en Paulina Rivero Weber (coord.), *Cuestiones hermenéuticas de Nietzsche a Gadamer*, Ítaca, México, pp. 81-96.

GOODMAN, Nelson (1990): *Maneras de hacer mundos*, Visor, Madrid.

GREGORI I GOMIS, Alfons (2015): *La dimensión política de lo irreal. El componente ideológico en la narrativa fantástica española y catalana*, Wydawnictwo Naukowe UAM, Poznań.

GREGORI SOLDEVILA, Carme (2006): *Pere Calders: Tòpics i subversions de la tradició fantàstica*, Fundació Abadia de Montserrat, Barcelona.

HABERMAS, Jürgen (1988): «Modernidad versus postmodernidad» en Josep Picó (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, Alianza, Madrid, pp. 87-103.

HARSHAW, Benjamin (1984): «Fictionality and Fields of Reference: Remarks on a Theoretical Framework», *Poetics today*, vol. 5, núm. 2, pp. 227-251.

HARVEY, David (1998): *La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires.

HASSAN, Ihab (1985): «The Culture of Postmodernism», *Theory, Culture & Society*, vol. 2, núm. 3, pp. 119-131.

HEIDEGGER, Martín (2000): *Carta sobre el humanismo*, Alianza, Madrid.

HEISE, Ursula K. (1997): *Chronochisms. Time, Narrative and Postmodernism*, Cambridge University Press, United Kingdom.

HELD, Jacqueline (1981): *Los niños y la literatura fantástica. Función y poder de lo imaginario*, Paidós, Barcelona.

HERNÁNDEZ GARCÍA, María Luisa (2021): *Semántica ficcional y concepciones del tiempo: Mundos y paradigmas temporales en la narrativa de Úrsula K. Le Guin, Kurt Vonnegut y Juan Gómez Bárcena*. Tesis doctoral. Programa de doctorado en Estudios Literarios, Universidad Complutense de Madrid. Directores: Dr. Ángel García Galiano y Dr. Fernando Ángel Moreno Serrano, Madrid.

HESÍODE (2012): *Teogonia*, Adesiara, Martorell.

HOWELL, Robert (1979): «Fictional Objects: How They Are and How They Aren't», en *Poetics*, vol. 8, pp. 129-177.

HINTIKKA, Jaakko (1969): «The Modes of Modality», en Jaakko Hintikka, *Models for Modalities*, D. Reidel Publishing Company, Holland, pp. 71-86.

————— (1975): «Impossible Possible Worlds Vindicated», *Journal of Philosophical Logic*, vol. 4, núm. 4, pp. 475-484.

————— (1976): «Kant on “The Great Chain of Being” or the Eventual Realization of All Possibilities: A Comparative Study», *Philosophic Exchange*, vol. 7, núm.1, pp. 69-89.

————— (1989): «Exploring Possible Worlds», en Allén Sture (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences: Proceedings of Nobel Symposium 65*, De Gruyter, Berlín, pp. 52-73.

HUTCHEON, Linda (1988): *A poetics of postmodernism: history, theory, fiction*, Routledge, New York and London.

ISER, Wolfgang (1975): «The Reality of Fiction: A Functionalist Approach to Literature» en *New Literary History*, vol. 7, núm. 1, pp. 7-38.

————— (1997): «La ficcionalización: dimensión antropológica de las ficciones literarias», en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Arco/Libros, Madrid, pp. 43-65.

JACKSON, Rosemary (1981): *Fantasy: The Literature of Subversion*, Methuen, London.

JAMESON, Fredric (2001): *Teoría de la postmodernidad* (3ª ed.), Trotta, Madrid.

KAFKA, Franz (2010): *La metamorfosi*, Labutxaca, Barcelona.

KAKU, Michio (2010): *Física de lo imposible. ¿Podemos ser invisibles, viajar en el tiempo y teletransportarnos?*, DeBolsillo, Barcelona.

KIRKHAM, Richard L. (1995): *Theories of truth. A Critical Introduction*, The MIT Press, Cambridge.

KLAPCSIK, Sandor (2012): *Liminality in fantastic fiction: a poststructuralist approach*, McFarland, Jefferson.

KOYRÉ, Alexandre (1997): «La función política de la mentira moderna», en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. 17, núm. 63, pp. 501-514.

KRIPKE, Saul (1980): *Naming and Necessity*, Blackwell, Oxford.

KRISTEVA, Julia (1997): «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela», en *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto* (selección y traducción de Desiderio Navarro), UNEAC, Casa de las Américas, Embajada de Francia en Cuba, La Habana, pp. 1-24.

LEIBNIZ, Gottfried W. i Immanuel Kant (1991): *Escritos sobre teodicea*, El llamp, Barcelona.

LEIBNIZ, Gottfried W. (2012): *Obras filosóficas y científicas. Volumen 10. Ensayos de Teodicea*, Comares, Granada.

LEWIS, David (1986): *Counterfactuals*, Blackwell, Oxford.

LOMEÑA CANTOS, Andrés (2016): *Ficciónología*, Ediciones Dado, Madrid.

LÓPEZ DE LIZAGA, José Luis (2011): «El giro lingüístico y el problema de la intersubjetividad», *Revista Laguna*, vol. 29, pp. 25-42.

LORD, Michel (1998): «La organización sintagmática del relato fantástico (El modelo quebequés)», en Antón Risco, Ignacio Soldevila y Arcadio López-Casanova (eds.), *El relato fantástico. Historia y sistema*. Salamanca: Ediciones Colegio de España, pp. 11-42.

LOTMAN, Iuri M. (1998): *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Cátedra, Madrid.

LOVECRAFT, Howard Phillips (1984): *El horror en la literatura* (Francisco Torres Oliver trad.), Alianza, Madrid.

LOWE, Edward Jonathan (2006): *The Four Category Ontology: A Metaphysical Foundation for Nature Science*, Oxford University Press, New York.

LOWENTHAL, David (1998): *El pasado es un país extraño*, Akal, Madrid.

LUTAS, Liviu (2009): «Dos ejemplos de metalepsis narrativas: *Niebla* de Miguel de Unamuno y *Biblique des derniers gestes* de Patrick Chamoiseau», *Moderna språk*, vol. 103, núm. 2, pp. 39-59.

LYON, David (1996): *Postmodernidad*. Madrid: Alianza.

LYOTARD, Jean-François (2004): *La condició postmoderna. Informe sobre el saber*, Centre d'Estudis de Temes Contemporanis, Barcelona.

MALDONADO, Carlos Eduardo (2021): «Epistemología de la imposibilidad o ciencia de la indeterminación», *Cinta de Moebio*, núm. 70, <http://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2021000100044>.

DE MAN, Paul (1990): *La resistencia a la teoría*, Visor, Madrid.

——— (1991): *Visión y ceguera. Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

MARCUSE, Herbert (2016): *El hombre unidimensional*, Austral, Barcelona.

MARGOLIN, Uri (1990): «Individuals in Narrative Worlds: An Ontological Perspective», *Poetics Today*, vol. 11, núm. 4, pp. 843-871.

MARTÍN FUENTES, Sabas (2005): «San Borondón: La isla descubierta, entre el enigma y la utopía», *Cuadernos del Ateneo*, núm. 19, pp. 111-116.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2015): *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional*, Peter Lang, Bern.

MARTÍNEZ BONATI, Félix (1972): *La estructura de la obra literaria*, Seix Barral, Barcelona.

————— (1992a): «Estructura narrativa y teoría ontológica de estratos», en Félix Martínez Bonati, *La ficción narrativa: (su lógica y ontología)*, Universidad, Secretariado de Publicaciones, Murcia, pp. 51-60.

————— (1992b): «Representación y ficción», en Félix Martínez Bonati, *La ficción narrativa: (su lógica y ontología)*, Universidad, Secretariado de Publicaciones, Murcia, pp. 91-111.

————— (1992c): «Hacia una ontología formal de los mundos de ficción», en Félix Martínez Bonati, *La ficción narrativa: (su lógica y ontología)*, Universidad, Secretariado de Publicaciones, Murcia, pp. 113-127.

MCHALE, Brian (1987): *Postmodernist Fiction*, Methuen, New York.

MEINONG, Alexis (1960): «On the Theory of Objects», en Roderick M. Chisholm (ed.), *Realism and the Background of Phenomenology*, Ridgeview, Atascadero, pp. 76-117.

MERINO, José María (2017): «Las palabras del mundo», en Ángeles Encinar (ed.), *Aventuras e invenciones del profesor Souto*, Páginas de Espuma, Madrid, pp.35-49.

MIRANDA ROCAMORA, María del Pilar y Jorge Orlando Gallor Guarín (2021): «Continuidad de los parques: elementos fantásticos y fusión de mundos posibles», *Káñina*, vol. 45, núm. 3, pp. 187-202.

MORSE, Donald E. (1989): «Postmodernism, Modernism, Premodernism, and the Fantastic Meet the American Consciousness and Literature Midway in the Twentieth Century», en *Studies in English and American Culture*, Lehel Vadon, Eger: Esterhazy Karoly Tanarkepzo Foiskola, pp. 69-83.

MUÑOZ RENGEL, Juan Jacinto (2021): *La capacidad de amar del señor Königsberg*, Alianza, Madrid.

MURAKAMI, Haruki (2007): *Kafka a la platja* (3ªed.), Empúries, Barcelona.

NANDORFY, Martha J. (2001): «Literatura fantástica y la representación de la realidad», en David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 243-261.

PALMA, Félix J. (1998): «Venco a la molinera», en Félix J. Palma, *El Vigilante de la salamandra*, Pre-Textos, Valencia, pp. 85-103.

PARDO BAZÁN, Emilia (1990): «El oficio de difuntos», en Juan Paredes Nuñez (ed.), *Cuentos completos. Tomo II*, Galicia Editorial, La coruña, pp. 194-196.

PARRAMÓN RUBIO, Pere (2020): *Arte Fantástico: Estrategias visuales de lo imposible*. Tesis Doctoral. Programa de doctorado en ciencias humanas, del patrimonio y de la cultura, Departamento de Historia e Historia del Arte, Universitat de Girona. Directores: Dra. María Lluïsa Faixedas Brujats y Dr. David Roas Deus, Girona.

PARSONS, Terence (1980): *Nonexistent objects*, Yale University Press, New Haven and London.

PAVEL, Thomas (1986): *Fictional Worlds*, Harvard University Press, Cambridge.

PAZ, Octavio (1990): *Los hijos del limo* (3ª ed.), Seix Barral, Barcelona.

DE PERETTI, Cristina (1989): *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Anthropos, Barcelona.

PICÓ, Josep (1988): *Modernidad y posmodernidad*, Alianza, Madrid.

PIKE, Karen (2010): *Theories of the Fantastic: Postmodernism, Game Theory and Modern Physics*, Tesis doctoral, Centre for Comparative Literature, University of Toronto.

PLANTINGA, Alvin (1974): *The Nature of Necessity*, Oxford University Press, Oxford.

————— (1976): «Actualism and Possible Worlds», *Theoria*, vol. 42, issue 1-3, pp. 139-160.

POZUELO YVANCOS, José María (1994): «La ficcionalidad: estado de la cuestión», *Signa*, núm. 3, pp. 265-284.

PUTNAM, Hilary (1990): *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*, Gedisa, Barcelona.

————— (1994): *Las mil caras del realismo*, Paidós I.C.E., Barcelona.

REISZ, Susana (1979): «Ficcionalidad, referencia, tipos de ficción literaria», *Lexis*, vol. 3, núm. 2, pp. 99-170.

————— (2001): «Las ficciones fantásticas y sus relaciones con otros tipos ficcionales», en David Roas (ed.), *Tras los límites de lo real*, Arco/Libros, Madrid, pp. 193-221.

RICHARDSON, Brian (2006): *Unnatural voices. Extreme Narration in Modern and Contemporary Fiction*, Ohio State University, Ohio.

————— (2016): «Unnatural narrative theory», *Style*, vol. 50, núm. 4, pp. 385-405.

RISCO, Antonio (1982): *Literatura y fantasía*, Taurus, Madrid.

ROAS, David (1997): «José Selgas: Hacia una poética de lo fantástico», en Jaume Pon (ed.), *Narrativa Fantástica en el siglo XIX: (España e Hispanoamérica)*, Milenio, Lleida, pp. 309-324.

————— (2011): *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*, Páginas de espuma, Madrid.

————— (2014a): «El reverso de lo real. Formas y categorías de lo insólito», en Javier Ordiz (ed.), *Estrategias y figuraciones de lo insólito en la narrativa mexicana (siglos XIX-XXI)*, Peter Lang (colección *Hispanic Studies: Culture and Ideas*, 61), Bern, pp. 9-29.

————— (2014b): «Mutaciones del cuento fantástico. La ironía y la parodia como subversión de lo real», en Eduarda Keating *et al.* (coords.), *Mutações do Conto nas Sociedades Contemporâneas*, Húmus (Coleção *Hespérides. Literatura*, 33), Universidade do Minho, Braga, pp. 17-29.

————— (2017): *Historia de lo fantástico en la cultura española contemporánea (1900-2015)*, Iberoamericana – Vervuert, Madrid.

————— (2022a): *Cronologías alteradas. Lo fantástico y la transgresión del tiempo*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

————— (2022b): «Entre la risa y la inquietud: la combinación de lo fantástico y el humor como vía de subversión de lo real», en David Roas y Anna Boccuti (eds.), *Fantástico y humor en la ficción española contemporánea*, Visor, Madrid, pp. 13-40.

ROAS, David y Ana Casas (2016): *Voces de lo fantástico en la narrativa española contemporánea*, EDA libros, Málaga.

RODOREDA, Mercè (1982): *La plaça del diamant* (25ª ed.). Club Editor, Barcelona.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Tahiche (2008): *La conspiración fantástica: una perspectiva lingüístico-cognitiva sobre la evolución del género fantástico* (trabajo de investigación presentado en el Máster en Literatura Comparada: Estudios Literarios y

Estudios Culturales, UAB), dirigido por David Roas Deus, Universitat Autònoma de Barcelona.

————— (2010): «La conspiración fantástica: una aproximación lingüístico-cognitiva a la evolución del género», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, núm. 43.

RODRÍGUEZ PEQUEÑO, Javier (1991): «Referencia fantástica y literatura de la transgresión», *Tropelías*, núm. 2, pp. 145-156.

————— (1997): «Mundos imposibles: ficciones posmodernas», *Castilla: Estudios de literatura*, núm. 22, pp. 179-188.

————— (2008): *Géneros literarios y mundos posibles*, Eneida, Madrid.

RONEN, Ruth (1986): «Space in fiction», *Poetics Today*, vol. 7, núm. 3, pp. 421-438.

————— (1994): *Possible Worlds in Literary Theory*, Cambridge University Press, Cambridge.

RORTY, Richard (1970): *The Linguistic Turn: Recent essays in philosophical method*, University of Chicago Press, Chicago.

————— (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona.

RUSSELL, Bertrand (1988): *Introducción a la filosofía matemática*, Paidós, Barcelona.

————— (2005): «Sobre el denotar», *Teorema: Revista Internacional de Filosofía*, vol. 24, núm. 3, pp. 153-169.

RYAN, Marie-Laure (1991): *Possible Worlds, Artificial Intelligence, and Narrative Theory*, University Bloomington and Indianapolis, Indiana.

————— (1997): «Mundos posibles y relaciones de accesibilidad: una tipología semántica de la ficción», en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Arco/Libros, Madrid, pp. 181-206.

————— (2016): «Response to Brian Richardson’s Target Essay “Unnatural Narrative Theory”», *Style*, vol. 50, núm. 4, pp. 478-483.

————— (2019): «Truth of fiction *versus* truth in fiction», *Between*, vol. IX, n.18, pp. 1-16.

SALDAÑA, Alfredo (1995): «Postmodernidad: *Todo vale*, aunque de nada sirva», *Tropelías*, núm. 5-6, pp. 349-369.

————— (2006): «Notas para una poética de lo inefable», *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris*, vol. XI, pp. 177-193.

SAWA, Miguel (2010): «La mujer de nieve», en Miguel Sawa, *Historias de locos*, Renacimiento, Sevilla, pp. 49-52.

————— (2010): «La Sirena», en Miguel Sawa, *Historias de locos*, Renacimiento, Sevilla, pp. 70-73.

————— (2010): «La muerte», en Miguel Sawa, *Historias de locos*, Renacimiento, Sevilla, pp. 74-78.

SCAMUZZI, Iole (2019): «También se trata de ti: *lector in fabula* entre Lodovico Guicciardini y Miguel de Cervantes», *eHumanista*, vol. 42, pp. 253-270.

SCHMIDT, Siegfried J. (1984): «The Fiction Is That Reality Exists: A Constructivist Model of Reality, Fiction, and Literature», *Poetics Today*, vol. 5, núm. 2, pp. 253-274.

SEARLE, John (1975): «The logical status of fictional discourse», *New Literary History*, vol. 6, núm. 2, pp. 319-332.

————— (1994): *Actos de habla*, Cátedra, Madrid.

SMETHURST, Paul (2000): «Chronotopes of Reversible Time: Peter Ackroyd, *Hawskmoor* and *First Light* Ian McEwan, *The Child in time*», en *The Postmodern*

Chronotope: Reading Space and Time in Contemporary Fiction, Rodopi, Amsterdam, pp. 173-217.

TALEB, Nassim Nicholas (2012). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*, Paidós, Barcelona.

TODOROV, Tzvetan (2001): «Definición de lo fantástico», en David Roas (ed.), *Teorías de lo fantástico*, Arco/Libros, Madrid, pp. 47-64.

TRAILL, Nancy H. (1991): «Fictional Worlds of the Fantastic», *Style*, vol. 25, núm. 2, pp. 196-210.

————— (1996): *Possible Worlds of the Fantastic. The Rise of the Paranormal in Literature*, University of Toronto Press, Toronto.

ULRICH RECK, Hans (2002): «Concepciones del signo en la cultura cotidiana desde el renacimiento hasta nuestros días», en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Arco/Libros, Madrid, pp. 43-84.

VALESINI, Aldo Oscar (2015): «Literatura fantástica y mundos posibles», *Fronteiraz*, núm. 14, pp. 207-220.

VALLS BOIX, Juan Evaristo (2017): «“Posibilidad (imposible) de lo imposible” La filosofía fantástica de Derrida», *Brumal*, vol. V, núm. 2, pp. 221-243.

VAN DIJK, Teun y Atenea Digital (2001): «El análisis crítico del discurso y el pensamiento social», *Atenea Digital*, núm. 1, pp. 1-7.

VAX, Louis (1973): *Arte y literatura fantásticas* (3ª ed.). Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.

VILLANUEVA, Darío (1990): «El realismo intencional», *Semiosis*, núm. 24, pp. 177-199.

————— (2004): *Teorías del realismo literario*, Biblioteca Nueva, Madrid.

VON GLASERSFELD, Ernst (1994): «Introducción al constructivismo radical», en Paul Watzlawick et al., *La realidad inventada: ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* (3ªed.), Gedisa, Barcelona, pp. 20-37.

WATZLAWICK, Paul, et al. (1994): *La realidad inventada: ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* (3ªed.), Gedisa, Barcelona.

WELLEK, René y Austin Warren (1974): *Teoría Literaria* (4ª ed.), Gredos, Madrid.

WELLMER, Albrecht (1993): *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno*, Visor, Madrid.

WILDE, Oscar (2014): *La decadència de la mentida. Un comentari*, Quaderns Crema, Barcelona.

WITTGENSTEIN, Ludwig (2017): *Investigaciones filosóficas*, Trotta, Madrid.

————— (2020): *Tractatus logico-philosophicus*, Edicions de la ela geminada, Girona.

ZEPPEGNO, Giuliana (2013): «Transgresión lógica y semántica en la literatura fantástica contemporánea: análisis de unos relatos de Julio Cortázar a la luz de la bi-lógica de Ignacio Matte Blanco», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, vol. 31, pp. 271-305.

RESUMEN

La semántica de mundos de la ficción tiene como función principal examinar los sucesos, objetos y entes ficcionales considerándolos funciones lingüísticas lógicas y, asimismo, pretende estudiar los modos a través de los cuales el lenguaje es capaz de generar universos narrativos que funcionan según sus propios códigos estructurales. En este sentido, la presente investigación recoge el designio de esta teoría con la intención de trazar la situación ya no de lo condicional y realizable, sino de aquello que no debería poder incluirse en ningún mundo imaginable: lo imposible. Por esta razón, el propósito general de la monografía es aprehender el funcionamiento del engranaje lingüístico-semántico en la ficción de lo fantástico a partir de una propuesta genuina de teoría de mundos ficcionales, los «territorios extensionales», la cual sitúa toda referencia ficcional como manifestación no mimética del universo fenoménico. Así, uno de los puntos cardinales de esta tesis doctoral es analizar las particularidades semántico-extensionales de lo fantástico a través de la imposibilidad propia de dicha categoría ficcional, y que se muestra de distinto modo en cada una de sus dimensiones diacrónicas: tradicional y posmoderna. En suma, y como objetivo final, se presenta una exposición detallada de lo imposible como producto de la transgresión del hecho lingüístico, en este caso, propia de lo fantástico posmoderno y cuya característica principal es que se sitúa tras los límites de la idiosincrasia humana y, por ello, de nuestra capacidad de conceptualización.

PALABRAS CLAVE: mundos ficcionales, lo fantástico, posmodernidad, imposibilidad, lenguaje.

ABSTRACT

The Possible Worlds Semantics' main function is to examine the events, objects, and fictional beings by considering them logical and linguistic functions and, additionally, it pretends to consider the ways through which language is able to create narrative universes that work with their own structural codes. In this sense, the current research minds this theory purpose in order to show not only the status about what is conditional and what is feasible, but the situation of that which cannot be included among the realm of conceivable worlds: the impossible. Thus, this monograph overall purpose is to apprehend the functioning of semantic linguistic mechanism on the fantastic fiction from a fictional worlds' theory genuine proposal, the «extensional grounds», which exposes every fictional reference as a phenomenal universe non-mimetic expression. Therefore, one of this doctoral dissertation cardinal points is to analyze the fantastic genre semantic-extensional particularities through the impossibility which belongs to this fictional category, and that is displayed different way in each one of its diachronic dimensions: traditional and postmodern. In short, as a final aim, it is presented a detailed exposition about the impossible as a result of the linguistic transgression which belongs to the postmodern fantastic and it is placed beyond the human idiosyncrasy limits and, simultaneously, beyond our conceptual ability.

KEYWORDS: fictional worlds, the fantastic, postmodernity, impossibility, language.